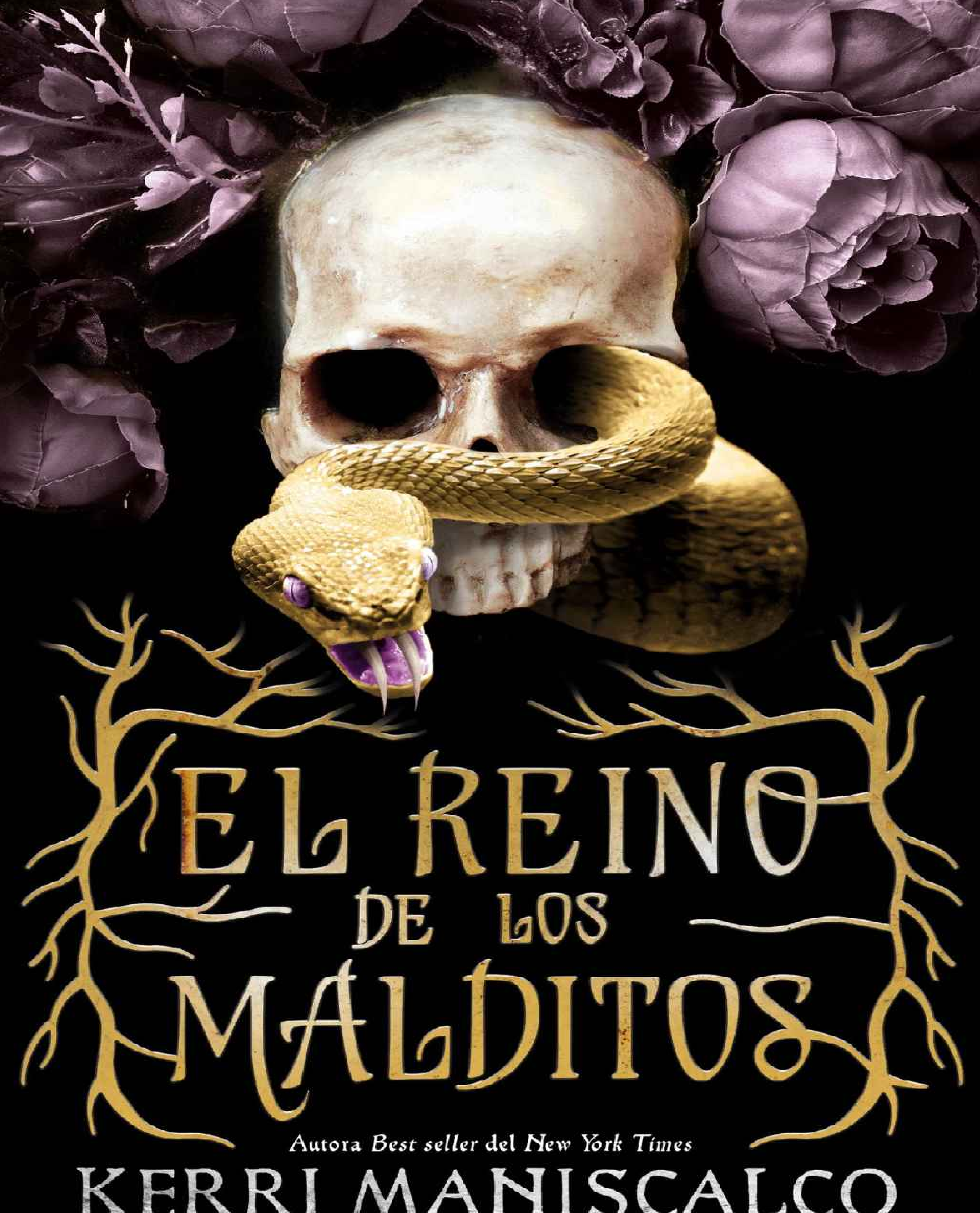


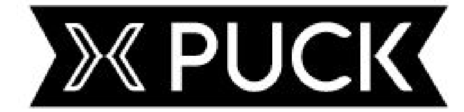
KERRI MANISCALCO

EL REINO DE LOS MALDITOS

KERRI MANISCALCO

EL REINO DE LOS MALDITOS

Traducción de Estíbaliz Montero Iniesta



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Kigndom of the Wicked*
Editor original: JIMMY Patterson Books / Little, Brown and Company
Traductora: Estíbaliz Montero Iniesta

1.ª edición: enero 2022

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

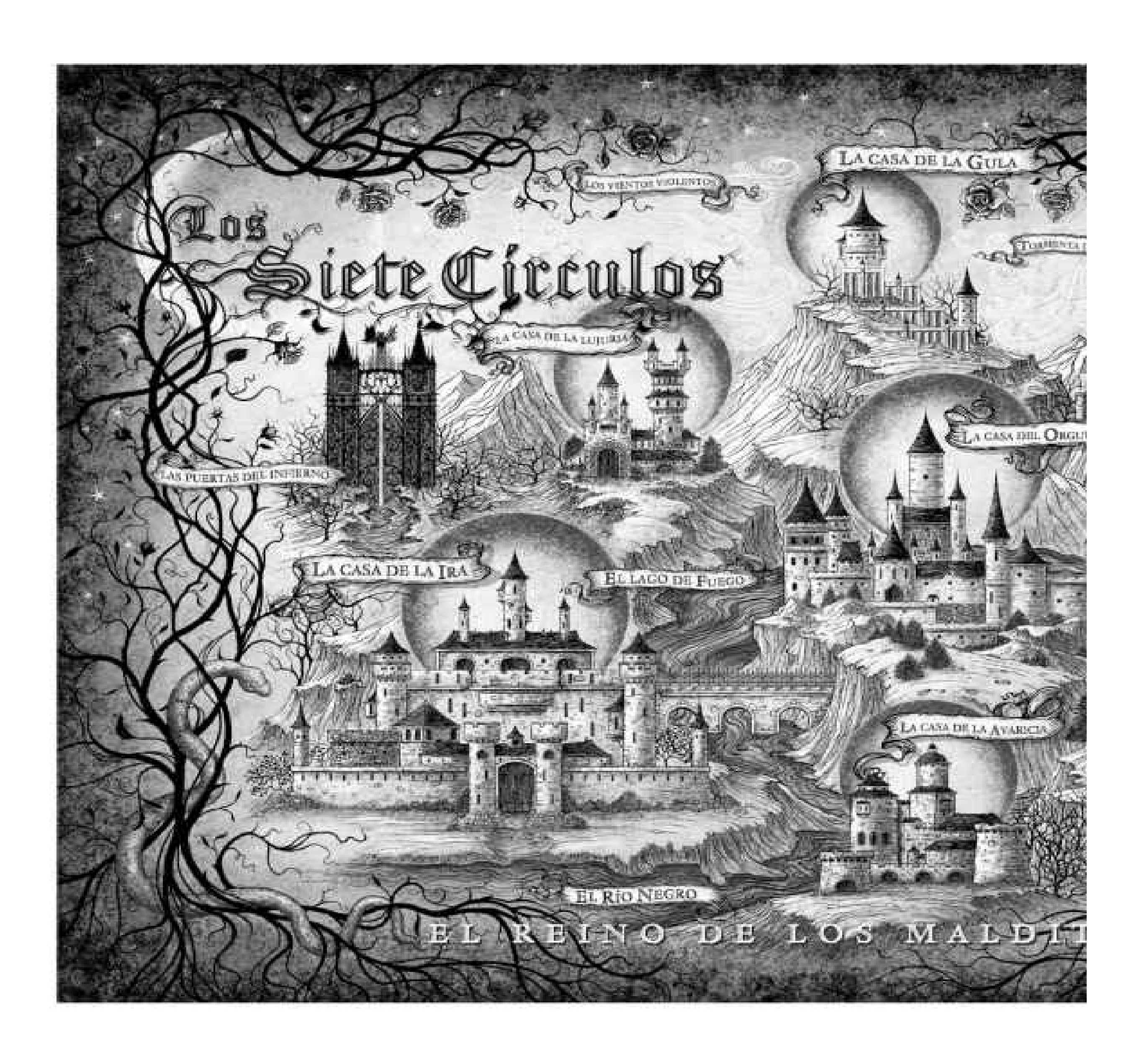
ISBN: 978-84-18480-95-9

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Flectere si nequeo superos,
Acheronta movebo.

Si no puedo doblegar la voluntad del cielo,
moveré el infierno.

La Eneida , Virgilio



Los
Siete Círculos
Los vientos violentos
La casa de la Gula
La casa de la Lujuria
La casa del Orgu
Las puertas del infierno
La casa de la Ira
El lago de Fuego
La casa de la Avaricia
El Río Negro
EL REINO DE LOS MALDIT

PRÓLOGO

En el exterior, el viento agitaba los carrillones de madera a modo de advertencia. A lo lejos, las olas chocaban contra la orilla; los susurros frenéticos del agua se oían cada vez con más fuerza, como si el mar fuera un mago invocando violencia. En esa fecha, desde hacía casi una década, la tormenta seguía siempre el mismo patrón. A continuación llegaría el trueno, más rápido que la marea, y los relámpagos restallarían como látigos eléctricos en mitad de un cielo implacable. El diablo exigía retribución. Un sacrificio de sangre por el poder que le había sido robado.

No era la primera vez que las brujas lo maldecían, y tampoco sería la última.

Desde su mecedora cerca del fuego, Nonna Maria vigilaba a las gemelas mientras entonaban conjuros de protección que ella misma les había enseñado, cada una con un *cornicello* apretado con fuerza en sus pequeños puños. Ignorando las ráfagas que aullaban en su mente, escuchó con atención las palabras que Vittoria y Emilia susurraban sobre los amuletos en forma de asta, con sus cabecitas oscuras e idénticas inclinadas en señal de concentración.

—Por la tierra, la luna y la piedra, bendice este hogar, bendice este hogar.

Era el comienzo de su octavo año y Nonna trató de no preocuparse por la rapidez con la que estaban creciendo. Se arrebujó más en su chal, incapaz de evitar los escalofríos que le entraron en aquella cocina tan pequeña. Tenían poco que ver con la temperatura exterior. Por mucho que intentara ignorarlo, el azufre se colaba por las grietas junto con la familiar brisa

perfumada de plumeria y naranja, que levantaba el cabello canoso que se había apartado del cuello. Si hubiera estado viva, su propia abuela humana lo habría considerado un presagio y habría pasado la noche de rodillas en la catedral, con el rosario apretado entre las manos, rezando a los santos.

El diablo estaba al acecho. O uno de sus malvados hermanos.

Una pizca de preocupación se deslizó con tanta rapidez y suavidad en su interior como uno de sus cuchillos, y se alojó cerca del corazón de Nonna. Había pasado una edad desde el último avistamiento del Malvagi. Casi nadie hablaba ya de los Malditos, excepto en historias contadas para asustar a los niños y que no salieran de sus camas por la noche.

Ahora los adultos se reían de los viejos cuentos populares, habían olvidado casi por completo a los siete príncipes que gobernaban el infierno. Nonna Maria nunca lo haría; tenía grabadas en la mente las leyendas que versaban sobre ellos, se le habían quedado marcadas junto con una profunda sensación de pavor. Sintió un cosquilleo entre los hombros, como si los ojos medianoche de uno de ellos se hubieran posado sobre ella, observando desde las sombras. Era solo cuestión de tiempo que su búsqueda los llevara hasta allí.

Si es que no lo había hecho ya. Uno no le robaba al diablo y salía impune.

Volvió a centrarse en las gemelas. Como el agitado mar Tirreno, esa noche estaban muy inquietas. Una inquietud que hablaba de problemas invisibles por venir. Vittoria se adelantó con el hechizo y Emilia tropezó con su parte al intentar mantener el ritmo.

Una ramita estalló en el fuego, seguida rápidamente por otra. El ruido era como el de las espoletas cayendo sobre sus libros de hechizos. Una advertencia en sí misma. Nonna se aferró a los reposabrazos de su mecedora, sus nudillos del mismo color que las almendras peladas que reposaban en la encimera.

—*Calmati!* No tan rápido, Vittoria —la regañó—. Tendrás que empezar

de nuevo si no lo haces bien. ¿O es que te apetece ir sola a recoger tierra de tumba en la oscuridad?

Para consternación de Nonna, Vittoria no parecía tan asustada como debería. La idea de vagar por un cementerio bajo la luz de la luna llena y una tormenta furiosa parecía atractiva a ojos de la niña. Frunció los labios antes de ofrecer una ligera sacudida de cabeza.

Sin embargo, fue Emilia quien respondió, echándole a su hermana una mirada de advertencia.

—Tendremos más cuidado, Nonna.

Para demostrarlo, Emilia levantó el frasco de agua bendita que habían conseguido en el monasterio y lo volcó sobre sus amuletos, permitiendo que una gota cayese sobre cada uno. Plata y oro. Una ofrenda de equilibrio entre la luz y la oscuridad. Un regalo por lo robado todos esos años atrás.

Como pasa arriba, pasa abajo.

Apaciguada, Nonna observó mientras terminaban el hechizo, aliviada cuando unas chispas blancas se elevaron entre las llamas antes de que volvieran a arder de color rojo. Otro año, otra victoria. Habían engañado al diablo una vez más. Con el tiempo, llegaría el día en que los hechizos dejarían de funcionar, pero Nonna se negó a pensar en eso en aquel momento. Echó un vistazo al alféizar de la ventana, complacida con los gajos secos de naranja dispuestos en filas uniformes.

Había unas ramitas de lavanda colgadas sobre la repisa de la chimenea para que se secaran, y la diminuta isla de piedra estaba cubierta de harina y hierbas aromáticas que aguardaban a ser atadas en racimos meticulosos. Verbena, albahaca, orégano, perejil y hojas de laurel. Los aromas de todas ellas producían una mezcla agradable. Algunas eran para la cena de celebración y otras para sus hechizos. Ahora que habían llevado a cabo el ritual de protección, podrían disfrutar de la comida.

Nonna echó un vistazo al reloj sobre la repisa de la chimenea. Su hija y su

yerno llegarían pronto del restaurante familiar y traerían con ellos risa y calidez.

Con tormentas y presagios o sin ellos, todo iría bien en el hogar de los Di Carlo.

Las llamas se calmaron y Emilia se recostó mientras se mordía las uñas. Un desagradable hábito con el que Nonna estaba decidida a acabar. La niña escupió una uña y estuvo a punto de tirarla al suelo.

—¡Emilia! —La voz de Nonna sonó con fuerza en la pequeña estancia. La niña se sobresaltó, bajó la mano y le dedicó una mirada avergonzada—. ¡Al fuego! Sabes que es mejor no dejar nada que puedan usar los que practican *le arti oscure* .

—Lo siento, Nonna —murmuró Emilia. Se mordió el labio y su abuela esperó la pregunta que sabía que llegaría—. ¿Nos hablas de las artes oscuras otra vez?

—¿O de los Malvagi? —añadió Vittoria, a quien siempre interesaban las historias de los Malditos. Incluso en las noches en las que se les prohibía pronunciar tales nombres—. ¿Por favor?

—No deberíamos hablar de cosas oscuras en voz alta. Atrae los problemas.

—Son solo historias, Nonna —dijo Emilia en voz baja.

Ojalá fuera cierto. Nonna Maria trazó un símbolo de protección sobre su corazón y lo terminó con un beso en la punta de los dedos antes de soltar un suspiro. Las gemelas intercambiaron sonrisas triunfantes. Era imposible ocultar las leyendas a las chicas, no importaba si les llenaban la cabeza con sueños de los siete príncipes del infierno. Nonna temía que romantizaran demasiado a los demonios. Decidió que era mejor recordarles por qué deberían tener cuidado con las criaturas hermosas que carecían de alma.

—Lavaos las manos y ayudad a enrollar la masa. Hablaré mientras hacéis los *busiate* .

Sus sonrisas a juego la calentaron e hicieron desaparecer los escalofríos que aún se aferraban a Nonna por culpa de la tormenta y la advertencia que esta traía consigo. La pasta en forma de sacacorchos servida con pesto de tomate era uno de los platos favoritos de las chicas. Les encantaría descubrir que ya había *cassata* esperando en la fresquera. Aunque el bizcocho dulce de requesón era una especialidad de Pascua, a las chicas les encantaba tomarlo por su cumpleaños.

Incluso con todas sus precauciones, Nonna no estaba segura de cuánta dulzura quedaría en sus vidas, así que las mimaba a menudo. No es que necesitara un incentivo adicional para hacerlo. El amor de una abuela era una magia poderosa.

Emilia sacó el mortero y la maja del estante, con la cara tensa por la concentración mientras mezclaba el aceite de oliva, el ajo, las almendras, la albahaca, el pecorino y los tomates cherri para el pesto alla Trapanese. Vittoria retiró el paño húmedo del montículo de masa y comenzó a enrollar la pasta como Nonna le había enseñado. Ocho años y ya sabían cómo moverse en la cocina. No era sorprendente. Entre su casa y el restaurante, prácticamente habían crecido en una. Ambas la miraron entre sus gruesas pestañas, sus expresiones máscaras idénticas de anticipación.

—¿Y bien? ¿Vas a contarnos una historia? —preguntó Vittoria con impaciencia.

Nonna suspiró.

—Hay siete príncipes demoníacos, pero solo cuatro que los Di Carlo deban temer: Wrath, príncipe de la Ira; Greed, príncipe de la Codicia; Envy, príncipe de la Envidia; y Pride, príncipe del Orgullo. Uno anhelará vuestra sangre. Uno capturará vuestro corazón. Uno os robará el alma. Y uno os quitará la vida.

—Los Malditos —susurró Vittoria en un tono casi reverente.

—Los Malvagi son príncipes demoníacos que acechan en la noche,

buscando almas que robar para su rey, el diablo, su hambre voraz e inquebrantable hasta que el amanecer los ahuyenta —continuó Nonna mientras se mecía despacio en su silla. La madera crujió y tapó el sonido de la tormenta. Señaló sus tareas con la cabeza, asegurándose de que cumplieran su parte del trato. Las chicas se pusieron manos a la obra—. Los siete príncipes están tan corrompidos por el pecado que, cuando cruzan a nuestro mundo, no pueden soportar la luz, y están condenados a vagar solo cuando está oscuro. Fue un castigo impuesto por la Prima Strega hace muchos años. Mucho antes de que el hombre hollara la tierra.

—¿Dónde está la Primera Bruja ahora? —preguntó Emilia, con cierto escepticismo en su vocecita—. ¿Por qué no se la ha visto?

Nonna se lo pensó con detenimiento.

—Tiene sus razones. Debemos respetarlas.

—¿Cómo son los príncipes demoníacos? —preguntó Vittoria, aunque ya debía de haber memorizado esa parte.

—Parecen humanos, pero sus ojos de ébano están teñidos de rojo y su piel es dura como la piedra. Hagáis lo que hagáis, nunca debéis hablar con los Malditos. Si los veis, escondeos. Si captáis la atención de un príncipe demonio, no se detendrá ante nada para reclamaros. Son criaturas de la medianoche, nacidas de la oscuridad y la luz de la luna. Y solo buscan destruir. Proteged vuestros corazones, porque si tienen la oportunidad, os los arrancarán del pecho y beberán de vuestra sangre mientras humea en la noche.

No importaba que se tratara de criaturas sin alma que pertenecían al diablo o que fueran a matarlas en cuanto las vieran, las gemelas se sentían hechizadas por aquellos oscuros y misteriosos príncipes del infierno.

Una más que la otra, por cosas del destino.

—Pero ¿*cómo* lo sabremos cuando nos encontremos con uno? —preguntó Vittoria—. ¿Qué pasa si no podemos verles los ojos?

Nonna vaciló. Ya habían oído demasiado y, si la antigua profecía se cumplía, temía que lo peor estuviera por llegar.

—Lo sabrás.

Impregnada de la tradición familiar, Nonna Maria les había enseñado formas mágicas de esconderse tanto de los humanos como de las criaturas de la medianoche. Cada año, en su cumpleaños, recolectaban hierbas del diminuto jardín que tenían detrás de la casa y fabricaban amuletos de protección.

Llevaban amuletos bendecidos con agua bendita, tierra de tumba reciente y rayos brillantes de luz de luna. Recitaban hechizos de protección y nunca hablaban de los Malvagi cuando la luna estaba llena. Más importante aún, nunca se despojaban de sus amuletos.

El *cornicello* de Emilia estaba hecho de plata y el de Vittoria, de oro. Las chicas no tenían permitido juntarlos, o algo terrible podría pasar. Según Nonna, sería como forzar al sol y la luna a compartir el cielo, lo cual sumiría al mundo en un crepúsculo eterno. En esa situación, los príncipes del infierno podrían escapar de su prisión de fuego para siempre, para asesinar y robar las almas de los inocentes hasta que el mundo humano se convirtiera en cenizas, como su reino de pesadillas.

Después de devorar la cena y el pastel, su madre y su padre dieron a las gemelas un beso de buenas noches. Al día siguiente empezarían a ayudar en la ajetreada cocina del restaurante familiar, su primera vez sirviendo la cena. Demasiado emocionadas para dormir, Emilia y Vittoria no dejaron de reírse sobre el colchón que compartían, atacándose la una a la otra con sus amuletos en forma de cuerno, como si estos fueran las diminutas espadas de unas hadas, fingiendo luchar contra los Malvagi.

—Cuando sea mayor, quiero ser una bruja verde —dijo Emilia luego, acurrucada en brazos de su hermana—. Cultivaré todo tipo de hierbas. Y tendré mi propia *trattoria* . Elaboraré mi menú a base de magia y luz de la

luna. Como el de Nonna.

—El tuyo será aún mejor. —Vittoria la abrazó con fuerza para reconfortarla—. Para entonces seré reina y me aseguraré de que tengas todo lo que quieras.

Una noche decidieron ser valientes. Había pasado casi un mes desde su octavo cumpleaños y las terribles advertencias de Nonna Maria parecían haber tenido lugar hacía una eternidad. Vittoria le arrojó su amuleto a su hermana, con expresión decidida.

—Toma —ordenó—, sostenlo.

Emilia dudó solo un minuto antes de acceder a sostener el amuleto dorado en su palma.

Una luz negra y lavanda brillante explotó de sus amuletos, sorprendiendo a Emilia lo suficiente como para dejar caer el collar de su hermana. Vittoria se lo volvió a colocar en su sitio a toda prisa, con los ojos castaños abiertos de par en par mientras la luz brillante se desvanecía de forma abrupta. Ambas se quedaron en silencio. No estaban seguras de si era por miedo o fascinación. Emilia flexionó la mano, tratando de aliviar la sensación de hormigueo que se arrastraba bajo su piel. Vittoria se limitó a mirarla, con el rostro escondido en las sombras.

Cerca, un perro del infierno aulló a la luna, aunque más tarde se convencerían a sí mismas de que solo había sido el viento gruñendo a través de las estrechas calles del barrio. Nunca le contaron a nadie lo que habían hecho, y nunca hablaron de aquella extraña luz púrpura como la tinta.

Ni siquiera entre ellas. Y ante todo, no con Nonna Maria.

Dado que fingieron que el incidente no había tenido lugar, Emilia no le contó a su hermana que la había cambiado de forma irrevocable y que, desde esa noche en adelante, cada vez que sostenía su *cornicello* y se concentraba, veía lo que ella llamaba *luccicare* . Un tenue brillo o aura que rodeaba a una persona.

Las únicas excepciones eran ella y su gemela.

Si Vittoria también poseía aquel nuevo talento, nunca lo admitió. Fue el primero de muchos secretos que las gemelas se ocultarían la una a la otra. Y resultaría ser mortal para una de ellas.

UNO

Diez años después

Nonna Maria se afanaba por la cocina como si hubiera engullido hasta la última gota de expreso de nuestro restaurante. Estaba frenética. Mi gemela llegaba tarde para el turno de la cena y a nuestra abuela le parecía un presagio de fatalidad, especialmente dado que Vittoria había salido la noche anterior a un día santo. La diosa no lo permitiera.

El hecho de que la luna no solo estuviera llena, sino también de un tono amarillo pútrido hizo que Nonna murmurara el tipo de advertencias que por lo general provocaban que mi padre echara el cerrojo de las puertas. Por suerte, él y el tío Nino estaban en el comedor con una botella helada de limoncello, sirviendo bebidas a nuestros clientes después de la cena. Nadie se iba del Mar y Vino sin sorber el licor de postre y sentir la satisfacción y dicha que seguían a una buena comida.

—Búrlate de mí todo lo que quieras, pero no es seguro. Los demonios merodean por las calles, buscando almas que robar. —Nonna partía dientes de ajo para las gambas rebozadas, su cuchillo volaba sobre la tabla desgastada por tantos cortes. Si no tenía cuidado, perdería un dedo—. Tu hermana es tonta, no debería estar fuera. —Se detuvo y se fijó de inmediato en el pequeño amuleto en forma de cuerno que me rodeaba el cuello. La preocupación tallaba surcos profundos alrededor de sus ojos y su boca—. ¿Te has fijado en si llevaba su *cornicello* , Emilia?

No me molesté en responder. Nunca nos quitábamos nuestros amuletos, ni siquiera para bañarnos. Mi hermana rompía todas las reglas excepto esa.

Sobre todo, después de lo que había pasado cuando teníamos ocho años… Cerré los ojos durante un breve instante, deseando que el recuerdo desapareciera. Nonna todavía no sabía lo del *luccicare* que yo era capaz de ver brillando alrededor de los humanos cuando sostenía mi amuleto, y esperaba que nunca lo supiera.

—Mamá, por favor. —Mi madre alzó la mirada al techo como si la diosa del cielo pudiera enviar una respuesta a sus oraciones en la forma de un rayo. No estaba segura de si el rayo estaría destinado a Nonna o mi madre —. Terminemos con el turno de la cena antes de preocuparnos por los Malditos. Tenemos problemas más urgentes en este momento. —Señaló la sartén con un gesto de la cabeza —. El ajo empieza a quemarse.

Nonna murmuró algo que sonó sospechosamente a «También lo harán sus almas en el infierno si no las salvamos, Nicoletta», y yo me mordí el labio para no sonreír.

—Algo va muy pero que muy mal, lo siento en los huesos. Si Vittoria no vuelve a casa pronto, iré a buscarla yo misma. Los Malvagi no se atreverán a robarle el alma en mi presencia. —Nonna hizo descender el cuchillo sobre una caballa desprevenida cuya cabeza cayó al suelo de piedra caliza.

Suspiré. Podríamos haberla utilizado para hacer caldo de pescado. Nonna estaba nerviosa de verdad. Había sido ella quien nos había enseñado el valor de utilizar todas las partes de un animal.

Los huesos, sin embargo, solo se podían usar para el caldo, no para hechizos. Al menos esas eran las reglas para nosotros, los Di Carlo. *Le arti oscure* estaban estrictamente prohibidas. Recogí la cabeza de pescado y la coloqué en un recipiente para dársela más tarde a los gatos callejeros, desterrando cualquier pensamiento sobre las artes oscuras.

Le serví un poco de vino frío a Nonna y añadí unas rodajas de naranja y mondas azucaradas para endulzarlo. En cuestión de un momento, la condensación floreció como el rocío de la mañana a través del cristal.

Estábamos a mediados de julio en Palermo, lo que significaba que el aire era sofocante por la noche, incluso si dejábamos abiertas las ventanas para persuadir a la brisa de que entrara.

Sobre todo hacía calor en la cocina, aunque durante los meses más fríos también me recogía la larga melena debido a las altas temperaturas que alcanzaban nuestros hornos.

El Mar y Vino, la trattoria de la familia Di Carlo, era conocida en toda Sicilia por nuestra deliciosa comida. Todas las noches, nuestras mesas estaban abarrotadas de clientes hambrientos, todos esperando para degustar las recetas de Nonna. La cola empezaba a formarse a última hora de la tarde, sin importar el tiempo que hiciera.

Nonna decía que su secreto eran los ingredientes simples, junto con un toque de magia. Ambas declaraciones eran ciertas.

—Ten, Nonna. —Se suponía que no debíamos usar magia fuera de casa, pero susurré un hechizo rápido y, usando la condensación que goteaba sobre la piedra, deslicé la bebida a lo largo de la encimera para colocársela delante. Hizo una pausa lo bastante larga en su preocupación para tomar un sorbo del vino tinto dulce. Mi madre articuló un «gracias» cuando mi abuela se dio la vuelta y yo sonreí.

No estaba segura de por qué Nonna estaba tan agitada esa noche. En las últimas semanas, más o menos alrededor de nuestro decimoctavo cumpleaños, mi gemela se había perdido algunos turnos para la cena y se había colado en nuestro dormitorio bien pasada la puesta del sol, con las mejillas bronceadas y sonrosadas y cierto brillo en sus ojos oscuros. Había algo diferente en ella. Y tenía la fuerte sospecha de que se debía a cierto vendedor joven del mercado.

Domenico Nucci hijo.

Había echado un vistazo a su diario sin que se enterara y había visto su nombre garabateado en los márgenes antes de que la culpa se apoderara de

mí y lo volviera a colocar debajo de la tabla del suelo donde ella lo había escondido. Seguíamos compartiendo una habitación en el segundo piso de nuestra pequeña y abarrotada casa, así que, por suerte, mi gemela no se había dado cuenta de que había estado fisgoneando.

—Vittoria está bien, Nonna. —Le pasé un poco de perejil fresco para decorar las gambas—. Ya te he contado que ha estado coqueteando con el chico de los Nucci, que vende arancini para su familia cerca del castillo. Estoy segura de que está ocupado con todas las celebraciones previas al festival de esta noche. Apuesto a que Vittoria está repartiendo bolas de arroz frito a todos los que se exceden con la bebida. Necesitan algo para absorber todo ese vino sacramental. —Le guiñé un ojo, pero el miedo de mi abuela no disminuyó. Dejé el resto del perejil en la encimera y la abracé con fuerza—. Ningún demonio está robando su alma o comiéndose su corazón. Lo prometo. Volverá enseguida.

—Espero que algún día te tomes en serio las señales de las diosas, *bambina* .

Tal vez algún día. Pero había escuchado historias sobre príncipes demoníacos de ojos rojos toda mi vida y seguía sin conocer a ninguno. No me preocupaba demasiado que las cosas fueran a cambiar de repente. Dondequiera que se hubieran marchado los Malditos, parecía ser permanente. Les temía tanto como me asustaba que los dinosaurios regresaran de pronto de la extinción y se hicieran cargo de Palermo. Dejé a Nonna con las gambas y sonreí cuando unas notas musicales se filtraron entre los sonidos de cuchillos que cortaban y cucharas que revolvían. Era mi sinfonía favorita, una que me permitía centrarme por completo en la alegría de la creación.

Aspiré el fragante aroma del ajo y la mantequilla.

Cocinar era una combinación de magia y música. El crujido de las cáscaras, el silbido de la panceta al caer en una sartén caliente, el sonido

metálico de unas varillas golpeando un cuenco, incluso el golpe rítmico de un cuchillo de carnicero contra una tabla de cortar de madera. Adoraba hasta el último detalle de estar en la cocina con mi familia. No podía imaginar una forma más perfecta de pasar una noche.

El Mar y Vino era mi futuro y prometía estar lleno de amor y luz. En especial si ahorraba lo suficiente para comprar el edificio de al lado y ampliar nuestro negocio familiar. Había estado experimentando con nuevos sabores de toda Italia y algún día quería crear mi propio menú.

Mi madre tarareaba mientras daba al mazapán forma de fruta.

—Domenico es un buen chico. Sería una buena pareja para Vittoria. Su madre siempre es agradable.

Nonna alzó una mano cubierta de harina en el aire y la agitó como si la idea de un compromiso con un Nucci apestara más que las calles cercanas a los puestos de pescado del mercado.

—¡Bah! Es demasiado joven para preocuparse por el matrimonio. Y no es siciliano.

Mi madre y yo negamos con la cabeza. Me dio la sensación de que sus raíces toscanas tenían poco que ver con la desaprobación de Nonna. Si se saliera con la suya, viviríamos en nuestro hogar ancestral, en nuestro pequeño barrio de Palermo, hasta que nuestros huesos se convirtieran en polvo. Nonna no creía que cualquier otra persona pudiera velar por nosotros tan bien como ella. Sobre todo un simple chico humano. Domenico no había nacido brujo como mi padre y, por lo tanto, Nonna no creía que se pudiera confiar plenamente en él como para revelarle nuestro secreto.

—Nació aquí. Su madre es de aquí. Estoy bastante segura de que eso lo hace siciliano —dije—. Deja de ser tan gruñona. No encaja con alguien tan dulce como tú.

Ella carraspeó, ignorando mi descarado intento de adularla. Testaruda como una mula, como hubiera dicho mi abuelo. Tomó su cuchara de madera

tallada y apuntó en mi dirección.

—En la orilla han aparecido sardinas. Las gaviotas ni las han tocado. ¿Sabes lo que significa? Significa que *ellas* no son tontas. El diablo agita los mares, y ellas no quieren saber nada de sus ofrendas.

—Mamá —gimió mi madre mientras dejaba a un lado la pasta de almendras—. Anoche se estrelló contra las rocas un barco que transportaba queroseno. El aceite ha matado a los peces, no el diablo.

Nonna le lanzó a mi madre una mirada que haría caer de rodillas a un alma más débil.

—Sabes tan bien como yo que es una señal de que los Malvagi están aquí, Nicoletta. Han venido a cobrar. Has oído lo de los cadáveres. El momento coincide con lo predicho. ¿Acaso eso también es una coincidencia?

—¿Cadáveres? —Alcé la voz varias octavas—. ¿De qué estás hablando?

Nonna cerró la boca con fuerza. Mi madre giró la cabeza, olvidándose del mazapán de nuevo. Compartieron una mirada, tan profunda y significativa que unos escalofríos se deslizaron por mi columna vertebral.

—¿Qué cadáveres? —presioné—. ¿Qué se predijo?

Nuestro restaurante estaba más concurrido de lo normal mientras nos preparábamos para la afluencia de personas que asistirían al festival al día siguiente, y habían pasado varios días desde que había prestado atención a los chismes que circulaban por el mercado. No había oído nada sobre ningún cadáver.

Mi madre le lanzó a mi abuela una mirada que decía que, ya que había empezado aquello, lo acabase, y ella volvió a concentrarse en dar forma a los dulces. Nonna se sentó en una silla que tenía cerca de la ventana, agarrando su vino con fuerza. Una ligera brisa nos dio un respiro del agobio del calor. Cerró los ojos, como si estuviera empapándose de ella. Parecía exhausta. Lo que fuera que estuviera pasando, era malo.

—¿Nonna? Por favor. ¿Qué pasa?

—Asesinaron a dos chicas la semana pasada. Una en Sciacca. Y otra aquí. En Palermo.

Sciacca, una ciudad portuaria frente al mar Mediterráneo, quedaba justo al sur. Era una pequeña joya en una isla que constituía un tesoro visual. No podía ni imaginarme que allí se hubiera cometido un asesinato. Lo cual era ridículo, ya que la muerte no discrimina entre el paraíso y el infierno.

—Eso es horrible. —Solté mi cuchillo, con el pulso acelerado. Miré a mi abuela—. Eran… ¿humanas?

La mirada triste de Nonna me lo dijo todo. *Streghe* . Tragué saliva. No me extrañaba que estuviera hablando del regreso de los Malditos. Se estaba imaginando a una de nosotras tirada en la calle, nuestras almas siendo torturadas en el infierno a manos de los demonios mientras nuestra sangre se deslizaba entre las piedras agrietadas, reponiendo la magia de la tierra. Me estremecí a pesar del sudor que me cubría la frente. No sabía qué pensar de aquellos asesinatos.

Nonna me reprendía a menudo por ser demasiado escéptica, pero seguía sin estar convencida de que los Malvagi fueran los culpables. Las antiguas leyendas clamaban que los Malditos eran enviados que negociaban y recuperaban almas para el diablo, no para matar. Y nadie los había visto vagando por nuestro mundo en cien años por lo menos.

Sin embargo, los humanos se asesinaban unos a otros todo el tiempo, y lo que era seguro era que nos atacaban cuando sospechaban lo que éramos. La semana anterior nos habían llegado susurros de una nueva banda de cazadores de *strega* , aunque no habíamos visto ningún rastro de ellos. Pero ahora… Si alguien estaba asesinando brujas, me sentía más inclinada a creer que había que culpar al fanatismo de los humanos. Lo que significaba que teníamos que ser aún más cuidadosos para evitar que nos descubrieran. No más hechizos sencillos donde se nos pudiera ver. Yo tendía a ser

demasiado cautelosa, pero mi hermana no. Su forma favorita de esconderse era no esconderse en absoluto.

Quizás Nonna hiciera bien al preocuparse.

—¿Qué has querido decir con lo de que los Malvagi vienen a cobrar? —pregunté—. ¿Qué fue predicho?

Nonna no parecía contenta con el rumbo de mis preguntas, pero vio la determinación en mis ojos y supo que seguiría interrogándola. Suspiró.

—Hay historias que afirman que los Malditos volverán a Sicilia cada pocas semanas a partir de ahora, buscando algo que le fue robado al diablo.

Aquella leyenda era nueva.

—¿Qué le robaron?

Mi madre se quedó quieta un instante antes de volver a darle forma al mazapán. Nonna sorbió el vino con cuidado, mirándolo como si pudiera adivinar el futuro en la pulpa que flotaba en su superficie.

—Una deuda de sangre.

Enarqué las cejas. Eso no sonaba ominoso en absoluto. Antes de que pudiera seguir interrogándola, alguien llamó a la puerta lateral por la que recibíamos los suministros. Por encima de la charla que reinaba en el pequeño comedor, mi padre llamó al tío Nino para que amenizara la cena a los huéspedes. Se oyeron pasos por el pasillo y la puerta se abrió con un crujido.

—*Buonasera* , *signore* di Carlo. ¿Está Emilia?

Reconocí aquella voz profunda y supe lo que había venido a pedir. Solo había una razón por la que Antonio Vicenzu Bernardo, el miembro más reciente de la santa hermandad, acudía a buscarme siempre. El monasterio más cercano dependía en gran medida de las donaciones y la caridad, así que una o dos veces al mes les preparaba la cena en nombre de nuestro restaurante familiar.

Nonna ya estaba negando con la cabeza mientras me limpiaba las manos

con un trapo y dejaba mi delantal en la isla. Me alisé la parte delantera de la falda oscura y me estremecí un poco al detectar la harina que salpicaba mi corpiño. Parecía la reina de las cenizas y era probable que apestara a ajo.

Contuve un suspiro. Dieciocho años y condenada para siempre en lo que a asuntos románticos se refería.

—Emilia… por favor.

—Nonna, a estas horas ya hay mucha gente en las calles celebrando el festival de mañana. Prometo que no me alejaré de la carretera principal, prepararé la cena deprisa y traeré de vuelta a Vittoria. Ambas estaremos en casa antes de que te des cuenta.

—No. —Nonna se levantó de su silla y me hizo retroceder como una gallina descarriada hacia la isla y mi tabla de cortar abandonada—. No debes irte, Emilia. Esta noche no. —Aferró su propio *cornicello* con expresión suplicante—. Deja que otra persona done comida o te unirás a los muertos en ese monasterio.

—¡Mamá! —la regañó mi madre—. ¡Qué cosas dices!

—No te preocupes, Nonna —le dije—. No planeo morir en mucho, mucho tiempo.

Besé a mi abuela, luego le arrebaté a mi madre un trozo de mazapán del plato y me lo llevé a la boca. Mientras masticaba, llené una cesta con tomates, albahaca fresca, mozzarella casera, ajo, aceite de oliva y una pequeña botella de vinagre balsámico espeso que el tío Nino había traído de su reciente visita a Modena. No era lo tradicional, pero había estado experimentando y me encantaba el sabor que obtenía al rociar ligeramente la comida con él.

Añadí un botecito de sal, una barra de pan crujiente que habíamos horneado antes y luego salí de la cocina a toda prisa, antes de meterme en otra discusión.

Le sonreí al *fratello* Antonio con calidez, deseando que no pudiera

escuchar a Nonna al fondo condenándolo a él y a todo el monasterio. Era joven y guapo para ser miembro de la hermandad, solo tres años mayor que Vittoria y yo. Sus ojos eran del color del chocolate derretido y sus labios siempre insinuaban la sonrisa más dulce. Había crecido en la casa de al lado y yo solía soñar con casarme con él algún día. Lástima que se hubiera decidido por la castidad, estaba segura de que a la mitad del Reino de Italia no le importaría besar su boca de labios llenos. Yo incluida.

—*Buonasera* , *fratello* Antonio. —Sostuve mi canasta de suministros en lo alto, ignorando lo extraña que me sentía al llamarlo «hermano» cuando había tenido pensamientos muy poco fraternales sobre él—. He estado experimentando de nuevo y esta noche voy a preparar una especie de combinación caprese-bruschetta para la hermandad. ¿Le parece bien?

Eso esperaba, por su propio bien. Era un plato rápido y fácil, y aunque el pan sabía mejor untado con aceite de oliva y ligeramente tostado, no requería pasarlo por el fuego.

—Suena celestial, Emilia. Y por favor, llámame Antonio. No hay necesidad de que los viejos amigos se anden con tantas ceremonias. —Me dedicó un tímido asentimiento—. Tu cabello tiene un aspecto encantador.

—*Grazie* . —Levanté la mano y rocé una flor con los dedos. Cuando éramos más pequeñas, había empezado a entretejer flores de azahar y plumeria en mi melena para diferenciarme de mi gemela. Me recordé a mí misma que ahora Antonio estaba comprometido con el Señor Todopoderoso y que no estaba coqueteando conmigo.

No importaba cuánto deseara a veces lo contrario.

Mientras él ignoraba deliberadamente el sonido metálico de una olla golpeando el suelo de piedra, yo me estremecí por dentro. Solo podía imaginarme lo que Nonna podría lanzar a continuación.

—La mayoría de miembros de la hermandad no regresarán al monasterio hasta más tarde —dijo—, pero puedo ayudarte, si quieres.

La histeria de Nonna subió de volumen. Él fue lo suficientemente educado como para fingir que no oía sus terribles advertencias sobre que los demonios habían matado y robado las almas de varias jóvenes sicilianas. Esbocé mi mejor sonrisa, esperando que no pareciera una mueca.

—Me gustaría mucho.

Su atención se deslizó a lo que había a mi espalda cuando los gritos de Nonna nos alcanzaron, y un diminuto pliegue se formó en su frente. La abuela solía tener cuidado con los clientes, pero si empezaba a gritar sobre las artes oscuras y los amuletos de protección donde pudieran escucharla, traería la ruina sobre nuestro bullicioso restaurante familiar.

Si había algo que los humanos temieran tanto como a los Malvagi, era a las brujas.

DOS

Cuando entramos en el monasterio, no estaba pensando en el diablo. O en los malvados demonios devoradores de almas que Nonna juraba que volvían a rondar por la Tierra. Y aunque era innegable que Antonio era agradable a la vista, no me distraía la ligera curva de su boca. O el mechón de pelo castaño que le caía sobre la frente cuando me miraba y luego desviaba la mirada con prisas.

De entre todas las cosas, estaba pensando en el aceite de oliva.

Por alguna razón, en el pasillo flotaba un ligero olor a tomillo quemado, lo que me hizo preguntarme a qué sabría el aceite de oliva infusionado con tomillo y aplicado en un chorrito fino sobre los crostini. Empecé a soñar de nuevo con mi propio restaurante y con el menú que había perfeccionado. Los crostini serían un fantástico antipasto. Cubriría las tostadas de champiñones salteados con un poco de mantequilla, ajo y un chorrito de vino blanco. Quizás incluso espolvorearía un poco de pecorino y perejil para redondear los sabores…

Entramos en la estancia donde se guardaban los utensilios de cocina, guardé esos pensamientos en mi carpeta mental de recetas y me centré en la tarea que tenía entre manos. Saqué dos tablas de cortar y un bol grande del armario, y lo dispuse todo sobre la pequeña mesa.

—Yo corto los tomates, tú cortas la mozzarella en taquitos.

—Como ordene la *signorina* . —Ambos metimos la mano en la cesta que había llevado y los dedos de Antonio rozaron los míos. Saqué los tomates a toda prisa y fingí que no me había recorrido un escalofrío ante el inesperado

contacto.

Cocinar a solas con Antonio (en una habitación oscura en una sección casi olvidada del edificio) no era una mala forma de pasar el tiempo. Si no hubiera entregado su vida al Señor, aquello podría haber sido el comienzo de algo entre nosotros.

Pero, aunque él no lo sabía, éramos enemigos.

Él era miembro de la Iglesia y yo era una bruja. Y no solo una *strega* humana que utilizaba la magia popular contra el mal de ojo y rezaba a los santos católicos. Mi familia era algo más, algo no del todo humano. Nuestro poder era temido, no respetado. Junto con otras doce familias de brujas que vivían en secreto en Palermo, éramos auténticas Hijas de la Luna. Descendientes de una diosa de verdad. Había más familias repartidas por la isla, pero por la seguridad de todos, no nos relacionábamos entre nosotros.

Nuestra magia era peculiar. Aunque solo se transmitía por línea matriarcal, no se manifestaba en *todas* las mujeres. Mi madre, nacida de una bruja, no poseía ninguna habilidad sobrenatural. A menos que su habilidad para la repostería contara, cosa que yo creía a pies juntillas. Solo alguien bendecido por la diosa podía elaborar postres como lo hacía mi madre.

En el pasado había existido un consejo formado por el miembro más anciano de cada familia de brujas. Nonna había sido la líder de Palermo, pero el aquelarre se había disuelto poco después de que naciéramos Vittoria y yo. Las historias eran un poco confusas en cuanto a la causa exacta del desmoronamiento del aquelarre, pero por lo que yo había averiguado, la vieja Sofía Santorini había practicado las artes oscuras y algo había salido muy mal, tras lo cual su mente había quedado fragmentada. Algunos decían que había usado un cráneo humano durante una sesión de adivinación. Otros afirmaban que se trataba de un espejo negro. Todos coincidían en el resultado final: ahora su mente estaba atrapada entre reinos.

Los humanos empezaron a sospechar de lo que consideraban una locura

repentina. A ello siguieron susurros sobre el diablo. Después de eso, nuestro mundo pronto se volvió demasiado peligroso para que las brujas de verdad se reunieran, incluso en secreto. Así que las trece familias de Palermo adoptaron un estricto código de silencio y dejaron de relacionarse.

Los humanos tenían una curiosa manera de culpar al diablo de aquello que no les gustaba. Era extraño que nos llamaran malvadas cuando eran ellos los que disfrutaban viéndonos arder.

—Bueno, dejando de lado a los demonios que invaden nuestra ciudad, ¿cómo estás? —Antonio ni siquiera intentó ocultar su sonrisa—. Menos mal que tienes a un miembro de la santa hermandad velando por tu alma temblorosa.

—Eres terrible.

—Es cierto, aunque en realidad no crees eso. —Sus ojos oscuros brillaron mientras le lanzaba dados de tomate con la cara encendida. Los esquivó con facilidad—. O, al menos, espero que no lo creas.

—Nunca te lo diré. —Dejé de prestar atención al tomate tan gordo que estaba cortando. Una vez, cuando éramos más jóvenes, había utilizado un hechizo de la verdad con él para averiguar si me correspondía. Para mi deleite, así era, y había sentido que el mundo se regocijaba con el descubrimiento. Al contarle a Nonna lo que había hecho, me había obligado a fregar la cocina de arriba abajo yo sola durante un mes.

No había sido exactamente la reacción que esperaba.

Nonna decía que los hechizos de la verdad (aunque explícitamente no formaran parte de las artes oscuras) nunca debían usarse con humanos porque formaban parte de *Il Proibito* . No muchos hechizos se incluían en Lo Prohibido, pero acarreaban consecuencias graves.

El libre albedrío era una de las leyes más básicas de la naturaleza, más allá de las nociones de magia blanca o negra, y *nunca* había que jugar con él, por lo que los hechizos de la verdad estaban prohibidos. Utilizaba a la

vieja Sofía Santorini como historia con moraleja cada vez que cuestionábamos sus estrictas normas.

Sin embargo, no todas las brujas de nuestra comunidad compartían el mismo punto de vista que Nonna. Tras la disolución del aquelarre, algunas familias (como la de mi amiga Claudia) se habían adentrado abiertamente en las artes oscuras. Creían que la magia era magia y que podía, y debía, usarse como quisiera cada bruja. Sangre, huesos; los practicantes de las artes oscuras decían que todas las herramientas eran viables. Vittoria había intentado utilizar esa lógica con Nonna cuando teníamos quince años, y había acabado de camarera durante una semana entera.

—¿Piensas escabullirte del restaurante mañana para acudir a la celebración? —Antonio terminó de cortar la mozzarella en dados y empezó a picar albahaca fresca.

—Puede ser. Depende de cuántos clientes tengamos y de lo tarde que se haga. Para serte sincera, puede que me vaya a casa a probar nuevas recetas o a leer.

—Ah. Una joven muy piadosa, leyendo el Buen Libro.

—Mmm. —Sonreí a mi tabla de cortar. La novela que estaba leyendo era un buen libro, solo que no era *el* Buen Libro. Me abstuve de contarle el último capítulo que había leído, en el que el héroe expresaba su amor de muchas formas explícitas y físicamente asombrosas. Supuse que, técnicamente, su resistencia podía considerarse milagrosa. Lo que era seguro era que me había convertido en una creyente de las expectativas imposibles—. ¿Tienes planeada alguna actividad divertida con la hermandad?

—La diversión es subjetiva. Es probable que nos quedemos en algún lugar cerca de la carroza, haciendo cosas muy serias y sagradas.

No lo dudaba. Después de la muerte repentina de la madre de Antonio el verano anterior, él había sorprendido a todos yéndose de casa y empezando

su vida religiosa. Centrarse en seguir unas reglas estrictas lo había ayudado con el duelo. Ahora estaba mucho mejor, y yo me alegraba por él, aunque eso significara que lo nuestro nunca pasaría.

—Toma. —Le entregué la barra de pan—. Córtala mientras sazono la comida.

Puse los tomates picados en un bol y añadí la mozzarella y la albahaca. Un chorrito de aceite de oliva, un poco de ajo picado y una pizca de sal marina, todo ello en rápida sucesión. Como el pan no estaba tostado y la hermandad no iba a comer de inmediato, añadí un poco de vinagre balsámico y lo mezclé todo. No era exactamente la presentación que yo habría elegido, pero era más importante que la comida tuviera buen sabor y que el pan no se reblandeciera.

—¿Cómo te fue el viaje? —pregunté—. Me dijeron que tuviste que acallar rumores de cambiaformas.

—Ah, sí, los herejes que llegaron del distrito de Friuli después de la Inquisición andan por ahí contando algunas historias interesantes. Han regresado unos poderosos guerreros cuyos espíritus abandonan sus cuerpos en forma de animales y que protegen las cosechas de las fuerzas malévolas, en efecto. —Resopló—. Al menos esa es la historia que nos contaron en el pueblo al que fui asignado. Están convencidos de que hay una asamblea de espíritus en la que una diosa les enseña formas de protegerse del mal. Es difícil acabar con las viejas creencias. —Se encontró con mi mirada y un sinfín de problemas asomaron a sus ojos—. Tu nonna no es la única que cree que los demonios han llegado.

—Yo…

Se oyó una voz en el pasillo, demasiado baja para distinguir las palabras con claridad. Antonio se llevó un dedo a los labios. Quienquiera que fuera habló de nuevo, un poco más fuerte. Seguía sin entender lo que decía, pero no parecía amistoso. Busqué a tientas un cuchillo. Una figura encapuchada

entró en la estancia desde las sombras y extendió poco a poco los brazos hacia nosotros.

—Pagano*s-s-s* .

Se me erizó el vello de todo el cuerpo, como un ejército de muertos vivientes. Los gritos de Nonna sobre demonios fueron sustituidos por mi verdadero miedo a los cazadores de brujas. Me habían encontrado. Y no existía ninguna posibilidad de que pudiera usar magia delante de ellos, o de Antonio, sin delatarme.

Salté hacia atrás tan rápido que me tropecé con las faldas y me estrellé contra la cesta de las provisiones. Los cubiertos cayeron al suelo. La botella de mi vinagre balsámico especial se hizo añicos.

Antonio sacó un rosario de madera que llevaba escondido bajo la túnica y se adelantó para colocarse entre el intruso y yo.

—En nombre de Jesucristo, te ordeno que te vayas, demonio.

De repente, la figura se dobló y… se rio. El terror dejó de recorrerme y fue sustituido por la ira en un santiamén. Me aparté de la pared y clavé la mirada en la figura encapuchada.

—Vittoria.

Mi gemela dejó de reírse y se echó la capucha hacia atrás.

—Dame un minuto. Me estoy imaginando de nuevo la expresión de tu cara y es aún más hilarante la segunda vez.

Antonio se alejó despacio, frunciendo el ceño ante el caos de cristales y vinagre. Respiré hondo y conté en silencio hasta diez.

—Eso no ha sido gracioso. Por tu culpa se me ha caído el vinagre.

Vittoria se estremeció al ver los trozos de cristal esparcidos por el suelo.

—Ay, Emilia. Lo siento mucho. —Cruzó la pequeña estancia y me aplastó contra ella en un abrazo gigante—. Cuando lleguemos a casa puedes romper mi perfume favorito de salvia blanca y lavanda como compensación.

Solté un suspiro bastante largo. Sabía que era sincera, me entregaría con gusto su perfume y vería cómo lo hacía pedazos, pero yo nunca elegiría la venganza.

—Me conformaré con un vaso de ese brebaje parecido al limoncello que haces.

—Prepararé una jarra entera. —Me besó con fuerza en ambas mejillas y luego le dirigió un asentimiento a Antonio—. Resultas muy intimidante bajo el mandato del Señor, hermano Antonio. Si yo fuera un demonio, estoy segura de que me habrías desterrado al infierno de forma definitiva.

—La próxima vez te rociaré con agua bendita. Prenderé fuego al diablo para que abandone tu cuerpo.

—Mmm. Puede que necesites una jarra entera para que eso funcione, sobre todo si lo convoco aquí.

Él sacudió la cabeza y se volvió hacia mí.

—Debería irme, la hermandad necesita mi ayuda para los preparativos de mañana. No te preocupes por el vinagre derramado, volveré más tarde para limpiarlo. Gracias de nuevo por la comida, Emilia. Después del festival, viajaré durante un tiempo para disipar más rumores supersticiosos, pero espero verte a mi regreso.

Ni dos segundos después de que saliera de la habitación, la estúpida de mi hermana empezó a bailar por la habitación, fingiendo besar con pasión al que solo pude suponer que era Antonio.

—Ay, Emilia. Espero verte cuando regrese. Preferiblemente desnuda, en mi cama, gritando el nombre del Señor.

—¡Déjalo ya! —Le di un manotazo, mortificada—. ¡Seguro que todavía pueda oírte!

—Bien. —Movió las caderas de forma sugerente—. Tal vez le dé algunas ideas. No es demasiado tarde para que deje la hermandad. No hay ninguna ley o decreto que diga que una vez que ha aceptado el hábito tenga que

quedarse para siempre. Hay *muchas* formas más interesantes de que un hombre encuentre la religión. Tal vez puedas bañarte en agua bendita y enseñárselo.

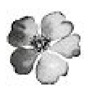
—Eres blasfema hasta decir basta.

—Y tú estás roja como una cereza. ¿Por qué no le dices lo que sientes? O tal vez deberías besarlo. A juzgar por la forma en que te mira, dudo de que le importe. Además, lo peor que puede pasar es que se ponga a hablar de sus órdenes religiosas y tengas que estrangularlo con su rosario.

—Vamos, Venus. Ya has hecho suficiente de carabina por un día.

La tomé de la mano y me apresuré a salir de la habitación, aliviada al encontrar el pasillo vacío.

Ni rastro de Antonio. O de cualquier otro miembro de la santa hermandad. Gracias a la diosa. Nos precipitamos por los pasillos sombríos y no dejamos de correr hasta que el monasterio fue una mota en la noche.



Desde la comodidad de la cocina de nuestra casa, Vittoria reunió naranjas sanguinas, limoncello, vino tinto y una botella de prosecco. Observé desde la isla cómo lo echaba todo metódicamente en una jarra. Una taza de esto, un chorrito de aquello, unas cuantas cáscaras azucaradas… Las pociones y los perfumes eran las ramas en las que su magia brillaba más, y a menudo se traducía en bebidas. Era una de las pocas veces que se ponía seria del todo, y me encantaba verla perderse en esa felicidad tan pura.

Se me hizo la boca agua mientras cortaba naranjas. Aquella era mi bebida favorita con diferencia: Vittoria se había inspirado en la sangría, que en los últimos años también se había hecho muy popular en Francia e Inglaterra. Algunas familias inglesas que se habían mudado a Palermo se habían traído sus recetas, añadiéndolas a nuestra ya ecléctica historia. Nonna decía que la

española había sido influenciada por un vino especiado de la antigua Roma llamado hippocras. Con independencia de su origen, me encantaba el sabor del zumo de naranja mezclado con el vino y las burbujas efervescentes creadas por el prosecco.

Vittoria sumergió una cuchara en la mezcla, la removió con energía y la probó antes de servirme un vaso generoso. Se llevó la botella de limoncello y me hizo señas para que la siguiera escaleras arriba.

—Date prisa, Emilia, antes de que despertemos a alguien.

—¿Dónde estabas antes? —Cerré la puerta del dormitorio en silencio tras nosotras—. Nonna estaba a un paso de usar todo nuestro aceite de oliva para comprobar si el mal había entrado en el Mar y Vino, y probablemente en el resto de la isla, si pudiera.

Vittoria se desplomó sobre su colchón, con la botella de limoncello en la mano, y sonrió.

—Estaba invocando al diablo. Un antiguo libro me susurró sus secretos y he decidido tomarlo como esposo. Te invitaría a la boda, pero estoy segura de que la ceremonia tendrá lugar en el infierno.

La miré con dureza. Si no quería decirme la verdad, bien. Podía guardarse su romance secreto con Domenico para sí misma durante el tiempo que quisiera.

—Tienes que dejar de llamar tanto la atención.

—¿O si no qué? ¿Los Malvagi vendrán a robarme el alma? Tal vez se la venda yo misma.

—O las cosas terminarán mal para nuestra familia. La semana pasada asesinaron a dos chicas. Ambas eran brujas. Antonio ha dicho que la gente del último pueblo que visitó hablaba de cambiaformas. No es el momento de bromear con el diablo. Ya sabes cómo se ponen los humanos. Primero son los metamorfos, luego los demonios y luego es solo cuestión de tiempo que las brujas sean el objetivo.

—Lo sé. —Vittoria tragó saliva y desvió la mirada. Abrí la boca para preguntarle qué había estado haciendo en el monasterio, pero cuando se volvió, su mirada brillaba con picardía—. Entonces, ¿has tomado algún vino o licor especial últimamente?

Dejé pasar el interrogatorio. «Vino o licores especiales» era su código para «sentido de bruja sobrenatural». A menudo utilizaba el código para hablar de temas que queríamos ocultar a los humanos o a las abuelas entrometidas. Me acurruqué contra la almohada y levanté las rodillas. Antes de contar mi historia, susurré un hechizo de silencio para camuflar el sonido de nuestras voces.

—Bueno, la otra noche soñé con un fantasma…

—¡Espera! —Vittoria dejó su limoncello y agarró su diario, con la pluma en la mano y el bote de tinta preparado—. Cuéntamelo todo. Hasta el último detalle. ¿Qué aspecto tenía el fantasma? ¿Viste alguna silueta o sombra brillante, o fue más bien algo que sentiste? ¿Te habló? ¿Cuándo ocurrió? ¿Justo cuando te dormiste o más entrada la noche?

—Ya era casi por la mañana. Al principio pensé que estaba despierta.

Bebí un sorbo y le conté el extraño sueño (la voz incorpórea que susurraba demasiado bajo para escuchar algo que no fuera el lenguaje sin sentido de los sueños) creyendo que solo había sido cosa de mi imaginación hiperactiva y no los primeros signos del horror que se avecinaba.

TRES

Desmenucé con rapidez el pescado para el caldo, ignorando el crujido sordo de las espinas. Ya estábamos preparando la cena cuando me di cuenta de que había olvidado mi cesta en el monasterio. Como era un día santo y la gente ya había salido en masa, tendría que esperar a que el Mar y Vino cerrara para recuperar mis cosas.

Quizás fuera una bendición de la diosa. Como la hermandad estaría fuera celebrando la Santuzza (la pequeña santa) no tendría que preocuparme por ver a Antonio. Lo cierto era que no quería encontrarme con él después de las mortificantes payasadas de Vittoria de la noche anterior. Ella no tenía problemas para ser atrevida y descarada, y la gente la adoraba por ello. Por desgracia, era una habilidad que yo no dominaba.

Miré a mi hermana, que había estado inusualmente callada toda la mañana. Algo la preocupaba. Después de contarle mi sueño de la noche anterior, parecía haber estado a punto de hacerme una confidencia.

En lugar de hablar, había dejado su diario a un lado, se había dado la vuelta en el colchón y se había puesto a dormir. Me pregunté si se había peleado con su novio secreto. Tal vez había quedado con él en el monasterio y no había aparecido.

—Sé que vamos a estar ocupados esta noche —dijo Vittoria de repente, irrumpiendo en mis pensamientos—, pero tengo que irme un poco antes.

Nonna pasó por delante de mi madre (que estaba preparando un café expreso para servirlo con el postre), levantó una cesta de mimbre llena de caracoles diminutos que había sobre la isla y señaló con la cabeza a mi

gemela.

—Ten. Hiérvelos para el *babbaluci* . —Le dio un manotazo en la mano a mi gemela—. No demasiado tiempo. Lo último que queremos es que se queden gomosos.

Enarqué las cejas, esperando que Nonna prohibiera salir a mi gemela. No dijo nada. Mientras Vittoria hervía rápidamente unos cuantos puñados de caracoles a la vez, Nonna picaba ajo y ponía una sartén con aceite de oliva al fuego. Pronto ganamos ritmo, y yo dejé de lado lo que molestaba a mi hermana en favor de perfeccionar mi caldo de pescado. Ya la obligaría a contármelo todo más tarde.

Vittoria sacó los caracoles, Nonna los añadió al aceite y al ajo, los frio un poco y los remató con sal, pimienta y perejil fresco. Susurró una bendición sobre los platos, dando las gracias a la comida por nutrirnos y a los caracoles por su sacrificio. Era un gesto pequeño y no necesariamente mágico, pero ella juraba que hacía que la comida supiera mejor.

—¿Nicoletta? —llamó Nonna. Mi madre dejó la última bandeja de postres a un lado y se echó un trapo al hombro—. Llévale a tu hermano este cuenco de *babbaluci* , y dile que salga y deje probar un bocado a quien parezca hambriento. Ayudará con la cola.

Y atraería a más gente a nuestra trattoria. Puede que Nonna no usara la magia directamente sobre los clientes, pero era experta en el arte de atraer a los humanos usando sus propios sentidos. El olor a ajo frito haría que muchos clientes hambrientos acudieran hasta nuestras mesas.

Una vez que mi madre se fue, Nonna nos apuntó con su cuchara de madera tallada.

—¿Habéis visto el cielo esta mañana? Estaba tan rojo como la sangre del diablo. Esta noche no es una noche para estar fuera. Quédate en casa y trabaja en tus grimorios, cose milenrama seca dentro de tus faldas. Hay mucho que hacer. ¿Lleváis vuestros amuletos? —Saqué el mío de debajo

del corpiño. Vittoria suspiró e hizo lo mismo—. Bien. No os los habéis quitado, ¿verdad?

—No, Nonna. —Ignoré la pesada mirada de mi hermana cuando la posó sobre mí. Técnicamente no estaba mintiendo. Ella se había quitado su amuleto cuando teníamos ocho años, yo no. Que yo supiera, ninguna de nosotras había vuelto a quitárselos.

Nonna respiró hondo, aparentemente apaciguada.

—Gracias a la diosa por eso. Ya sabéis lo que pasaría si no.

—Nuestro mundo se convertirá en pesadillas y cenizas. —Vittoria extendió los brazos como si fuera un demonio que se moviera muy despacio y avanzó—. El diablo vagará en libertad. Nos bañaremos en la sangre de los inocentes, nuestras almas malditas pasarán la eternidad en el infierno.

—No deberías irritar a las diosas que han enviado señales, Vittoria. Esos amuletos podrían liberar a los príncipes demonios. A menos que quieras ser responsable de que los Malvagi entren en este reino después de que La Prima los encerrara, yo haría caso de las advertencias.

Cualquier rastro de humor abandonó la cara de mi hermana. Se giró hacia la siguiente tanda de caracoles y agarró con fuerza su *cornicello* . Tragué con fuerza, recordando al sabueso infernal que habíamos oído aquella noche de hacía tanto tiempo. Nonna tenía que estar equivocada; su advertencia era más bien una superstición. El diablo y todos sus súbditos demoníacos estaban encarcelados. Además, Nonna siempre decía que nuestros amuletos no podían juntarse. No había dejado que se tocaran, solo había sostenido el de mi hermana mientras aún llevaba el mío. Los príncipes del infierno estaban donde debían estar. Ningún demonio vagaba por la Tierra. Todo iba bien.

Sin embargo, cuando nuestra abuela nos dio la espalda, Vittoria y yo compartimos una mirada larga y silenciosa.

CUATRO

Me quedé mirando el oscuro monasterio, sin poder evitar la sensación de que me devolvía la mirada, enseñando los colmillos en una mueca cruel. Lo cual era una señal de que, después de todo, las supersticiones de Nonna habían conseguido desquiciarme. A menos que una poderosa bruja hubiera lanzado un hechizo del que nunca había oído hablar para dar vida a la piedra caliza y al cristal, solo era un edificio vacío.

—*Grazie* , Nonna —dije en voz baja, sin sentirme agradecida en absoluto.

Me dirigí a una puerta de madera situada en las sombras más profundas. Las gruesas bisagras de hierro gimieron en señal de protesta cuando me deslicé hacia el interior. En algún lugar de las vigas que quedaban por encima, un pájaro alzó el vuelo, sus alas batiendo al ritmo de mi corazón.

El monasterio de los Capuchinos estaba a menos de un kilómetro de nuestro restaurante y era uno de los edificios más queridos de Palermo. No por su arquitectura, sino por las catacumbas alojadas entre sus santos muros. Me gustaba bastante a la luz del día, pero no podía deshacerme del frío que me invadía en la oscuridad. Ahora que estaba completamente vacío, una inquietante premonición se apoderó de mis sentidos. Incluso el aire parecía tenso, como si estuviera aguantando la respiración a causa de algún descubrimiento perverso.

El griterío sobre demonios de Nonna seguía persiguiéndome mientras me adentraba en el silencioso monasterio y me armaba de valor contra una creciente sensación de temor. No quería pensar en monstruos de ojos rojos y

ladrones de almas invadiendo nuestra ciudad, sobre todo cuando estaba a solas.

Me rodeé el pecho con los brazos y caminé a paso ligero por un pasillo oscuro repleto de momias. Habían sido colocadas en posición vertical y vestidas con prendas de su elección, sus ropas databan de cientos de años atrás.

Intenté no fijarme en sus miradas vacías y sin vida mientras me daba prisa. Era el camino más rápido para llegar a la estancia donde había dejado mi cesta y maldije a la hermandad por aquel espeluznante espectáculo.

Aunque a mi hermana nunca la molestaba. Cuando éramos niñas, Vittoria quería lavar y preparar los cuerpos de los difuntos. Nonna no aprobaba su fascinación por los muertos y creía que podría conducir a una obsesión por *le arti oscure* . Yo me sentía indecisa al respecto, pero al final no importó: la hermandad eligió a nuestra amiga Claudia para esa tarea.

En las raras tardes en las que no trabajábamos y podíamos pasear por la playa, recogiendo conchas para las bendiciones de la luna, Claudia nos contaba historias sobre cómo las momias llegaban a serlo. Yo retorcía los dedos de los pies en la cálida arena, tratando de evitar que se me pusiera la piel de gallina, pero Vittoria se inclinaba hacia delante con un brillo hambriento en los ojos, voraz por cada bocado de información que Claudia nos proporcionaba.

En aquel momento hice lo posible por olvidar esas historias morbosas.

Había una ventana abierta en lo alto que permitía que la brisa atravesara el pasillo en ráfagas. Olía a tierra removida y a sal, como si estuviera soplando una tormenta. *Fantastico* . Lo último que necesitaba era tener que correr de vuelta a casa bajo la lluvia.

Me moví con rapidez en la oscuridad. Había dos antorchas encendidas en cada extremo del largo pasillo que dejaban gran parte de mi camino en sombras. Con el rabillo del ojo, percibí movimiento y me quedé helada. *Yo*

había dejado de caminar, pero el sonido de la tela rozando la piedra continuó un buen rato antes de callarse también. Allí había alguien o *algo* .

Todo mi cuerpo zumbaba, estaba hecha un manojo de nervios. Sacudí la cabeza. Me asustaban los Malvagi y mi mente me estaba jugando una mala pasada. Lo más seguro era que se tratara de Vittoria otra vez. Reuní la poca valentía que pude y me obligué a darme la vuelta y a escudriñar el pasillo de momias silenciosas y vigilantes en busca de mi hermana.

—¿Vittoria? —Clavé la mirada en las sombras y casi grité cuando una formó una silueta más densa que surgió de detrás de los cuerpos—. ¿Quién está ahí?

Fuera lo que fuera, no respondió. Pensé en los rumores que Antonio había mencionado el día anterior y no pude evitar imaginarme a un cambiaformas escondido en la oscuridad. Se me erizó el vello de los brazos. Podría haber jurado que sentía ojos sobre mí. Unas campanadas de alarma sonaron en mi cabeza. El peligro me acechaba. Nonna tenía razón: esa noche no debería haber salido. Estaba pensando en la rapidez con la que podría huir de allí cuando unas alas se agitaron en las vigas. Se me escapó un suspiro. No había ninguna aparición, ni un cambiaformas mitológico, ni un demonio acechándome. Solo era un pajarillo perdido. Con toda probabilidad, yo lo había asustado más que él a mí.

Retrocedí despacio por el pasillo y me dirigí a la siguiente estancia, ignorando el nerviosismo que se había apoderado de mis huesos. Me apresuré a entrar en la habitación donde había olvidado mi cesta, la recogí y guardé mis provisiones de nuevo, con manos temblorosas todo el tiempo.

—Pájaro estúpido.

Cuanto más rápido recogiera mis cosas, más rápido podría recoger a Vittoria del festival y volver a casa. Entonces, pediríamos prestada una botella de vino y nos meteríamos en la cama a beber y reír juntas sobre las funestas proclamas de Nonna sobre el diablo, calentitas y cómodas en la

seguridad de nuestra habitación.

El roce de una bota contra la piedra me dejó petrificada. Ese sonido no podía confundirse con las alas de un pájaro. Me quedé allí, casi sin respirar, escuchando un silencio que lo consumía todo. Aferré mi *cornicello* para sentirme segura.

Entonces, algo empezó a llamarme por lo bajo. Lento e insistente, un zumbido silencioso que no podía ignorar. La diosa sabía que lo estaba intentando. No era un sonido estrictamente físico, sino más bien una sensación peculiar en la boca del estómago. Cada vez que consideraba la posibilidad de huir, se volvía más exigente.

Agarré el cuchillo de mi cesta con la otra mano y avancé de puntillas por el pasillo, deteniéndome a escuchar en cada estancia. El corazón me latía con fuerza a cada paso. Estaba medio convencida de que podría dejar de funcionar del todo si no me calmaba.

Di otro paso, seguido de otro. Cada uno más difícil que el anterior. Me esforcé por contrarrestar el tamborileo de mi pulso, pero no surgió ningún otro sonido de la oscuridad. Era como si hubiera conjurado el ruido anterior por miedo. Pero esa sensación…

La seguí hasta el interior del monasterio.

Al final del siguiente pasillo me detuve ante una habitación con la puerta entreabierta. Lo que fuera que me había estado llamando me condujo al interior, lo sentía. Un ligero tirón en mi centro, una llamada contra la que no cabía la esperanza de resistirse. No sabía qué tipo de magia estaba en juego, pero la percibía con total claridad.

Dejé caer mi amuleto y contuve la respiración mientras me deslizaba sin ser vista, recelosa de lo que me estaba atrayendo. Nonna siempre me regañaba por mi habilidad para escabullirme sin ser detectada, pero, en esos momentos, me pareció más una bendición que una maldición.

En el interior, el olor a restos de tomillo mezclado con algo metálico y un

poco de parafina quemada flotaba en el aire. Mi vista tardó un momento en acostumbrarse, pero una vez que lo hizo, reprimí un grito ahogado, preguntándome cómo no lo había visto antes. Tal vez su quietud preternatural fuera la culpable.

Ahora que era consciente de su presencia, no podía apartar la mirada. Estaba demasiado oscuro para distinguir sus rasgos con claridad, pero su pelo era de un tono cercano al ónice, casi iridiscente como las alas de un cuervo a la luz del sol. Era alto y de constitución imponente, como la estatua de un guerrero romano, aunque sus ropas eran las de un elegante caballero.

Sin embargo, había algo en él que me hizo permanecer en las sombras, intranquila por si me detectaba.

Se cernía sobre un cuerpo amortajado. En mi mente se agitaron una docena de historias. Quizás el amor de su vida había sucumbido a una muerte trágica antes de que pudieran hacer realidad sus sueños juntos, y él estaba enfadado con el mundo. Tal vez hubiera fallecido pacíficamente mientras dormía. O tal vez fuera la bruja asesinada que Nonna había mencionado el día anterior.

Aquella cuyo cadáver había sido descubierto en nuestra ciudad.

Ese pensamiento fue como si me cayera encima un cubo de agua helada. Dejé de jugar a las fantasías mentales y me concentré más en la estancia. Una extraña variedad de velas medio apagadas habían sido colocadas con sumo cuidado en un círculo alrededor del altar de piedra donde yacía el cuerpo. Unas fragantes volutas de tomillo volvieron a invadir mis fosas nasales.

Era extraño que un hombre humano pusiera velas y quemara hierbas. Recordé el olor a tomillo de la noche anterior y me pregunté si habría estado allí mientras Antonio y yo cocinábamos unas puertas más abajo.

Clavé la mirada en él, con el pulso palpitante, tratando de determinar si

era la fuente de magia que me había atraído en un principio. No me lo pareció. No sentía ninguna atracción hacia él, solo hacia la estancia. Sin previo aviso, de repente la presión del aire parecía la equivocada, como si se estuviera produciendo cierta distorsión en el espacio que nos rodeaba. Incluso las sombras parecían inclinarse en señal de conformidad.

Y qué más . Era una idea ridícula. Primero, unos demonios fantasmales invisibles me seguían por los pasillos, y ahora aquello. No había nada amenazante en un joven despidiéndose de la chica a la que amaba. Colocar velas alrededor de un cuerpo tampoco era tan extraño. Mucha gente las encendía mientras rezaba a su dios. Una vez más, mi…

De repente, se inclinó hacia el cuerpo, sus manos rozaron la zona que quedaba por encima del corazón, y esperé a que apartara el sudario y diera un último beso de despedida a su amada. Cuando sacó la mano de debajo de la tela, sus dedos estaban cubiertos de sangre. Lentamente, como en un trance diabólico, se llevó los dedos a la boca y se los lamió. Por un momento, me quedé allí mirando, incapaz de procesar lo que había visto.

En mi interior, todo zumbó y se quedó inmóvil. El miedo y la rabia se arremolinaron en una cacofonía cuando por fin comprendí mi anterior sensación instintiva de que algo iba mal.

Varias advertencias resonaron en mi interior, chillando sobre demonios sedientos de sangre, pero yo estaba indignada más allá de lo razonable. No se trataba de una criatura de la medianoche, nacida de la oscuridad y la luz de la luna, como decía Nonna. Aquel monstruo demasiado humano había irrumpido en las catacumbas y había cometido el más vil de los actos: había probado la sangre de los muertos. Antes de que pudiera hacer caso a las advertencias que mi abuela nos había metido desde nuestro nacimiento en las tozudas cabezotas que teníamos, salí de mi escondite, gritando como si fuera una criatura salvaje de la noche.

—¡Detente!

Ya fuera por la cruda orden de mi voz, o más bien por la estridencia, que bien podía haberle hecho estallar los oídos, el desconocido retrocedió unos metros, con un movimiento casi demasiado rápido para detectarlo. Había algo más que resultaba extraño… algo… Me aferré a mi *cornicello* y me concentré en su aura. Su *luccicare* no era de color lavanda, sino de múltiples tonos brillantes de negro con motitas doradas. Me recordaba al cuarzo de titanio de Nonna. Nunca había visto nada parecido.

Él paseó la mirada desde el cuchillo de cocina que yo sostenía hasta el cuerpo que yacía en la mesa, probablemente debatiendo su siguiente movimiento. Por primera vez, me fijé en la daga que tenía en la mano. Una serpiente dorada con ojos de color lavanda se enroscaba alrededor de la empuñadura, con los colmillos al descubierto. Era preciosa. Malvada. Mortal.

Por un momento, pensé que me apuntaría directamente al corazón.

—Aléjate de ella —advertí, dando un pequeño paso en su dirección—, o gritaré lo bastante fuerte como para convocar hasta al último *fratello* en este edificio.

Era mentira. Toda la hermandad estaba fuera, cumpliendo con su deber para con Santa Rosalía. Por lo que sabía, él y yo éramos los únicos en todo el monasterio. En las profundidades de las catacumbas, nadie oiría mis gritos si él se lanzaba a por mí. Pero no estaba indefensa.

Mi mano abandonó el amuleto y se dirigió a la tiza bendecida por la luna que Nonna insistía en que lleváramos en los bolsillos secretos de la falda, dispuesta a caer de rodillas y dibujar un círculo de protección. Funcionaría contra un humano igual de bien que contra cualquier amenaza sobrenatural. Dudé, por si acaso era un cazador de brujas y el uso de la magia delataba mi secreto.

Él abrió la boca a punto de decir… lo que sea que una persona diga después de ser sorprendida lamiendo la sangre de los muertos, cuando su

mirada se posó en la zona cercana a mi pecho. El calor de su mirada casi me chamuscó el vestido. Había saboreado la sangre y ahora tenía el valor de mirarme como si yo fuera otro manjar puesto en la Tierra solo para su placer. O era…

—Mentirosa. —Su voz era profunda, áspera y elegante a la vez. Una hoja de sierra envuelta en seda. Se me erizó el vello de los brazos.

Antes de que yo soltara un torrente de maldiciones, hizo lo último que esperaba: giró sobre sus talones y huyó. En su prisa por irse, la daga de serpiente se le cayó al suelo. No se dio cuenta o no le importó. Esperé, con el cuchillo de cocina apuntando hacia delante, respirando con fuerza. No oí pasos de retirada, solo un ligero crujido, como el crepitar del fuego. Había estado allí y se había ido demasiado rápido para estar segura.

Si atacaba desde las sombras, me defendería por cualquier medio necesario. Daba igual que esa idea me provocara náuseas. Pasó un momento. Luego otro. Me esforcé por aplacar el fuerte rugido de mi pulso y escuchar cualquier señal de pasos.

No se oía ningún sonido aparte de los frenéticos latidos de mi corazón.

No volvió. Me planteé perseguirlo, pero ni mi aliento ni mis piernas temblorosas estaban por la labor de cooperar. Miré hacia abajo, preguntándome qué había hecho que pareciera tan inquieto, y vi mi *cornicello* brillando en la oscuridad. ¿Cómo…?

La llamada silenciosa volvió con fuerza, instándome a escuchar con atención. Empujé aquellos susurros hacia lo más profundo de mi mente. No necesitaba más distracciones. Tardé unos instantes, en los que ralenticé el pulso, en darme cuenta de que el cuerpo de la mesa no estaba en el lugar al que la hermandad llevaba los cadáveres recientes para lavarlos y prepararlos para la momificación.

De hecho, aquella sala no parecía utilizarse para nada. Mi atención se desplazó por la estancia y me fijé en una gruesa capa de polvo. Aparte del

altar de piedra colocado en el centro, era una habitación pequeña tallada en piedra caliza. No había estantes, ni cajas, ni nada almacenado. Olía a moho y a aire viciado, como si hubiera estado sellada durante cientos de años y se hubiera abierto hacía poco. El olor a humedad era mucho más fuerte que el anterior y tenue aroma a tomillo.

Un incómodo pinchazo comenzó en la parte superior de mi columna vertebral y se abrió paso hasta los dedos de los pies. Ahora que el desconocido se había ido, no había duda de que el cuerpo me llamaba. Lo cual nunca era buena señal. No había tenido el placer de hablar con los muertos antes y la verdad era que la idea no me resultaba demasiado atractiva en aquel momento. Quería huir y, definitivamente, no quería mirar bajo la mortaja, pero no podía no hacerlo. Agarré mi cuchillo con fuerza y me obligué a caminar hacia el cadáver, obedeciendo a ese tirón silencioso e insistente, maldiciendo mi conciencia durante todo el camino. Antes de echar un vistazo al cadáver, recogí la daga del desconocido del suelo y sustituí con ella mi endeble cuchillo de cocina. Su peso era un pequeño consuelo. Si el bebedor de sangre perturbado volvía, tenía un arma mucho mejor que la anterior para amenazarlo.

Sintiéndome tan reconfortada como era posible, me giré hacia el cuerpo cubierto, cediendo por fin a su llamada. No permití que el miedo anidara en mi corazón mientras arrancaba el sudario de su rostro.

Me quedé en silencio durante todo un segundo antes de que mi grito hiciera añicos la tranquilidad del monasterio.

CINCO

La magia es una entidad viva que respira; se nutre de la energía que le das. Al igual que todas las fuerzas de la naturaleza, no es ni buena ni mala, se transforma en función de la intención de quien la usa. Aliméntala con amor y florecerá y crecerá. Aliméntala con odio y te devolverá el odio multiplicado por diez.

—Notas del grimorio de los Di Carlo

La cara que me hallé contemplando era un reflejo de la mía. Ojos marrones, pelo castaño oscuro, piel aceitunada y bronceada por el sol y por nuestra ascendencia común. Me acerqué, aparté con timidez un mechón de la frente de Vittoria y retiré la mano al sentir el calor que aún desprendía.

—¿Vittoria? ¿Puedes moverte?

Sus ojos estaban fijos y vacíos. Esperé a que parpadeara y a que soltara una carcajada. Nunca conseguía reprimir la risa durante mucho rato.

Vittoria no se movió. Yo tampoco inhalé ni exhalé. Me quedé allí, mirándola, atrapada entre la negación y el terror. No alcanzaba a entender el espectáculo que tenía ante mí. Me tiré del pelo. La había visto apenas una o dos horas antes.

Aquello tenía que ser otra de sus estúpidas bromas.

—¿Vittoria? —susurré, esperando una respuesta. Los segundos se

convirtieron en minutos. Ella miraba fijamente, sin parpadear. Quizás estuviera inconsciente. Me acerqué y la sacudí un poco—. Por favor. Muévete. —Incluso teniendo los ojos abiertos, parecía muy tranquila, tumbada con un sudario bajo la barbilla. Como si estuviese en un trance mágico profundo y un príncipe fuera a venir pronto a besarla para despertarla. Algo se retorció en mi interior. Aquello no era un cuento de hadas. Nadie acudiría a romper el hechizo de la muerte. Pero *yo* debería haber estado allí para rescatar a mi hermana.

Si hubiera salido antes del restaurante, tal vez podría haber hecho algo para salvarla. Tal vez esa bestia asesina me hubiera llevado a mí en su lugar. O tal vez debería haber insistido en que escuchara a Nonna y se quedara en casa. Podría haberle dicho a nuestra abuela lo de los amuletos. Había tenido cien opciones diferentes ante mí y no había hecho nada. Tal vez si… Cerré los ojos contra la oleada de oscuridad que me invadía.

Lo cual resultó ser peor.

Tenía que tratarse de otra de esas fantasías horriblemente vívidas que me inventaba. Era imposible que fuera real. Y, sin embargo, cuando volví a abrir los ojos, no pude negar que Vittoria estaba muerta.

Un goteo constante irrumpió en mis pensamientos. Parecía muy extraño, un ruido muy mundano. Y, sin embargo, me concentré en él con intensidad. Me ayudó a ahogar el insistente zumbido y los susurros que aún podía oír.

Quizás la locura se estuviera apoderando de mí.

El goteo disminuyó. Significaba algo: su ausencia. Ahora no podía pensar en ello. El extraño susurro por fin se volvió demasiado silencioso para escucharlo. Como si lo que lo había causado se hubiera alejado.

Un sollozo rompió el creciente silencio. Tardé un momento en darme cuenta de que provenía de mí.

La estancia giró hasta que casi me derrumbé. Mi gemela. Mi mejor amiga. Se había ido. Nunca más beberíamos, reiríamos o planearíamos

nuestro futuro. Nunca más se burlaría de las supersticiones de Nonna ni volvería a salir de entre las sombras de un salto. Nunca más nos pelearíamos ni nos reconciliaríamos. Nunca más me impulsaría a ser más audaz, ni me diría que agarrara mis sueños por el cuello. No sabía quién ser sin ella. Cómo seguir adelante.

—No. —Sacudí la cabeza, negándome a aceptarlo. Había magia y trucos en juego. Vittoria no podía estar muerta. Era joven, alegre y estaba muy llena de *vida* . Vittoria era la que más bailaba en las fiestas, la que más alababa a la luna y a la diosa de la noche y las estrellas, y la que siempre hacía sentir a todo el mundo como su mejor amigo. No sabía quién era aquella persona inmóvil y silenciosa.

Entre lágrimas, le quité el sudario por completo. El vestido que llevaba era blanco, como una ofrenda. Era de seda, de confección fina, y acentuado con encajes. Nunca lo había visto. No éramos pobres, pero estaba segura de que no podíamos comprar algo así. No, a menos que hubiera estado ahorrando durante los últimos veranos.

El delicado corpiño, destruido, su *cornicello* desaparecido, su…

Grité. Le habían arrancado el corazón del pecho. El agujero era irregular y horrible. Era un abismo negro y carmesí en su cuerpo, tan antinatural que supe que, aunque viviera mil años, nunca se me borraría de la memoria. Me quedé mirando la sangre, comprendiendo por fin el origen del incesante goteo. Se acumulaba bajo su cuerpo y salpicaba el altar.

Había mucha sangre. Parecía… Caí de rodillas y vomité todo lo que tenía en el estómago. Tuve arcadas una y otra vez hasta que no quedó nada.

Cerré los ojos y la imagen fue aún más terrible. Inspiré una y otra vez, pero eso no me ayudó con el mareo.

Ahora que había visto la sangre, lo único que podía oler era el aroma metálico de la muerte. Estaba por todas partes, lo impregnaba todo. Me invadieron ráfagas consecutivas de calor y de frío.

Resbalé hacia delante y me desplomé sobre la piedra. Intenté levantarme y volví a caer. Estaba cubierta de la sangre de mi gemela. Me acurruqué de costado y temblé. Aquello era una pesadilla. Pronto despertaría. Pronto despertaría, tenía que hacerlo. Las pesadillas no duraban para siempre. Solo tenía que sobrevivir hasta que acabara la noche.

Entonces todo volvería a ir bien.

No estoy segura de cuánto tiempo permanecí allí, temblando y sollozando en el suelo, pero habían pasado al menos una o dos horas. Tal vez más. Necesitaba buscar ayuda.

No es que nadie pudiera salvar ya a Vittoria.

Con los brazos débiles, por fin me incorporé de nuevo y miré fijamente a mi hermana, incapaz de conciliar la verdad que tenía ante mí.

Asesinada.

La palabra resonó en mí como una sentencia de muerte. El miedo atravesó mi desesperación. Mi hermana había sido asesinada. Tenía que buscar ayuda. Necesitaba encontrar un lugar seguro. Tenía que… Arrastré la hoja del desconocido por la palma de la mano y luego sostuve mi mano sangrante sobre el cuerpo de mi hermana.

—Te juro por mi vida que haré pagar a quien haya hecho esto, Vittoria.

La miré por última vez y luego corrí como si el diablo fuera a acudir a por mi alma maldita a continuación.

SEIS

Los juerguistas se abalanzaron sobre mí, con salpicaduras de vino en sus túnicas y vestidos, riendo e intentando hacerme bailar. Participar en su jolgorio. Celebrar la victoria de la vida sobre la muerte que su santa bendita les había conseguido hacía tantos años.

Aturdida, pasé por delante de nuestro oscuro restaurante, que hacía rato que había cerrado, y me dirigí a nuestro barrio. Tenía el dobladillo de la falda empapado de la diosa sabía qué. El material se me pegaba a los tobillos y me picaba muchísimo. Seguí moviéndome, ignorando cualquier molestia. No tenía derecho a sentir nada cuando mi hermana no volvería a sentir.

—*Pequeña bruja solitaria* .

No sonó más fuerte que un silbido, pero la voz me produjo un violento escalofrío. Giré sobre mis talones y miré fijamente hacia una calle vacía.

—¿Quién está ahí?

—*Los recuerdos, como los corazones, pueden ser robados* .

La voz estaba ahora detrás de mí. Me di la vuelta, con el corazón acelerado, y vi… nada.

—Esto no es real —susurré. Mi mente solo se burlaba de mí con cosas horribles después de encontrar el cuerpo mutilado de mi hermana. Parecía que mi demonio fantasmal invisible había encontrado una voz, un pensamiento tan ridículo que ni siquiera pude considerarlo real—. Vete.

—Él desea recordar, pero solo olvida. Pronto vendrá.

—¿Quién? ¿El hombre que le ha hecho esto a Vittoria?

Giré, las faldas se retorcieron a mi alrededor. No había ni un solo ser vivo en la calle. De hecho, parecía inquietantemente plácida, como si alguien hubiera apagado toda la vida. No había luces encendidas en las casas. No había movimiento ni ruido. Tampoco se oía el bullicio y la agitación de la fiesta.

Una espesa niebla antinatural se deslizó por el suelo y se enroscó alrededor de mis pies, trayendo consigo el aroma del azufre y la ceniza. Nonna decía que era una señal de que los demonios andaban cerca. Me pregunté si algún asesino humano se escondía en las sombras, esperando con un cuchillo.

—¿Quién viene? —pregunté, sintiéndome cada vez más atrapada en una terrible pesadilla. Cerré los ojos y me obligué a volver a la realidad. No podía derrumbarme en aquel momento—. Cuando vuelva a abrir los ojos, todo será normal.

Y así fue. No había niebla sulfúrica, los sonidos de las familias sentadas juntas alrededor de la mesa flotaban a través de las ventanas abiertas y los gritos de los borrachos del festival resonaban por todas partes.

Me froté los brazos y me apresuré a irme a mi casa. Demonios fantasmales. Voces sin cuerpo. Niebla diabólica. Sabía exactamente lo que estaba pasando: estaba sufriendo de histeria. Y aquel *no* era el momento adecuado. El cuerpo de Vittoria tenía que volver a casa para los ritos funerarios. Podía ocultar mi propia desesperación y mis delirios el tiempo suficiente para hacer eso por ella.

Tras unos minutos más de avanzar sin pensar por calles conocidas, me detuve frente a nuestra casa de piedra, bajo el enrejado cubierto de plumerías, incapaz de formular las palabras que necesitaba decir. No tenía ni idea de cómo dar la noticia a mi familia.

En un momento, todos se sentirían como si también los hubieran apalizado y roto.

A partir de aquel momento, nuestras vidas no volverían a ser las mismas. Imaginé el grito de mi madre. Las lágrimas de mi padre. El horror en la cara de Nonna al saber que todas sus precauciones para salvarnos del mal habían sido en vano.

Vittoria estaba muerta.

Debí de gritar o hacer algún ruido. Una franja de luz dorada atravesó la oscuridad antes de desvanecerse con la misma rapidez. Nonna estaba en la ventana, esperando. Era probable que llevara allí desde que había vuelto a casa. Preocupada e inquieta. Sus advertencias sobre el diablo agitando los mares y el cielo del color de su sangre ya no parecían una superstición vieja y tonta.

La puerta se abrió de golpe antes de que terminara de subir los escalones tallados en la parte delantera de nuestra casa y alcanzara el pomo.

Nonna empezó a sacudir la cabeza, con los ojos llorosos, mientras agarraba su *cornicello* . No tuve que decir nada. La sangre que manchaba mis manos decía lo suficiente.

—No. —Le temblaba el labio inferior. Nunca había visto tanta desesperación ni un miedo tan puro en el rostro de Nonna—. No. No puede ser.

El vacío de mi interior se expandió. Todas sus lecciones, todos nuestros hechizos… para nada.

—Vittoria está… —Tragué con fuerza y casi me ahogué—. Está…

Contemplé la daga de serpiente que aún sostenía, pero que no recordaba haberme llevado. Me pregunté si sería el arma que había acabado con la vida de mi hermana. La empuñé con más fuerza.

Nonna echó un vistazo a la daga y me envolvió en sus brazos para estrecharme con ferocidad contra ella.

—¿Qué ha pasado, *bambina* ? —Enterré la cara en su hombro, respirando el familiar olor a especias y hierbas. Abrazar a Nonna hizo que todo fuera

real. Toda la pesadilla.

—Tus peores temores.

Recuerdos de mi gemela y su corazón desaparecido cruzaron por mi mente y cualquier rastro de fuerza al que me había estado aferrando se desvaneció, sumiéndome en la oscuridad.



El día después de que enterráramos a mi hermana, me senté sola en nuestra habitación, con un libro sin abrir en el regazo. Todo estaba muy tranquilo. Solía apreciar los días de paz como aquel, cuando mi gemela estaba fuera siendo aventurera y yo me aventuraba de la mano de uno de mis personajes favoritos. Un buen libro era un tipo de magia especial, una que podía disfrutar sin temor a ser atrapada por los que nos perseguían. Me encantaba evadirme de la realidad, sobre todo en los momentos difíciles. Las historias lo hacían todo posible.

Mi atención se dirigió a la puerta de la misma manera que lo había hecho toda la mañana, buscando una señal de que Vittoria estaba a punto de atravesarla, con la cara sonrojada y una amplia sonrisa. Todo permaneció tranquilo.

Abajo, una cuchara tintineó contra el caldero de hierro fundido. Un momento después, detecté olor a hierbas. Nonna había estado haciendo velas para hechizos sin parar. Las encendía para la *polizia* , para guiarlos en su búsqueda. O eso decía ella. Había visto la vela de bayas de enebro y belladona que había elaborado con una pizca de sal y otra de pimienta. Era una receta de su propia creación y no se utilizaba para conceder claridad.

Dejé mi libro a un lado y bajé las escaleras para rondar cerca de la cocina. No tenía mucha hambre, pero me sentía vacía, hueca. No tenía ganas de cocinar ni de crear y no podía imaginarme volver a sentirme tan ligera y

libre. Vivir en un mundo sin mi hermana me parecía oscuro e incorrecto.

Nonna levantó la mirada.

—Ven a sentarte, Emilia. Te prepararé algo de comer.

—No pasa nada, Nonna. Puedo apañármelas.

Me acerqué a la fresquera y casi me eché a llorar cuando vi la jarra de vino de limoncello que Vittoria había preparado para mí. Nadie la había tocado.

Cerré la puerta muy deprisa y me senté en el borde del taburete más cercano.

—Toma. —Nonna puso un bol de requesón azucarado frente a mí, con expresión amable—. Los postres siempre entran bien.

Meneé el cremoso brebaje.

—¿Crees que alguien descubrió… lo que somos? Quizás Vittoria bromeó sobre el diablo o los demonios con el humano equivocado.

—No, *bambina* . No creo que la atacara un humano. No con las señales que hemos recibido. O la deuda de sangre.

Se me había olvidado todo lo de la misteriosa deuda de sangre. Parecía que había pasado toda una vida desde que Nonna lo había mencionado por primera vez.

—¿Tú crees que la deuda de sangre es responsable del asesinato de Vittoria?

—Mmm. Es parte de un antiguo acuerdo alcanzado entre La Prima y el diablo. Algunos creen que La Prima maldijo a los Malditos, otros creen que el diablo maldijo a las brujas. Un día llegó una advertencia: «Cuando la sangre de las brujas se derrame en Sicilia, coged a vuestras hijas y escondeos. Los Malvagi han llegado». Ahora han asesinado a tres brujas.

—Eso no significa que los Malvagi las hayan matado. ¿Qué hay de la caza de brujas? ¿No crees que eso suena más lógico que la realeza demoníaca saliendo del infierno? Sabes tan bien como yo lo mucho que los

humanos temen a las brujas y lo dispuestos que están a cometer los mismos pecados de los que nos acusan. De hecho, Antonio dijo que en un pueblo no muy lejos de aquí están convencidos de que los cambiaformas han estado retozando con una diosa. Tal vez alguien así viera a Vittoria susurrar sobre un amuleto y la matara.

—El diablo agitó los mares e hizo sangrar el cielo. ¿Qué más necesitas para convencerte de que el peligro que llama a nuestra puerta no tiene nada que ver con los mortales? ¿Acaso los corazones de las brujas son de utilidad para los humanos?

Respiré hondo, tratando de calmar la ira que se acumulaba en mi interior. No era el momento de creer en las historias transmitidas desde hacía generaciones. Era el momento de considerar los hechos que tenían más sentido. Desde la primera víctima de Sciacca, más de una semana antes del asesinato de Emilia, ninguna familia de brujas se había presentado con información sobre la llegada de los Malditos. Hasta que se descubrieran nuevas evidencias o pruebas sobre los príncipes demoníacos, me aferraría a mi teoría de que un ser humano era el responsable.

—¿Vamos a hablar con la policía, Nonna?

—Si investigan demasiado y descubren lo que somos, ¿crees que tu destino será diferente al de tu hermana?

Sacudí la cabeza. No quería discutir con mi abuela. Tampoco se me ocurría una forma de decirle a la policía que los cazadores de brujas podrían ser los culpables sin que se sospechara de nosotros.

Me sentía tan frustrada que podría haber gritado. Mi gemela había sido asesinada. Nadie que conociera a mi hermana le desearía el mal. Lo que significaba que tenía que ser un extraño o alguien que se hubiera dado cuenta de lo que era. Según Nonna, las otras dos víctimas también eran brujas. Eso no era una mera coincidencia, era una conexión. Una mujer con un poco de poder resultaba aterradora para algunos.

Cerré las manos en puños y me concentré en el dolor de las uñas hundiéndose en la piel. Alguien había decidido hacer daño a Vittoria. Y quería saber quién. *Por qué* .

¿Qué había estado haciendo Vittoria en las horas previas al ataque? No solía visitar el monasterio, pero la había visto allí dos veces en pocos días.

Era posible que se reuniera allí con aquel extraño hombre de pelo oscuro. Con qué propósito, no estaba segura. Podría haber tenido una relación secreta con él. O tal vez el asesino la arrastrara hasta allí contra su voluntad. Tal vez ella no lo conociera en absoluto y él la hubiera interceptado mientras se dirigía a otro lugar.

No era capaz de recordar con exactitud a qué hora había salido del Mar y Vino. Aquel día había empezado como cualquier otro: nos habíamos levantado, vestido, compartido el desayuno y nos habíamos puesto a trabajar con nuestra familia para preparar el ajetreado día del festival.

Ni siquiera le había preguntado a dónde iba. No sabía que no volvería nunca.

Las lágrimas amenazaron con aparecer, pero las contuve. Si pudiera volver atrás en el tiempo, haría muchas cosas de forma diferente. Me llevé los talones de las manos a los ojos y me ordené a mí misma mantener la calma.

—No es fácil para ninguno de nosotros, Emilia —dijo Nonna—. Deja que se vaya. Deja que las diosas se venguen a su manera. La primera Bruja no permitirá que las cosas continúen así: confía en que tiene un plan para los Malvagi y trabaja en tus hechizos protectores. Tu familia te necesita.

—No puedo quedarme aquí sentada mientras la persona que la mató sigue libre. Por favor, no me pidas que confíe en una bruja a la que nunca he conocido o en diosas que no estoy segura de que existan de verdad. Vittoria merece justicia.

Nonna me redeó la cara con sus manos, con los ojos llorosos.

—Debes conseguir superar esto, por tu familia. No saldrá nada bueno de llamar a puertas que es mejor dejar cerradas. Encuentra el perdón y la aceptación en tu corazón o la oscuridad se filtrará en tu interior y te destruirá.

Me excusé y volví a subir. Necesitaba estar a solas con mis pensamientos. Me dejé caer en la cama, atormentada por los recuerdos de aquella habitación maldita donde había encontrado a Vittoria.

Lo había repasado una y otra vez hasta el más mínimo e insoportable detalle, intentando averiguar qué había llevado a mi hermana allí. Me faltaba algo vital. Algo que podría ayudar a encontrar al asesino de Vittoria.

Cerré los ojos y me concentré todo lo que pude, fingiendo que estaba de nuevo en esa habitación con su cuerpo. No dejaba de pensar en cómo iba vestida. No tenía ni idea de dónde había conseguido el vestido blanco. No lo había llevado puesto la última vez que la había visto. Lo que me llevaba a preguntarme qué había estado haciendo esa tarde. ¿Estaba a punto de casarse con Domenico en secreto? ¿O tenía alguna otra cosa en mente?

Luego estaba el misterio de su *cornicello* desaparecido. Nonna nos había dicho que nunca nos quitáramos los amuletos y, aparte de aquella vez, cuando teníamos ocho años, nunca lo habíamos hecho. O al menos yo nunca lo había hecho. Tal vez mi hermana sí, pero no podía entender por qué. No teníamos necesidad de ver o incluso creer plenamente en los Malditos para temerlos. Las historias de Nonna eran bastante aterradoras. Vittoria bromeaba sobre las supersticiones de Nonna, pero salía conmigo a recoger tierra de tumba, a conseguir frascos de agua bendita y a bendecir nuestros amuletos a la luz de la luna llena cada mes.

Me puse de lado, contemplando las preguntas más inquietantes de todas: si ella no se había quitado el amuleto de protección, ¿quién lo había hecho y dónde estaba ahora?

Si un cazador de brujas había descubierto quién era, era posible que se lo

hubiera llevado como premio. Tal vez sospechara que era un objeto mágico real, a diferencia de otros amuletos fabricados por humanos. Mis pensamientos volvieron a dirigirse a aquel desconocido de pelo oscuro. Con las ropas tan finas que llevaba, sin duda no era un miembro de la sagrada hermandad. Y no parecía el tipo de persona que entregaba su vida a Dios. Parecía demasiado desafiante para la religión. Nunca antes había conocido a un cazador de brujas, así que no podía descartarlo. Tal vez fuera un ladrón, lo cierto era que se había movido con facilidad entre las sombras.

Me maldije por no haberlo perseguido cuando había tenido la oportunidad. Al huir, se había llevado todas mis respuestas con él. Excepto que aún había algo de esperanza. Me incorporé, con el corazón acelerado, y abrí de un tirón el cajón de mi mesita de noche. La luz arrancó un destello al metal. Había cometido un gran error: se le había caído la daga. Seguro que alguien, en algún lugar, reconocería una hoja tan singular.

La calma se asentó en mi mente. Ya estaba, entonces. Tenía algo en lo que concentrarme aparte de desmoronarme y revivir aquella noche una y otra vez.

Respiré hondo y me preparé para la siguiente oleada de lágrimas, y juré que, de un modo u otro, encontraría al misterioso desconocido y descubriría exactamente quién era, qué estaba haciendo y de qué conocía a mi hermana.

Y si él era la persona que me la había robado, haría que pagara con su propia vida.

SIETE

Por mucho que me empeñara en detener el tiempo, habían pasado tres semanas desde el entierro de mi hermana. Tres semanas de tumbarme en su cama, en la habitación que habíamos compartido, llorando sobre las sábanas de las que su aroma a lavanda y salvia blanca se desvanecía lentamente.

En los días buenos bajaba las escaleras y me sentaba ante el fuego de la cocina a contemplar fijamente las llamas. Me imaginaba ardiendo. No como nuestras antepasadas en la hoguera. Una brasa de ira se iba encendiendo poco a poco en mi interior, reduciendo a cenizas la persona que solía ser.

A veces, mi rabia latente era el único indicio de que seguía viva.

Esa noche, después del turno de la cena, Nonna no dejó de lanzarme miradas recelosas, murmurando hechizos de buena salud y bienestar mientras escudriñaba nuestro grimorio familiar. No entendía el odio que me consumía. No veía las ansias de venganza que me consumían.

La venganza era ahora una parte de mí, tan real y necesaria como mi corazón o mis pulmones. De día era una hija obediente, pero cuando caía la noche, recorría las calles, espoleada por la singular necesidad de reparar un terrible error. No había encontrado a nadie que conociera al misterioso desconocido ni que reconociera su mortífera hoja, y me preguntaba si lo que pasaba era que no *querían* admitir nada por miedo a las represalias. Cada día que pasaba alimentaba mi creciente ira.

Ese hombre de pelo oscuro tenía las respuestas que necesitaba. Y estaba perdiendo la poca paciencia que me quedaba. Había empezado a rezar a la diosa de la muerte y la furia, haciendo todo tipo de promesas si me ayudaba

a encontrarlo.

Hasta ahora, a la diosa no parecía importarle.

—*Buonasera* , Nonna. —Puse la bolsa con mis cuchillos en la encimera de la cocina de casa y me dejé caer en un taburete. Mis padres habían insistido en que pasara unas horas en el restaurante cada día. Solo habíamos podido permitirnos cerrar el Mar y Vino durante una semana para guardar luto por Vittoria. Luego, nos gustara o no, la vida se había reanudado. Mi madre seguía llorando tan a menudo como yo y mi padre no estaba mucho mejor. Pero fingían ser fuertes por mí. Si ellos podían intentarlo, lo mínimo que yo podía hacer era ir al restaurante y cortar algunas verduras antes de volver a sumirme en mi dolor.

—Emilia, pásame la cera de abeja y los pétalos secos.

Encontré unos cuantos cuadrados de cera y un pequeño manojo de flores secas en el aparador. Nonna estaba fabricando velas para hechizos y, a juzgar por los colores (blanco, dorado y púrpura pálido), estaba elaborando unos cuantos amuletos diferentes. Algunos para la clarividencia, otros para la suerte y otros para la paz.

Ninguno de nosotros había sentido mucha paz ese mes. La *polizia* había relacionado el asesinato de mi hermana con los de las otras dos chicas. Al parecer, también les habían arrancado el corazón, pero no había sospechosos ni pistas. Juraban que no era por falta de esfuerzo por su parte. Pero después de las reuniones iniciales, dejaron de venir a nuestra casa y al restaurante. Dejaron de hacer preguntas. Habían muerto mujeres jóvenes. La vida había vuelto a su curso. Así era el mundo, al menos según los hombres.

A nadie le importaba que Vittoria hubiera sido descuartizada como un animal. Algunos chismorreos de lo más malintencionados incluso insinuaban que se lo debía de haber merecido. De alguna manera, se lo había buscado por ser demasiado atrevida, o confiada, o impía. Si hubiera

sido un poco más tranquila o más servil, se habría librado. Como si alguien mereciera ser asesinado.

Mi familia casi pareció aliviada cuando se habló de nuevos escándalos. Querían guardar luto y desvanecerse de nuevo en las sombras, con la esperanza de escapar del escrutinio de los vecinos y la policía.

Algunos vendedores entrometidos del mercado venían a nuestro restaurante, comían en nuestras mesas, esperando noticias, pero mi familia tenía demasiada práctica en guardar secretos como para revelar algo.

—Claudia se ha pasado por aquí —dijo Nonna, interrumpiendo mis interminables preocupaciones—. Otra vez.

Suspiré. Imaginé que mi amiga estaba desesperada si se atrevía a hablar con Nonna. Como la familia de Claudia practicaba las artes oscuras, y como se suponía que no debíamos relacionarnos con otras brujas por razones de seguridad, nuestra amistad de toda la vida era una fuente de tensión para ambas familias. Era mezquino por mi parte, pero la había evitado, todavía no estaba preparada para compartir nuestras lágrimas y nuestro dolor.

—Iré a visitarla pronto.

—Mmm.

Observé el caldero que Nonna había colgado sobre el fuego de nuestra cocina e inhalé la mezcla de hierbas. Me encantaba cuando hacía sus propias infusiones. Ahora apenas podía pasar por el proceso sin pensar en mi hermana y en las veces que le rogaba a Nonna que hiciera un jabón o una crema especial.

A Vittoria le encantaba crear perfumes tanto como a mí mezclar ingredientes en las salsas. Solía sentarse donde yo estaba, con la cabeza inclinada sobre pociones secretas, retocándolas hasta conseguir el aroma adecuado. Unas pocas notas florales, un toque de cítricos, y siempre incluía un matiz de algo picante para equilibrarlo. Gritaba de alegría y nos hacía llevar su última creación hasta que nos cansábamos de ella. Un otoño, lo

había hecho todo de naranja sanguina, canela y granada y yo había jurado que nunca más volvería a *mirar* siquiera uno de esos ingredientes. Los recuerdos eran demasiado…

Me aparté de la encimera y besé a mi abuela.

—Buenas noches.

Nonna respiró hondo, como si quisiera impartir alguna sabiduría o consuelo, pero en vez de eso me dedicó una sonrisa triste.

—*Buona notte, bambina* . Que duermas bien.

Subí las escaleras, temiendo el silencio de la habitación vacía que antes estaba llena de tanta alegría y risas. Por un segundo, consideré torturarme viendo a Nonna hacer velas para hechizos de nuevo, pero la pena hacía que me pesaran los párpados y tiraba de mi corazón.

Me quité el vestido de muselina y me puse un camisón fino, intentando no recordar que Vittoria tenía el mismo. Pero donde mis cintas eran de color azul claro, las suyas eran de color rosa pálido. El aire estaba cargado de calor veraniego, lo cual prometía otra noche de intranquilidad dando vueltas de un lado a otro.

Caminé descalza por el suelo y abrí la ventana.

Me quedé mirando los tejados y me pregunté si el asesino de Vittoria estaba ahí fuera en aquel instante, acechando a otra chica. Juraría que un lobo aullaba cerca. Una única nota lúgubre flotaba en el aire y provocó que un escalofrío me recorriera la columna.

En mi prisa por meterme en la cama, derribé un vaso de agua. El líquido se vertió sobre un lugar que había olvidado. Era una zona en las tablas del suelo donde Vittoria escondía cosas. Pequeñas baratijas como flores secas, notas del último chico que se había prendado de ella, su diario y el perfume que había elaborado.

Me apresuré a cruzar la habitación, me arrodillé y casi me rompí las uñas al levantar la tabla. Dentro estaban todos los objetos que recordaba.

Además de una ficha de juego con una rana con corona en una de las caras y dos hojas de pergamino grueso y negro atadas con un cordel a juego. Las sequé con mi camisón, esperando no haber arruinado aquella valiosa parte de mi gemela. Me temblaron las manos al desenrollarlas. Unas raíces doradas rodeaban el borde, la tinta brillaba contra la oscuridad de aquella página demasiado grande. Eran hechizos extraídos de un grimorio que nunca había visto. Escaneé la escritura, pero no pude identificar para qué servía. Enumeraba hierbas, velas de colores específicos e instrucciones en latín. Aparté las hojas y me llevé su diario al regazo.

Estaba dispuesta a apostar mi propia alma a que aquella era la clave para desvelar lo que había estado haciendo (y en quién había confiado por error) en los días y semanas anteriores a su muerte.

Pasé los dedos por el cuero marcado. Al sostener su diario, me dolieron los recuerdos. Por la noche, escribía en él sin parar, registrándolo todo, desde mis extraños sueños hasta las sesiones de adivinación de Claudia, notas sobre sus perfumes, hechizos y amuletos, y recetas para nuevas bebidas. No me cabía duda de que en ese diario también contaba todos y cada uno de los secretos que me había ocultado.

Lo único que tenía que hacer era abrirlo y descubriría todo lo que necesitaba saber.

Dudé. Eran sus pensamientos privados y no quería cometer una violación más en su contra cuando ella ya había sufrido tanto. Me quedé sentada en silencio, planteándome lo que ella me instaría a hacer. Oí su voz en mi cabeza con suma facilidad, diciéndome que dejara de pensar en la caída y que simplemente saltara. Vittoria corría riesgos. Tomaba decisiones difíciles, en especial si eso significaba ayudar a su familia.

Para averiguar quién la había matado, tenía que seguir sus pasos, aunque me hicieran sentir incómoda. Respiré hondo y abrí el diario.

O lo habría hecho, si las páginas no hubieran estado pegadas.

Tiré un poco más fuerte, sin querer estropearlo, pero me preocupaba que el agua lo hubiera dañado de alguna manera. El libro no se abrió. Tiré de él con todas mis fuerzas. Ni siquiera se dobló. Me acerqué a la pared, apoyé los pies en el borde de la cubierta trasera y los dedos en la parte delantera y traté de hacer palanca, y… nada. Una oscura sospecha tomó forma en mi mente.

Susurré un hechizo de revelación y eché una pizca de sal por encima del hombro para tener suerte a la hora de descifrar el conjuro. Unas tenues telarañas de color azul violáceo se alzaron alrededor del diario como una maraña de enredaderas espinosas. Mi hermana lo había cerrado con magia que yo nunca había visto.

Lo que significa que ella sabía *perfectamente* lo peligrosos que habían sido sus secretos.

OCHO

Vittoria había hecho algo más que una pequeña incursión en las artes oscuras. No pude abrir el diario usando la fuerza, así que probé con un hechizo para revertir la magia, quemé hierbas que ayudaban a la claridad, encendí velas y recé a todas las diosas que se me ocurrieron, pero el obstinado diario no reveló ninguno de sus secretos.

Tiré el libro al suelo y maldije. Vittoria había utilizado un hechizo con el que yo nunca me había topado. Lo que significaba que era probable que se hubiera dado cuenta de que había husmeado en su diario hacía unas semanas. *De verdad* no quería que descubriera su secreto. Y eso incrementó todavía más mis ganas de averiguar por qué.

Me paseé por nuestra pequeña habitación, observando la lenta aparición del sol. Necesitaba un plan. Ya. Aparte de un par de hechizos de la verdad prohibidos, sabía poco de la magia oscura y de cómo funcionaba en realidad. Nonna decía que las artes oscuras exigían un pago, ya que tomaban en lugar de utilizar lo que ya existía. Yo sacrificaría lo que fuera necesario para conseguir lo que quería sin que me temblara la mano. Tenía una pista increíble y ninguna forma de acceder a ella. Excepto… Sonreí cuando se me ocurrió una idea. No podía romper el hechizo, pero conocía a alguien que podría hacerlo: Carolina Grimaldi.

Carolina era la tía de Claudia y la había acogido cuando sus padres se habían ido a América con uno o dos años de diferencia. Estaba muy versada en las artes oscuras y poco a poco había ido enseñando a Claudia todo lo que sabía. No quería involucrar a mi amiga, así que decidí ir directamente a

la fuente de sus conocimientos. Carolina tenía un puesto en el concurrido mercado y, si me daba prisa, podría encontrarme con ella antes de que abriera al público.

Cogí una bolsa, metí dentro las hojas del grimorio y el diario, y luego corrí hacia la puerta.

Nonna se interpuso en mi camino, frunciendo el ceño.

—¿Te persigue el diablo?

Esperaba que no, pero aquello estaba abierto a debate.

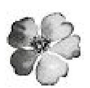
—No que yo sepa.

—Bien. Entonces puedes sentarte un minuto y decirme a dónde vas corriendo a estas horas.

—Yo… —Estuve a punto de confesarlo todo, pero pensé en mi hermana. Vittoria mantenía sus secretos ocultos, y estaba dispuesta a morir con ellos. Tenía que haber una buena razón para ello—. Quería pasarme por el mercado a por algunas especias antes de que empecemos a preparar la cena. Tengo una idea para una nueva salsa.

Nonna me miró fijamente, tratando de ver a través de mis mentiras. Su expresión era una mezcla de decepción y sospecha. No había mostrado mucho interés por la comida o la creatividad desde la muerte de Vittoria. Justo cuando me convencí de que me enviaría de vuelta arriba con una lista de tareas mágicas, se hizo a un lado.

—No vuelvas tarde. Hay mucho que hacer.



—¡Señora Grimaldi! —Me levanté las faldas y recorrí las calles a toda velocidad. La suerte estaba por fin de mi lado. Alcancé a Carolina justo antes de que cruzara la calle hacia el mercado.

Carolina se protegió la cara del sol naciente y se metió en las sombras de

un callejón cercano cuando me vio.

—Emilia. Siento mucho…

—No tengo mucho tiempo, *signora* . Necesito su ayuda con una cosa… delicada. —Saqué el diario y miré a mi alrededor, asegurándome de que estábamos solas—. Aquí hay un hechizo que no he visto nunca. Esperaba que me dijera qué es y cómo romperlo.

Se alejó un poco, mirando el diario como si fuera una abominación.

—Nada de este reino hará lo que buscas. Vuelve a ponerlo donde lo encontraste, niña. Su sola presencia los llama.

—¿Los?

—A los Malditos. Esta magia apesta a su mundo: quiere ser encontrada.

Me quedé mirando a Carolina, preguntándome si Nonna se había dado cuenta de mi plan y había llegado primero a la bruja oscura.

—Es el diario de mi hermana, no un libro demoníaco.

Carolina señaló mi bolsa con la cabeza.

—Enséñame lo que tienes ahí. —Hice otro sutil barrido de nuestro entorno antes de sacar las hojas del grimorio. Se las entregué, observando cómo su rostro perdía rápidamente el color—. Esto es un hechizo de invocación.

—No lo entiendo. ¿Por qué necesitaría mi hermana un hechizo de invocación?

—Puede que estuviera intentando controlar a un demonio.

Estudié las hojas negras.

—Eso es imposible. Todos los demonios están atrapados en el infierno. Como lo han estado durante casi cien años.

—¿Es eso lo que te ha estado diciendo tu *nonna* ? —resopló Carolina—. Ve a casa e intenta invocar uno tú misma, a ver qué pasa. A menos que tengas un objeto que pertenezca a un príncipe del infierno, estos hechizos solo deberían invocar a un demonio de nivel inferior. Son fáciles de

controlar y suelen intercambiar información por pequeños favores o baratijas. Y te prometo que no *todos* están atrapados en el inframundo. Casi todas las brujas, ya recen a las diosas de la luz o a las de la magia oscura, lo saben.

Miré fijamente a la bruja oscura mientras el corazón me latía a toda velocidad.

—¿Está sugiriendo que mi hermana invocaba demonios y les pedía favores antes de morir?

—No hay manera de saber con seguridad lo que estaba haciendo, pero te garantizo que esos hechizos son estrictamente para invocar. Dudo que un demonio la ayudara sin algún tipo de trato. No creen en hacer obras de caridad. Siempre buscan algún beneficio para ellos. —Me miró y su expresión se suavizó—. Olvida lo que he dicho, niña. No te metas en el reino de los demonios. Fuera lo que fuera lo que hacía tu hermana, te prometo que no querrás participar en ello.

Sonaba igual que Nonna.

Le di las gracias, me despedí y me dirigí a toda prisa al Mar y Vino. En lugar de respuestas, tenía más preguntas. Si Carolina tenía razón sobre que el hechizo del diario de Vittoria no era de este reino, entonces abrirlo era imposible. A menos que… Una idea se formó lentamente en mi cabeza, una que hizo que se me acelerara el pulso. Si mi hermana había invocado a un demonio, tal vez lo hubiera obligado a usar su magia para sellar el diario. No podía imaginar ninguna otra razón por la que mi gemela hubiera invocado a un demonio aparte de esa.

A pesar de las historias que nos contaba Nonna mientras crecíamos, Vittoria sabía que yo no creía de verdad en los príncipes demoníacos. No era tan escéptica respecto a los demonios menores, pero creía que estaban atrapados en su reino sin posibilidad de escapar. Habría sido la forma perfecta de asegurarse de que yo nunca descubriera el secreto que estaba tan

desesperada por guardar. Y Vittoria había estado casi en lo cierto, excepto por un detalle.

Nunca podría haber predicho la forma en que su muerte me cambiaría. No había nada en ese mundo ni en el siguiente que me impidiera resolver su asesinato. Y lo resolvería.

Reflexioné sobre diferentes teorías durante la cena, a duras penas prestando atención al Mar y Vino. Intentaba pensar como mi gemela. Algunas ideas eran descabelladas, otras más plausibles. Pero una idea sobresalía entre las demás. Esa fue la que consideré con cuidado a medida que el día pasaba.

Tal vez porque parecía imposible. O tal vez porque Vittoria no creía en la palabra. Fuera cual fuera la razón, la idea se me quedó grabada mientras cortaba verduras y limpiaba cuchillos.

Pensé en ello durante el camino a casa.

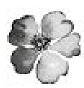
Luego, mientras me ponía el camisón y me cepillaba el pelo.

Me persiguió y le di la bienvenida.

Más tarde, una vez metida en la cama, volví a sacar las hojas del grimorio. Ojeé la escritura desconocida y sonreí. Era mi primera sonrisa verdadera en semanas, y era tan oscura y despiadada como mis pensamientos últimamente.

Como mínimo, Vittoria había intentado convocar a un demonio. Cuanto más tiempo daba vueltas a esa idea, más aceptaba su verdad. La noche siguiente, trataría de invocar uno yo misma. Si funcionaba, haría mi propio trato. A cambio de un pequeño favor, le pediría que rompiera el hechizo de su diario. No tenía nada que perder: tendría éxito con la invocación o no lo tendría. Nunca sabría lo que le había ocurrido a mi hermana si no dejaba de lado mis dudas y lo intentaba. Había tomado mi decisión.

Lo único que necesitaba ahora eran algunos huesos.



El día siguiente en el restaurante se me hizo tortuoso, pero conseguí aprovechar el tiempo en la cocina. Me hice con todo lo que indicaba la página del grimorio y nadie sospechó nada. Excepto quizás Nonna. Mi abuela me miraba fijamente desde el otro lado de la isla, cantando un hechizo por lo bajo, como si pudiera leerme la mente y conjurar un hechizo para arrancarme el siguiente pensamiento antes de que echara raíces.

No sabía que había estado cultivando esa idea desde la noche anterior. Me había hecho con la semilla de un plan y la había cuidado, instándola a que floreciera. Ahora ya había crecido del todo. Sabía lo que tenía que hacer.

Solo me hacían falta los suministros y la oportunidad.

Nonna nos había dicho que nos escondiéramos de los Malvagi, que pronunciáramos nuestros hechizos y bendijéramos nuestros amuletos con rayos plateados de luz de luna y agua bendita, que nunca habláramos de los Malvagi cuando la luna estuviera llena y que hiciéramos todo lo que hacía una buena bruja. Si no, nos robarían el alma.

Al final, el monstruo al que temíamos no venía del infierno. Venía del privilegio.

Aquel hombre que estaba junto a mi melliza, con sus ropas finas y su cuchillo caro, merecía un castigo como cualquier otra persona. No podía tomar lo que quería sin afrontar las consecuencias. Estaba casi segura de que las personas a las que se lo había mostrado debían de haber reconocido su cuchillo, pero se habían negado a hablar en su contra, temerosas de las repercusiones. Puede que fuera poderoso y rico, pero la justicia lo encontraría.

Me aseguraría de ello.

Todavía no estaba segura de si actuaba solo o de si era un miembro de los misteriosos cazadores de *strega* y no importaba. Era el único que estaba allí

esa noche. Le daría caza primero y averiguaría más detalles después. Si había más gente como él, me ocuparía luego de ellos.

También tenía un plan para mantener a mi familia a salvo mientras buscaba al asesino de Vittoria. En lugar de un simple trato, haría dos. El primero consistiría en que el demonio al que invocara rompiera el hechizo del diario de Vittoria, y luego haría que localizara al misterioso hombre de pelo oscuro. Por suerte, tener en mi posesión el cuchillo con la serpiente lo permitiría.

Un demonio al que pudiera controlar era la respuesta a mis oraciones.

Parecía que antes había estado equivocada: la diosa de la muerte y la furia no había ignorado mis ruegos. Simplemente había estado esperando su momento, esperando a que yo convirtiera mi desesperación en algo que pudiera utilizar. Una ramita no era más que un trozo de madera rota hasta que se afilaba para transformarla en una lanza. La pena me había partido por la mitad. Y la furia había afilado los trozos hasta convertirlos en un arma.

Era el momento de desatarla.

NUEVE

> La magia de los huesos, cuando se utiliza de forma incorrecta, puede formar parte de las artes prohibidas. El uso de huesos de animales —garras, uñas, colmillos, caparazones y plumas— permite a una bruja conectar con el inframundo. Deben ser recogidos de forma ética, no mediante un sacrificio, como dicta la creencia popular de los humanos. Para aprovechar su poder, hay que crear un círculo de huesos e incluir hierbas y objetos de intención.
>
> *—Notas del grimorio de los Di Carlo*

Permanecí dentro del perímetro de la cueva, escuchando cómo el mar se estrellaba contra las rocas de abajo, furioso e insistente.

El rocío salado se elevó sobre el acantilado y aguijoneó la piel expuesta de mis brazos y cuello. Tal vez el agua reflejara mi estado de ánimo. O tal vez percibiera la oscuridad del pergamino enrollado que llevaba bajo el brazo. Yo, desde luego, lo hacía.

Las brujas estaban conectadas con la tierra y canalizaban el poder de esta hacia el suyo propio. No me habría sorprendido que el mar se mostrara cauteloso ante lo que se avecinaba, ante el poder oscuro que estaba a punto de desatar en nuestro reino. Puede que el mar estuviera preocupado, pero yo

no. Había tenido que esperar varias horas a que Nonna por fin se durmiera en su mecedora antes de recoger lo que necesitaba y escabullirme. Cualquier sensación persistente de preocupación había quedado eclipsada por la fría determinación de llevar a cabo mi plan.

No tenía ni idea de cómo había dado Vittoria con las páginas de ese grimorio (era otro misterio que añadir a una lista cada vez más larga), pero las utilizaría en mi beneficio. Una fuerte ráfaga de viento me obligó a adentrarme en la caverna. Al salir de casa, no había estado del todo segura de a dónde iba, pero me había sentido atraída hacia allí. Cuando éramos niñas, Vittoria solía encontrar razones para que nos aventuráramos en esa cueva tan a menudo como podía. Era casi como si ella estuviera allí ahora, guiándome.

El aire de la noche era templado, pero unos escalofríos me recorrieron la carne con sus garras afiladas.

Levanté mi farol, tratando de no encogerme ante las sombras que danzaban alrededor de la luz. Invocar a un demonio (en una cueva húmeda en la que nadie oiría mis gritos si algo salía mal) no era exactamente lo que había imaginado que sería mi vida tres semanas atrás.

Por aquel entonces, habría sido feliz de pasar las noches creando nuevas recetas para el Mar y Vino. Habría leído una novela romántica y deseado que cierto *fratello* abandonara su juramento a Dios por una noche y me adorara a mí. Eso había sido antes de encontrar el cadáver profanado de mi hermana.

Mis deseos actuales se centraban en dos cosas: averiguar quién había asesinado a mi gemela y por qué.

Bueno, tres deseos, si contaba mi sueño de destripar al bastardo que había matado a Vittoria. Sin embargo, eso era más que un deseo. Era una promesa.

Tras comprobar que no había nada al acecho en la cueva, como ratas,

serpientes u otras sorpresas desagradables, coloqué el farol sobre una roca plana y mi cesto con los suministros sobre la tierra compactada. Me había dejado la vista estudiando el hechizo de invocación, pero de todos modos temblé un poco mientras sacaba los objetos que necesitaba.

Velas negras, hojas frescas de helecho, huesos de animales, un frasquito de sangre de animal y un poco de oro. No tenía mucho de lo último a mi disposición, así que me había llevado la daga de oro de la serpiente. Parecía apropiado que la hoja del misterioso desconocido se usara para cazarlo.

Si todo salía bien, un demonio menor quedaría atrapado dentro del círculo. Sabía que no podría salir de la zona designada, pero aun así no me entusiasmaba estar a solas con un monstruo del infierno en un lugar oscuro. Incluso uno al que pudiera controlar con facilidad y atar con magia.

Me detuve y volví a echar un vistazo a la hoja de notas que había escrito con sumo cuidado. Para que la invocación tuviera éxito, debía seguir las reglas del ritual al pie de la letra. Cualquier desviación podría dejar libre al demonio en este reino. En primer lugar, tenía que preparar el círculo, alternando las velas, los helechos y los huesos. A continuación, colocaría el frasquito de sangre dentro del límite del círculo. Luego, tenía que extender una invitación formal a un demonio para que apareciera ante mí, utilizando el latín, su lengua materna.

Dudé en ese punto. El latín no era mi asignatura favorita de entre las que Nonna intentaba enseñarnos. Había muchas palabras similares, pero con definiciones muy diferentes. Un ligero cambio de significado podía causar un desastre. Me habría preocupado un poco menos si hubiera tenido algo más que un mero conocimiento básico de las artes oscuras. O si el hechizo de invocación de Vittoria también incluyera una frase antigua en la que pudiera confiar y que pudiera usar, en lugar de limitarse a indicar que se necesitaba una basada en la intención de la bruja.

Mi verdadero propósito era averiguar qué había estado haciendo mi

hermana antes de su muerte y luego localizar a la persona que la había asesinado y matarla. Sin embargo, la violencia y la venganza de sangre no serían la forma más educada de iniciar una invocación. Y me preocupaban las repercusiones que podría tener. Por suerte, había pensado largo y tendido sobre lo que quería del demonio. No quería ofrecerle ninguna oportunidad de escapar del círculo, y desde luego no quería que me hiciera daño, así que me había decidido por *aevitas ligati in aeternus protego* . Lo cual se traducía, más o menos, como: «Atado para siempre en la protección eterna».

Para siempre parecía una idea inteligente cuando se trataba de asegurarse de que un demonio no pudiera salir del círculo. Y si se veía obligado a protegerme, no podría atacarme. Para la parte final del hechizo, necesitaba preparar una salida. Al parecer, los demonios eran criaturas de reglas estrictas y debían cumplirlas, así que, si invitaba a uno a acudir a mi lado, debía revocar formalmente la invitación y enviarlo de vuelta a su reino. Se aconsejaba exhibir buenos modales, pero no estaba segura de lo bien que podría llevar a cabo esa parte.

Respiré hondo.

—Muy bien, Emilia. Puedes hacerlo.

Despacio, coloqué los objetos en círculo. Hueso. Helecho. Vela. Con sus distintas longitudes, parecían los rayos de un sol oculto. Encendí las velas y recorrí el perímetro mientras apretaba contra mi pecho el cráneo de un pájaro, la última pieza que necesitaba para completarlo. Dudé.

Si colocaba ese último hueso en la formación, el círculo estaría completo.

Inhalé y luego exhalé lentamente. No tenía ni idea de qué tipo de demonio respondería a mi llamada. Algunos parecían humanos y otros eran pesadillas andantes, según Nonna. Nunca nos había proporcionado detalles, lo cual en ese momento no estaba segura de que fuera una bendición. Mi mente había demostrado ser excepcional a la hora de imaginar criaturas

malvadas con colmillos y garras que caminaban hacia atrás sobre múltiples patas.

Las nubes atravesaban la luna, creando un efecto distorsionado en las paredes de la caverna. Los escalofríos volvieron a acariciarme la columna vertebral. La diosa de la tormenta y el mar no estaba contenta.

Me quedé mirando la calavera que sostenía, preguntándome si aquel era de verdad el camino que debía tomar. Tal vez *debería* soplar las velas, volver a casa y acostarme, olvidarme de los demonios, los cazadores de brujas y el diablo. Nonna decía que una vez que se invitaba a la oscuridad a entrar, los problemas no tardaban en llegar.

Un destello de la cara de mi gemela (los ojos oscuros brillantes y pícaros y sus labios esbozando una sonrisa de medio lado) cruzó por mi mente. Antes de perder los nervios, me agaché y coloqué el último hueso en su sitio a toda velocidad. El silencio se extendió por aquel espacio, aplacando las súplicas del mar. Me acerqué con sigilo al borde del círculo, con el frasquito de sangre en la mano, cuando una potente ráfaga de viento atravesó la cueva.

Unos murciélagos chillaron y volaron hacia mí. Cientos de ellos. Grité y levanté las manos para protegerme mientras se abalanzaban sobre mí como una tormenta viviente. A lo lejos, oí cristales rotos. Caí de rodillas, cubriéndome la cabeza mientras las pequeñas alas y garras me desgarraban el pelo y el cuello. Luego, tan rápido como habían aparecido, los murciélagos desaparecieron y la cueva se quedó en silencio.

Respiré hondo y de forma temblorosa un par de veces y me aparté lentamente un mechón de pelo de la cara. Durante aquel breve ataque, se me había deshecho la sencilla trenza que llevaba. Sueltos, mis largos rizos me hacían cosquillas en la espalda como si fueran espigas, lo que me ponía la piel de gallina. Los pétalos de flores cubrían el suelo como soldados caídos en una escaramuza que no habían visto venir. Había olvidado que

había un túnel cerrado cerca del fondo de la cueva.

Apreté los labios en una fina línea, furiosa conmigo misma. Si podía invocar a un demonio, podía superar a una bandada de murciélagos.

En teoría.

Me puse de pie con piernas temblorosas y me arreglé un poco para después centrarme en el círculo de invocación y encogerme ante los cristales rotos a los que la luz de la luna arrancaba destellos. Había salpicaduras de sangre alrededor de todo el círculo, lo cual no era bueno para mí. Tenían que estar *dentro* del círculo para atraer al demonio.

—Estúpidos murciélagos infernales.

No tenía ningún otro frasco de sangre y volver al restaurante me llevaría una eternidad. Debía llevar a cabo el hechizo de noche, y solo faltaban un par de horas para el amanecer. No podría ir y volver a tiempo.

Eché un vistazo a la cueva, lo bastante desesperada como para matar algo si era necesario. Por supuesto, cuando me vendría bien un murciélago, una serpiente u otra criatura, estaba vacía de verdad. Di una patada a unas rocas y murmuré por lo bajo con el tipo de lenguaje soez que haría que a mi madre y a Nonna les diera vueltas la cabeza. Al final, volví a consultar la misteriosa hoja del grimorio de Vittoria.

Técnicamente, no especificaba que se necesitara sangre *animal* . Solo aconsejaba utilizarla de ese tipo.

Volví a encender las velas y cogí la daga de serpiente, argumentándome a mí misma que, de todas formas, ya la necesitaba para completar el hechizo. El momento de vacilar e interrumpirme había pasado. Me gustara o no, si quería romper el hechizo del diario de Vittoria, aquella era mi mejor opción.

Si tenía que ofrecer unas gotas de mi propia sangre, era un precio pequeño que pagar.

Ignoré el dolor mientras deslizaba la hoja por la parte superior del antebrazo; más tarde, necesitaría las manos para cocinar y no podía

permitirme cortarme en la palma. El metal brilló como si estuviera satisfecho con mi ofrenda. Sin querer pensar demasiado en una hoja que se regodeaba con un sacrificio de sangre, sostuve el brazo sobre el círculo de invocación y comencé a entonar un cántico en cuanto las primeras gotas cayeron al suelo.

—Por la tierra, la sangre y el hueso. Yo te invito. Ven, entra en este reino de hombres. Únete a mí. Permanecerás atado en este círculo, hasta que te envíe a casa. *Aevitas ligati in aeternus protego* .

Me quedé completamente inmóvil, a la espera. De que la tierra se resquebrajara, de que las puertas del infierno se abrieran de golpe, de que hordas de cazadores de brujas se abalanzaran sobre mí o de que mi corazón se detuviera. No ocurrió nada. Estaba a punto de empezar a cantar de nuevo cuando empezó. El humo se arremolinó alrededor del borde del círculo como si estuviera atrapado en un frasco, sin llegar a cruzar al resto de la cueva. El círculo palpitaba repleto de energía, casi acariciaba mi mano con cariño. Dejé caer la daga y eché el brazo hacia atrás, pegándolo contra el cuerpo hasta que la sensación cesó.

No podía creer lo que estaba sucediendo. Una oleada de intensa oscuridad se desplazó alrededor del círculo, ocultando por completo el interior. Una luz negra y brillante surgió del centro. Apenas podía respirar. Un sonido como el de un fuego crepitante en invierno precedió a la llegada del demonio. Lo había conseguido. ¡Había invocado a una criatura del infierno! Si no me desmayaba por la conmoción, sería un verdadero éxito. Esperé, con el corazón martilleándome en el pecho, a que el humo se disipara.

Como si respondiera a mi deseo no expresado, una brisa fantasma lo dispersó, dejando a la vista a un hombre alto y de pelo oscuro. Su espalda musculosa estaba orientada hacia mí y solo llevaba puestos unos pantalones negros de tiro bajo. No era en absoluto lo que esperaba de un demonio menor. Su piel dorada brillaba a la luz de las velas y su suave perfección

solo se veía interrumpida por un rastro de tinta brillante. Su belleza era una afrenta al aspecto que debería tener el mal. Supuse que debería agradecer que no tuviera una cola de serpiente ni unos cuernos horripilantes.

El demonio dio vueltas sobre sí mismo como si se estuviera aclimatando a su nueva ubicación. Su pecho y su torso estaban cincelados de un modo que indicaba que estaba más que familiarizado con las armas. Me fijé sobre todo en un tatuaje dorado metalizado que comenzaba en la parte superior de su mano derecha y se enroscaba hacia arriba para subir por el brazo hasta el hombro. Una temible serpiente. No me dio tiempo a catalogar los detalles del tatuaje porque ahora estaba completamente de cara hacia mí. Inspiré con fuerza cuando por fin lo miré a los ojos. Unos iris dorados con oscuras motas negras me devolvieron la mirada.

Hermosos. Raros. Y letales. A pesar de que Nonna afirmaba que sus ojos eran rojos, supe en lo más hondo lo que era.

—Imposible —susurré.

Enarcó una ceja. Su expresión era tan humana que olvidé, por un segundo, cómo había llegado a esa cueva. No debería existir. Sin embargo, allí estaba, desafiando todas mis expectativas. Alto, moreno y repleto de furia silenciosa. No podía apartar la vista de él, preocupada por que fuera un producto de mi imaginación o una prueba de mi locura. Había utilizado las artes oscuras. Tal vez aquella alucinación pasajera fuera el precio.

Era mucho más fácil creer eso que aceptar que había hecho lo imposible: había atado a uno de los Malditos a este reino. Lo cual era muy, *muy* malo.

Tenía apariencia humana, pero era la encarnación física de una pesadilla.

Bebedor de sangre, ladrón de almas, criatura inmortal de la noche. Luché contra el impulso de alejarme del círculo y le sostuve la mirada. En esos ojos se desató una tormenta. Era como estar al borde de una orilla oscura, viendo cómo los relámpagos se acercaban al mar. Un ramalazo de miedo me recorrió la espina dorsal mientras él me devolvía la mirada desafiante.

Nunca me había sentido tan agradecida de haberlo atado también para protegerme. En un movimiento instintivo, levanté la mano y me aferré a mi *cornicello* en busca de consuelo.

Parecía listo para… *santa diosa de la furia* . Su *luccicare* era negro y dorado. Aquello solo lo había visto una vez. El reconocimiento me impactó y solté mi *cornicello* de inmediato para recoger la daga del suelo. *Su* daga.

La empuñadura estaba tan fría como la rabia helada que corría por mis venas en ese momento.

—Voy a matarte —gruñí, y luego me abalancé sobre él.

DIEZ

Los huesos se desparramaron cuando ataqué. Describí un arco descendente con el cuchillo y le hice un corte largo y fino que cruzaba su duro pecho. Debería haberle atravesado el corazón. Y lo habría hecho, si él no hubiera retrocedido tan deprisa. Un dolor extraño y punzante surgió bajo mi piel. No quise pensar en lo que significaba: que tal vez la mezcla de nuestra sangre en la extraña daga había creado un conjuro propio. O que tal vez el hechizo de protección también me había impedido a mí asestarle un golpe mortal.

Él se arrancó la daga con facilidad y la arrojó al suelo.

Cerré la mano en un puño y apunté a su centro. Fue como golpear una pared de roca.

El demonio se quedó allí, quieto, y permitió que continuara con mi asalto. Mientras yo me agotaba a base de patadas y puñetazos, él echaba un vistazo a la cueva con toda tranquilidad, enfureciéndome todavía más con su indiferencia. El demonio no parecía demasiado preocupado, y me pregunté cuántas veces había sido invocado y posteriormente atacado. Estudió el círculo y luego se centró en mí, sobre todo en el corte reciente de mi brazo. Frunció el ceño antes de ocultarlo y relajar la expresión otra vez.

—¿Por? ¿Qué? ¿No? ¿Sangras? ¡Monstruo! —Le asesté patadas y puñetazos como una salvaje. Mi odio y mi ira eran tan fuertes que su intensidad me hacía sentir medio borracha.

Levanté la vista a tiempo de ver cómo cerraba los ojos, como si también disfrutara de esos sentimientos oscuros. Nonna decía que los demonios

atraían las emociones hacia ellos y permitían que se retorcieran en torno a las suyas propias. Por la expresión de su rostro, empezaba a creer que era cierto.

Indignada, dejé de golpearlo y me tomé un momento para recuperar el aliento y recomponerme. Un chorro de sangre me resbaló por el brazo y goteó sobre el suelo. Pero no era suya. Era del corte que me había hecho para convocarlo. No me importaba desangrarme si me lo llevaba al infierno conmigo.

—Un consejo, bruja. Gritar «voy a matarte» acaba con el factor sorpresa del ataque. —Gruñó cuando le asesté un puñetazo rápido en el estómago. Cada vez me movía más despacio y él no parecía estar acusando mis golpes —. No conseguirás matarme, pero sería una gran mejora en tu estrategia.

—Tal vez no pueda matarte, pero encontraré otras formas de hacerte sufrir.

—Créeme, tu sola presencia lo está logrando. —Las gotas de sangre sisearon dentro del círculo. Ese extraño ardor bajo mi piel se estaba volviendo insoportable, pero me sentía demasiado enfadada para prestarle atención—. ¿Qué hechizo has utilizado, bruja?

Me detuve, respirando con dificultad.

—*Vaffanculo a chi t'è morto* .

No estaba segura de que supiera exactamente lo que significaba el improperio, pero debió de deducir que tenía algo que ver con fornicar con familiares muertos. Parecía dispuesto a arrastrarme a *mí* de vuelta al infierno. De repente se tambaleó, maldiciendo.

—¿Qué hechizo has usado?

—Bueno, teniendo en cuenta que estás aquí de pie, enfadado e incapaz de atacar, supongo que un hechizo de invocación, demonio. —Crucé los brazos sobre el pecho—. Y uno de protección.

De la nada, una luz dorada me rodeó el brazo antes de desintegrarse y

dejar un rastro de un pálido color lavanda. Un tatuaje en el mismo tono de púrpura (dos lunas crecientes gemelas colocadas de lado dentro de un anillo de estrellas) apareció en la parte exterior de mi antebrazo, ardiendo casi con tanta violencia como mi ira.

Me quedé allí quieta, jadeando, hasta que el ardor de mi brazo cesó por fin. Vi cómo él se miraba el brazo y apretaba los dientes. Al parecer, él también estaba experimentando ese horrible dolor.

Bien.

—Maldita bruja de sangre. Me has marcado.

En su antebrazo izquierdo, antes desnudo, había aparecido un tatuaje pálido. Dos lunas crecientes en el interior de un círculo de estrellas. Por un momento, pareció incapaz de comprender que yo hubiera conseguido algo tan imposible. Para ser sincera, yo tampoco estaba segura de por qué teníamos tatuajes a juego, pero habría preferido morir antes que admitirlo.

Debía de ser el precio de la magia oscura que había usado para invocarlo. Casi me reí. Cuando Carolina me había dicho que los hechizos invocarían a un demonio menor, me había costado bastante creerle. No me importaba si estaba teniendo una pesadilla: era imposible que *de verdad* hubiera convocado a un príncipe del infierno. Se necesitaría más magia de la que yo poseía para controlar a una criatura como él durante un buen rato.

—Esto es imposible.

—En eso estamos de acuerdo. —Me enseñó el brazo—. Repíteme la frase exacta de ese hechizo. Tenemos que revertirlo antes de que sea demasiado tarde. Solo nos quedan unos valiosos minutos.

—No.

—No tienes ni idea de lo que has hecho. Necesito saber qué frase era, palabra por palabra. Ahora mismo, bruja.

Estaba bastante segura de que lo que había hecho, aparte de fastidiarlo, era asegurar que ninguno de los dos acabara muerto por la mano del otro.

Lo más probable era que los tatuajes actuaran como una especie de vínculo mágico. Desvincularnos para que me arrancara el corazón como había hecho con mi hermana era lo último que estaba dispuesta a hacer.

—Increíble —me burlé—. Exigiendo cosas cuando no eres el que ostenta el poder. —Su expresión era de puro asco. Esperaba que fuera un reflejo de la mía—. Necesito saber quién eres y por qué mataste a mi hermana. Ya que no puedes volver a tu dimensión infernal si no te lo permito, te sugiero que sigas mis reglas.

No podía estar segura del todo, pero se produjo un cambio en la atmósfera que nos rodeaba y tuve la extraña impresión de que su poder se deslizó fuera de él, me rodeó y luego se alejó. Sus fosas nasales se ensancharon. Se revolvió contra la correa mágica que le había puesto, tratando de liberarse. Lo observé, con una sonrisilla de despecho en los labios. Si antes no me odiaba, ahora lo haría diez veces más. Perfecto. Parecía que por fin nos entendíamos.

—Un día seré libre de este vínculo. Piensa en eso con mucho detenimiento.

Me acerqué a él, echando la cabeza hacia atrás.

—Un día, encontraré la forma de matarte. Piensa en *eso* con mucho detenimiento. Y ahora, dime quién eres y por qué querías muerta a Vittoria.

Me ofreció una sonrisa que probablemente hacía que los hombres se mearan encima. Yo me negué a ceder al miedo.

—Muy bien. Puesto que solo dispones de cierto tiempo para retenerme aquí, y que ya has desperdiciado varios valiosos minutos con tu patético intento de asesinato, jugaré a tu juego. Soy Wrath, príncipe de la Ira, general de la guerra y uno de los temidos Siete.

Antes de que pudiera parpadear, me pasó un dedo por la garganta, deteniéndose en la vena que palpitaba bajo mi piel. Me invadió un pavor absoluto. Le aparté la mano y salí del círculo de invocación. Me fijé en los

huesos dispersos y me apresuré a colocarlos en su sitio.

Su sonrisa se convirtió en algo afilado y malvado.

—Enhorabuena, bruja. Has logrado captar toda mi atención. Espero que estés preparada para las consecuencias. —Exudaba arrogancia. Solo un tonto no se sentiría aterrorizado por la bestia que percibía acechando bajo su piel. Irradiaba poder, inconmensurable y antiguo. No me cabía la menor duda de que podría acabar con mi vida sin pensárselo dos veces.

Sin embargo, sentí un estremecimiento en la comisura de los labios.

Entonces, sin previo aviso, me doblé sobre mí misma y me eché a reír. El sonido rebotó en las paredes de la cueva, aumentando hasta que quise taparme los oídos. Me agarré el estómago, prácticamente jadeando por el arrebato. Quizás me estaba volviendo loca. Esa noche había ido de mal en peor más rápido de lo que me había atrevido a imaginar. No podía creerme que hubiera convocado a un príncipe del infierno. No podía creerme que existieran los demonios de la realeza. El mundo estaba patas arriba y del revés.

—Me alegro de que la muerte inminente te resulte tan divertida —espetó —. Eso hará que descuartizarte sea más satisfactorio. Y te prometo que tu muerte no será rápida. Me recrearé en la matanza.

Hice un gesto con la mano, como si no fuera más temible que una mosca doméstica. Prácticamente podía *sentir* que la rabia salía de él en oleadas y se abría camino dentro de mí. Aun así, tenía la sensación de que se estaba conteniendo. Mucho. Era inquietante.

—¿Por qué te ríes tanto, si se puede saber?

Me enderecé y me limpié las comisuras de los ojos.

—¿Cómo debo llamarte exactamente? ¿Su alteza? ¿Oh, temido y poderoso séptimo? ¿Comandante general del infierno? ¿O príncipe Wrath?

Tensó un músculo de la mandíbula mientras me sostenía la mirada.

—Un día me llamarás Muerte. Por ahora, Wrath será suficiente.

ONCE

> Un príncipe del infierno nunca dará su verdadero nombre a sus enemigos. Solo pueden ser invocados a través de un objeto que les pertenezca junto con una emoción poderosa. Sus poderes están ligados a los pecados que representan. Cuidado, son seres egoístas que desean utilizarte en su beneficio.
>
> —*Notas del grimorio de los Di Carlo*

—¿Wrath? ¿El príncipe de la Ira? —No me molesté en ocultar mi tono incrédulo. Dejando a un lado el melodramatismo extremo de «me llamarás Muerte», aquella obscenidad de noche dejó de tener esa gracia del tipo «esto no puede estar pasando, el destino no puede ser tan cruel». Primero, había estado convencida de que era un cazador de brujas y que había asesinado a Vittoria por lo que era, solo para descubrir que era una de las criaturas de las que nos habíamos estado escondiendo toda la vida. Segundo, tener al demonio que había matado a mi hermana a mi alcance y no poder hacerle daño…

Debía de haber molestado *mucho* a alguna diosa para que me castigara de una forma tan horrible. Su estúpido nombre y todos sus títulos eran la menor de mis preocupaciones, pero la rabia que emanaba de él mientras me reía me incitaba a atormentarlo por ello.

—Eso es ridículo. No te voy a llamar con el nombre de una emoción. ¿Cómo te llamas de verdad?

Me obsequió con una mirada gélida mientras yo recogía su daga del suelo.

—Mi verdadero nombre no te incumbe. Dirígete a mí por el título de mi casa. A menos que quieras llamarme Su Alteza Real del Deseo Innegable. Esa es siempre una opción aceptable. Si quieres hacer una reverencia, tampoco me importaría. Con un poco de humillación se llega muy lejos. Puede que me apiade y haga que tu muerte sea rápida.

Mis labios se curvaron hacia arriba de forma involuntaria.

—¿Estás seguro de que eres de la casa de la Ira? Si no te conociera, diría que eres general de un batallón vacuo y descamisado de la casa del Narcisismo.

Su expresión reflejaba de todo menos una actitud amistosa.

—Me halagas. Si te repugna tanto mi compañía, ¿por qué no me liberas?

—Nunca.

—Una palabra peligrosa. Yo evitaría hablar en términos tan absolutos si estuviera en tu lugar. Tienden a no cumplirse *nunca* .

Me obligué a respirar. Antes de reconocerlo, lo que quería eran respuestas. Ahora quería cortarlo en miles de sangrientos pedazos y dárselos de comer a los tiburones.

—¿Por qué asesinaste a mi hermana?

Se paseó despacio alrededor del círculo de invocación, probablemente comprobando su resistencia.

—¿Es eso lo que crees? ¿Que le arranqué el corazón a tu hermana?

—Estabas junto a su cadáver, *lamiéndote su sangre de los dedos* , bestia repugnante. —Respiré con furia mientras lo observaba de cerca, aunque fue un esfuerzo inútil. Su rostro era de una inexpresividad inhumana. Ni una sola emoción delataba sus pensamientos. Sin pensarlo, levanté la mano y

volví a agarrar mi *cornicello* —. ¿Por qué asesinaste a mi hermana?

—No lo hice.

—¿Por qué debería creerte?

—Su muerte fue muy inconveniente.

—*¿Inconveniente?* —Agarré la empuñadura de su daga, planteándome lo rápido que podría clavársela en el corazón antes de que me devolviera el golpe. No es que fuera a hacerlo. De hecho, ni siquiera me había puesto una mano encima mientras le asestaba patadas y puñetazos. Algo extraño para un demonio de la guerra. Sacudí la cabeza. Mi amuleto de protección estaba funcionando, no su conciencia—. Sí, imagino que debió de ser terriblemente poco conveniente para *ti* encontrarte a mi hermana asesinada. Entonces, ¿por qué estabas en el monasterio?

Una luz dorada tenue y brillante se alzó hacia el cielo y cayó de vuelta a la tierra como una cascada. Tardé un segundo en darme cuenta de que solo me respondía porque estaba dentro del círculo de invocación. Y, al parecer, estaba luchando contra él. Sintiéndome audaz, me acerqué a la línea de huesos y volví a preguntar:

—¿Por qué estabas allí aquella noche?

El odio ardía en sus ojos.

—Por tu hermana.

—¿Para qué la querías?

Volvió a sonreír, pero era más una promesa de venganza que por diversión.

—Hizo un trato con mi hermano. Vine a cobrar por él.

Me di la vuelta muy deprisa, esperando ocultar mi sorpresa. Tenía mis sospechas de que Vittoria había hecho un trato con un demonio para hechizar su diario, pero ni se me había pasado por la cabeza que hubiera invocado a uno de los Malditos. La cesta que había llevado captó mi atención. El diario de mi gemela estaba escondido a pocos metros. Carolina

había dicho que llamaba a los Malvagi, y me pregunté si Wrath lo sentiría. No quería que pusiera sus manos demoníacas en lo que fuera que había allí, así que decidí no pedirle que rompiera el hechizo. Volví a encararme con él.

—¿Cuáles fueron los términos exactos del trato?

—No estoy seguro.

Entrecerré los ojos. Era evidente que estaba mintiendo, pero no tenía forma de obligarlo a decir la verdad. A no ser que usara uno de los hechizos prohibidos. Y eso parecía demasiada magia oscura para una única noche. Solo estaba dispuesta a tentar al destino hasta cierto punto.

—¿Qué hiciste con su corazón?

—Nada. —Apretó la mandíbula—. Ya estaba muerta cuando llegué.

Puse una mueca. Aunque no había nada especialmente cruel en lo que había dicho, esa fría valoración de la muerte de mi hermana seguía resultando dolorosa.

—¿Por qué te preocupan tanto las palabras exactas del hechizo?

Esta vez su respuesta fue mucho más lenta, como si estuviera eligiendo las palabras con sumo cuidado. Al final, dijo:

—Para cumplir con sus reglas, necesito entender por completo el hechizo de protección, como lo has llamado. Conocer las palabras también me ayudará a asegurarme de que los demás se adhieran a él. En los Siete Círculos nos regimos por reglas estrictas y por castigos severos si se infringen.

—¿Por «los demás» te refieres a mí? —Negó con la cabeza—. ¿A quién, entonces?

—A mis hermanos.

Sabía que había siete príncipes demonio, pero no creía que estuvieran relacionados. Imaginar que los demonios tenían familia resultaba inquietante.

—¿Todos los demonios deben obedecer esas reglas, o solo los príncipes

del infierno?

—Si vamos a dedicarnos a intercambiar secretos, me gustaría saber cuántas brujas viven en esta isla y el nombre de la anciana del aquelarre de cada ciudad. Luego puedes contarme dónde está el grimorio de la Primera Bruja y consideraré que estamos en paz. —Sonrió ante mi mirada de repulsión—. Ya me lo parecía. Pero me gustaría conocer la parte en latín del hechizo que has usado esta noche.

Sopesé los beneficios frente a las desventajas de desvelarle el hechizo de protección. No podía hacerme daño, eso estaba claro. Y no era como si pudiera revertirlo, eso solo podía hacerlo yo.

—*Aevitas ligati in aeternus protego* .

Por un segundo, me pareció que ni siquiera respiraba. Clavó la mirada en mí, con una expresión cercana al horror. Una profunda sensación de satisfacción me invadió. No todos los días una bruja inspiraba tanto miedo en un príncipe demonio, especialmente en el poderoso demonio de la guerra.

—¿No hay comentarios sarcásticos? —pregunté, sin molestarme en ocultar mi tono de suficiencia—. No pasa nada. Sé que es impresionante.

—Lo que impresiona es lo equivocada que estás. —Se cruzó de brazos, con el semblante de nuevo cuidadosamente inexpresivo—. A pesar de tu vulgar intento de magia oscura, te ofreceré un trato a cambio. La duración es negociable, la forma de sellarlo, no.

Empezó a arderme la cara. Nonna decía que los tratos de los Malvagi casi siempre incluían besos y que una vez que habían posado sus labios sobre los de alguien, esa persona perdía por completo la razón. Siempre deseaban más, llegaban a ofrecer su alma para probar de nuevo el perverso pecado al que se habían hecho adictos. No sabía si todo eso era cierto, pero no estaba dispuesta a averiguarlo.

—Prefiero morir a que someterme a un beso tuyo, demonio.

Su expresión no tenía nada de divertida mientras me daba un repaso. Hizo un barrido lento y deliberado de mi cuerpo, mi postura, la forma en que apuntaba a su corazón con su propia daga. Si miró los huesos blanqueados que nos rodeaban, no les dedicó más que una mirada superficial. Cuando arrastró su atención de nuevo hasta mi rostro, algo oscuro acechaba en su mirada, forjado en lo más profundo de las fosas del infierno.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, un cosquilleo de advertencia. Aquel no era el tipo de príncipe del que hablaban los cuentos de hadas. No había ninguna corona de oro sobre su oscura cabeza, ni promesas de seguridad en sus esculturales y tatuados brazos. Era la muerte, la rabia y el fuego, y cualquiera que fuera tan estúpido como para olvidarlo sería consumido por su infierno.

—Un día podrías rogarme que te bese. —Se acercó lo suficiente como para que lo apuñalara. El calor irradiaba de él en oleadas. A mi alrededor. Una gota de sudor rodó entre mis hombros y se deslizó por mi columna vertebral. Me estremecí. Olía a menta y a días cálidos de verano, lo que no concordaba con la oscuridad de su *luccicare* —. Puede que lo odies. O que te encante. Pero la tentación surgirá en esas venas mágicas tuyas, borrando todo rastro de sentido común. Querrás que te salve de un tormento interminable dándote todo lo que te encanta aborrecer. Y cuando lo haga, tendrás sed de más.

Una imagen de él presionándome contra la pared, la piedra tan afilada como unas garras en mi espalda, sus labios suaves pero exigentes mientras me saboreaba, cruzó por mi mente. La boca se me secó tanto como los huesos de mi círculo de invocación. Antes vendería mi alma que estar con él.

—No te preocupes —susurró mientras sus labios rozaban la delicada piel de mi cuello. Me quedé helada. Se había movido tan rápido que ni siquiera lo había visto dar un paso—. Tendrías que ser la última criatura de todos los

reinos para que te deseara, bruja. Incluso entonces podrías no ser suficiente para tentarme. Lo que te ofrezco es un intercambio de sangre.

DOCE

> Nunca hagas un trato con un demonio, en especial con un príncipe del infierno. Las mentiras de los Malvagi son como el azúcar, dulces pero a la larga mortales cuando se ingieren en cantidades excesivas. Ten cuidado: muy pocos antídotos funcionan contra un veneno tan malvado.
>
> —*Notas del grimorio de los Di Carlo*

El corazón me palpitaba por su proximidad, el sonido era casi tan fuerte como las olas que atacaban los acantilados de abajo. Se quedó quieto un momento antes de alejarse, como si no solo lo hubiera oído, sino que hubiera disfrutado del ritmo primitivo. Me pregunté si le recordaba a los tambores de guerra y si sentía unas ansias repentinas de batalla. Yo las sentía, eso seguro. Había demasiadas emociones arremolinándose en mi interior, haciendo que mi decisión fuera especialmente difícil de tomar. El posible trato de mi hermana con su hermano. El intercambio de sangre de Wrath. Toda esa noche tan extraña e imposible. Apenas era capaz de asimilar el hecho de que los Malditos no solo eran reales, sino que uno de ellos estaba ante mí, ofreciéndome un trato.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Estás dispuesta a aceptar el intercambio de sangre?

—No te has molestado en explicar por qué lo ofreces, así que no.

Respiró hondo, como si el mero hecho de dar explicaciones a una bruja fuera agotador.

—Según los términos de tu hechizo de *protección* , debo garantizar tu seguridad. El hechizo me obliga a no hacerte daño, pero también me exige que te proteja de los demás. Un vínculo de sangre entre nosotros alertará a otros demonios de que eres un miembro temporal de la casa de la Ira, y por lo tanto no deberían matarte o mutilarte demasiado. Ahí lo tienes. ¿Aceptas ya el vínculo de sangre?

No mutilarme *demasiado* no era lo mismo que no mutilarme en absoluto. Me quedé mirándolo, con los labios fruncidos. Después de un minuto, negué lentamente con la cabeza.

—No, me parece que no. Estás atado hasta que te libere, y no pienso convocar a ningún otro demonio. Por lo tanto, no necesito tu *protección* .

—En primer lugar, estoy atado a este círculo durante tres días. No hasta que me liberes. Tu… hechizo de protección es diferente… Lo que viene a ser, por desgracia, para toda la eternidad. —Hizo rodar los hombros, aunque no parecía haberse deshecho de la tensión que había en ellos—. En segundo lugar, el intercambio de sangre me permitirá percibir cuándo estás en peligro. Sin él, no puedo garantizar tu seguridad. Lo que supone una violación de las reglas que *tú* has decretado al crear el hechizo.

—No me digas. —Mi tono lo acusó de ser el peor mentiroso que había conocido—. Nada de eso importa. Cuando se nos acabe el tiempo, te devolveré al infierno, no al distrito comercial.

—Sangre de un demonio medio muerto. Ha sido tu primer hechizo de invocación, ¿no? —Me observó con detenimiento. Lo fulminé con la mirada, pero no hice nada para negarlo. Suspiró—. Por supuesto, tenía que acabar atado a una novata incompetente hasta el fin de los tiempos. Haznos un favor a los dos y no aceptes mi oferta. De todos modos, prefiero no ser tu perrito faldero.

Ladeé la cabeza.

—¿Tendrías que acudir cuando te llamara?

—No exactamente, pero como he dicho antes, sabría cuando me necesitas.

—¿Por qué te importa protegerme?

—No me importa. Pero gracias a tu hechizo estoy obligado a hacerlo o me arriesgaré a que mis poderes disminuyan. Por lo tanto, me adhiero a los términos. *Algunos* aceptamos nuestro deber con dignidad.

Claro. Cuando la magia lo exigía.

—¿Cómo funciona *exactamente* la protección?

—Los demonios percibirán el vínculo y reconsiderarán la posibilidad de hacerte daño. Puede que no se los pueda persuadir a todos para que no te maten, pero se lo pensarán dos veces. Sabrán que incurrirían en mi ira como castigo por interferir en los asuntos de mi casa.

Por mucho que me resistiera a admitirlo, tener al demonio de la guerra como ángel de la guarda no era la peor de las suertes. No tenía que confiar en él, ni siquiera gustarle, solo debía tener fe en mis propios instintos. En ese preciso instante me decían que no era el responsable del asesinato de mi hermana. Estaba bastante segura de que aquel trato era más beneficioso para él que para mí, pero acabaría encontrando la manera de que jugara a mi favor. Y aunque no pudiera, no importaba. Wrath no parecía quererme muerta, y yo necesitaba estar muy viva para descubrir qué le había pasado a Vittoria.

—De acuerdo. Acepto tu oferta del intercambio de sangre.

—¿De buena gana? —preguntó. Asentí—. Dame mi daga.

Dudé solo un segundo, recordando el hechizo de protección que le había lanzado. Por primera vez desde que había aparecido en la cueva, parecía eufórico mientras deslizaba la hoja sobre su mano. Antes de que cambiara de opinión, se cortó el dedo y provocó que se acumularan algunas gotas de

sangre. Después, la herida se cerró casi de inmediato.

—No tendré que… bebérmela, ¿verdad?

Me lanzó una rápida mirada.

—¿Qué clase de historias te han contado sobre nosotros?

Murmuré un «bebedores de sangre desviados y perversos», y debió de oírme, porque no se molestó en pedir una aclaración.

—A menos que te guste beber sangre, mezclar la mía con la tuya será suficiente.

Le eché una mirada desafiante mientras levantaba el brazo, que aún me sangraba, y él presionaba un dedo sobre mi herida. Aquello parecía resultarle tan repugnante como a mí. Apreté los dientes, intercambiar sangre con un demonio tampoco era mi idea de una noche ideal, pero allí estábamos.

—Repite después de mí: yo… cualquiera que sea tu nombre completo, acepto de buen grado este intercambio de sangre con la casa de la Ira durante un período de seis meses.

—¿Seis meses? —Me liberé de su agarre y cerré las manos en puños—. ¡Eso es absurdo! ¿Y si no quiero tu protección durante tanto tiempo?

Se frotó las sienes.

—¿Qué es lo que quieres, bruja? ¿Por qué me has convocado?

—Para averiguar quién asesinó a mi hermana.

—¿Y?

Dudé. Al principio, quería invocar a un demonio para romper el hechizo del diario de mi hermana. Pero ahora tenía muy claro que no quería que Wrath lo supiera. Al menos no hasta que supiera por qué Carolina había dicho que irían a buscarlo.

—Eso es todo.

—Estás mintiendo.

—¿Y tú no lo has hecho?

Sacudió la cabeza.

—Estar atado a ti me impide mentir. Hacerlo sería… descortés.

—Por supuesto. Uno siempre debe hacer gala de sus buenos modales mientras arranca los corazones de sus enemigos. —Lo miré de arriba abajo, evaluándolo. No iba a aceptar su palabra sin más, sin pruebas—. Si tu magia no estuviera atada por el hechizo de protección, ¿me harías daño?

—Si tuviera que hacerlo, sí.

Y no parecía desagradarle la idea. Al menos sabía que decía la verdad sobre su incapacidad para mentir. En lugar de responder, como parecía esperar que hiciera, aguardé. Nonna decía que se podía ganar mucho leyendo el silencio. Era un demonio de la guerra, pero yo también entendía de estrategias. No tardó en llenar el silencio.

—Cree lo que quieras, pero compartimos el objetivo común de encontrar al asesino de tu hermana.

Él y yo no compartíamos nada y nunca lo haríamos. La furia se extendió por la cueva, más rápida y poderosa que el viento que ahora aullaba en el exterior. Me dirigió una mirada aburrida que me hizo hervir aún más.

—¿Por qué te preocupa que se haga justicia por la muerte de mi hermana?

—No me preocupa —dijo—. No me confundas con un humano con intenciones nobles.

—Si quieres que confíe en ti lo suficiente para un pacto de sangre, o como se llame, necesito saber *por qué* quieres resolver su asesinato.

Permaneció en silencio un minuto, mientras consideraba qué información compartir.

—Quiero detener al asesino antes de que vuelva a atacar. Aliarme contigo no es lo ideal, pero son las cartas que me han tocado y usaré esta mano a mi favor. No solo eres una bruja, como todas las víctimas anteriores a tu hermana, sino que también tienes una conexión con la víctima más reciente. Creo que en algún momento puedes resultar valiosa para atraer al asesino.

Por lo tanto, me gustaría percibir cuándo estás en peligro para poder eliminar la amenaza.

Abrí la boca, pero él levantó una mano para entretenerme.

—No te daré más detalles a menos que aceptes el vínculo de sangre.

Wrath no mentía: no me diría nada más a menos que aceptara. Puede que estuviera aceptando su oferta *por propia voluntad* , pero en realidad no parecía tener otras opciones a mi disposición. Pensé en mi hermana: sabía exactamente lo que haría. Respiré hondo.

—¿Me darás más detalles sobre la relación de mi hermana con tu hermano?

—Intercambiaré toda la información necesaria.

Demonio tramposo. Toda la información «necesaria» no era lo mismo que toda la información. No aparté la vista de él mientras intentaba desentrañar la sensación de incomodidad que crecía en mi interior. Afirmaba que el vínculo de sangre formaba parte del hechizo de protección que yo había utilizado, pero no estaba segura de que eso fuera todo. Pensé en un vínculo entre los dos. Él decía que podría saber cuándo estaba en peligro, pero no me gustaba la idea de que supiera dónde estaba. Los demonios podrían tener reglas y etiqueta, pero yo no sabía nada de ellos.

Tal vez él considerara un gran honor arrastrar a alguien al infierno para que reinara allí por toda la eternidad.

—Respóndeme a una pregunta más —dije—. Aparte de no poder mentir, ¿qué más tienen prohibido los demonios?

Esperó un momento antes de responder.

—Tampoco podemos entrar en un hogar humano sin invitación. Se nos permite usar nuestros poderes, pero no causar daño físico directo. Y, una vez convocados, estamos obligados a permanecer en este reino hasta que se nos retire la invitación.

—Si te retirara la invitación ahora, ¿tendrías que irte de inmediato?

—Sí. ¿Hay trato? —Parecía relajado, distendido. Pero su mirada estaba fija en mí y resultaba afilada. Quería que aceptara su oferta. Pensé en las historias que Nonna nos contaba de niñas sobre cómo no se podía confiar nunca en los Malditos. Había nombrado específicamente a Wrath, príncipe de la Ira.

Deseaba mucho parecerme más a mi gemela. Pero no podía evitar ser yo.

—No, príncipe Wrath. No acepto el vínculo de sangre.

TRECE

> Una bruja nunca debe acceder a un intercambio de sangre con un príncipe del infierno. Al hacerlo, permite que el conjurado establezca un vínculo directo con la bruja. No está claro cuánto dura el vínculo o si puede romperse. Nunca lo olvides: forjar un vínculo desde el amor es tan peligroso como forjarlo desde el odio.
>
> —*Notas del grimorio de los Di Carlo*

Nonna echó un vistazo a la daga que yo llevaba atada a la cadera y luego golpeó el pollo como si estuviera imaginándose que en lugar de un animal era el cráneo de alguien. Había vuelto a recoger el arma antes de salir de la cueva, y Wrath había lucido prácticamente el mismo aspecto que Nonna en ese momento. Si el arma del príncipe demonio la había desestabilizado tanto, no podía imaginarme el disgusto que se llevaría si se enterara del tatuaje mágico que compartíamos.

Para ocultarlo, había elegido una blusa con mangas largas y onduladas. Antes de acostarme, había inspeccionado las dos lunas crecientes dentro del círculo de estrellas. La tinta brillaba como la luz de la luna. A pesar de que me unía a Wrath, no me importaba demasiado. Era delicado y bonito.

Porrazo tras porrazo, Nonna golpeó al pobre pollo con una concentración inusual. Por lo menos el especial de la casa del día resultaría apetitosamente

tierno para nuestros clientes. Me alegraba que algunos todavía tuvieran apetito. Yo desde luego había perdido el mío.

Ignoré la forma en que se me revolvía el estómago cada vez que pensaba en los acontecimientos de la noche anterior. Si Nonna supiera que no solo había convocado a uno de los Malvagi, sino que casi había accedido a un vínculo voluntario de sangre con uno… Cerré los ojos y luché contra las ganas de ir a acostarme.

Nonna podría dejar de machacar al pollo y tirarse por el acantilado más cercano.

Me concentré en el pequeño reloj que había sobre la estufa. Quería que terminara de una vez el turno de la cena y volver a la cueva donde Wrath estaba atrapado antes de que oscureciera. Esa noche le exigiría respuestas. Aparte de su posición real en el infierno, no sabía nada de él. Por lo que sabía, *él mismo* podía ser el diablo y tener sus propios planes malvados.

Al margen de todas las incógnitas que rodeaban a Wrath, como mínimo estaba segura de dos hechos. El primero era que quería localizar al asesino de mi hermana y probablemente matarlo. Y el segundo era su deseo de establecer un pacto de sangre conmigo. No tenía intención de someterme a ese vínculo tan espeluznante, pero me proporcionaba una excelente ventaja que utilizar durante el interrogatorio. Su hermano parecía estar interesado en negociar con brujas, y yo quería saber por qué.

Si sus hermanos demonios no eran los responsables del asesinato de mi gemela, eso aumentaba las probabilidades de que los cazadores de *strega* fueran los responsables. Tener a Wrath cerca para que me protegiera mientras un fanático que odiaba a las brujas andaba por ahí arrancando corazones podría ser prudente. Dejaría que el príncipe demonio luchara contra él y huiría en busca de seguridad. ¿Y si se destruían mutuamente en el proceso? Ya se las apañarían ellos solitos.

Troceé champiñones para la salsa y los añadí a la sartén en la que ya se

estaban friendo a fuego lento el ajo y las chalotas en mantequilla. Estaba trabajando de forma mecánica, la cocina albergaba mucha menos magia que antes. No ayudaba que mi atención no dejara de desviarse hacia el reloj. Me preocupaba dejar a un demonio solo toda la tarde. Ya fuera un príncipe del infierno o algo peor, seguía siendo innegablemente malvado. Al amanecer, antes de salir de la caverna, había lanzado un hechizo adicional de contención que no le había sentado muy bien. No podía hacerme daño gracias al hechizo de protección, y estaba bastante segura de que no había mentido al decir que estaría atrapado durante tres días, pero prefería tomar precauciones adicionales.

Sobre todo, si esas medidas lo cabreaban. Nonna nos había contado que los Malvagi no soportaban la luz del sol, así que había planeado volver antes de que cayera la noche por si mi hechizo no había funcionado, o por si lo había roto de alguna manera.

Nonna dejó el rodillo a un lado y le pasó a mi madre la bandeja de pollo aplastado para que lo rebozara en harina. Me observó cortar más setas al tiempo que descorchaba una botella de marsala y vertía el líquido en una sartén caliente mientras yo fingía no darme cuenta.

—Las distracciones en la cocina provocan accidentes, Emilia. —Se limpió las manos y se echó el trapo al hombro—. ¿Necesitas sentarte?

Detuve mi asalto a las setas y levanté la vista.

—Estoy bien, Nonna. Solo es cansancio.

Y bastante ansiedad por las últimas veinticuatro horas. Era difícil asimilar el hecho de que los monstruos de los cuentos de mi infancia eran reales. No tenían ojos rojos, ni dedos con garras, ni cuernos. Las criaturas del infierno eran elegantes, majestuosas, bien dotadas. Eso cambiaba mi idea de cómo el mal se presentaba ante el mundo. Se suponía que Wrath tenía que tener colmillos y soltar bebas, no ser una maravilla sin camisa que cualquier artista soñaría con pintar.

—Nicoletta, ¿tienes algún consejo para tu hija?

Nonna se dirigió a mi madre en busca de ayuda, pero ella estaba perdida en su propia tristeza. Hundió un trozo de pollo en un cuenco de harina sazonada con sal y pimienta, lo sacudió y lo dejó caer en una sartén que lo esperaba. La mantequilla crepitó y escupió, satisfecha con la ofrenda.

Mi madre seleccionó otro trozo de pollo y repitió el proceso. Todo memoria corporal, ningún pensamiento consciente. Me apresuré a mirar hacia otro lado.

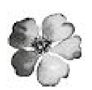
Nonna me agarró de la barbilla y me obligó a sostener su mirada imperturbable.

—Si has estado buscando problemas, eso termina esta noche, Emilia. La luna está casi llena y no es momento de jugar con fuerzas que no puedes esperar controlar. *Capisce?*

—No he estado buscando problemas, Nonna. —Solo los había invocado—. Todo va bien. *Estoy* bien, lo prometo.

Nonna me soltó la cara y se alejó, sacudiendo la cabeza.

—Nada va bien, niña. Lleva un mes sin ir bien y me imagino que no irá bien durante mucho más tiempo. Vittoria se ha ido. Nada la traerá de vuelta. Es duro, pero es cierto. Tienes que aceptarlo y llorarla. Desiste de tu venganza o nos maldecirás a todos.



—¿*Cuánto* quieres por esta camisa? —Le fruncí el ceño a Salvatore, el ladrón que se hacía pasar por vendedor. Sacudí la más que objetable prenda ante su cara—. Nos referimos a esta, ¿verdad? La que está prácticamente raída en los codos.

—Es un precio justo. —Levantó las manos y retrocedió poco a poco detrás de su mesa de mercancías—. Carolina está vendiendo la suya por un

buen pico. ¿Ves?

Sal señaló con la cabeza el puesto del otro lado del callejón. Tenía razón, pero todo el mundo por allí conocía (y admiraba) a la tía de Claudia, Carolina, como «la intrigante». Sin embargo, solo la gente adinerada que disfrutaba de un paseo por el abarrotado mercado pagaba sus precios inflados.

Imaginé que tenía más que ver con el hecho de que había hechizado los artículos con el fin de que fueran irresistibles para cierta clientela. Luché contra el impulso de mirar hacia su puesto, por si acaso me llamaba para preguntarme cómo me había ido invocando demonios.

Incluso los practicantes de las artes oscuras temían a los Malditos.

Sin dejar de refunfuñar, le entregué a Sal las monedas y guardé la camisa en mi bolsa. Aunque me habría encantado quedarme a regatear por esa triste imitación de ropa, el sol pronto se deslizaría por el horizonte y tenía que asegurarme de que el demonio seguía atrapado en el círculo.

Me apresuré a atravesar el ajetreo de la tarde de mercado, ignorando a los vendedores que intentaban atraer mi atención para que probara el queso, su comida callejera o para que me comprara un bonito par de pendientes. A menos que pudieran venderme un hechizo demoníaco para desbloquear el diario de mi hermana, no me interesaba.

—¿Emilia?

Me detuve al final de la calle que acababa convirtiéndose en el camino empinado y sinuoso que llevaba a la caverna abandonada. Quizás había imaginado su voz. Cerré los ojos, rezando para que así fuera. No estaba preparada para aquel encuentro y, aunque lo estuviera, se me estaba acabando la luz diurna. Las criaturas malvadas salían al amparo de la oscuridad, y yo conocía al menos a una que quería deshacerse de su correa.

—¡Emilia! Eres tú, gracias a las estrellas. Esperaba encontrarte aquí.

Respiré hondo y me giré para mirar a mi amiga.

—Hola, Claudia. ¿Cómo…?

Me abrazó y sus repentinas lágrimas me empaparon el cuello.

—Ha pasado un mes entero y todavía no puedo creerlo. Incluso después de haberla visto descansar. —Claudia dio un paso atrás y sacudió sus rizos oscuros. Llevaba el pelo más corto que la última vez que la había visto. Tenía buen aspecto—. Últimamente he tenido unos sueños de lo más… extraños. Mi tía cree que son mensajes urgentes.

Ambas escudriñamos la calle, pero no había nadie que estuviera lo bastante cerca como para escucharnos. Por «sueños» mi amiga quería decir «visiones». La magia de Claudia funcionaba mejor con la adivinación. A veces sus visiones eran más que visiones. Y otras veces no lo eran. El problema era que nunca podíamos saber cuándo estábamos ante un regalo de la diosa de la visión y las premoniciones y cuándo se trataba de un mero producto de su imaginación.

Odiaba haberla dejado sola y que se hubiera tenido que preocupar por su cuenta de los posibles significados. Vittoria solía tomar notas y hacer cientos de preguntas diferentes. Deseaba con desesperación que estuviera a mi lado en ese instante.

—¿Qué has visto?

Claudia miró a su alrededor.

—Es más una advertencia que una verdadera visión, creo.

Y estaba claro que, fuese lo que fuese, la aterrorizaba. Mi amiga parecía estar a punto de pegar un bote de puro nerviosismo. Me acerqué y tomé su mano entre las mías.

—¿Qué has visto?

—No estoy segura… Vi unas alas negras y una jarra vacía que se llenaba y se vaciaba. Todo era muy extraño. Creo que se acerca una oscuridad terrible —dijo—. O que ya está aquí.

Unos escalofríos me recorrieron el cuerpo en oleadas, dejándome la piel

de gallina. Me tragué la vergüenza que sentía. No me cabía duda de que Claudia me había visto invocar a Wrath. Arrastrar a un príncipe del infierno desde el inframundo era una gran hazaña, no podía ni imaginarme la clase de estremecimientos mágicos que debía de provocar. Había alterado el orden natural de este mundo. Había atraído algo que no pertenecía a ese lugar. Era la magia más oscura posible, y no me sorprendió que una bruja oscura lo hubiera percibido.

—Tal vez solo sea la forma en que tu mente está explicando lo de Vittoria…

—Es probable que tengas razón —aceptó con rapidez—. Domenico también está hecho un desastre. Visita el monasterio al menos dos veces por semana para rezar.

Me alegré de que la conversación se apartara del Gran Mal que yo había invitado a nuestro mundo, aunque pensar en mi hermana tendida en el monasterio también me provocó unos sentimientos horribles. Intenté no centrarme en el rostro manchado de lágrimas de Claudia. Lo último que quería era ponerme a llorar y aparecer con los ojos rojos y manchados cuando me enfrentara a Wrath. Quería proyectar intrepidez y ferocidad, no ser un desastre mocoso y sollozante.

Fue lo único que evitó que me derrumbara. Bueno, eso y oír que el amante secreto de mi hermana había estado rezando tan a menudo. Distraída con mi dolor y luego con el deseo de abrir su diario, me había olvidado de él.

—No sabía que habían hecho público…

No estaba segura de cómo llamarlo. No era un noviazgo, porque Domenico no había hablado con mi padre y Vittoria ni lo había mencionado. Si no hubiera visto su nombre garabateado en su diario, no sabríamos que le gustaba. Ese hecho me dolía, así que lo empujé hacia el fondo, donde no pudiera hacerme daño, con los demás sentimientos

desagradables que había almacenado en los últimos tiempos.

—¿Qué más ha dicho Domenico?

—No estoy segura. No me ha hablado de nada. La mayoría de las veces se encierra en una de las cámaras vacías y enciende velas para rezar hasta pasada la medianoche. En realidad, creo que está allí ahora mismo. Siempre parece muy triste.

Quería hablar con él y sabía que debía hacerlo, pero no me sentía preparada todavía. Me parecía que sería cruel presentarme como la viva imagen de su amante asesinada. Lo cierto era que no estaba preparada para enfrentarme a uno de los secretos de mi hermana sin que mi corazón se rompiera por completo.

Claudia entrelazó su brazo con el mío y nos apartó del camino principal.

—El *fratello* Antonio está preocupado por ti. Como tú fuiste la que… —Tragó con fuerza—. Ahora que ha vuelto de sus viajes para poner fin a los rumores sobre los cambiaformas, te iría bien hablar con él. Te ayudaría a encontrar consuelo.

El consuelo se alejaba demasiado de la venganza y no quería saber nada de él. La hermandad me aconsejaría rezar y encender velas como Domenico. Nada de eso me ayudaría a vengar a mi hermana, ni a romper el hechizo de su diario. Aunque confesara los deseos más oscuros de mi corazón, no había nada que Antonio pudiera hacer para ayudarme. Él solo era un humano.

Sonreí, a sabiendas de que Claudia hablaba desde el amor. Y ella ya tenía bastante con sus propias visiones inquietantes.

—Hablaré con él. Pronto. Lo prometo.

Claudia estudió mi rostro.

—Asegúrate de visitarme a mí también mientras estés allí. Te echo de menos. No puedo ni imaginar por lo que estás pasando, pero solo estás sola si eliges estarlo, Emilia. Por favor, no olvides que aún vives y que hay gente

que te quiere Y, si me dejas, puedo ayudarte. —Me imaginé confirmando sus temores sobre su sueño, contándole todo lo que había hecho la noche anterior, hablándole sobre el demonio al que había arrancado del inframundo y escondido en el nuestro. Y no un demonio cualquiera, sino, aunque pareciera difícil de creer, un príncipe de la guerra. Un demonio tan despiadado y poderoso que era la encarnación viva de la ira.

Me pregunté si Claudia seguiría dispuesta a ayudar si supiera lo que planeaba a continuación.

Estudié la determinación de su mirada y decidí que sí.

—Yo… —Inspiré hondo. No le había confiado a Wrath aquel secreto, y Carolina no podía ayudar, pero tal vez Claudia sí. Saqué el diario de mi hermana de mi bolsa—. Esto tiene un hechizo que no puedo romper. Tu tía me dijo que la magia no era de este reino. Es posible que sea de origen demoníaco.

Claudia abrió los ojos de par en par al pasar los dedos por la tapa.

—Es… antiguo.

—¿Crees que podrías averiguar qué tipo de magia se utilizó?

Ella asintió con energía.

—Por lo menos puedo intentarlo.

—Es peligroso —advertí—. No puedes decirle a nadie que lo tienes, ni enseñárselo a nadie.

—No lo haré. Te lo prometo.

Solté el diario. Cuando me giré para irme, una sombra se cernió sobre mi amiga y siseó:

—*Está aquí* .

—¿Qué? —Medio grité y retrocedí a trompicones. Era la misma voz incorpórea que había escuchado la noche de la muerte de mi hermana. Nunca olvidaría ese sonido—. ¿Quién?

—¿Quién qué? —Claudia miró a su alrededor y luego se acercó para

tranquilizarme—. ¿Estás bien, Emilia? Parece que hayas visto al diablo.

—Yo… ¿Has oído eso? —Me pasé una mano por el pelo y tiré de las raíces. No había nada. No había ninguna sombra amenazante ni advertencias funestas del más allá. Tal vez necesitara ir a la iglesia después de todo. Me vendrían bien todas las oraciones posibles—. No es nada. Creía que habías dicho algo más.

Claudia no parecía convencida, pero tras un momento de tensión se despidió de mí con la promesa de averiguar todo lo que pudiera sobre el misterioso hechizo.

Oí la voz de Nonna en mi cabeza mientras me apresuraba a salir de la ciudad, mirando constantemente por encima del hombro para ver si había algo. Ella tenía razón: nada iba bien.

Y empezaba a creer que podría no volver a ir bien.

CATORCE

—Ponte esto . Nadie debería estar sometido a *eso* toda la noche, demonio.

Wrath atrapó la camisa al vuelo un segundo antes de que le diera en la cara y se encogió. Para ser sincera, no podía culparlo. Gamuza rojiza arrugada, codos desgastados y cordones entrecruzados en el pecho. Me miró como si hubiera arrastrado un cadáver en descomposición y le hubiera dicho que lo despellejara y lo cosiera para hacer una chaqueta.

Tensó la mandíbula.

—No.

—¿No? —Ladeé la cabeza como si no lo hubiera oído bien.

—Es como si hubieras hecho una bola con ella y la hubieras dejado en el fondo de un cajón durante meses, y huele como si hubieras limpiado tripas de cerdo con ella. —Me la devolvió—. Tráeme algo más adecuado o trata conmigo tal como estoy.

—¿Disculpa? —Me acerqué a los huesos y los crucé sin dudar. Me quedé cara a cara con él, echando humo. El brillo salvaje en mis ojos lo retó a decirme que no otra vez—. Ponte. La. Camisa. *Ahora* . *Mismo* .

—¿Es que la visión de mi piel desnuda te pone nerviosa? ¿Tuviste pensamientos pecaminosos sobre mí anoche? —Esbozó una sonrisa perezosa—. Esa suele ser la especialidad de mi hermano, pero no temas, todos tenemos talento en la alcoba.

—Cerdo.

—¿Te apetece revolcarte en la suciedad conmigo?

Mi cuerpo desprendió ira en oleadas.

—Ya quisieras.

—Te aseguro que no. —Podría jurar que la temperatura descendió hasta igualar la frialdad de su tono—. Nos llamas malvados *a nosotros* , pero las brujas sois criaturas vengativas sin alma ni conciencia. —Señaló con la cabeza la daga que llevaba en la cadera. Parecía ridículamente fuera de lugar con mi falda oscura y mi blusa a juego con mangas ondulantes. Pero no me importaba. No se la iba a devolver—. Apuñálame si tienes que hacerlo, pero no me voy a poner esa monstruosidad.

—No puedes estar hablando en serio. Es una camisa. —Le sostuve la mirada y no pude ni empezar a comprender la nueva mirada de sus ojos—. ¿Necesito recordarte que no estás en posición de exigirme o negarme nada?

Su irritación se unió a la mía en impío matrimonio.

—Voy a darte una pequeña lección, ya que pareces lamentablemente ignorante, bruja. Invocar no equivale a *poseer* . La contención no es para siempre.

Se acercó lo suficiente como para que mis opciones fueran quedarme quieta y sentir el calor de su cuerpo o apartarme para sostenerle la mirada. Me costó un poco ceder un paso, pero al final lo hice.

No me podía creer que quisiera discutir por la ropa mientras yo vacilaba por culpa de mi fantasma personal del infierno. *Si* es que era real y no una creación siniestra que mi mente había conjurado para perseguirme.

—Puedo negarte lo que sea y lo haré, cuando decida hacerlo —dijo, con la voz peligrosamente baja—. No vuelvas a cometer el error de creer que ejerces algún poder sobre mí que no sea el hechizo que me contiene aquí. Y ni siquiera eso durará.

Respiró hondo, como si disfrutara de la ira que emanaba de mí. Pensé en volver a darle un puñetazo, pero me abstuve.

—No puedes romper el hechizo sin mí, demonio.

—Puede que no. Pero los hechizos de contención, igual que los de invocación, duran tres días. Después de eso, seré libre de salir de este círculo y hacer lo que me plazca. —Por fin dio un paso atrás y se apoyó en la pared de la caverna, observando cómo digería yo la información—. ¿Has venido a discutir toda la noche o has cambiado de opinión sobre el vínculo de sangre?

—Ninguna de las dos cosas. He venido a interrogarte sobre los cazadores de brujas. —Su repentina risa me sobresaltó. Me recuperé con rapidez y me crucé de brazos—. ¿Por qué es tan gracioso?

—La información es moneda de cambio en mi país. Nadie espera obtener algo gratis. Si entraras en alguna de las casas reales y exigieras información, te desollarían viva.

Esperaba que no pudiera oír los latidos de mi corazón mientras dejaba que esa imagen tomara forma.

—¿Acceder a un vínculo de sangre no cuenta como pago? —pregunté. Se enderezó y perdió la sonrisa de inmediato. Eso atrajo su atención principesca—. Yo creo en tomar decisiones con conocimiento de causa. Por lo tanto, solicito un intercambio de información básica. Estoy segura de que no será demasiado para ti.

Me inspeccionó como alguien podría estudiar a un gato que de repente empezara a dar órdenes a los criados.

—Muy bien. Te complaceré respondiendo a *algunas* preguntas. Elígelas con sabiduría.

—¿Has oído hablar de algún grupo de humanos que se haya unido para cazar brujas?

Negó con la cabeza.

—No en estos momentos. Aunque la historia ha demostrado que están activos, así que estoy seguro de que existen.

—¿Cuál de tus hermanos negoció con mi hermana?

—Pride.

Cerré la boca. Orgullo. En la religión humana, el diablo solía estar asociado con ese pecado en particular. La noche anterior, Wrath solo me había dicho que mi hermana había hecho un trato con su hermano; no había mencionado al diablo en sí. Lo que significaba…

Un recuerdo surgió en mi mente. La noche anterior al asesinato de Vittoria, le había exigido que me contara qué había estado haciendo en el monasterio.

«Estaba invocando al diablo. Un antiguo libro me susurró sus secretos, y he decidido tomarlo como esposo. Te invitaría a la boda, pero estoy segura de que la ceremonia tendrá lugar en el infierno».

Sangre y huesos . Vittoria no había estado bromeando. Las preguntas revolotearon por mi cabeza como abejas furiosas.

—¿Eso era todo lo que querías saber, bruja? —Wrath apareció en mi campo de visión, irrumpiendo en mis pensamientos. Mi hermana me había dicho la verdad y yo la había decepcionado. No había hecho preguntas, ni la había tomado en serio. Debería haberlo sabido: siempre soltaba extravagancias ante los humanos y se deleitaba con que pensaran que estaba mintiendo. Si no me hubiera sentido tan molesta con ella por avergonzarme delante de Antonio, habría prestado más atención. *Debería* haber prestado más atención.

Respiré hondo para tranquilizarme. A partir de aquel momento empezaría a fijarme en cada detalle.

—¿Por qué Pride quería casarse con ella? —pregunté. La expresión de Wrath se tornó imposible de leer. Se me agotó la paciencia—. Sé que mi hermana aceptó casarse con él. Ella misma me lo dijo.

No se movió, pero me imaginé que su mente trabajaba a toda velocidad mientras formulaba mil escenarios diferentes y calculaba los beneficios y los perjuicios de compartir la información. Para ser sincera, creí que no

respondería. No parecía satisfecho cuando por fin lo hizo.

—Pride necesita casarse para romper una maldición que se le impuso.

—¿Por qué lo estás ayudando?

Me enseñó los dientes en una mueca.

—Estaba aburrido. Parecía divertido.

Si de verdad no podía mentirme, eso tenía que ser al menos cierto en parte.

—Entonces… ¿Tu misión es encontrar a alguien que esté dispuesto a casarse con Pride?

—Sí. Necesita una novia bruja, específicamente. Parte de mi tarea consistía en asegurarme de que su prometida llegara a nuestro reino sana y salva, en caso de que aceptara su trato.

—¿Por qué necesita casarse con una bruja?

—Necesita a alguien con habilidades mágicas para romper la maldición.

—¿Y si ella se niega?

—Entonces se le informa de las fuerzas… antagónicas… que desean perjudicarla.

Era una forma muy educada de decir que, si rechazaba la oferta, se arriesgaría a morir.

—Las otras dos víctimas también eran brujas. Lo que significa que les ofrecieron el mismo trato que a Vittoria —dije sobre todo para mí, pensando en la nueva información en voz alta. Wrath asintió cortésmente de todos modos—. ¿Las mataron antes o después de que hablaras con ellas?

—Después.

—¿Les das tiempo para considerar el trato?

—Por supuesto. Se les da un día entero para pensarlo.

Aquello me sorprendió. Si necesitara que alguien aceptara un trato para romper una maldición, tiempo sería lo último que querría darle. Demasiadas cosas podrían salir mal.

—¿Cómo eliges a la bruja? —Wrath me lanzó una mirada que decía que el tiempo de las preguntas estaba llegando a su fin—. Al menos responde a esto, demonio. ¿Cuántos más de tu mundo saben a quién le ofreces el trato?

—Solo Pride y yo.

Medité sobre aquello. En realidad, eso hacía que la lista de sospechosos aumentara. En lugar de tener que preocuparme por un espía en el reino de Wrath, abría la posibilidad de que las víctimas también contaran a alguien de este mundo el trato con el diablo. Esas personas a las que se lo habían contado podrían haber dicho algo o haber sido escuchadas por otros. Un día entero era mucho tiempo para que los cotillas se pusieran manos a la obra.

Salvo que… había un problema importante con esa teoría. Las *streghe* no compartían sus secretos. Volví a pensar en los cazadores de brujas. Wrath no parecía creer que fueran una amenaza, pero no había encontrado ninguna prueba que los descartara por completo. Que fueran los responsables seguía siendo lo más lógico. Quizás habían descubierto de algún modo quiénes eran las brujas auténticas de toda la isla, y el hecho de que hubiera pasado al mismo tiempo que el trato con el diablo era una coincidencia.

—¿Me dirás quién es la próxima bruja?

—No.

Consideré mis opciones. Podía enviar notas a las otras doce familias de Palermo, pero existía la posibilidad de que fueran interceptadas. Presentarse en sus casas o negocios también era arriesgado, por si nos estaban vigilando, así que no era una opción. En aquellos tiempos extraños, debía ser muy cautelosa con cada uno de mis movimientos. Mis buenas intenciones podían acabar costándole la vida a alguien. Deseé que los demás estuvieran tomando precauciones después de los recientes asesinatos.

Wrath se acercó al borde del círculo de huesos, con cara de circunstancias.

—¿Y bien? ¿Estás preparada para convertirte en miembro de la casa de la

Ira?

—No. Hasta que decidas trabajar conmigo como un igual, declino tu oferta de *protección* .

Su sonrisa estaba llena de veneno.

—Nunca te has planteado aceptar el vínculo de sangre, ¿verdad? —Lo ignoré, levanté mi bolsa del suelo y me dirigí a la entrada de la cueva. Wrath gritó—: ¿A dónde vas?

—Al monasterio.

—Son tiempos peligrosos, no deberías ir sola. Libérame y te acompañaré.

Como si fuera a dejar que eso ocurriera.

—La próxima vez.

—*Benediximus* . —Buena suerte—. Será tu funeral.

Su risita malévola me persiguió todo el camino de vuelta a la ciudad.

QUINCE

A dos calles del monasterio, tuve la inconfundible sensación de que estaba siendo observada. Fingí no darme cuenta durante una manzana entera, antes de dirigirme despreocupadamente hacia una calle vacía. Si tenía que recurrir a la magia, no necesitaba que ningún testigo denunciara mi supuesta diablura a la Iglesia. Cuando éramos mucho más jóvenes, un *fratello* llamado Carmine solía ir en busca de cualquier persona con maldad en el alma. Había oído que la Iglesia lo había enviado al norte de Italia, pero pensaba en él de vez en cuando. Sobre todo, si me encontraba a las afueras del monasterio, preparada para usar la magia.

Agarré mi *cornicello* y entrecerré los ojos en la dirección del callejón de al lado, buscando el *luccicare* púrpura que indicaba que un humano andaba cerca. Al principio, no vi nada. Y luego…

Una voz baja y suave habló desde las sombras.

—Bueno, bueno, menuda sorpresa.

Se me erizó el vello de la nuca cuando un hombre salió de la oscuridad. Su pelo era como la seda negra, y sus ojos eran de un verde animal. Ningún humano tenía los ojos de ese color, y el extraño y brillante *luccicare* que lo rodeaba indicaba lo que yo ya sospechaba: Malvagi. No estaba segura de por qué, pero solté mi amuleto y lo oculté sutilmente dentro del corpiño.

—Eres… —Otro príncipe demonio. Uno que yo *no* había convocado a este reino. Lo que significaba que había otras formas de que llegaran. Algo de lo que debería haberme dado cuenta antes, ya que Wrath había sido el que había perseguido a mi hermana el mes pasado. Lo imposible se estaba

convirtiendo en una especie de broma.

Di un paso atrás y recé en silencio a la diosa de la batalla y la victoria. El nuevo demonio sonrió como si hubiera leído mis pensamientos. Quise apartar la mirada, pero no pude. Era como si su energía extraña y palpitante me mantuviera cautiva por mucho que quisiera gritar.

En lugar de entrar en pánico, analicé hasta el último detalle. Era casi tan alto como Wrath y tenía un aspecto llamativo que no encajaba con la belleza clásica, pero llamaba más la atención por ello. El vello facial bien rasurado acentuaba los ángulos duros de su rostro. Al mirarlo, casi sentí una punzada de…

—Envy. —Envidia. El demonio se las arregló para hacer que una única palabra sonara a la vez amenazante y atrayente—. Y tú eres… intrigante.

No quería ser intrigante. No quería estar a solas con él. Quería escapar. No logré ninguna de esas cosas. Me quedé allí, paralizada por un terror que me calaba hasta los huesos. Los Malditos no habían sido vistos en este reino durante casi cien años. Ahora había al menos dos de ellos allí.

No lograba dilucidar por qué, pero sentía que aquel príncipe era diferente de Wrath. Había algo en él que parecía letalmente angelical. Pero si alguna vez había tenido un halo, ahora estaba roto. Me entraron ganas de arrodillarme en señal de súplica y también de gritar pidiendo clemencia.

Envy se quedó a la entrada del callejón. Al igual que Wrath la primera noche que lo había visto, su hermano llevaba vestiduras muy finas. Su traje era de color negro, pero su camisa y su chaleco eran de varios tonos arremolinados de verde y surcados de hilos plateados. También llevaba una daga atada al costado, pero aquella tenía una gigantesca gema verde alojada en la empuñadura.

Todos mis sentidos hormiguearon en señal de advertencia. Y de miedo. Aquella criatura de la medianoche no estaba obligada a protegerme, y yo era muy consciente de mi vulnerabilidad.

Aquella falda no tenía ningún bolsillo secreto, así que había dejado mi tiza bendita por la luna en casa. Lo que significaba que no tenía forma de dibujar un círculo de protección, ni hierbas que ofrecer a la tierra, y tenía la sensación de que correr solo lo divertiría. Casi me ahogué por culpa del terror. Estaba a merced de aquel demonio.

De golpe, mi pánico se transformó en otra cosa. En una sensación oscura, feroz y abrumadora que revoloteaba a mi alrededor como unas alas amplias y correosas. Era fría y antigua, sin principio ni final. Como toda magia, simplemente *era* .

Y anhelaba que fuera toda *mía* . Hasta la última gota.

De repente, me sentí celosa del inmenso poder que ejercían aquellos demonios. ¿Por qué las criaturas del infierno se lo merecían todo? ¿Por qué yo era menos digna de poseer algún poder propio?

¡Había sido bendecida por la diosa, no por el demonio!

Si tuviera siquiera una *fracción* de esa magia, podría obligar a los demás a contarme lo que le había pasado a mi gemela. Podría evitar que otra bruja perdiera la vida en un trato demoníaco. Y podría poner al inframundo de rodillas. Deseaba tanto lo que ellos tenían que ardía de odio. Era un odio tan frío que me heló hasta lo más hondo.

Era demasiado. Querer lo que nunca sería mío…

Envy se inclinó hacia delante, con un brillo hambriento en esos ojos tan inusuales. Tuve la extraña impresión de que estaba experimentando esos mismos sentimientos. Que envidiaba a sus hermanos de una manera que casi lo volvía loco. Nunca podría imaginarme sintiendo eso por mi gemela. Debía de ser muy solitario, debía de aislarlo mucho.

Sujeté la daga que le había quitado a Wrath, me la llevé al pecho, apreté y casi gemí de placer mientras brotaba la sangre. Me atravesó la piel con un éxtasis terrible. Estaba dispuesta a arrancarme el corazón solo para detener el dolor que me consumía al saber que nunca poseería ese poder…

Una pequeña corriente eléctrica brotó de mi tatuaje, envió chispas de energía por mi piel y el hechizo se rompió. Parpadeé como si saliera de un sueño muy vívido. Miré la daga que sujetaba con una mano temblorosa y al demonio de ojos verdes, cuya atención se desplazó hacia mi brazo.

Envy debía de haberme pasado sus emociones o haber tornado las mías contra mí.

—Excepcional —dijo el príncipe demonio—. ¿Te has sentido como yo?

Si se sentía como un abismo infinito lleno de nada, odio y hielo, entonces sí.

—¿Qué me has hecho?

—Permitir que tus deseos más íntimos salgan a la superficie. Algunos los llaman pecados.

Me estremecí, sintiéndome violada de una manera que nunca había experimentado y que esperaba no volver a vivir. Casi me había clavado una daga en el corazón. Si mi tatuaje no me hubiera detenido, estaría muerta. No pude evitar preguntarme si me había equivocado con respecto a los cazadores de brujas. Puede que Nonna hubiera tenido razón todo el tiempo y los humanos no tuvieran la culpa.

Lo que estaba claro era que aquel demonio parecía el responsable de los cadáveres sin corazón.

La envidia me había afectado incluso con mi *cornicello* . Mi pequeño amuleto no había sido rival para un príncipe del infierno. Ni siquiera estaba segura de si había usado todo su poder o solo una pequeña parte de él.

Si hubiera hecho eso estando yo en la cocina con mi familia… Cerré los ojos, sin querer ni siquiera *pensar* en lo que podría haberme obligado a hacerles. Y en lo impotente que me sentiría por no poder resistirme a él. Me pregunté si alguna de nuestras precauciones y hechizos o amuletos habían funcionado de verdad, o si solo habían conseguido proporcionarnos una falsa sensación de seguridad.

Con criaturas como Envy vagando por el mundo, no creía que estuviéramos realmente a salvo. Sentí la repentina necesidad de llorar. No era de extrañar que Nonna nos contara esas historias y tratara de ocultarnos.

Aquellos demonios eran peores que las pesadillas. Y ahora estaban allí.

—Extraño. —Envy clavó en mí su mirada animal, curiosa. Me miré el tatuaje y me sorprendí al ver que unas serpientes se enroscaban alrededor de las lunas crecientes, formando un círculo más grande. Había estado tan desorientada por el miedo que no había sentido el ardor de mi antebrazo. La atención de Envy se centró en la daga que ahora estaba bien sujeta a mi cadera y una sonrisa lenta y astuta se dibujó en sus labios—. Qué interesante, en efecto. Unas redes tan enredadas, tan enmarañadas. Convocados por el odio, unidos por la sangre.

—¿Qué quieres decir?

Se metió las manos enguantadas en los bolsillos.

—Tienes algo que quiero.

—Si se trata de mi corazón aún palpitante, me temo que debo declinar.

—No, pero me imagino que algún día acabarás dándoselo a mi hermano.

Su tono era plano. Me pregunté si Wrath sabía lo celoso que estaba, pero no dije nada.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Si aceptas vender tu alma a la casa de la Envidia, te ayudaré a encontrar lo que buscas. —Su expresión era inhumana y fría como el hielo mientras esperaba. Se me erizó el vello de la nuca—. Codicio cosas únicas. Serías un regalo interesante para mi corte. ¿Cantas?

—No soy única. Tampoco soy una «cosa» o un «regalo» que se muestra como curiosidad en una fiesta.

—¿No lo eres? —Sonrió—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi a una bruja de las sombras. Me gustaría mucho que te unieras a mi casa.

No sabía a qué se refería con lo de bruja de las sombras, y eso era lo que menos me preocupaba. Una visión de humanos y brujas congelados como parte de una mórbida exhibición en un gran tablero de ajedrez cruzó por mi mente. Envy parecía el tipo de demonio que mostraría con orgullo sus trofeos, esperando que los demás se sintieran celosos de sus *codiciadas* posesiones.

Me tragué mi creciente pánico, sin saber si era una imagen que me había transmitido él. No quería averiguar nunca si ese miedo tenía algo de verdad.

—¿Y bien? —preguntó Envy, con un tono de voz afilado—. ¿Estás dispuesta a unirte a mi casa? Puedo ofrecerte la protección de mi reino y de mis hermanos. Lo cierto es que la necesitarás, especialmente por todos esos desafortunados asesinatos que ha habido aquí en los últimos tiempos.

El corazón me retumbaba como un loco. Había un viejo proverbio que Nonna siempre murmuraba que decía «más vale el diablo conocido que el diablo sin conocer» y nunca había oído algo tan cierto. Si me daban a elegir entre negociar con la Ira o la Envidia, elegiría al príncipe de la Ira.

No me cabía la menor duda de que no habría nada que Envy disfrutara más que llevar su daga mortal hasta mi piel y desprender lentamente las diversas capas, descubriendo qué era *exactamente* lo que me convertía en una bruja de las sombras.

Fuera lo que fuera eso.

Conociendo un poco su rigidez y sus buenos modales, no quise enfadarlo declinando demasiado pronto. Después de lo que me pareció todo un milenio de fingir que consideraba su oferta, al final dije:

—En este momento no, gracias.

Parecía estar a punto de defender su oferta, pero de repente inclinó la cabeza, como si fuera una deferencia. Su mirada volvió a dirigirse al tatuaje de mi brazo.

—Muy bien. Ni siquiera nosotros, los príncipes del infierno, sabemos lo

que puede deparar el futuro. Todavía puede que cambies de opinión, o que algo altere tu punto de vista. Aun así, te aceptaré cuando y si eliges mi casa en lugar de la de mi hermano. —El demonio se dio la vuelta y se dirigió al extremo opuesto de la calle, deteniéndose en el cruce para mirar hacia atrás —. Ten cuidado, los demás se están cansando. Aunque todavía no hayan empezado a cazar, vendrán pronto a por ti. Que esto te sirva de advertencia y como ayuda de parte de la casa de la Envidia. Elige una casa con la que aliarte u otros tomarán la decisión por ti.

DIECISÉIS

Oí el cercano crepitar de un fuego. Poco después llegó el humo, deslizándose por el aire como una serpiente en plena huida. La primera vez que había visto a Wrath en el monasterio, había escuchado un sonido similar. Tal vez el fuego y el humo tuvieran algo que ver con la forma en que los demonios viajaban entre reinos.

Ahora que Envy se había ido, me encontré respirando muy fuerte y muy rápido, casi igualando el frenético latido de mi corazón. Dieciocho años escondiéndome de los Malvagi y acababa de verme arrinconada por uno que había usado sus poderes conmigo. Y había sobrevivido. Tenía ganas de reír o de vomitar. Pero antes de hacer cualquiera de las dos cosas, tenía que convencer a mis rodillas de que dejaran de temblar.

Por la diosa, aquella era la experiencia más angustiosa que había vivido. Si mi hermana se había relacionado con los Malditos, desentrañar sus secretos y seguir a salvo parecía muy difícil. No estaba segura de que fuera a tener tanta suerte la próxima vez que me encontrara a solas con un príncipe del infierno. Alteraban el mismísimo espacio que los rodeaba. Y no parecía que Envy hubiera necesitado mucha energía (si es que había necesitado alguna) para hacerlo. Miré hacia la calle. Por fortuna, todavía estaba vacía. Antes de que apareciera Envy, me dirigía al monasterio. Claudia había mencionado que Domenico estaba allí, y me había parecido que podría ser el momento de preguntarle si sabía qué…

El miedo se apoderó de mí hasta que apenas pude respirar. Envy había dicho que yo tenía algo que él quería. Además de mi *cornicello* , que había

ocultado dentro de mi corpiño, donde él no podía verlo, y la daga de Wrath, no llevaba nada encima. Pero Claudia tenía el diario de mi hermana, y si el Malvagi de verdad podía sentirlo, entonces era posible que Envy ya estuviera dándole caza en ese mismo momento.

Si le ocurriera algo…

Puse rumbo a su casa, corriendo tan deprisa que estuve a punto de perder las sandalias mientras mis pies golpeaban las piedras irregulares del camino. Corrí con más ímpetu, concentrándome únicamente en llegar a casa de Claudia antes de que lo hiciera el demonio. Salté por encima de varias cestas, pasé por encima de los orinales y las gallinas que corrían por las calles laterales. Esquivé los tendederos y conseguí chocarme solo una vez, con un pescador muy desagradable, hasta que me detuve frente a la puerta de Claudia.

Agarré la aldaba de hierro y llamé hasta que una vela se encendió en el piso de arriba. Claudia asomó la cabeza por la ventana del segundo piso.

—¿Emilia? Sangre y huesos. ¡Me has asustado! Espera un segundo.

Me di la vuelta y escudriñé la calle oscura. No había señales de que me hubieran seguido. Tampoco sentía ningún tipo de presencia observando y esperaba que eso significara que Envy estaba bien lejos.

Un momento después, el cerrojo se deslizó con fuerza y la puerta se abrió de golpe. Claudia me indicó que entrara. Me apresuré a hacerlo y cerré la puerta tras de mí, respirando con dificultad.

—¿Qué diablos pasa, Emilia?

—¿Está tu tía en casa?

—Todavía no. Esta noche se ha quedado hasta más tarde en el mercado. ¿Qué ha pasado? —Levantó la vela para examinar mi expresión—. Tienes un aspecto horrible.

Exhalé de forma temblorosa.

—¿Has averiguado algo sobre el hechizo del diario?

—La verdad es que no. La magia es antigua, está claro que no es de este reino. Pero hay otra cosa que es extraña. Necesito más tiempo para…

—¡No! —Me acerqué y le di un ligero apretón en el hombro para suavizar el golpe de mis palabras—. Quiero que te olvides del hechizo y del diario. Por favor. Es demasiado peligroso.

Claudia entrecerró los ojos.

—¿Lo que ha pasado tiene que ver con la visión que tuve?

—Tal vez. —Me froté las sienes. Se me estaba formando un dolor de cabeza enorme—. Escucha, no estoy segura de lo que ha pasado esta noche, pero los Malditos están aquí. Y creo que su llegada tiene algo que ver con el diario de Vittoria. Sea cual sea la razón, no quiero llamar la atención sobre el libro. O sobre ti.

—¿Has hablado con alguno de ellos?

Asentí con la cabeza.

—El príncipe de la Envidia y yo acabamos de tener una charla encantadora. Al poco de empezar casi me arranco el corazón.

Esperaba una inhalación brusca o algún indicio de que mi amiga estaba completamente aterrorizada por el hecho de que los Malditos estuvieran rondando por Sicilia. Tal vez creyó que me había golpeado la cabeza. Se dirigió a la alacena con tranquilidad y sacó una botella de licor de hierbas que había preparado. Sirvió un vaso para cada una y me colocó uno delante.

—Siéntate. —Señaló una de las sillas de madera—. Bébete esto. Te calmará los nervios.

Me dejé caer en el asiento y me llevé el vaso a la nariz. Olía a menta y a algo cítrico. Tal vez lima. Me lo bebí de un trago, saboreando su acidez.

—*Grazie* .

Claudia se bebió su vaso y guardó la botella.

—No pareces sorprendida —dije—. ¿Sabías que estaban aquí?

—Lo sospechaba. —Apoyó la cadera contra la mesa y suspiró—. Cuando

empezaron los asesinatos y desaparecieron esos corazones, pensé de inmediato en la maldición.

—¿Te refieres a la deuda de sangre entre la Primera Bruja y el diablo?

—No —dijo despacio—, me refiero a la maldición.

Enarqué las cejas. Wath había dicho que el diablo quería romper una maldición.

—¿La maldición pesaba sobre las brujas o sobre alguien más?

—Esa es la cuestión. —Claudia se movió alrededor de la mesa y bajó la voz—. Nadie lo sabe con seguridad. Las brujas oscuras creen que fue el precio que pagó La Prima por el hechizo vengativo que lanzó sobre el diablo.

Eso resultaba verosímil. La magia oscura exigía un pago. Pero hechizar al diablo… Me estremecí a pesar del sofocante calor del verano. Tenía un recuerdo vago de Nonna mencionando aquello, pero no parecía convencida de su validez.

—¿Por qué maldijo al diablo?

—Las viejas historias cuentan que robó el alma de su primogénita. Desde ese día, el diablo quedó atrapado en el infierno por toda la eternidad. Sus hermanos podían viajar entre reinos dentro de lo razonable, normalmente los días anteriores y posteriores a la luna llena, pero él nunca pondría un pie fuera del inframundo. Y eso no era todo. Supuestamente, solo conservaría todos sus poderes si una bruja se sentaba en el trono junto a él, llevando el Cuerno de Hades para mantener el equilibrio entre los reinos.

—¿El Cuerno de Hades? ¿Es una corona?

—No hay documentación escrita sobre lo que es, ni sobre cómo funciona exactamente. Mi tía cree que parte de la maldición incluía eliminar o bloquear nuestros recuerdos. También cree que eso es lo que le ocurrió en realidad a la vieja Sofía Santorini, que su sesión de adivinación desveló algo sobre la maldición que ella quería que se olvidara.

—Cuando dices «ella», ¿te refieres a la maldición? ¿Como si fuera una entidad propia?

Claudia asintió.

—Es extraño que nadie recuerde ciertos detalles. Todo el mundo conoce un mito o una leyenda ligeramente diferente, pero nadie sabe la verdad.

—Nonna nunca ha mencionado nada de esto.

—No me sorprende. Mi tía me dijo que las brujas de la luz no creen que La Prima lanzara un hechizo tan peligroso. Va en contra de su imagen de lo que significa ser una diosa bendita. ¿Quién sabe? —Claudia se encogió de hombros—. Las historias se deforman cada vez que se cuentan. Quizás ahora todo sea ficción. La única manera de que alguien sepa la verdad es que tenga el primer libro de hechizos creado por La Prima. Y he oído historias de que los Malditos lo están buscando. Puede que en su interior haya un hechizo que permita al diablo romper la maldición y viajar entre reinos de nuevo sin necesidad de una reina bruja.

El malestar se apoderó de mí al pensar en las extrañas hojas del grimorio que Vittoria había escondido bajo las tablas del suelo. Era imposible que mi hermana hubiera encontrado el libro de hechizos perdido de La Prima.

Y sin embargo… Estaba la antigua magia que sellaba su diario y que no era de este reino. ¿Estaba la ubicación secreta del primer libro de hechizos escrita en esas páginas? Antes habría pensado que era imposible, pero había aprendido que lo imposible era otro producto de la imaginación.

Entonces, si *era* cierto, ¿cómo diablos lo había encontrado mi gemela?

Retiré la silla de la mesa y me puse de pie. Hasta que encontrara las respuestas a todas mis preguntas, no quería que nadie más se acercara al diario de Vittoria. Si contenía un hechizo que el diablo buscaba y que podía liberarlo del infierno, era más peligroso de lo que había temido en un principio.

—¿Me devuelves el diario?

DIECISIETE

Esa noche encontré la primera pista escondida bajo las tablas del suelo de mi habitación. Como la mayoría de los detalles aparentemente insignificantes, había pasado por alto la ficha de juego la primera vez que la había visto. Había estado demasiado preocupada por el diario y las hojas de aquel extraño grimorio como para prestar mucha atención a otra baratija más de la colección de mi hermana. Sobre todo, tratándose de algo tan pequeño y sin importancia como una ficha de juego.

Di la vuelta con cuidado a la baratija y leí la tenue palabra en latín grabada en el reverso: avaritia . Codicia. Dejé la ficha en el suelo y me quedé mirando la rana coronada estampada en el anverso. Un mes antes no le habría dado importancia a la corona ni al latín. Ahora había tenido la desgracia de conocer a dos de los siete mortíferos príncipes del infierno y no podía evitar la irritante sospecha de que el propietario de aquella ficha de juego era otra criatura aterradora a la que me gustaría evitar.

Si se parecía en algo a Envy, no podía ni concebir la idea de ir en su busca. A saber qué clase de horror podría intentar infligirme. Pero… Vittoria debía de haberlo conocido si había guardado aquella ficha. Cualquiera que fuera la conexión entre ellos, era lo bastante importante como para que ella dejara una pequeña parte de él para que alguien la encontrara. Hasta el momento, aunque no había descartado del todo la posibilidad de que los responsables de los asesinatos fueran cazadores de brujas, tampoco había encontrado ninguna prueba sólida que los señalara.

Por ahora, necesitaba concentrarme en aquella pista y dejar de lado mis

otras sospechas.

Miré por la ventana y observé cómo las estrellas aparecían y desaparecían en la oscuridad mientras las nubes pasaban por delante de ellas. Deseaba que mi gemela me hubiera confiado sus secretos. Pero los deseos ya no nos llevarían a ninguna parte, ni a ella ni a mí, solo las acciones. Saqué un trozo de pergamino de la mesita de noche que compartíamos y me senté con una pluma y un bote de tinta. Puede que escribir cosas que debía investigar más a fondo me ayudara a revelar otro hilo del que tirar. Los Malditos eran una pista prometedora, pero tenía la molesta sensación de que estaba pasando algo por alto.

Tenía que haber algo que lo conectara todo.

Diario hechizado: ¿qué magia usó Vittoria para sellarlo? ¿cómo lo encontró?

Trato con el diablo: ¿por qué aceptó convertirse en su esposa? ¿Tiene que ver con la maldición que mencionó Claudia o creyó que podría romperla y quedarse aquí?

Primer libro de hechizos: si pertenece a La Prima, ¿cómo pueden sentirlo los Malditos?

Cuerno de Hades: ¿qué es? ¿Una corona? ¿Qué poder tiene?

Cazadores de brujas: ¿están implicados? Si es así, ¿vigilan a los Malditos o existe una conexión entre ellos y el pacto con el diablo?

Examiné las notas, nada destacaba. Excepto… Pensé en el momento en que Vittoria había empezado a actuar de forma extraña. Unas tres semanas antes de su muerte. Justo cuando habíamos cumplido dieciocho años. Yo había supuesto que tenía que ver con su aventura secreta con Domenico, pero ahora parecía más probable que fuera cuando había empezado a

invocar demonios.

Una semana después, se había producido el primer asesinato en Sciacca. Al cabo de unos días, había muerto la primera bruja en Palermo. A la semana del segundo asesinato, mi gemela había sido asesinada. No sabía si Wrath compartiría conmigo información detallada sobre los tratos, pero existía una gran posibilidad de que la primera invocación de mi hermana estuviera relacionada con el repentino deseo del diablo de romper la maldición.

Tal vez su uso de la magia demoníaca había despertado algo en el inframundo que llevaba mucho tiempo dormido. Si había logrado convocar a un príncipe del infierno, todo era posible. O tal vez nada de aquello fuera cierto. Si no había invocado a un demonio ni encontrado el primer libro de hechizos, tal vez hubiera encontrado el Cuerno de Hades y ese descubrimiento lo había puesto todo en marcha.

Aparté esos pensamientos y me centré en la teoría con la que había empezado. Cazadores de brujas. Eran humanos, pero los humanos utilizaban la magia popular como parte de su religión en todo el Reino de Italia. Era posible que tuvieran alguna forma de enterarse si alguien usaba ese tipo de magia oscura.

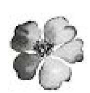
Suspiré. La teoría del cazador de brujas seguía sin encajar, por mucho que intentara encontrarle sentido. Sin embargo, sí que parecía más probable que existiera una relación entre los demonios invocados, el trato con el diablo y los asesinatos que habían tenido lugar después. Yo había convocado a un príncipe del infierno, así que era probable que Vittoria también hubiera logrado lo imposible. Lo que seguía dejando en el aire la siguiente pregunta: ¿de dónde había sacado los hechizos de invocación? Escribí otra nota.

Hojas del grimorio: ¿Vittoria invocó a un demonio para controlarlo o le dio uno de ellos estos hechizos de invocación?

Si es así, ¿quién y por qué?

Dejé de escribir y consideré minuciosamente el último punto. ¿Y si Vittoria no había invocado primero a un demonio…? Quizás ya hubiera uno aquí, como Wrath. Si ese príncipe demonio le había dado a mi hermana las hojas del grimorio, ¿significaba que la había convencido para que lo ayudara en algún plan malvado? ¿Qué podía ganar un príncipe demonio enfadando al diablo y matando a sus prometidas? ¿Era una jugada para arrebatarle el trono oscuro? Dejando de lado los secretos que mi hermana guardara, sabía con total certeza que nunca ayudaría a alguien que asesinara brujas.

Recogí la ficha de juego, preguntándome si en vez de ser algo que Vittoria hubiera cogido, sería un regalo. Quizás fuera una muestra de buena fe, o… Tenía que dejar de especular y empezar a cazar. Cuando llegó la mañana, tenía un nuevo plan, y eso me revolvía el estómago.



—¿Has visto esto antes? —Le enseñé la ficha de juego a Salvatore. Puede que fuera un vendedor de ropa de tres al cuarto, pero era una extraordinaria fuente de conocimientos. Me había levantado al amanecer y me había apresurado a salir de casa antes de que Nonna me interrogara de nuevo sobre el diablo. Puede que aún no me persiguiera, pero desde luego estaba tratando de encontrarlo a él y a sus despreciables hermanos.

Una gota de sudor me rodó por el cuello después de mi enérgico trote hasta el mercado, y era probable que tuviera un aspecto un poco salvaje con mis rizos sueltos y húmedos. Con suerte, Sal no me escudriñaría demasiado cuando había algo mucho más interesante a lo que prestar atención. De todos los habitantes de la ciudad, Salvatore era el cotilla más fiable.

Y el más propenso a compartir todos los detalles que conocía con

cualquiera que le preguntara.

—¿Eso es…? —Se inclinó sobre una pila de camisas dobladas, entrecerrando los ojos—. ¡Lo es! Eso es del club del que todo el mundo habla en los últimos tiempos. Es muy misterioso. No tiene nombre, solo la rana coronada estampada en la puerta. He oído que cambia de ubicación y que necesitas una de esas fichas para entrar. —Rebuscó entre un montón de ropa y me mostró un bonito vestido carmesí. Era una de las prendas más elegantes de su puesto. Empecé a sospechar de inmediato—. ¿Hacemos un trato? Te lo cambio por eso. Es una verdadera ganga.

—*Grazie* . Pero voy a guardarla un tiempo. —Me metí la ficha de juego en la parte delantera del corpiño—. ¿Conoces la última ubicación del club de juego?

—En algún lugar cerca de la catedral, pero eso fue hace días. Lo más seguro es que desapareciera hace tiempo. Si no tienes suerte allí, pregúntale al viejo Giovanni, que vende granizados cerca de la entrada. Le gusta apostar.

Decidí probar suerte primero con la catedral. Pasé unos treinta minutos recorriendo cada callejón y callejuela cercana. Me topé con un hombre orinando cerca de una palmera, pero el misterioso local de juego seguía oculto. Recorrí la zona durante unos minutos más antes de buscar al viejo Giovanni. El cartel de su puesto de granizados decía que estaba cerrado.

Por supuesto. Era probable que estuviera en el club de juego.

Estaba a punto de rendirme y probar suerte en otra parte cuando sentí el repentino impulso de agarrar mi amuleto. Tal vez la diosa de la muerte y la furia seguía guiando mi camino, o tal vez, en algún lugar profundo que no deseaba examinar demasiado a fondo, percibía el ligero atractivo de la magia demoníaca.

Habría jurado que oía un tenue zumbido que guiaba mis pasos. No sabía si me estaba perdiendo entre fantasmas o si era una habilidad latente que

surgía cada vez que sostenía mi *cornicello* y me concentraba. No me importaba el motivo, solo debía dejarme guiar por mis instintos.

Tras unos minutos de deambular por calles laterales que se alejaban de la catedral, me detuve frente a una puerta con una rana coronada grabada en ella. Lo había conseguido.

Y ahora me sentía un poco mareada. Dejé caer mi amuleto y consideré mi siguiente movimiento. Podía volver atrás, ir al Mar y Vino y olvidarme de aquella pesadilla. Dejar los príncipes del infierno a alguien que estuviera mejor preparado para tratar con ellos. O podía intentar ser un poco más como Vittoria.

Me saqué la ficha de juego del corpiño y la sostuve contra la puerta, rezando por no estar siguiendo *demasiado* de cerca los pasos de mi hermana.

DIECIOCHO

> Para los hechizos de coraje, unge una vela roja con los siguientes elementos durante la luna creciente y déjala arder hasta que la llama se apague: una pizca de pimienta de Cayena, una pizca de clavo, aceite bendecido dos veces y una cucharada colmada de carbón vegetal triturado.
>
> *—Notas del grimorio de los Di Carlo*

La puerta se abrió y bajé unas escaleras chirriantes antes de entrar en una guarida subterránea. A juzgar por la mugrienta entrada, había creído que el interior del antro de pecado de Greed sería oscuro y ruinoso. Lo cual era solo cierto en parte. En efecto, la sala, abarrotada de gente, tenía paredes de ladrillo oscuro, una reluciente barra de ébano que ocupaba todo el largo de la habitación y varias mesas cubiertas con un terciopelo de color burdeos intenso sobre un suelo de baldosas.

En cada mesa se llevaban a cabo diferentes juegos de cartas. Una ronda de scopa muy animada atraía la atención de la mayoría. Había hombres y mujeres, con la mirada fija en lo que esperaban que fuera su mano ganadora. Me daba la sensación de que el único que de verdad ganaba era el príncipe demonio residente.

El club de juego rezumaba promesas de riqueza. El deseo de dinero y poder era tan potente que casi tomaba forma física. Me imaginé que me

rodeaba la garganta y apretaba hasta que me costara respirar. Mi atención pasó de un panorama pecaminoso a otro.

La codicia, en sus múltiples formas, hacía acto de presencia. Allí se codiciaban el poder, la riqueza, la atención… El exceso era el veneno favorito, y los clientes no parecían tener suficiente. Me pregunté si sabían qué hora era, que el sol acababa de salir y les pedía que se fueran, que vivieran. Algunos estaban demacrados, cansados, como si llevaran días despiertos, enganchados a la forma de codicia que habían elegido. También había cierto toque de violencia en el ambiente, como si una simple necesidad o deseo pudiera convertirse en algo mortal en cualquier momento. No era difícil imaginar a alguien acuchillando a sus competidores y tomando lo que quería por la fuerza.

Había miradas penetrantes recorriendo la sala y yo seguí esas miradas. En un rincón, un hombre que sostenía una docena de botellas de licor caro era el centro de atención y servía bebidas a los que se deleitaban con su presencia. En el extremo opuesto de la sala, hombres y mujeres se quitaban poco a poco las capas de ropa que llevaban, balanceando sus cuerpos casi desnudos con la esperanza de captar las ávidas miradas de quienes se contentaban con observar. La atención era su vicio y, aunque me parecía mal participar en algo que seguramente aumentaba el poder de Greed, no pude evitar deleitarme con la sensualidad de su espectáculo.

Me sacudí para salir de aquel trance y busqué al demonio que sospechaba que andaba cerca.

En la pared más lejana había una puerta flanqueada por guardias con el ceño fruncido y ropa elegante. Apostaría cualquier cosa a que allí encontraría a Greed. Si es que lograba atravesar la abarrotada sala. Había tantos clientes que tuve que avanzar con cuidado. Intenté sortear los grupos de gente que se colocaba detrás de los jugadores de cartas, pero apenas pude avanzar entre los cuerpos inmóviles. Los camareros llevaban bandejas

de plata rebosantes de comida y bebida, lo que hacía que avanzar fuera más difícil de lo que ya era. Conseguí colarme entre una fila de personas que rellenaban vasos de prosecco antes de que se produjera una pelea detrás de mí.

En la mesa más cercana estallaron vítores y abucheos. Me puse de puntillas y eché un vistazo más allá de la multitud que había entrado para ver qué había provocado semejante reacción. La puerta seguía estando imposiblemente lejos.

Estaba debatiendo si saltar sobre las mesas y correr por ellas cuando escuché su nombre: fue como una cuchillada en el corazón.

—¡Vittoria!

Me giré despacio, buscando a quien había llamado a mi hermana. Me fijé en un hombre que tenía más o menos la edad de mi padre, medio sentado en su silla, medio caído en el suelo. Había fichas de juego y vasos vacíos apilados en montones desordenados a su alrededor. Levantó la mirada y se me entrecortó la respiración. Domenico Nucci padre.

—*Signore* Nucci. ¿Usted…?

—Vittoria, sé una buena chica y ocúpate de mi bebida, ¿quieres? —Se concentró en la última carta que había tirado otro jugador—. A lo mejor también puedes traerme unos calamares fritos de esos con extra de arrabbiata. Va a ser otra partida larga. Estos tramposos me están haciendo sentir como un lobo.

Sonrió como si compartiéramos un gran secreto.

—No soy… Soy Emilia, mi hermana está… —Era obvio que el *signore* Nucci estaba ebrio y probablemente creía que estaba en el Mar y Vino, pidiendo la cena. La marinara picante y el pulpo frito eran uno de los platos más populares para compartir. También explicaba que se hubiera confundido y me hubiera llamado Vittoria: ella solía ayudar a nuestro padre y a nuestro tío en el comedor—. Me aseguraré de que alguien le traiga

pronto la comida.

Me giré y choqué contra un pecho duro. Uno de los hombres bien vestidos que custodiaban la puerta me miraba fijamente.

—El jefe quiere hablar contigo. Ven por aquí.

El dolor que me había provocado ser confundida con mi hermana fue sustituido de inmediato por el miedo. Seguí al hombre musculoso mientras se abría paso hacia la puerta. Lo que hubiera detrás de la puerta desprendía poder, y supe que se trataba de un príncipe del infierno. Intenté calmar el nerviosismo efervescente que sentía.

El hombre no perdió el tiempo y abrió la puerta de un empujón. Entró en la sala sin miramientos y, sin más remedio, lo seguí.

—Está aquí, *signore* .

No sé qué esperaba encontrar, quizás un dragón que escupía fuego y custodiaba una montaña de oro y joyas, o una rana venenosa muy grande que atacara con su lengua cubierta de púas, pero desde luego no era una lujosa habitación con alfombras persas, un escritorio de gran tamaño, sillas de cuero y un deslumbrante candelabro de cristal. Todo era elegante y cálido. Muy opuesto a los escalofríos que me recorrían la espalda.

Greed, el príncipe de la Avaricia, estaba sentado detrás de su gigantesco escritorio, con los dedos apretados bajo la barbilla y una mirada aburrida en su rostro finamente cincelado. Estaba, en una palabra, recubierto en bronce. Desde su cabello castaño oscuro hasta el profundo color rojizo de sus ojos, me recordaba a las monedas de cobre fundidas y refundidas en forma de humanoide. Si tenía una daga como las de Envy y Wrath, la había escondido bien. Lo que me hizo confiar aún menos en él.

—No esperaba este encuentro, pero me alegra de todos modos. —Sonrió. Había algo raro en su sonrisa. Algo que no era del todo natural—. Por favor, siéntate.

Señaló una de las sillas que tenía delante, pero yo me quedé cerca de la

puerta. O bien sus poderes estaban muy disminuidos a pesar de la avaricia que pululaba en su antro de juego, o los había reprimido para aquella reunión. Un juego propio de demonios: fingir debilidad para atraer a la presa, aunque en realidad en esa sala no parecía ocultar quién era o de dónde venía.

Detrás de él había dos guardias demonios con los brazos cruzados que emitían gruñidos profundos desde el fondo de la garganta. Uno de ellos tenía piel de reptil de color verde pálido y los ojos a juego. El otro estaba cubierto de pelaje corto, similar al de un ciervo, y tenía ojos de ébano líquido. Dos astas se enroscaban y se alejaban de la parte superior de la cabeza del demonio cubierto de pelo. Era desconcertante ver algo que casi parecía humano con la piel y los ojos de un animal. Intenté convencerme de que debía cruzar la habitación, pero no podía obligar a mi cuerpo a acercarse a esos demonios.

—Yo…

La atención de Greed pasó lentamente de mí a lo que me había llamado la atención. Chasqueó los dedos y la habitación quedó vacía. Cuando volvió a mirarme, había hambre en su mirada, una que hablaba de posesión. No quería seducirme, quería poseerme. Para él no sería un trofeo como para Envy, sino una herramienta de poder.

—Emilia. Por favor. —Señaló la silla desocupada—. Nadie te hará daño mientras estés aquí. Tienes mi palabra.

Le dijo el lobo a la gallinita. Que usara mi nombre me inquietó, pero logré fingir seguridad al echar a andar y sentarme en la silla.

—¿Mi hermana te dijo mi nombre?

—No. Me lo has dicho tú. Perdona mi descortesía, pero tengo informantes apostados en todo el club. Han oído la charla que has tenido con uno de mis clientes habituales. —Esa vez, su sonrisa fue casi convincente. Me pregunté si había percibido mi miedo y había ajustado sus

respuestas en consecuencia. Esa posibilidad me provocó una nueva oleada de nervios que no necesitaba. Estar a solas con Greed era una idea terriblemente precipitada, pero en realidad no se me ocurría una mejor manera de obtener información de él—. Vittoria no te mencionó en absoluto, en realidad. Esto es toda una sorpresa.

Sirvió dos vasos de agua de una jarra en la que yo no había reparado y deslizó uno hacia mí. Había unas ranas con corona grabadas en los vasos. Acepté el agua, pero no bebí.

—¿Por qué una rana?

—Son criaturas codiciosas. No se contentan ni con la tierra ni con el agua, sino que desean ambas.

Tenía sentido. Si se seguía una especie de lógica demoníaca.

—¿Vittoria te invocó?

—Estás llena de preguntas. —Me estudió con detenimiento—. Es extraño… lo idénticas que sois.

Su tono no contenía ninguna pista sobre sus emociones. Era un hecho. Nada más. No parecía importarle en ningún sentido que mi hermana estuviera muerta.

—Sé que mi hermana vino aquí antes de ser asesinada. Quiero saber por qué. ¿Qué quería de ti?

—Mmm. Directa a la yugular. Un movimiento audaz, ratoncita. —Se inclinó hacia atrás con una mirada aguda, calculadora. Hice todo lo que pude para no removerme bajo su escrutinio—. Parece que tengo información valiosa para ti. Y tú, *signorina* Di Carlo, también tienes algo de gran valor para mí. Responderé a tus preguntas lo mejor que pueda, solo a cambio de tu amuleto.

Mi mano se dirigió de forma automática a mi *cornicello* .

—¿Por qué lo quieres?

—¿Sabes lo que es?

—Un amuleto popular para alejar el mal de ojo. —A diferencia de los amuletos para el *malocchio* que portaban los humanos, según Nonna también llevaría al mundo al crepúsculo eterno si lo juntaba con el amuleto de mi hermana. Decidí guardarme eso para mí, por si empezaba a babear sobre su elegante traje.

—Mmm. —Greed sacó una bolsa de terciopelo del cajón del escritorio y dejó caer un collar en la palma de su mano: una cadena de oro con un rubí del tamaño de un huevo de codorniz que centelleaba bajo la luz. Desprendía una esencia extraña, casi como un lamento agudo en la distancia, que me puso los pelos de punta.

Quería que lo dejara donde lo hubiera encontrado. De inmediato.

—¿Qué es eso?

—Lo llaman el Ojo de la Oscuridad, y concede a quien lo lleva protección auténtica contra las criaturas de intenciones malévolas. Dame tu amuleto, y es tuyo.

Un regalo como ese debía de tener un precio.

—¿Qué más quieres?

—Que te unas a la casa de la Avaricia.

Le sostuve la mirada a Greed y juraría que mi piel trató de alejarse físicamente de mi cuerpo en señal de protesta mientras él me devolvía la mirada. Hacía gala de una belleza clásica, pero había algo raro en él. Sus ojos estaban vacíos, desprovistos de emociones humanas. Aquello parecía extraño e incorrecto. No podía imaginarme a mi hermana enamorada de él, ni siquiera sintiendo deseo. Lo que significaba que su razón para ir a aquel sitio no era resultado de ninguna seducción. Él tenía información que ella quería. Y yo quería saber de qué se trataba.

—¿Por qué quieres que me alíe contigo?

—Porque creo que me serás muy útil en el futuro. Si te conviertes en reina, me deberás un favor. Uno muy importante, además, si este amuleto

acaba salvándote la vida.

Greed no me parecía el tipo de criatura que apostara, lo que me hizo dudar aún más de aceptar aquel pequeño regalo. No entraba en mis planes convertirme en la reina de los Malditos, y que me aspen si le daba una razón para ayudar a ponerme en ese oscuro trono.

—¿Le ofreciste el Ojo de la Oscuridad a mi hermana?

—Acepta mi trato y averígualo.

—Si ni siquiera respondes a las preguntas sencillas, me temo que hemos terminado. —Me puse de pie, dispuesta a alejarme todo lo posible de aquel príncipe y de aquel lugar, cuando él arrastró su silla por el suelo.

—Espera. —Volvió a sentarse y guardó el collar de rubíes en su funda. Sentí que la tensión de mis hombros se aflojaba un poco—. Como muestra de buena fe, responderé a una de tus preguntas.

—A cambio de…

—De nada. Tienes mi palabra. Recuerda que la oferta es para una pregunta, cualquier otra cosa tendrá un precio.

Volví a sentarme mientras calculaba mi próximo movimiento. Había muchas preguntas para las que necesitaba respuesta, pero no merecía la pena entregar mi *cornicello* por ninguna de ellas. Pensé detenidamente en la lista que había escrito la noche anterior y me centré en el detalle que más me preocupaba. Significaba algo. Quería saber qué. Elegí mis palabras con suma precisión.

—Háblame del Cuerno de Hades.

Si le sorprendió mi elección, no lo demostró.

—Es una llave para cerrar las puertas del infierno.

—He oído que era parte de una maldición. Que si una bruja lo lleva, tendrá poder sobre el diablo.

—Es fascinante lo falsas que son las leyendas de las brujas. El Cuerno de Hades fue un regalo. Tu hermana conocía la verdadera historia.

Estaba desesperada por preguntarle qué era, pero había algo más importante que necesitaba saber.

—¿Cómo se rompe un hechizo demoníaco lanzado sobre un objeto?

La sonrisa de respuesta de Greed fue tóxica.

—Ya te he hablado del Cuerno de Hades. Por el resto tendrás que pagar. No creo en dar algo a cambio de nada.

Mi sonrisa se volvió afilada.

—Según tus reglas, esa ha sido mi primera pregunta real.

Echó los hombros hacia atrás y sus fosas nasales se ensancharon un poco. Estaba medio convencida de que estaba a punto de saltar sobre el escritorio y rodearme el cuello con las manos. Pasó un largo momento antes de que hablara.

—Chica lista. —Cogió su vaso y pegó un buen trago, con los nudillos blancos mientras, probablemente, pensaba en mi frase—. Sacrificando un poco de ti misma.

—Esa no es una respuesta honesta.

—¿Ah, no?

Greed tomó otro sorbo de agua.

—¿Quieres preguntar algo más?

Me habría gustado hacer otra docena de preguntas, pero sonsacarle información útil a un príncipe del infierno estaba resultando ser más difícil de lo que había creído. Fruncí los labios.

Él subió las botas al escritorio y volvió a juntar los dedos.

—Permíteme ser franco, *signorina* Di Carlo. Tu hermana me dio su amuleto, a sabiendas de su importancia. Necesito tanto el suyo como el tuyo para realizar un hechizo. Dame tu amuleto y juraré proteger tu mundo.

Claro que sí. Justo después de haberlo saqueado y destruido. La sospecha se enroscó a mi alrededor. Era del todo imposible que mi hermana le hubiera entregado su *cornicello* por voluntad propia. Si lo tenía, entonces se

lo había quitado. Sabía a ciencia cierta que Vittoria lo llevaba puesto el día de su muerte. Tragué con fuerza. Cada vez parecía más posible que estuviera sentada frente al asesino de mi gemela. Taché mentalmente a los cazadores de brujas de mi lista de sospechosos. Hasta el momento, todas mis pistas seguían apuntando a los demonios.

Me pregunté si Greed le había contado a mi hermana una historia similar y si ella lo había rechazado. Tenía más que un poco de miedo de lo que podría hacer si yo también intentaba alejarme. Era probable que pudiera sentir el miedo, así que intenté guardarlo lo más hondo que pude, y me tiré un farol.

—Si Vittoria te dio su amuleto, enséñamelo.

—Uy. —Exhaló un largo suspiro—. Eso no es posible.

—¿No es posible o no quieres hacerlo?

—Ambas cosas. Alguien convocó a un Viperidae a este reino. Su nido está debajo de la catedral y, bueno, son muy protectores con su espacio. El amuleto permanecerá allí hasta que decida abandonarlo.

No me molesté en preguntar qué era un Viperidae, ni quién lo había invocado. Dudaba que me contara algo más después de haberle sonsacado la información con trampas.

—Y tú pusiste el amuleto allí… —No esperaba una respuesta y él no la ofreció. Era muy poco probable que dejara algo que ansiaba tanto en un lugar al que no pudiera acceder. Pero tenía el presentimiento de que mi hermana lo haría. Sabía, sin lugar a dudas, que Vittoria nunca daría su amuleto a nadie por voluntad propia, y mucho menos a uno de los Malvagi.

La historia de Greed no tenía sentido. Deseaba, contra todo pronóstico, que estuviera diciendo una verdad a medias, pero era una apuesta que no podía arriesgarme a hacer. Me había dado otro objetivo a corto plazo en el que centrarme: recuperaría el *cornicello* de mi hermana y le preguntaría a Nonna por qué un demonio estaría tan interesado en ellos.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Tenemos un trato, *signorina* Di Carlo?

—*Grazie* —dije, poniéndome de pie—, pero mi respuesta sigue siendo no.

DIECINUEVE

> El príncipe del infierno es el más peligroso de los demonios. Parece angelical, pero te arrancará el corazón. Para combatir su poder, lleva o dibuja un amuleto de cimaruta (una rama de ruda con cinco tallos brotando de ella) con diseños que se correspondan con tus necesidades. Elige las cinco imágenes necesarias para desterrar al príncipe demonio a su reino. Ejemplo: una llave, una daga, un búho, una serpiente y una luna lo enviarán directo al infierno.
>
> —*Notas del grimorio de los Di Carlo*

La sangre era la clave para desbloquear la magia demoníaca.

Llevaba toda la tarde pensando en la aparentemente inocua respuesta de Greed, y las piezas del rompecabezas fueron encajando poco a poco. Hice un recuento de los casos en los que la sangre había sido esencial para la magia demoníaca. Para invocar a un demonio, necesitaba ofrecer un sacrificio de sangre.

Luego estaban Wrath y su vínculo de sangre. La supuesta deuda de sangre que había mencionado Nonna.

Intenté, sin éxito, ocultar mi repulsión. ¿Sería posible para los demonios aceptar un poco de vino en su lugar? Suspiré y me pinché el dedo con un

alfiler, dejando que una sola gota salpicara el diario de Vittoria. Conteniendo la respiración, clavé la vista en él, esperando alguna señal de si el hechizo seguía activo o si se había desintegrado.

No hubo ningún cataclismo ni ningún relámpago. Antes no podía abrirlo y ahora sí. Dudé con el lomo medio abierto. Llevaba mucho tiempo intentando acceder a aquel diario y ahora me daba un poco de miedo lo que me fuera a encontrar. Aquello podría revelar la identidad del asesino de mi hermana. Cuanto más averiguaba, más dudaba de la hipótesis de los cazadores de brujas. Los príncipes demonios tomaban la delantera como los más propensos a matar. Pero si el diablo necesitaba a una bruja, no tenía sentido que frustraran sus esfuerzos. Lo que significaba que alguien de nuestro círculo podría ser el responsable. Me puse a temblar. Era fácil pensar que había sido asesinada por un demonio, pero la idea de que fuera alguien que conocía…

Respiré hondo y comencé a leer los pensamientos más privados de Vittoria.

Las primeras páginas estaban dedicadas a los perfumes que había elaborado. Unos cuantos hechizos al azar o amuletos para bendiciones lunares o de la buena suerte. Un boceto o dos de una cimaruta y otros símbolos que no reconocí. Me detuve en una página en la que había anotado una de las sesiones de adivinación de Claudia con gran detalle. Estaba a punto de escudriñar la página opuesta cuando algo me llamó la atención. Una nota diminuta, casi insignificante, que había dejado para sí misma.

> ¿Estoy escuchando objetos mágicos o las almas unidas a ellos a lo largo del tiempo? A veces los susurros son más fuertes y claros. Otras veces son frenéticos y difíciles de entender. ¿Es similar a la adivinación de Claudia o diferente?

¿Oír objetos mágicos? Me quedé mirando la frase, sin parpadear. Tenía

que estar malinterpretándolo de alguna manera. Vittoria nunca había mencionado semejante habilidad. Nos lo contábamos todo. Yo era su gemela, su otra mitad, pero tampoco le había hablado nunca del *luccicare* .

Di vueltas a los acontecimientos de la noche en que teníamos ocho años. Era muy probable que ella también hubiera desarrollado alguna habilidad latente. Igual que yo. Aunque había creído que yo era una anomalía porque había sido la que había sostenido los amuletos de ambas. No se lo había confiado a mi hermana porque no quería que se preocupara por las repercusiones, ni que se culpara, ya que había sido idea suya.

Pasé rápidamente a la siguiente página, pero no había nada fuera de lo común. Ninguna pista sobre su magia. Pasé a otra, y a otra. Llegué a la mitad de su diario antes de encontrar otro pasaje sobre la extraña magia secreta.

> Estaba cerca del mar recogiendo agua y sal marina cuando lo oí. Empezó como un susurro, frenético, demasiado bajo para escucharlo con claridad. Dejé la cesta en el suelo y me aferré a mi cornicello, que pareció ayudarme a concentrarme en la voz. Voces. Había muchas. Y hablaban todas a la vez. Me rogaron que fuera a ayudarlas. Decían que había llegado la hora. Seguí los susurros hasta que se convirtieron en conversaciones, indistintas y fuera de onda, como si hablaran en lenguas extrañas. Me recordó a la vieja Sofía Santorini. A la época en la que su mente quedó atrapada entre reinos. Quise alejarme, volver corriendo a por Emilia, pero algo me advirtió de que no lo hiciera. Seguí el murmullo de las voces hasta una cueva en lo alto del mar. No sé por qué, pero me arrodillé y empecé a cavar. Lo encontré allí, enterrado en lo más profundo. Conseguí entender una línea antes de que el caos descendiera.

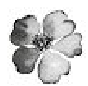
Por desgracia, mi gemela no había anotado la frase que había escuchado. Exhalé con fuerza y me temblaron las manos al hojear el resto del diario. No había ningún otro pasaje sobre el misterioso objeto que había encontrado enterrado bajo tierra. Revisé los garabatos de flores y corazones, los sueños de Claudia y todas las respuestas a preguntas que Vittoria había anotado.

No me atreví a leer la parte de lo que terminó siendo nuestra última noche juntas en el mundo. Hasta el momento no había nombres, ni personas de las que desconfiara, ni demonios con los que se hubiera enfrentado. Me centré en algo que hizo que me sudaran las palmas de las manos.

> No tenia pensado escucharlo otra vez.
>
> Ya había decidido esconderlo, lejos de donde pudieran encontrarlo. Entonces susurró algo que parecía una tontería, pero que me heló la sangre. El Cuerno de Hades es una llave para cerrar las puertas del infierno, pero, según él, en realidad es dos cosas a la vez. Son los cuernos del diablo, cortados por su propia mano. He tocado mi cornicello y he sentido la verdad en su zumbido y los susurros. La raíz de mi poder. Emilia y yo, por razones que desconozco, hemos portado los cuernos del diablo toda nuestra vida.
>
> Si eso es cierto, ¿cómo han llegado hasta nosotras?

Cerré el diario muy despacio y solté el aire que había estado reteniendo. Diosa sagrada. Los cuernos del diablo. Era difícil de creer y sin embargo… sabía que era verdad. Habíamos llevado el Cuerno de Hades al cuello toda nuestra vida. No era de extrañar que Greed estuviera tan interesado en nuestros amuletos; no podía ni imaginar el daño que sería capaz de causar si consiguiera hacerse con ambos. Aparté esa destrucción de mi mente y volví

a leer la última línea que había escrito mi hermana. Era una pregunta excelente. Una para la que tenía la intención de encontrar respuesta de inmediato.



—Ya es hora de que renuncies a tu caza oscura, *bambina* . Tu madre y tu padre están muertos de preocupación. —Nonna me miraba desde la mecedora que había arrastrado hasta el caldero. A su alrededor ardían velas con hechizos para la tranquilidad y el sueño reparador—. Se han pasado todo el día petrificados por si estabas yaciendo en algún lugar con el corazón arrancado, sola. Como tu hermana. ¿Tienes idea de lo que nos has hecho pasar?

La tenía. Y lo odiaba, pero no era la única Di Carlo que tenía que dar explicaciones. Entré del todo en la cocina y puse la daga de Wrath y luego mi *cornicello* sobre la encimera.

—¿Es este uno de los cuernos del diablo? —Nonna palideció—. ¿Hemos estado usando el Cuerno de Hades?

—No seas tonta. ¿Quién te ha llenado la cabeza con esas historias? —Nonna se levantó y se dirigió al caldero, añadió un puñado de hierbas y las mezcló con su nueva esencia. Olía a abeto y a menta. Me pregunté de dónde había sacado el árbol de hoja perenne, pero no pregunté—. No creemos en esas cosas, *bambina* .

—Alguien ha convocado a un Viperidae que está guardando el amuleto de Vittoria.

Dejó de remover la mezcla.

—Entonces es verdad. Los Malvagi han regresado.

Esperé a que empezara a murmurar hechizos de protección o a que se apresurara a recorrer la casa, comprobando todas las ventanas y puertas en

busca de las hierbas y guirnaldas de ajo que había colgado para mantener alejados a los Malditos. No me pidió que le llevara aceite de oliva y un cuenco de agua para asegurarse de que el mal no estaba en nuestra casa en ese mismo momento. Aquella versión tranquila y sosegada de mi abuela me resultaba de lo más extraña. Desde que yo tenía uso de razón, a ella siempre le preocupaban el diablo y sus demonios ladrones de almas.

Los niños humanos tenían rimas infantiles, pero a nosotras nos habían hablado de los siete príncipes demoníacos y los cuatro (en particular) a los que más debíamos temer los Di Carlo. No había olvidado el nombre de Ira, de Wrath. Tampoco había pensado en si era el que anhelaría mi sangre, capturaría mi corazón, me robaría el alma o me arrebataría la vida. Para ser sincera, no me costaba imaginarlo llevando a cabo cualquiera de esas acciones.

Mi abuela removió con la cuchara de madera la mezcla en ebullición, obstinadamente concentrada en su ornamentado mango tallado, y no dijo nada. Por supuesto, ahora que todas las pesadillas cobraban vida, guardaba silencio.

—Nonna, tienes que hablarme del Cuerno de Hades. Vittoria lo sabía y la mataron. *Por favor* . Si no quieres que ese sea también mi destino, tienes que decirme qué es y por qué lo llevamos. Merezco saberlo.

Se quedó mirando el caldero y suspiró.

—Los días oscuros se acercan. Es hora de ser una guerrera de la luz. —Nonna dejó a un lado sus pociones y sacó una jarra de vino de nuestro aparador. Se sirvió un vaso de chianti y se sentó en su mecedora—. Nunca quise que llegara a esto, niña. Pero las manos del destino hacen su propia magia. ¿Quiénes somos nosotros, sino marionetas en sus hilos cósmicos?

Enigmática como siempre. Decidí comenzar con los detalles más pequeños e ir poco a poco hacia las preguntas más difíciles

—¿De verdad es una llave para cerrar las puertas del infierno?

—Sí y no. Tiene la capacidad de abrir y cerrar las puertas, pero no es lo único que hace.

—¿Son los cuernos del diablo?

—Sí.

—¿Y lo has sabido todo el tiempo?

Nonna asintió. Clavé la mirada en ella, tratando de procesar el hecho de que mi abuela, que llevaba toda la vida haciéndonos bendecir nuestros amuletos para protegernos de los príncipes demoníacos, nos hubiera colocado esas cosas en el cuello.

—La Prima lanzó un hechizo que los convirtió en dos amuletos más pequeños, con la esperanza de ocultarlos de todo aquel que los buscara.

—¿Porque pertenecen al diablo?

—Porque si se juntan, no solo tienen la capacidad de cerrar las puertas, sino que también pueden invocarlo. Y otorgan a quien lo haga un cierto poder sobre él.

Me quedé mirando el amuleto que había llevado desde que tenía uso de razón, preguntándome por qué mi hermana no había acudido a Nonna al enterarse de aquello. Todavía tenía muchas preguntas sobre su trato. Si disponíamos de un medio para controlar al diablo, ¿por qué no me había pedido mi *cornicello* ?

Tenía sentido que Greed lo buscara, su pecado, la avaricia, estaba estrechamente ligado al poder. Pero si todos los príncipes del infierno ansiaban poder, entonces ¿por qué Wrath no había intentado arrebatarme el *cornicello* ?

Algo que había dicho Envy resurgió en medio de mi confusión.

—¿Qué es una bruja de las sombras?

Nonna emitió un ruidito de disgusto.

—Así nos llaman los demonios, brujas de las sombras. Se nos conoce como *Stelle Streghe* .

Brujas de las estrellas.

—¿*Somos* conocidas? ¿Desde cuándo se nos conoce como brujas de las estrellas?

Nonna me lanzó una mirada sardónica.

—Desde los albores de nuestra estirpe. Procedemos de un antiguo linaje de brujas que tenían vínculos con los Malditos antes de la maldición. En cierto sentido, éramos guardianas, nos asegurábamos de que las criaturas del inframundo permanecieran allí, sin interferir nunca con el mundo humano. Durante un tiempo trabajamos junto a los Malvagi. Eso fue antes de…

La copa de vino de Nonna voló por la habitación y se hizo añicos contra la pared. El reguero de chianti parecía sangre. Grité, pero no por la copa. Una daga que flotaba en el aire se cernía sobre la garganta de mi abuela. Mi demonio fantasma había vuelto y ahora no parecía solo un producto de mi imaginación. Había estado tranquilo los últimos días y me había olvidado de él. En aquel momento era difícil ignorar la daga de Wrath mientras destellaba bajo la luz.

—Brujita tramposa.

La hoja del demonio se clavó en la piel de Nonna. Sacudí la cabeza y di un paso adelante.

—Por favor. Si esto es por lo que le hice a Greed, ella no tiene nada que ver. Déjala en paz, es inocente.

—¿Inocente? —Acentuó la «c» hasta que sonó como un siseo—. Ella no es tal cosa.

Antes de que pudiera cruzar la habitación a la carrera y apartar a Nonna, algo le echó la cabeza hacia atrás y la mano invisible arrastró la daga de Wrath por su garganta. La sangre brotó de la herida. Ella gorjeó, y ese sonido fue una de las cosas más horrendas que yo había oído jamás. El arma cayó al suelo. Me quedé observando cómo ocurría todo como si la

velocidad aumentara muy poco a poco.

Una ventana se abrió de golpe e imaginé que el demonio invisible huía por ella.

Entonces la realidad se estrelló contra mí y me puse en movimiento. Un suspiro después ya estaba en la otra punta de la habitación.

—¡No! —Agarré un trapo de la encimera y se lo puse en el cuello para detener la sangre. Entonces grité hasta que se me quebró la voz, despertando a toda la casa del hechizo de sueño que Nonna había lanzado sobre ellos. Había hechizos que ayudaban a frenar el flujo de sangre, pero no fui capaz de pensar en ninguno por culpa de todo el pánico que sentía. Era como si mi mente se hubiera apagado y lo único en lo que podía concentrarme era en una necesidad básica: ejercer presión sobre la herida.

Mi madre fue la primera en entrar corriendo en la cocina y enseguida se fijó en Nonna. Y en el creciente charco de sangre. Las lágrimas me corrían por la cara, nublándome la visión.

No dejaría morir a mi abuela. No así.

Mi padre apareció un minuto después, con los ojos abiertos como platos al ver el panorama.

—Voy a buscar vendas.

Dejé de prestar atención a todo lo que no fuera presionar con firmeza el trapo contra la herida de mi abuela. El tiempo corría. La sangre saturó el algodón, mi madre rezó sobre una espesa pasta de hierbas que había preparado. Yo me mantuve firme. Quería ser el tipo de persona que no cedía al pánico y podía actuar con calma. Pero la lógica no penetraba en mi terror. Mi madre intentó apartar mis manos, pero me negué a ceder. Tenía que seguir presionando. Nonna me necesitaba.

—Está bien, cariño. Déjame ponerle esto. Sellará la herida.

—No puedo.

—Claro que puedes. Todo irá bien.

Tuvo que pasar un rato más convenciéndome, pero al final la solté. Nonna se deslizó hacia el suelo, con la respiración agitada. Había visto aquello en animales heridos antes y no era una buena señal.

Mi madre untó aquella pasta espesa en la herida y luego la envolvió con una de las vendas limpias. Mi padre las había traído antes de ir a comprobar si había más intrusos y asegurar nuestra ventana. Mi madre terminó de vendarla con una oración a la diosa de la salud y el bienestar para que curara rápido a Nonna. Yo ofrecí una oración propia, esperando que nos escuchara a las dos.

—Ayúdame a meterla en la cama, Emilia.

Me enjugué las lágrimas e hice lo que me pedía. Una vez que la acostamos en el colchón, mi madre acercó una silla para vigilarla. Me senté contra la pared y me quedé allí hasta que el sol se puso, tiñendo la habitación de tonos morados y negros. La respiración de Nonna por fin se estabilizó y cayó en un sueño profundo y reparador. Lo había conseguido, no gracias a mí. Alabada fuera la diosa.

—Deberías ir a descansar, cariño. La abuela se pondrá bien. Lo peor ya ha pasado.

Asentí, pero en aquel momento me sentía incapaz de dormir. No estaba segura de poder volver a descansar sin reproducir de nuevo la sangrienta escena en mi mente. Y lo peor era que Nonna casi había muerto por mi culpa. Luego, cuando más me necesitaba, le había fallado de nuevo. Había perdido todo recuerdo de hechizos o amuletos curativos. Me había apagado y dejado que el miedo tomara el control. Si no hubiera empezado a investigar el asesinato de mi hermana, o si no hubiera engañado a Greed, nada de aquello habría ocurrido.

Me arrastré hasta la cocina, con la intención de limpiar la sangre antes de que mis padres la vieran de nuevo. Fregué hasta que el suelo brilló y me dolieron los dedos. Luego repetí el proceso. Echar agua, fregar. Tenía que

quitar las manchas de los azulejos. Me llevó casi toda la noche, pero por fin conseguí borrar todo rastro físico del ataque. Pero el recuerdo nunca me abandonaría.

Enjuagué el trapo y me apoyé en la encimera para dar sorbos a un vaso de agua. Tardé un poco en darme cuenta, pero al final caí en que el demonio invisible había venido con una misión. Levanté la mano de forma distraída, pensando en la herida de Nonna, y fui a rozar mi amuleto. Mi mano cayó, vacía. Había olvidado que me lo había quitado. Fui a recuperarlo de la encimera y me quedé helada.

Mi *cornicello* había desaparecido.

VEINTE

—Pareces recién salida del infierno, bruja.

Fulminé al demonio de la guerra con la mirada a modo de saludo. En unas pocas horas sería libre, y no estaba segura de que respondiera a ninguna pregunta una vez que el hechizo de contención desapareciera. Tras el ataque brutal a mi abuela, había salido de casa y deambulado por Palermo mientras decidía qué hacer a continuación. Había cometido un terrible error y eso casi le había costado la vida a mi abuela. No debería haber vuelto a mi casa después de enfrentarme a Greed. Por supuesto que enviaría espías tras de mí para robar mi amuleto. Era imprudente pensar que un príncipe del infierno me dejaría salir indemne después de vencerlo.

Ahora que sabía que mi hermana y yo habíamos estado portando los cuernos del diablo, y lo poderosos y peligrosos que eran, tenía que recuperarlos. Puede que no supiera dónde estaba el mío en aquel momento, pero gracias a Greed sabía con exactitud dónde estaba el de Vittoria. Solo necesitaba sonsacarle a Wrath algo de información sobre los Viperidae primero, y luego me pondría en marcha para recuperarlos.

—Tú sabrás mejor que la mayoría lo que es eso. —Sonreí con dulzura—. Por cierto, he conocido a dos de tus hermanos. Son unas auténticas joyas.

Wrath no parecía ni sorprendido ni interesado en las noticias. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas, observando el círculo de huesos que lo retenía. Por supuesto, no llevaba puesta la camisa que le había comprado, estaba tirada hecha un gurruño en el suelo.

—Tengo seis hermanos. Tendrás que ser más específica.

—¿No sabes quién está aquí?

Su mirada bajó con sutileza a mi cadera antes de volver a levantar la mirada.

—¿Has vuelto arrastrándote para pedir ayuda? Hoy no me siento muy caritativo. El cautiverio no me sienta bien.

Que los demonios invadieran mi ciudad, atacaran a mi abuela, robaran mi *cornicello* y asesinaran a mi hermana tampoco me gustaba un pelo. En lugar de discutir, saqué un cannoli de la bolsa de papel marrón que había llevado. Nonna decía que se podían atrapar más moscas con miel que con vinagre. Supuse que unos cannoli me ayudaría a atrapar a un príncipe del infierno sin problemas.

Parecía asustado cuando se lo entregué.

—¿Qué es eso?

—Comida. A menos que hayas estado cazando alimañas, dudo que hayas comido algo.

—No necesito comida humana, ni deseo profanar mi cuerpo con esa asquerosidad.

Lo miré fijamente, horrorizada. Después de todas las cosas terribles que habían pasado, aquello me estaba poniendo al límite.

—Eres un auténtico monstruo, ¿verdad?

—Eso ni siquiera parece comestible. —Tomó el cannoli entre sus dos dedos y se lo acercó para inspeccionarlo—. ¿Qué esperas que haga con él?

—Enfrentarte a tus enemigos.

Pinchó el relleno de ricota.

—¿Está envenenado?

Suspiré.

—Cómetelo y ya está, oh, poderoso guerrero. Es por placer, no por dolor. Los he preparado yo misma. Te juro que no están envenenados. Esta vez.

Parecía escéptico, pero le pegó un mordisco. Su mirada se desvió hacia la mía mientras masticaba. No pude evitar sonreír cuando dio un bocado más grande a continuación y luego cogió un segundo cannoli de la bolsa. Lo tenía a mitad de camino de la boca cuando se dio cuenta de que yo seguía mirando y frunció el ceño.

—¿Qué?

—«No deseo profanar mi cuerpo con esa asquerosidad de comida humana» —me burlé—. Pero los postres son aceptables.

No se dignó a responder. En vez de eso, rebuscó en la bolsa, frunciendo el ceño ante el vacío. La dejó a un lado y volvió a mirarme.

—Imagino que estos manjares formaban parte de un plan mayor para penetrar mis defensas. Hueles a sangre que no es la tuya, llevas el pelo enredado, como si alguna criatura salvaje hubiera hecho un nido en él y hubiera invitado a sus parientes. No llevas mi daga en la cadera. Y pareces dispuesta a maldecir al mundo. ¿Qué es lo que deseas saber, bruja? ¿Qué te asusta?

Mi mano se dirigió al lugar en el que había llevado su daga. Después del daño que había infligido a mi abuela, no podía soportar la idea de sostenerla. Ahora acusaba su ausencia casi tanto como la de mi *cornicello* .

—¿Cómo podría alguien invocar a un Viperidae?

—Alguien con instinto de supervivencia no lo haría.

—Puede que alguien inmortal y arrogante ya lo haya hecho.

—Lo dudo. —A Wrath no le hizo gracia mi valoración de la realeza demoníaca—. Los Viperidae son criaturas únicas. Si eligen custodiar algo, o llevárselo a su nido, ningún habitante del inframundo puede interferir. Deben elegir entregarlo por su cuenta.

Hice una nota mental para llevarle el postre cada vez que quisiera información. Estaba francamente agradable y charlatán.

—¿Qué aspecto tiene?

—El que indica su nombre. Igual que las víboras, tiene colmillos largos y articulados. También resulta ser más grande que yo y es dos veces más mortal. Existen muy pocos antídotos para su mordedura. Y los que existen no deben tomarse a la ligera. Usarlos tiene un precio, como todo en la magia. Haz lo que gustes, pero debes saber que es posible que no sobrevivas para ver otro amanecer si molestas a uno.

Me froté el brazo, no porque su advertencia me asustara, sino porque tenía una sensación molesta, como si algo me escarbara bajo la piel. Como si alguien estuviera pinchando una y otra vez la misma zona con un alfiler. Wrath siguió el movimiento y luego se miró su propio brazo.

Parecía que nuestros tatuajes se estaban transformando una vez más. Alrededor de las serpientes (que, según observé, Wrath también llevaba alrededor de sus lunas crecientes gemelas) había unas flores silvestres.

Ante mis ojos, a mis serpientes les aparecieron escamas brillantes y uniformes. No quería pensar que era bonito, pero lo era. No podía negarlo. Wrath cerró la mano en un puño. No habría sabido decir si era por el dolor o por nuestra extraña y siempre cambiante tinta. Decidí no insistir en el tema, tenía una última pregunta para el demonio antes de partir en mi misión.

—Si alguien atacara a un Viperidae, ¿qué tipo de hechizo podría utilizar?

Apartó la atención de la tinta mágica de su brazo, su mirada un estudio de resignación.

—Nadie debería atacar a un Viperidae. Pero, si alguien fuera una bruja tonta con ganas de morir, entonces esa bruja podría intentar lanzar un hechizo del sueño. Podría ser la única manera de que no la detectaran.

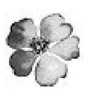
—Yo… —Me detuve para no darle las gracias. Si no fuera por él y sus crueles hermanos, nadie de mi familia estaría en aquel lío. Respiré hondo y pensé en el hechizo para dormir. Era sencillo. Me gustaban los planes sencillos. Significaba que había menos cosas que podían salir mal.

—Una última advertencia. —Wrath se levantó del suelo y se dirigió hacia

donde estaba yo, cerca del borde del círculo de huesos. Ignoré la extensión de piel tonificada y dorada que me plantó delante de la cara—. Pronto seré libre. Si eres tan tonta como para atacar a una criatura así, no iré a por ti.

Le sostuve la mirada.

—Bien.



El mes anterior, si alguien me hubiera dicho que elegiría vagar sola por los túneles de la catedral, siguiendo el rastro de un antiguo demonio serpiente que custodiaba la mitad de una llave sagrada que no solo cerraba las puertas del infierno, sino que en realidad eran los cuernos del diablo, habría pensado que necesitaba atención médica.

Emilia Maria di Carlo no se acercaba al peligro. Mi hermana era la aventurera, yo me conformaba con una diversión segura y apta para todos los públicos. Una novela romántica con un amor prohibido y probabilidades imposibles.

Ese era el tipo de aventura que me gustaba.

Hacía poco más de un mes me habría reído con mi hermana de la posibilidad de que existiera algo como una serpiente infernal gigante, pensando que las supersticiones de Nonna volvían a hacer de las suyas. Incluso con la magia corriendo por mis venas, nunca había creído del todo en las historias que nos contaba, eran demasiado fantasiosas. Las criaturas inmortales y bebedoras de sangre como los Malditos no podían ser reales.

Ahora sabía más cosas. Todos esos cuentos absurdos se basaban en la verdad.

Seguí un extraño y asqueroso olor a huevo y trozos de piel de serpiente desprendidos, deseando haber superado mi aversión a la daga de Wrath y haberla llevado conmigo. La luz de las rejillas de arriba iluminaba el suelo

de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo avanzaba en la oscuridad.

Presté atención al más mínimo cambio en el ambiente, dejando que mis sentidos me guiaran. Sospechaba que el demonio no querría llamar la atención sobre sí mismo ni sobre su preciado tesoro.

Además, ya tenía una buena idea de dónde estaba su nido: Greed había dicho que estaba debajo de la catedral, y yo me acercaba rápidamente al desvío que llevaba a ella. Me detuve en la esquina y me recompuse.

Había estado repasando el plan en mi cabeza, y ahora que casi tenía que enfrentarme a mi enemigo, me parecía que era demasiado simple para que funcionara. Quizás Wrath había decidido enviarme a la muerte armada con un plan imposible. Demonio diabólico.

Respiré hondo. Podía hacerlo. Pero tenía que actuar con rapidez. Cuanto más tiempo permanecía allí, debatiéndome, más crecía mi miedo. Imaginé lo que haría mi hermana en mi lugar. Se lanzaría a salvar la situación, como había intentado hacer al aceptar el trato con el diablo. Era cierto que no había sido la decisión más inteligente, pero al menos había sido lo bastante valiente como para intentarlo. En comparación con lo que había hecho ella, lanzar un sencillo hechizo para dormir y recuperar un collar era fácil.

Exhalé despacio y me asomé por la esquina. Una luz de color ámbar se derramaba en la estancia desde arriba, iluminando al demonio con forma de serpiente. Wrath no había exagerado: el Viperidae era más grande que él. Unas escamas aceitosas del color de la medianoche cubrían el cuerpo enroscado en el centro del túnel. Incluso enroscado, el demonio ocupaba la mayor parte del espacio. Incluso replegado sobre sí mismo era más alto que yo, me sacaba una cabeza o más. Cuando estuviera alerta y erguido… No quería pensar en enfrentarme a algo así.

Saqué un puñado de hojas secas de manzanilla del bolsillo de mi falda, se lo ofrecí a la diosa de la noche y el sueño, y susurré:

—*Somnum* .

La respiración constante indicaba que la bestia estaba sumida en un profundo letargo, un regalo de la diosa. Exhalé. Ahora solo tenía que encontrar el amuleto y escabullirme por donde había venido. El Viperidae estaba orientado en la dirección opuesta y su cabeza era fácilmente el doble de grande que nuestro horno más grande. No necesitaba ver sus colmillos para saber que me ensartarían de un solo mordisco.

Ojeé el nido y casi dejé escapar un grito victorioso cuando divisé un objeto familiar con forma de cuerno. El amuleto de mi hermana brillaba en el suelo, junto a la bestia. Por suerte, el *cornicello* estaba en mi lado del túnel. Parecía bastante fácil acercarse con sigilo, recuperarlo y retirarme sin despertar al demonio. Miré a mi alrededor, catalogando todas las salidas que podía distinguir con la escasa luz de la que disponía. Dos túneles más formaban una ramificación en forma de *Y* . Fácil.

Y lo habría sido, si no fuera por todos los guijarros y escombros esparcidos por el suelo. Un pequeño paso en falso y, a pesar del hechizo de sueño, el Viperidae se echaría sobre mí en un instante. Dediqué una última oración a una diosa que esperaba que me escuchara, y di el primer paso hacia el túnel.

Ni siquiera respiré hondo, temiendo hacer el más mínimo ruido. Un silencio antinatural cubría la estancia como la nieve recién caída. Una vez, cuando éramos pequeñas, Nonna nos había llevado a una cabaña en el norte de Italia donde habíamos conocido a una de sus amigas. Era demasiado joven para recordar las circunstancias exactas, pero nunca había olvidado el silencio asfixiante de la nieve.

Había recorrido ya más de la mitad del camino hacia el amuleto cuando noté que la bestia había dejado de respirar de forma acompasada. Me detuve, con el pie en el aire, y esperé a la muerte. El problema con los hechizos de sueño era que no había forma de evitar que alguien o algo se despertara de forma natural

Cuando vi que el Viperidae no se movía, decidí terminar lo que había empezado. Si se encontraba en un punto intermedio entre el sueño y la vigilia, no se quedaría así para siempre. Mi atención se dividió entre el demonio y el suelo, con cuidado de no hacer ningún ruido. Ni siquiera dejé que un guijarro se desplazara de su sitio.

Por fin, después de lo que me parecieron mil años malditos, llegué al amuleto y me incliné lenta y trabajosamente para recuperarlo. No perdí de vista al demonio, lo que resultó ser un terrible error. En el momento en que mis dedos sujetaron el *cornicello* , la cadena rozó el suelo.

El Viperidae atacó.

Su cola salió disparada y me hizo caer con un golpe rápido. Agarré el amuleto de Vittoria con una mano y un puñado de tierra y guijarros con la otra. Esperé a que el demonio estuviera casi encima de mí para lanzarle la tierra a los ojos. El Viperidae soltó un grito que hizo que me corrieran escalofríos por la espalda.

Santa diosa… Lo había cabreado *de verdad* . El demonio con forma de serpiente se enroscó en sí mismo, chillando y golpeando. Fragmentos de piedra cayeron de las paredes en una avalancha caótica. Nubes de polvo inundaron el aire y me ahogaron. Uno de los túneles estaba completamente cerrado. Tenía que salir de allí de inmediato, pero no podía.

Me acurruqué lo más lejos posible del demonio, intentando arrastrarme pegada a la pared. Se movía demasiado rápido y no podía arriesgarme a que me golpeara con su cola.

No tardaría mucho en quitarse la arenilla de los ojos. El poderoso cuerpo del Viperidae se estrelló contra el túnel de la derecha y no desperdicié mi única oportunidad de escapar. Salí disparada, con el corazón martilleándome, rezando para que no volviera a girarse y me destrozara. Había dado el primer paso para adentrarme en el túnel que había utilizado para llegar hasta allí cuando sucedió.

Un colmillo del tamaño de una espada atravesó la parte carnosa de la zona baja de mi espalda. El mordisco fue rápido como un rayo y terminó antes de que pudiera gritar. Dejé de moverme, todo mi cuerpo se estremeció y se quedó petrificado. Sabía lo suficiente de medicina popular a base de hierbas como para reconocer los síntomas de la conmoción. Un traumatismo importante a veces tardaba unos segundos en llegar a los receptores nerviosos del cerebro. Justo un instante después de pensarlo, el dolor me golpeó. Caliente, abrasador, lo consumió todo.

Me tiré al suelo y me giré a tiempo para ver al Viperidae acercándose para matarme. Rodé por el suelo un segundo antes de que me arrancara la garganta. El movimiento repentino hizo que la herida se me abriera más y palpitara. La sangre lo salpicó todo a mi alrededor, e hice lo posible por no concentrarme en la posibilidad de que el demonio ya hubiera asestado un golpe mortal. Volvió a atacarme, y esa vez dejé que se acercara lo suficiente como para ver mi reflejo en sus ojos rasgados. Dejé el dolor punzante de lado, con el corazón palpitándome a toda velocidad. Esperé… Esperé… Bajó la cabeza, dispuesto a hundir sus colmillos…

Golpeé fuerte y rápido y le clavé el amuleto de Vittoria en uno de los ojos. Un líquido cálido me salpicó las manos, mientras el Viperidae chillaba por última vez. Empujé con más fuerza, hasta estar casi segura de que le había atravesado el cerebro.

No esperé a ver si estaba muerto o malherido, me di la vuelta y hui.

Por un tiempo, al menos. El veneno tenía otros planes para mí.

VEINTIUNO

Todo me daba vueltas, como las pocas veces que sin querer había bebido demasiado vino con Claudia y Vittoria. Volví tambaleándome al túnel y me desplomé bajo la rejilla por la que me había colado. La huida estaba muy cerca, pero muy lejos. Necesitaba hacer acopio de fuerzas y arrastrarme hacia arriba, y juré que lo haría…

…una vez que mi cabeza dejara de dar vueltas y se me pasaran las náuseas.

Oí el golpe suave de un aterrizaje cerca de mí, seguido de una serie de maldiciones exquisitamente desagradables. Si no estuviera convencida de que abrir la boca provocaría el vómito que a duras penas estaba reprimiendo, me habría reído de la colorida letanía. En ese momento, no podía recordar su nombre con exactitud, pero recordaba que no solía ser propenso a esos arrebatos. Por alguna razón, la situación me pareció divertida cuando era todo lo contrario.

De repente me dolía la cabeza, un dolor agudo y despiadado. Era como si mil agujas me pincharan el cerebro a la vez. Gemí, lo que no hizo más que empeorar el dolor.

—¿Dónde estás herida? —Su voz era demasiado fuerte. Lo rechacé, pero era un demonio molesto y persistente—. ¡Concéntrate! ¿Te ha mordido, bruja?

—Para.

Sus dedos me palparon el cráneo, la garganta, y luego vacilaron en mi escote. De algún modo, había conseguido pasarme el *cornicello* por la

cabeza. Me puso de lado y casi me desmayé por culpa de la siguiente oleada de agonía. Estaba claro que no le importaban mi dolor y mi sufrimiento. Tal vez disfrutaba con ellos. Recordé vagamente que lo odiaba. Ahora sabía por qué.

Hizo una pausa de menos de un latido, y luego una ráfaga de hielo en mi espalda siguió al sonido de la tela desgarrada. El aire golpeó mi carne destrozada, el dolor era absolutamente cegador en su furia. Es posible que gritara.

—*Mierda* .

Dos brazos sólidos me levantaron, aprisionándome contra un cuerpo que debía de ser de acero, no de músculos y huesos. Empezamos a movernos con rapidez, sus pasos eran fluidos y elegantes. Lo cual era bueno, ya que si se moviera de un lado a otro mientras corría, le vomitaría encima. No me pareció que eso fuera a gustarle.

El viento me azotó el pelo, nos desplazábamos a una velocidad imposible por las calles de la ciudad. Cometí el error de mirar los edificios que pasábamos a toda prisa y me arrepentí al instante. Me acurruqué contra la calidez de su pecho y cerré los ojos. El dolor era lo único que conocía.

—Ya casi hemos llegado.

Los dientes me castañeteaban sin control. No tenía ni idea de a *dónde* estábamos llegando, pero esperaba que hubiera mantas y un fuego. Me había invadido un frío que me consumía por completo y era terrible. Tenía el horrible presentimiento de que nunca volvería a sentirme reconfortada por el calor. Lo cual era extraño, ya que pensaba que el día había sido especialmente caluroso. Un entumecimiento helado se extendió poco a poco por mis piernas. Una puerta se abrió con estrépito y luego se cerró de golpe. Sentí como si subiéramos una serie de escaleras y luego me tumbaran en un colchón blando.

Se oyeron gritos a mi alrededor. Las voces sonaban apagadas, difíciles de

distinguir. El chapoteo del agua en una palangana se apoderó de mis sentidos, seguido del inconfundible olor a humo. Me agité. En algún lugar, en lo más hondo de mi memoria, sabía lo que significaba el humo. Peligro.

—No te preocupes. —Otra voz. Masculina. Desconocida—. Sabe lo que tiene que hacer y volverá pronto. —Las mantas me apretaban tanto que apenas podía respirar. Debí de jadear, porque unas manos cálidas me tocaron la frente—. Chist. No forcejees. Hace que el veneno se extienda más rápido.

El tiempo se redujo a una ínfima fracción de sí mismo. No conocía más que segundos aleatorios y una agonía implacable. Los latidos de mi corazón eran tan fuertes que hacían que la cabeza me palpitara con fuerza. Pasó el rato. El dolor persistía. Luego llegó el crepitar de un fuego, el olor a humo, y él estaba de vuelta, lo cual me hizo abrir los ojos.

—Voy a arreglar esto. Pero tienes que darme permiso. ¿Me lo das?

Intenté asentir, pero apenas podía moverme. Se agachó a mi lado, colocó las manos a ambos lados de mi cabeza y repitió la pregunta. Esa vez debió de notar el movimiento casi imperceptible. Antes de que la siguiente oleada de dolor me atacara, él ya era un borrón en movimiento.

—Vigila el perímetro y no nos interrumpas, pase lo que pase —le ladró a alguien a quien yo no podía ver. El pánico volvió a apoderarse de mí. ¿Perímetro? ¿Estaba en el infierno? Me levantó, una puerta se cerró detrás de nosotros y su voz se volvió notablemente más suave—. Tengo que meternos a los dos en el agua, ¿de acuerdo?

Intenté decir que sí, pero el entumecimiento se extendió a mi garganta. De todos modos, creo que vio la respuesta en mi cara.

—Vive lo suficiente para odiarme por esto —me pareció que susurraba.

Lo siguiente que sentí fue calor, como si estuviera flotando en una nube cerca del sol. Me habló al oído en un idioma que no entendía. Unos labios rozaron mi piel, una de las últimas sensaciones agradables que experimenté

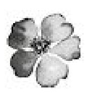
antes de que la oscuridad se cerniera sobre mí.

—Bebe.

Quería hacerlo, más que nada, pero no podía. Me echó la cabeza hacia atrás, me separó los labios y me vertió el néctar en la garganta. Intenté luchar contra su sabor empalagoso, tan dulce y espeso que casi me ahogué, pero hacía rato que había perdido la capacidad de moverme por mí misma.

Una lágrima resbaló por mi mejilla y unos dedos fuertes la recogieron. Oí el salpicar del agua. Una calidez diferente me envolvió. Unos labios suaves y delicados se encontraron con los míos. Fue un susurro, una promesa, un voto inquebrantable. Se abrió paso en medio del dolor y me sentí como en casa. Creo que quería más, pero me fue negado. Él cantó en voz baja, sus palabras eran extrañas.

Una luz brillante destelló y fue entonces cuando comenzó mi verdadero infierno.



Un sonido suave me despertó del peor sueño que había tenido jamás. Abrí un ojo y mantuve la respiración profunda y uniforme. Estaba en una bañera. Por un segundo, no tuve ni idea de cómo había llegado hasta allí.

Entonces me vinieron destellos. No podía decidir si eran sueños o recuerdos.

Una serpiente metálica grabada en un brazo rodeaba mi cuerpo, no en señal de posesión, sino de solidaridad. Como si Wrath me hubiera seguido al interior de mi pesadilla, hubiera luchado contra la Muerte y me hubiera arrastrado de vuelta.

En algún momento, se me ocurrió que su lengua me había recorrido la yugular, trazando una *S* invisible a lo largo de mi piel. Recordé la sensación de cada terminación nerviosa, de cada molécula chisporroteando,

sintonizada al instante con el siguiente movimiento de esos labios. Podría haber jurado que aún sentía el calor de ese breve contacto. Me sorprendió no odiarlo.

Apreté los ojos mientras resurgían más imágenes. Una serpiente gigante. Una lucha mortal. Colmillos. Sangre. El cuello de mi abuela, rajado. Beber algo más espeso que la miel y tan empalagoso que me lo había tragado entre arcadas. Palabras extrañas pronunciadas con fervor. Un beso seguido de una chispa cegadora.

Entonces habían empezado las pesadillas.

Demonios chillando, garras arañando, una mujer desconocida con ojos como la medianoche y fuego en el alma, maldiciéndome. Una ciudad de fuego y hielo. Un salón con un trono de obsidiana. Una corona forjada con llamas y humo. Puertas enormes hechas de hueso y alas correosas, que se abrían de golpe. Una traición.

Aparté el sueño de mi mente y me centré en mi entorno, pero enseguida deseé no haberlo hecho. Recordé vagamente la sensación de una piel cálida y húmeda contra la mía. Las piernas musculosas. La sensación de completa seguridad. Tampoco sabía si eso era real o imaginario.

Volví a cerrar los ojos y conté en silencio hasta que se me calmó el pulso.

Tardé un segundo en notarlo, pero me di cuenta de que mi herida estaba completamente curada.

Wrath había llevado a cabo un hechizo de un poder enorme. Me sentía recargada, casi zumbando a causa de un exceso de energía. Había sido un recipiente vacío antes de que me llenaran de vida más allá de mi capacidad. Quería saltar y bailar, o luchar o hacer el amor. Quizás todo a la vez.

Para no pensar en los besos prohibidos que habían tenido lugar mientras estaba desnuda, me concentré en la habitación. Me encontraba en un cuarto de baño ornamentado y a la vez destartalado. La bañera de mármol desconchada era preciosa, blanca con vetas doradas. Las paredes estaban

cubiertas de mosaicos que representaban criaturas aladas y campos de flores.

Un leve susurro procedente de la esquina izquierda me llamó la atención. Wrath estaba de espaldas a mí, como ofreciéndome un poco de privacidad. Había riachuelos goteando por los planos de la bronceada parte superior del cuerpo. Su muy tonificada y desnuda parte superior del cuerpo. Por la diosa, tenía que ponerse una camisa. Enseguida.

Mientras no lo hacía, eché un vistazo a la tinta que había visto en la cueva la primera noche que lo había invocado. Unos brillantes tatuajes dorados y marrones cruzaban su cuerpo de hombro a hombro. Parecían frases en latín, pero estaba demasiado lejos para estar segura. Tragué con fuerza y desvié la atención. Por lo que parecía, había salido de la bañera momentos antes de que yo me despertara. Aquellos fragmentos nebulosos de la noche anterior eran sin duda recuerdos, no sueños. Me ardió la cara. Lo más probable era que ya se hubiera dado cuenta de que estaba despierta y estuviera esperando a que dijera algo. Aquello era… dolorosamente incómodo.

Como no quería retrasar lo inevitable, me aclaré la garganta. Se giró hasta que estuvimos cara a cara. El pelo húmedo despeinado lo hacía parecer casi humano, pero la energía que irradiaba a su alrededor hacía que la ilusión se desvaneciera. Era como sumergirse en una bañera mientras un rayo caía peligrosamente cerca. Estaba alerta y parecía que lo había estado durante bastante rato. Era extraño verlo fuera del círculo de invocación. Más extraño aún era que me hubiera salvado. No estaba segura de lo que eso significaba, si es que significaba algo. Me apoyé en el lateral de la bañera y respiré hondo.

A pesar de que había proclamado que no iría a por mí, no me había dejado morir.

No sé qué poderes había invocado para traerme de vuelta del borde de la muerte, pero había dado todo lo que tenía. Y no creía que mi amuleto de

protección fuera la única razón por la que me había ayudado. La noche anterior había sentido algo, más íntimo que si hubiéramos compartido cama. Durante un segundo extrañamente largo, habría jurado que estábamos dentro de la mente del otro. Lo que había visto allí, en lo más profundo, donde él no podía ocultarlo, no era que lo que sentía hacia mí fuera simple odio. Era mucho más complejo.

La luz se filtraba por una ventana arqueada sin cortinas, acentuando los ángulos cincelados de su rostro. Si no supiera exactamente lo que era, podría haberlo confundido con un ángel. Lo cual, en cierto modo, supuse que era. Me pregunté qué había hecho que fuera tan malo como para ser expulsado del cielo. No pregunté. Dudaba que confesara sus pecados.

Su atención estaba fija en mis rasgos, su expresión era ilegible.

Luché contra un escalofrío.

—He tenido… sueños —dije despacio—. O recuerdos. Tal vez ambas cosas. Anoche usaste una magia poderosa. —Lo observé con atención. No se movió ni rompió el contacto visual. Durante un segundo horrible, me pregunté si se había quedado catatónico. Luego ladeó la cabeza, esperando—. Antes de que fuera a por el Viperidae, dijiste que el antídoto exigía un precio elevado.

Miré hacia el agua. Recordé la forma en que habíamos estado sentados: sus piernas, sus brazos y su cuerpo pegados al mío… Había visto ilustraciones antes. Solo unos pocos rituales antiguos requerían el contacto con la piel desnuda. En esencia, eran una especie de renacimiento. Como si me hubiera transferido parte de su poder utilizando el agua como conductor entre nuestra carne. Ninguno de esos rituales debía tomarse a la ligera. No estaba segura de si su magia era la misma que la de una bruja, pero supuse que se acercaba.

Volví a mirarlo a los ojos.

—¿Cuál ha sido tu precio por salvarme?

La temperatura pareció caer en picado. Me sostuvo la mirada mientras cruzaba lentamente la habitación. Una ira implacable brillaba en sus ojos dorados.

—Deberías preocuparte más por el precio que has tenido que pagar tú. Espero que haya valido la pena.

Se dio la vuelta para marcharse. Antes de que pudiera hacerlo, salté del agua y le bloqueé la retirada.

—No puedes decir eso e irte sin más. ¿Cuál ha sido el precio?

—¿De verdad quieres tener esta conversación en el baño?

—¿Por qué no? ¿Es que de repente te sientes tímido?

Exudaba todo lo contrario a la timidez. Para ser sincera, con un cuerpo así y todo ese poder, no me sorprendía su confianza. Cruzó los brazos sobre su amplio pecho. De cerca, el tatuaje de la serpiente dorada de su brazo era impresionante.

—Quieres hablar, bruja. Empezaré yo. Anoche tomaste una decisión que tuvo consecuencias catastróficas. Si no hubiera estado allí, estarías muerta.

Era una verdad molesta.

—Recuperar el amuleto de mi hermana valió lo que me costó. Y si tuviera que volver a hacerlo, lo haría sin dudarlo.

—Lo que demuestra que eres imprudente o tonta, o ambas cosas.

—Si soy tan tonta y temeraria, ¿por qué me salvaste? —Levanté una mano—. Ahórrame la excusa del amuleto de protección. Tú y yo sabemos que no es toda la verdad. —Abrió la boca y lo interrumpí de nuevo—. No sé qué hechizo en concreto usaste, pero sé lo suficiente de ciertos rituales y sus requisitos como para tener una buena idea. Dime por qué me has salvado. Ahora.

Enarcó una ceja.

—¿Tiene alguna otra demanda, su alteza? ¿O puedo irme?

—De hecho, sí. ¿Usaste un hechizo de renacimiento conmigo? —Negó

con la cabeza—. Entonces, ¿por qué no llevábamos ropa?

Una sonrisa se dibujó lentamente en las comisuras de su boca. Su expresión se asemejaba a la de un macho inmensamente complacido y engreído.

—Porque me arrancaste la mía como una bestia infernal en celo. —Lo fulminé con la mirada. Exhaló un suspiro que casi sonó como una carcajada. Como no podía mentirme, tenía que ser lo bastante cierto para que lo dijera. Puse los ojos en blanco. Estaba claro que había perdido la cabeza, y se lo dije—. Además, como los Viperidae inyectan un veneno que actúa como el hielo, necesitábamos revertir los efectos lo más rápido posible. El calor corporal y el agua caliente eran los métodos más eficientes y rápidos de evitar que la hipotermia te matara.

Era cierto. Pero también lo había oído susurrar en ese extraño idioma. Wrath no mentía, pero guardaba secretos.

—Me besaste.

Miró hacia otro lado con brusquedad.

—Los sueños febriles tienen efectos secundarios peculiares.

Sonreí. Puede que no conociera la totalidad del hechizo, pero sabía que el beso casto formaba parte de la magia que había invocado. Lo más seguro era que ni quisiera hacerlo ni tuviera muchas otras opciones.

Pero me alegré de que se hubiera sometido a ese sufrimiento, si no estaría muerta.

Cuando me había encontrado dentro de su cabeza la noche anterior, su expresión no había sido de amor, sino de miedo. Miedo de que, a pesar de sus esfuerzos, yo fuera una astilla que se hundiría poco a poco bajo su piel inmortal y que un día podría llegar lo bastante profundo como para perforar su corazón de piedra. No se equivocaría.

No importaba que sacrificara una pequeña parte de su poder para salvarme, nunca olvidaría quién era en realidad. Era un demonio

egocéntrico con la misión de proteger su propio mundo por cualquier medio necesario. En realidad, no le importaba este reino, ni las brujas que habían sido asesinadas. Se centraba en lo que todo eso significaba para él. El miedo que veía en su corazón no tenía nada que ver conmigo, personalmente, sino con lo que representaban los enredos emocionales en general. La muerte.

La muerte de todo lo que había sido y elegido ser.

Los príncipes del infierno no eran leales a nadie más que a ellos mismos. Wrath se llevaría a un enemigo a la cama en un instante si eso significara obtener información o poder. Y dudaba de que él lo detestara.

Me moví hasta que casi nos tocamos. No se apartó, pero tampoco me alcanzó. Su comportamiento no tenía nada que ver con la bondad, ni con el florecimiento de la amistad, ni siquiera con la lujuria, y sí con las posibles ganancias. Yo seguía sin entender cómo o por qué me necesitaba viva.

Pero haría todo lo posible para averiguar cuáles eran sus verdaderos objetivos.

Su mirada se deslizó hacia mi boca. No había nada amable o dulce en su mirada. De hecho, apenas había nada suave en ella. A veces, cuando me miraba, percibía una bestia escondida bajo la máscara de piel que llevaba. Inquieta, salvaje. Tenía la sensación de que mantenía al monstruo encerrado, pero nunca estaba lejos. Luché contra un escalofrío. No quería estar cerca de él cuando decidiera dejar salir de la jaula a su animal interior.

Una sonrisa burlona curvó sus labios.

—¿Esta es la parte en la que me das las gracias con un beso?

—En absoluto. No soy como tú, demonio. No beso a la gente que odio. Y nunca lo haré.

—¿Nunca? ¿Estás segura de que quieres afirmar algo así?

En ese momento, no estaba segura de nada. Me sentía confundida y repleta de una magia que no era del todo mía. Había vivido veinticuatro horas de infierno, con el ataque de Nonna, mi propio roce con la muerte y la

salvación a manos de mi enemigo. Su poder me recorría, me llenaba. Por un segundo, quise que se acercara y arrastrara sus manos por mi cuerpo. Lo cual no tenía sentido.

No podía pensar con él tan cerca. Estaba desesperada por un momento para mí sola. Para poner en orden mis ideas y decidir cómo proceder. Y no podía lograr nada de aquello con un demonio semidesnudo ocupando mi espacio. El poder corría por mis venas.

Antes de que Wrath me deslumbrara más con su encanto, susurré un hechizo de contención que debió de alimentarse de su magia demoníaca, porque *no* salió como estaba previsto. Un segundo estaba allí y al siguiente ya no estaba. Había desaparecido. Pasó muy rápido, pero logré ver su rostro antes de que desapareciera. Parecía tan… traicionado.

Una mezcla de emociones me persiguió durante varios minutos. Era mi enemigo. Aunque me hubiera salvado. Ese único acto de bondad no anulaba ese hecho. Y, sin embargo, no estaba segura de si esperaba haberlo enviado de vuelta al inframundo o si esperaba que estuviera preso en la cueva de nuevo. No debería importar dónde estuviera.

Aunque me sentía un poco culpable por usar su propia magia contra él, me negaba a dejar que eso nublara mi juicio. Él tenía su misión y yo la mía. Eso era todo. Rebusqué por el suelo, pero no encontré mi ropa. Maldito demonio. De todas las formas en las que podía vengarse, no había predicho que caminar desnuda por las calles de la ciudad fuera una de ellas.

Levanté la vista, dispuesta a mandar a Wrath al infierno de nuevo, y me fijé en un vestido nuevo doblado con esmero en el rincón donde él estaba de pie. Lo levanté, sorprendida por su belleza. Los faldones oscuros estaban salpicados de purpurina dorada de muy buen gusto, igual que su reluciente *luccicare* . Unas mangas negras transparentes caían con gracia desde un escote sin hombros. Y un corsé dorado con espinas y alas cosidas en la espalda lo remataba. Había olvidado que mi ropa había quedado destrozada

durante el ataque del Viperidae. Un sentimiento en el que prefería no ahondar tomó forma mientras sostenía el vestido. Lo aparté con brusquedad.

La magia del príncipe demonio crepitaba bajo mi piel, infectando mi alma. No quería que me gustara lo viva que me hacía sentir.

Me vestí a toda velocidad, necesitaba una tarea mundana en la que concentrarme mientras mis sentimientos iban de un extremo a otro. Sin Wrath, pensar solo era un poco más fácil. Sobre todo, porque mis pensamientos no dejaban de volver a él, a la expresión de su cara. Había herido sus sentimientos. Y eso… me molestaba. Qué absurdo giro de los acontecimientos. Su familia había enviado demonios fantasmas invisibles para atacar a mi abuela y robarme el *cornicello* , y yo me sentía mal por la posibilidad de haber desterrado a un demonio al infierno. Donde vivía y gobernaba. Felizmente, seguro. En el apogeo del lujo demoníaco. Con fuego, azufre y una orquesta de almas gritonas de los condenados. Sin embargo, podría haber sido una decisión precipitada. Dejando de lado lo desagradable, Wrath podría resultar útil en mi búsqueda de justicia. Era casi positivo que tuviera motivos ocultos para aliarse conmigo, pero cuando lo había necesitado de verdad, había estado allí. Ese acto, por encima de todo lo demás, me decía lo suficiente.

Mi alma estaba a salvo con él.

Lo que significaba que podíamos dejar de lado nuestras diferencias y trabajar juntos para resolver el asesinato de Vittoria. A ninguno de los dos nos gustaría la idea, pero al menos podía confiar en que no me mataría. Por el momento, las pruebas apuntaban a que un príncipe del infierno era el responsable de los asesinatos, no los cazadores de brujas. Después de lo ocurrido con Greed y el ataque a Nonna, necesitaba a Wrath de mi lado.

Exhalé un largo suspiro, esperando que fuera la decisión acertada.

Maldita sea, ahora tenía que averiguar a dónde había enviado al príncipe

de la Ira.

Agarré su camisa y me adentré en la ciudad para buscar a mi desaparecido príncipe del infierno.

VEINTIDÓS

—Si quieres que hable contigo ahora, pídelo con amabilidad.

No lo llamaría alivio, pero el nudo de mi pecho se aflojó cuando encontré a Wrath atrapado en el círculo de invocación de nuevo. No estaba enfadado, como esperaba, solo un poco desconcertado. Supuse que no esperaba ser desterrado justo después de salvarme la vida. Lo cual era justo. Para ser sincera, yo tampoco había esperado pagárselo de esa manera.

—¿Todos los demonios están locos o eres un caso único?

Exhaló un suspiro.

—No eres la víbora más agradable de la fosa, ¿verdad? En mi reino no solemos dar las gracias a alguien que te ha salvado la vida encarcelándolo. No se puede negar que podrías trabajar un poco en tus modales.

Cualquier idea de establecer una alianza provisional me abandonó. Un demonio que daba lecciones de educación era la cosa más ridícula que había oído nunca. Qué *descaro* . Le lancé una docena de sugerencias diferentes (que incluían animales de granja) sobre lo que podía hacer con el tiempo que le quedaba en la Tierra.

—Encantadora. Me pregunto de dónde viene tu creatividad, ¿quizás de la experiencia personal? —Discutir no nos llevaba a ninguna parte, y yo tenía cosas más importantes que hacer. Por lo visto, Wrath se sentía igual. Entrecerró los ojos y me escudriñó—. ¿Qué te tiene tan de mal humor, bruja?

—Nada.

—Si se trata del hechizo que usé, o del vestido…

—No es eso. —Por alguna razón, ahora que estaba de nuevo cerca de él, no me sentía del todo preparada para pedirle ayuda para resolver el asesinato de mi hermana. Necesitaba alguna otra garantía de que aquella era la mejor estrategia. Y había algo a lo que él podría responder y que me ayudaría a decidirme. Si no se moría de risa antes. Cerré los ojos y conté hasta diez—. Un demonio invisible atacó a mi abuela ayer. Y antes de eso, creo… Creo que me estaba acechando.

Esperaba que se burlara de mí o que me preguntara si había bebido demasiado alcohol recientemente. En cambio, me estudió con atención.

—¿Te ha hablado?

Asentí.

—Decía: «Pronto vendrá».

Wrath se paseó por el círculo de huesos.

—Parece un demonio Umbra. Pero que esté aquí y te hable… ¿Dijo algo más?

—No… No lo recuerdo bien. La primera vez dijo algo sobre recuerdos y corazones robados.

—¿La *primera* vez? —Se giró para clavar la mirada en mí. A Wrath no se le daba muy bien mostrar una amplia gama de emociones, probablemente porque era un ser inmortal engendrado en el infierno y no un humano, pero estaba claro que la noticia lo había sorprendido—. ¿Exactamente cuántas veces te lo has encontrado?

—¿Puede que tres? Me pareció que me seguían en el monasterio… esa noche… Luego encontré a mi hermana y no volví a pensar en ello. —Empecé a caminar por el borde exterior del círculo—. ¿Qué es un demonio Umbra?

—Espías mercenarios, en su mayoría. Venden sus servicios a cualquier casa real que los necesite. Hay algunos que solo son leales a la del Orgullo. La mayoría son incorpóreos y muy difíciles de matar. La magia no siempre

funciona con ellos como uno se imagina.

Muy difícil de matar no era *imposible de matar* . Al menos había un resquicio de esperanza.

—Si se supone que está espiando, ¿por qué se manifiesta?

—Esa es la cuestión, ¿no, bruja? Lo normal es que no hablen.

—¿Crees que lo contrató Greed?

—¿Por qué iba a creer eso?

Busqué en su expresión algún rastro de engaño. Tenía que saber que su hermano estaba allí.

—Porque hablé con él en su club de juego justo antes de que atacaran a mi abuela. Y puede que lo engañara para que me diera más información de la que había aceptado dar en un principio. No es su pecado, pero estoy segura de que se sintió herido en su real orgullo.

—Curioso. —Wath me lanzó una mirada seca—. Es casi imposible engañar a un príncipe del infierno.

—Bueno, a menos que estuviera mintiendo sobre quién era, engañarlo no fue tan difícil. —No tenía forma de saber si Wrath me creía y no me importaba—. Has dicho que algunos demonios Umbra son leales a Pride… ¿Crees que ha podido enviarlos él?

Puesto que había robado uno de sus cuernos, parecía probable. Pero Wrath no sabía que eso era lo que yo buscaba en el nido del Viperidae. Me interesaba su respuesta.

—Es posible, pero no probable. No estando yo aquí. Un demonio Umbra no puede *transvenio* al inframundo. Solo pueden deslizarse entre reinos si un príncipe los envía o si son convocados. E incluso entonces, ese tipo de poder solo puede usarse durante periodos específicos.

—¿Cómo funciona el viaje entre reinos?

—Es como arrancar hilos del tiempo y tejerlos en diferentes lugares.

Una explicación algo vaga.

—Si alguien tratara de invocar al diablo… ¿Lo sabrías?

Wrath me dirigió una mirada penetrante.

—No puede ser invocado.

—¿Y si alguien tuviera el Cuerno de Hades? ¿Podría entonces convocar a Pride?

El príncipe demonio se quedó muy quieto. Su sorpresa solo duró un segundo antes de que una lenta sonrisa se dibujara en su rostro.

—Has estado ocupada.

En efecto, y hasta ese momento había hecho un trabajo bastante decente siguiendo los pasos de mi hermana, pero ahora necesitaba ayuda. Wrath podría ser mi enemigo, pero me había salvado la vida. Esperaba que eso significara que podía confiar en él.

Pensé detenidamente en lo que quería hacer a continuación. Sus respuestas sobre el demonio Umbra me recordaron a mi gemela y a la forma en que tomaba notas en su diario, y eso me tranquilizó. Era como si Vittoria estuviera dando su bendición a esta alianza tan inusual. Me recordé a mí misma que Wrath podría haber intentado llevarse mi alma o negociar por mi vida mientras yacía moribunda. Y no había hecho ninguna de esas cosas. En vez de eso, había sacrificado su propio poder sin esperar un pago a cambio.

—¿Me ayudarás a averiguar si… pasó?

—¿Si alguien convocó a Pride? —preguntó. Asentí. Parecía muy escéptico—. Necesitaríamos saber el lugar donde se intentó la invocación. Y no hay garantías. ¿Se combinó el Cuerno de Hades o se utilizó solo un cuerno?

—Solo uno. —Solté aire—. Y sé por dónde empezar. Así que, ¿me ayudarás?

—Tienes que ser más específica cuando me pidas que me salte el hechizo de contención. Y no olvides usar mi título. Es de buena educación. —Miré su daga, que había ido a casa a recuperar, y luego volví a centrarme en él.

Volvió a sonreír, esta vez con auténtica diversión en la mirada—. No son mis reglas.

—¿Podrías salir del círculo de huesos y ayudarme a averiguar si alguien invocó a Pride, príncipe Wrath?

Era la primera vez que rompía un hechizo de contención, y era extraño. No tuve que susurrar ningún conjuro, simplemente le pedí que abandonara el círculo de invocación.

Una carga eléctrica recorrió la atmósfera de la cueva y se expandió lentamente hasta presionar el límite del círculo de contención. Se oyó un leve crujido y luego el mundo exterior regresó por completo.

Wrath se alzó de repente sobre mí.

—Si valoras nuestra nueva alianza, no vuelvas a usar ese hechizo de contención conmigo, bruja. La confianza va en ambos sentidos. Se me está agotando la paciencia.

—Vale. Si quieres mi confianza, deja de ayudar a Pride a encontrar una esposa.

—No puedo.

—Entonces no te sorprendas cuando me defienda usando cualquier medio necesario.

Se alejó mientras se pasaba una mano por el pelo. Observé impasible cómo volvía a acercarse a mí. La determinación brillaba en sus ojos dorados.

—Dame mi daga. —Le lancé una mirada incrédula—. Solo la necesito un momento. Y no, no te apuñalaré con ella.

Aunque probablemente lo deseaba. Con muchas ganas.

Extraje la daga de serpiente de la funda que llevaba en la cadera y se la entregué.

Wrath se arrodilló.

—Emilia Maria di Carlo, tienes mi palabra de que no haré daño físico a

ninguna bruja, ni la obligaré a casarse con Pride. —Deslizó la hoja por la palma de la mano y se llevó la mano sangrante al corazón—. Por el honor de mi corona y mi sangre, juro que mi misión actual es salvar almas, no tomarlas.

Se levantó y me devolvió su daga, con la empuñadura por delante. Otra muestra de confianza. Volví a envainar la hoja y lo miré. Su herida ya estaba cerrada.

—¿No vas a pedirme que acepte el vínculo de sangre de antes?

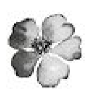
—Preferiría que lo aceptaras, pero no te obligaré a hacerlo. ¿Estás satisfecha con mi voto?

—Por ahora.

—Es suficiente.

Pasó junto a mí y se detuvo cerca de la entrada de la cueva. Resistiendo el impulso de empujarlo al mar, lo seguí en silencio y contemplé las olas de fondo plateado, ondulantes como una criatura de ébano que se desperezа bajo la luna llena. *Sangre y huesos* . Por supuesto. La luna llena significaba más problemas. Y mis manos ya soportaban unos dos kilos de ellos.

—Toma. —Le estampé la camisa que le había comprado contra el pecho —. No me importa si la odias, si huele mal o si eres demasiado principesco para la ropa de campesino, pero llevarás esto mientras estemos en la ciudad. Lo último que necesitamos es llamar más la atención sobre ti.



Wrath y yo nos apoyamos en el edificio adyacente al monasterio, observando cómo se apagaban las luces una a una. Los miembros de la hermandad pronto estarían durmiendo en sus alcobas.

—¿Qué te ha poseído para hacerme un juramento de sangre?

—Quería tenderte una rama de confianza.

—Quieres decir una rama de olivo.

—Es el mismo concepto, bruja. —Inclinó la cara hacia atrás para ver la luna—. Además, podría querer más de esas… cosas que trajiste. Si murieras, tendría que buscarlas. Habría sido un inconveniente.

—¿Los cannoli? —pregunté, fingiendo incredulidad ante su intento de broma—. ¿Me has salvado por un poco de ricota azucarada? —Gracias a la diosa, no parecía comprender lo populares que eran, ni la facilidad con la que se podían encontrar en la ciudad—. ¿Crees que el demonio Umbra nos está observando?

Entre las sombras, estaba demasiado oscuro para ver sus rasgos con claridad, pero de todas formas pude imaginarme su mirada de resignación.

—¿Tienes miedo?

Una perfecta falta de respuesta a mi pregunta. Sabía que se refería al demonio Umbra, pero lo cierto era que Wrath también me daba miedo. Cualquiera que no tuviera un poco de miedo de entrar en una habitación con el demonio que había sido visto por última vez con su ser querido asesinado sería un idiota.

Un par de calles más allá, unas voces retumbaron como un trueno lejano. A las voces siguieron las risas, descaradas y escandalosas. Palermo era una ciudad que adoraba la noche tanto como disfrutaba de la gloria del día. Festivales, fiestas… siempre parecía haber alguna ocasión que merecía ser celebrada, sobre todo con comida y bebida. Esperaba detener al monstruo empeñado en destruir todo aquello antes de que volviera a atacar.

Varios minutos de silencio después, la última luz dorada del interior se apagó.

—Muy bien. Es la hora —dijo Wrath, enderezándose—. Si quieres quedarte aquí, entonces quédate. Yo no te voy tratar con ningún mimo.

Lo ignoré y me escabullí entre las sombras, dejando que hablara solo. Parecía disfrutar del sonido de su propia voz. Me pareció grosero

interrumpirlo.

—No voy a consolarte. O a atender tus heridas. Emocionales o de otro tipo. Desprecio…

Cuando la puerta del otro lado del callejón se abrió con un chirrido, cerró la boca de golpe. Le dirigí una mirada mordaz mientras la empujaba más para invitarlo a pasar. Se quedó allí, con el ceño fruncido. Apostaría cualquier cosa a que no me había oído moverme. Me pregunté cuánta gente lo había sorprendido. Probablemente no mucha, puesto que su fastidio parecía aumentar ante la idea de ser superado por una bruja.

—¿Vienes o no, demonio?

VEINTITRÉS

Por fortuna, no había susurros sobrenaturales esperándome en la estancia donde había muerto Vittoria. Ni un insistente tirón, ni una petición mágica del más allá. Solo el silencio y el leve roce de las botas de Wrath al moverse en la oscuridad. Ante su silenciosa pero ruda petición, le entregué la bolsa de las provisiones y agradecí tener unos instantes para recomponerme mientras él buscaba velas en su interior.

Según Wrath, solo tendríamos unos minutos para que él percibiera indicios de cualquier magia de invocación. Me advirtió de que podría no haber ningún rastro, ya que había pasado más de un mes. No había vuelto a esa estancia desde que había encontrado el cadáver mutilado de mi hermana. Si pudiera elegir, no volvería a poner un pie en ese maldito monasterio. Sabía que Vittoria no estaba allí, pero el fantasma de aquella noche me perseguía de todas formas. Cerré los ojos contra el recuerdo de su carne desgarrada. La absoluta quietud de la muerte. Y la sangre.

Me froté los brazos con las manos, aunque el aire transportaba una calidez agradable. Era extraño lo inesperada que podía ser la vida. Hacía un mes, nunca habría imaginado volver con la misma criatura que había encontrado lamiendo la sangre de mi hermana, y sin embargo allí estábamos. Trabajando codo con codo.

De repente, ya no me sentía perdida en la pena. Con todo lo que había pasado, me había olvidado de ese detalle morboso y sangriento. Me giré, saboreando el peso de la daga demoníaca mientras rebotaba en mi cadera.

—Para que quede claro, te he permitido salir del círculo de contención

esta noche solo en mi beneficio. Eso no significa que me gustes.

—Y yo que pensaba que el hecho de que me ataras para toda la eternidad significaba que éramos buenos amigos.

—No me has explicado por qué estabas lamiendo la sangre de mi hermana. —Terminó de rebuscar en mi bolsa y encendió una cerilla. La vela se encendió, dorando los bordes de su rostro. Las sombras oscurecieron su mirada, pero no ocultaron el brillo dorado de sus iris. Su mirada se deslizó hacia la daga y se quedó en ella. La había mirado con tanta frecuencia durante nuestro paseo que no pude evitar pensar que estaba ideando formas creativas de recuperarla.

Luché contra un escalofrío cuando volvió la conocida sensación de peligro. A veces, especialmente desde que había aceptado ayudarme, era fácil olvidar que era uno de los Malditos.

—No me lo preguntaste.

—Desde luego que sí.

—Lo que dijiste fue: «Estabas junto a su cadáver, lamiéndote su sangre de los dedos, bestia repugnante». —Resultaba obvio que había dejado una impresión duradera. Encendió las velas y me dio una. Evité sus dedos y él respondió de la misma manera—. No toques nada, bruja. No queremos empañar ningún aroma persistente.

—¿Quiero saber siquiera a qué te refieres con «aroma persistente», o es una característica de las criaturas infernales que es mejor dejar a la imaginación?

—Aunque sea tentador, es mejor no imaginarme en absoluto.

Puse los ojos en blanco. Si no quería darme más detalles, me parecía bien. Me importaban un rábano sus preciosos sentidos demoníacos, pero *sí* me importaba Vittoria.

—De acuerdo. ¿Por qué estabas lamiendo su sangre?

Levantó la vela y giró sobre sí mismo, escudriñando la estancia.

—La estaba probando.

Respiré hondo y recé a la diosa de la fuerza y el razonamiento para que me impidiera matarlo allí mismo.

—Escucha, esta pequeña alianza funcionará mucho mejor si elaboras las respuestas sin que tenga que pedírtelo constantemente. Finge que no sé nada de vuestras malvadas costumbres. ¿Probando su sangre para *qué* ?

—Perdóneme, su alteza. —Una pequeña sonrisa apareció en su rostro—. La estaba probando para ver si había algún indicio de una casa demoníaca con la que estuviera aliada.

—¿Como el pacto de sangre que me ofreciste? —Asintió—. ¿Qué descubriste cuando probaste la sangre de Vittoria?

—Todavía no se había aliado con nadie. Pero eso no significa que no interactuara con un príncipe del infierno.

—Así que, aunque te haya convocado, nadie sabría que tú y yo estamos… trabajando juntos… sin un vínculo de sangre, ¿verdad?

—Correcto.

Sangre y huesos. Eso significaba que Vittoria podría haber invocado a Greed o incluso a Envy y, si no había aceptado un vínculo de sangre, no había forma de rastrearlo.

—¿Crees que Greed o Envy querrán impedir que Pride se case?

Lo consideró.

—Greed disfruta gobernando su casa, así que no. Y Envy no intentaría nada que llevara a su casa a la guerra. Es más probable que medite sobre todas las cosas que no tiene y quiere, pero carece de la ambición necesaria para tomarlas.

Terminada la conversación, Wrath volvió a girar sobre sí mismo con la vela y algo me llamó la atención. Me agaché y rasqué un poco de cera con la uña. La cera era de color rosa pálido. De repente recordé las velas que había allí aquella horrible noche. Moví la luz en un arco lento para ver

mejor el suelo. Otra mancha de cera más pequeña, de color gris. Giré y vi las mismas marcas de cera rosa y gris a intervalos.

Sin duda alguna, aquel era el lugar donde Vittoria había creado un círculo de invocación.

—Envy dijo que los otros vendrían a buscarme, ¿se refería a tus hermanos?

—Me imagino que sí.

—¿Podría referirse también a los demonios Umbra?

—Tal vez.

Clavé la vista en el príncipe demonio. Después de que se desviviera por salvarme la vida, sus escuetas respuestas me daban ganas de gritar. Volví a pensar en su incapacidad para mentirme directamente y entrecerré los ojos.

—¿Qué quiso decir con lo de no conocer el futuro?

—Yo no estaba allí. No estoy seguro de a qué se refería exactamente. —Wrath evitó mi mirada—. Podría ser una táctica para infundirte miedo y meterse en tu cabeza.

—¿Qué es una bruja de las sombras?

Se concentró en mí y me lanzó una mirada que decía que, si no lo sabía, no iba a ser él quien me lo dijera. Le lancé una mirada que prometía una muerte larga y violenta si no empezaba a hablar. Se rindió.

—Significa que tienes un poco más de sangre demoníaca que otras brujas.

—Eso no puede ser verdad. Estás… —Cerré la boca. No podía mentir, pero era imposible que lo que decía fuera cierto. Nuestra familia estaba bendecida por la diosa, no éramos hijas de la oscuridad—. ¿Cómo puede ser eso posible?

Arqueó una ceja.

—Sabes cómo se hacen los niños, ¿no?

—Por supuesto que sí.

—Bien. Me ahorra tener que explicarte que una de tus antepasadas se dio

un buen revolcón con un demonio y produjo una heredera. Probablemente una no muy lejana, si Envy fue capaz de verlo con solo mirarte.

—Mi abuela decía que éramos guardianas entre reinos. Y que «bruja de las sombras» era el insulto que usaban con nosotras los Malditos. —En ese momento me estaba prestando toda su atención, y de repente no quise que supiera nada de la historia secreta de mi familia. Hice un gesto con la cabeza para señalar la cera de la vela y cambiar de tema—. Recuerdo haber pensado que el aire olía a tomillo. Y a parafina. ¿Es una prueba de que intentó invocar a Pride?

—No. Las velas de color rosa pálido y gris son las que usa la casa de la Avaricia. —Caminó alrededor de la estancia—. El tomillo y el cobre también son necesarios cuando se convoca a un demonio que pertenece a esa corte.

—¿Los demonios solo pueden ser invocados usando las velas del color correcto?

—Entre otras cosas, sí. Las cortes demoníacas se dividen en siete casas reales. Cada una tiene sus propios rituales y requisitos. Los colores de las velas, las plantas, la hora del día, los objetos de intención y los metales varían.

Señalé los objetos que nos rodeaban.

—¿Nada de esto puede usarse para invocar a Pride? ¿O tener el Cuerno de Hades anula esa parte del requisito del hechizo de invocación?

—Aunque tu hermana hubiera estado en posesión de ambos cuernos, no funcionaría sin las velas, los metales y las plantas correctas. —Levantó su vela—. Fuera lo que fuera lo que ocurrió aquí aquella noche, sé que tu hermana no invocó a Pride. Y tampoco parece que lo intentara.

—Ella me dijo que sí.

Wrath me observó con atención.

—Es imposible saber cuáles eran sus intenciones. Es muy posible que

quisiera convocarlo, pero que cambiara de opinión. O, si intentó convocarlo, no lo hizo aquí.

Me tragué mi creciente frustración. Si no había convocado a Pride, eso significaba que la culpa era de Greed. Tenía que serlo. Pensé en el ataque a Nonna y en su deseo de poseer el Cuerno de Hades. Tenía sentido que Greed no se conformara con ser un príncipe del infierno cuando podía convertirse en el rey de los demonios. Parte de su pecado incluía no estar satisfecho nunca, querer siempre más. Sin que le importara destruir algo o a alguien para alcanzar sus objetivos.

Una furia inesperada surgió en mi interior e invadió cada centímetro de espacio disponible. Era tan poderosa que casi se me doblaron las rodillas.

—Juro por mi sangre que destruiré al demonio que le hizo esto a Vittoria, y me complacerá hacerlo. —Wrath me miró bruscamente y, a juzgar por su destello de sorpresa, imaginé que mi mirada se había vuelto casi negra. Mis emociones eran cada vez más fuertes, más oscuras. Culpé a la proximidad del príncipe de la guerra. Si Envy me inspiraba sentimientos de celos, tenía sentido que Wrath (ya fuera intencionado o no) sacara a flote mi ira—. Me ayudarás a interrogar a Greed de nuevo. Y si no puedo matarlo, lo harás tú.

El amuleto de mi hermana emitió un brillo morado sobrenatural. Wrath desvió la atención hacia él y luego volvió a mi cara. Me lo había puesto después de robárselo al Viperidae. Hasta ese momento, las puertas del infierno no se habían abierto y Wrath no había intentado arrancármelo del cuello.

—Por muy impresionantes que sean tu discurso y tu temperamento, no llevaré la guerra a nadie. Y tú tampoco lo harás. Al menos, no sin pruebas irrefutables. La probabilidad de que fuera Greed es muy escasa.

—Entonces, ¿cómo llegó aquí? Alguien lo convocó. —Extendí un brazo para señalar toda la cámara—. Por lo que parece, fue convocado en esta habitación.

—No necesariamente. Exceptuando a Pride, los príncipes del infierno podemos viajar aquí por nuestra cuenta. Además, no hay rastro del poder de Greed en este sitio. A menos que tu hermana tuviera un objeto personal que le pertenezca, es mucho más probable que ella, o quienquiera que dibujara este círculo en particular, convocara a uno de sus súbditos. Y hay miles de ellos.

—Pero solo hay un príncipe demoníaco de esa casa actualmente en Palermo. No veo a miles de otros demonios correteando por aquí, ¿y tú?

—¿La pregunta es retórica o esperas una respuesta?

Abrí la boca y la cerré. Tenía muchas más preguntas sobre el reino de los demonios, pero casi podía ver a Wrath rogándome que las hiciera. Decidí que ese día no tendría tanta suerte.

—¿Qué tipo de objeto necesitaría para convocar a Greed? ¿Una daga como la tuya? —No recordaba haber visto su daga en la visita que había hecho a su antro de juego. Otra prueba de que había sido invocado—. Puede que todavía esté en nuestro dormitorio.

—Me temo que no. —Sacudió la cabeza—. Habría estado aquí la noche en que fue asesinada. Quien la matara debió de llevárselo cuando se fue. Sin embargo, aquí no hay ningún olor que pueda rastrear. Si es un demonio, tendré que rastrearlo de otra manera.

—A no ser que tuvieras razón antes y en realidad ella no invocara a ningún demonio —reflexioné en voz alta—. Tal vez se tropezara con otra persona que intentaba convocar a Greed y la mataron. O tal vez alguien convocó a un demonio menor y este atacó.

Porque la forma en que le habían arrancado el corazón… Solo una criatura terrible podría haber hecho algo así. No me permitiría olvidar que solo conocía a un demonio que hubiera estado en aquella habitación con mi gemela asesinada, apenas unos momentos después de que ella perdiera la vida.

—Es posible, pero no creo que fuera un demonio. —Miró fijamente el altar donde habían desechado el cadáver de mi gemela—. Por lo general, un demonio menor iría a por la garganta, las vísceras… No apuntaría a un solo órgano y se marcharía. En especial si se trata algo tan grande y feroz como para infligir ese tipo de daño en un cuerpo.

Sin Pride. Sin Greed. Sin pistas. Aquella excursión no estaba yendo según lo planeado.

Pensé en las hojas del grimorio que había encontrado. Wrath decía que se necesitaban velas y objetos de determinados colores para invocar a una casa demoníaca concreta. El problema era que ninguna de las dos hojas que tenía Vittoria contenía un hechizo que incluyera velas rosas y grises. La ira volvió a crecer en mi interior, necesitaba liberarla. O un objetivo.

—Es curioso. —El aire era cálido, pero la hoja que apoyé contra la espalda de Wrath parecía hielo en mis manos. Dejó de respirar—. No puedes mentir, y creo que eso es bastante cierto, pero ¿por qué no puedo encontrar pruebas que apoyen tus afirmaciones de inocencia?

—¿Me estás pidiendo que haga algún comentario sobre la incompetencia que percibes en ti misma?

—¿Colocaste tú las velas esa noche como prueba para incriminar a Greed? Debiste de darte cuenta de que mi hermana tenía hechizos de invocación para tu casa y eso te implicaría.

—No sabía que me habías convocado usando otro hechizo que no fuera el tuyo. Nunca tuve contacto con tu hermana, aparte de la noche en la que descubrí su cuerpo. Recuerdas que yo también necesito averiguar quién está matando a las brujas, ¿verdad? Tal vez más que tú.

—¿Por qué? ¿Por la maldición?

—Si tenemos que simplificar, sí.

—Cuéntamelo todo al respecto. Quiero saber quién maldijo al diablo, por qué, y por qué nos concierne a mí o a este mundo. —Me lanzó una mirada

por encima del hombro que decía que esa línea de interrogatorio no recibiría respuesta, con independencia de la daga. Consideré la posibilidad de apuñalarlo de todos modos, pero era probable que solo acabara con una negativa suya a responder a cualquier otra pregunta—. ¿Has estado fingiendo que mi amuleto de protección funciona?

—Si estuviera fingiendo, ¿por qué no te habría roto el cuello o usado mi influencia a estas alturas? Lo que es seguro es que no se debe a que disfrute de tu hechizante compañía.

—Dame una razón por la que no deba clavarte este cuchillo en el corazón. Esa es la forma de matarte, ¿no? Con tu propia arma. Y solo en ese punto.

—En absoluto.

—¿Estás seguro? —Presioné la punta de la daga sobre su columna vertebral—. Creo que estás omitiendo la verdad. ¿Sabes por qué?

—Ilumíname.

—Siento tu mirada sobre mí cuando crees que no estoy prestando atención. Sigues la pista de la daga cada vez que me muevo. Necesitas saber dónde está. Por eso Envy se sorprendió de que la tuviera. Eres casi inmortal, excepto por esa pequeña debilidad. Así que, oh, poderoso príncipe de la Ira, si no quieres morir esta noche, dime por qué te envió Pride aquí en realidad.

VEINTICUATRO

Wrath giró y se inclinó hacia delante, clavándose la punta de su daga en el pecho antes de que yo pudiera siquiera parpadear. Una gota de sangre resbaló por el metal, iluminándolo durante un breve instante. Me quedé mirando en silencio mientras la herida del demonio se curaba ante mis ojos.

Inclinó la cabeza hacia abajo. Si alguno de los dos se movía, nuestros labios se tocarían. Ni siquiera respiré hondo.

—Una daga en el corazón duele, bruja, pero hará falta mucho más que eso para destruir a un príncipe del infierno. Si todavía crees que estoy mintiendo, adelante, apuñálame.

Una parte salvaje de mí deseaba poner a prueba la teoría, aunque solo fuera para dilucidar si era honesto. Otra parte, más silenciosa, que aún se tambaleaba por el dolor, quería entregarle el arma y ver si mi amuleto de protección funcionaba de verdad. Decidí que no era el momento de correr riesgos tontos y envainé su arma.

Me alejé de él, tratando de no pensar en ello como una retirada. No hizo ningún movimiento para detenerme o perseguirme, solo observó cómo ponía unos metros de distancia entre ambos.

—¿Me hablarás al menos de la maldición? Creo que podríamos…

Wrath colocó la vela en el altar de piedra y se colocó ante mí un suspiro después. Y estaba demasiado cerca: su espalda me rozaba el pecho. Levanté las manos, dispuesta a empujarlo, cuando oí el débil sonido de unos pasos que se dirigían hacia nosotros.

—¿Le has dicho a alguien que íbamos a venir aquí? —preguntó Wrath.

Sacudí la cabeza, aterrorizada ante la perspectiva de que Greed o Envy nos hubieran rastreado. El cuerpo de Wrath estaba enroscado sobre sí mismo, listo para atacar. Hice lo posible por calmar mi respiración.

—¿Hola? —llamó una voz familiar y profunda desde el pasillo.

—Sangre y huesos. —Eché la cabeza hacia atrás y gemí—. Ahora no.

Wrath me miró por encima del hombro.

—¿Algún conocido?

Asentí y el demonio relajó su postura de combate. La luz de un farol precedió a nuestro visitante y maldije la interrupción para mis adentros. Wrath se hizo a un lado y se mostró muy jovial ante mi molestia. Lo ignoré mientras Antonio entraba y se detenía de inmediato.

—Emilia. —La mirada de Antonio se tornó cálida cuando se posó en mí, solo para entrecerrar los ojos cuando vio que no estaba sola. Paseó la mirada entre mi amenazante compañero y yo, claramente sin palabras—. He oído voces… —Volvió a concentrarse en Wrath y observó el tatuaje de la serpiente que empezaba en la parte superior de la mano del demonio, se enroscaba en su muñeca y desaparecía por la manga. Luego, su mirada se desplazó entre la tinta a juego en los antebrazos de ambos. Su mirada era ilegible. Antonio se irguió más—. ¿Va todo bien?

Wrath inspeccionó a Antonio de una manera que hizo que se me pusiera la piel de gallina.

Me puse entre ellos a toda prisa y le ofrecí a mi viejo amigo una sonrisa tímida.

—Lo siento si hemos hecho demasiado ruido. He pedido a… —Dudé. No podía llamarlo por su nombre. El príncipe demonio se puso a la vista. Me hizo un ligero movimiento de cabeza. Era difícil saber si era una advertencia para que no diera su nombre o si estaba procurándose un mejor ángulo para disfrutar de mi incomodidad—. Mi amigo Samael está de visita y queríamos encender una vela por Vittoria.

Antonio no parecía convencido, y no podía culparlo. No era una buena actriz. Esperaba que no siguiera haciendo preguntas. Si tuviera que apostar, era probable que mentir a un hombre santo en su lugar de trabajo en presencia de un demonio que estaba en una misión secreta para el diablo atrajera la mala suerte.

—Un nombre inusual —dijo al final—. ¿De dónde has dicho que ha venido de visita?

—No lo ha dicho. ¿Quieres traer un poco de vino sacramental y charlar sobre mi linaje? —Wrath le lanzó una mirada parecida a la de un depredador—. A mí tampoco me importaría conocerte mejor. Sobre todo, si eres tan buen *amigo* de mi Emilia.

Wrath dijo la palabra «amigo» como si pensara que Antonio era cualquier cosa menos eso. Sin embargo, me quedé boquiabierta por un motivo totalmente distinto. No podía ni empezar a comprender por qué Wrath había dicho «mi Emilia». Sinceramente, no estaba segura de que el demonio se acordara de mi nombre, ya que solo me llamaba «bruja».

Antonio parecía igual de aturdido.

—Tu…

—Perdona, Antonio. —Me recuperé deprisa y le lancé una mirada de advertencia a Wrath mientras deslizaba mi brazo en el del *fratello* y lo obligaba a dirigirse rápidamente hacia la puerta. Apostaría cualquier cosa a que el príncipe de la Ira solo intentaba hacer enfadar a mi amigo para poder aprovecharse de esa emoción, igual que había hecho Envy conmigo—. Tendrás que disculpar su descortesía, ha hecho un viaje largo y no son las circunstancias más agradables.

El brazo de Antonio ocultaba una musculatura sorprendente bajo la túnica, pero no intentó detenerme mientras lo guiaba hacia el pasillo.

—¿Te importa si nos quedamos unos minutos más para rezar?

Antonio me miró a los ojos y su expresión se suavizó.

—Por supuesto. Estaré en el siguiente pasillo, cerca del *colatoio* , por si me necesitas.

—Gracias.

Exhalé mientras avanzaba despacio por el pasillo hacia la sala de preparación, esperando a que su farol dejara de verse antes de volver a entrar. Wrath estaba apoyado en el altar y me miró fijamente, con una ceja arqueada. Era una de las expresiones más humanas que le había visto.

—Samael, ¿en serio? ¿Ese ha sido el mejor nombre que se te ha ocurrido?

—Era un príncipe de Roma y un ángel de la muerte. Yo diría que eso suena bastante apropiado. Eres más que bienvenido a decirme tu verdadero nombre. Así no tendrás que desgarrarte las vestiduras con los que me invento.

Se acercó a mí y se detuvo a una distancia decente.

—No vuelvas a llamarme así. No soy un ángel, bruja. Nunca cometas ese error.

—No hace falta que me lo digas. Y yo que tenía la impresión de que la mayoría de los humanos consideraban a Samael el diablo. —Pasé junto a él y volví a los restos de cera que quedaban en el círculo de invocación de Vittoria—. ¿Sabes…?

—¿Tú y ese humano habéis compartido cama alguna vez?

Me giré, su pregunta me había pillado completamente desprevenida. Esperaba ver una sonrisa o una burla y no estaba preparada para la curiosidad genuina que encontré. No estaba segura de qué era más inquietante.

—Primero, eso no es de tu incumbencia. Y segundo, ¿por qué preguntas algo tan estúpido? Por si no te has dado cuenta, es un hombre de Dios.

—No siempre lo ha sido.

Cerré el pico. Hacía poco que se había convertido en miembro de la hermandad, y eso no me había impedido suspirar por él. La verdad era que

a menudo soñaba con que me besaba en la garganta, enredaba mi pelo en su puño y me elegía a mí en lugar de a su santa hermandad.

Justo antes de que prestara ese juramento, yo misma habría jurado que parecía interesado en un romance conmigo. Pasaba por el Mar y Vino, se ofrecía a acompañarme a casa y se demoraba en mi puerta. Unas cuantas veces había estado convencida de que se estaba armando de valor para robarme un beso. Hablaba de sus libros favoritos con mucho nerviosismo. Vittoria enarcaba las cejas y se escabullía dentro, dejándome a solas con él, pero nunca acababa de recorrer la distancia entre nosotros.

Y nada de eso importaba ya. Por múltiples razones.

—¿Puedes encontrar algo útil que nos ayude con el asesinato de Vittoria?

—Se te ha acelerado el pulso. —Wrath trató de alcanzar la vena de mi cuello, pero se detuvo antes de entrar en contacto con mi piel—. Igual que el de tu humano cuando te he reclamado. Es extraño que un hombre tan piadoso se ponga tan celoso.

Su mirada vagó por mi rostro, y se tomó su tiempo para llevarla hasta mis ojos, mis labios, trazando cada curva y remolino del tatuaje que mis mangas no podían ocultar. Las flores silvestres seguían floreciendo en nuestros brazos junto con las vibrantes flores de franchipán. Debía de haber ocurrido después del hechizo que había utilizado para salvarme. Me estudió con detenimiento, como si estuviera imaginando lo que veía Antonio, y bajó hacia abajo, centímetro a centímetro, hasta que lo hubo captado todo, desde mi cara hasta mis sandalias, y luego arrastró la mirada de nuevo hacia arriba con la misma lentitud. No me cabía duda de que había catalogado detalles minúsculos y los había almacenado para analizarlos en el futuro. Tal vez estuviera memorizando mi tamaño para un ataúd.

Ordené a mi corazón que se estabilizara.

—¿Todo esto tiene algún propósito o solo estás intentando invocar mi ira de nuevo?

—Todo tiene un sentido, bruja. Solo tenemos que averiguar cómo está conectado todo. No descartes a tu *amigo* simplemente porque es mortal. Las emociones son fuerzas poderosas. La gente mata por mucho menos que la codicia o los celos.

Intenté imaginarme a Antonio merodeando de noche, asesinando a mujeres jóvenes. Diría que Wrath se equivocaba, pero conocía lo suficiente al hombre como para creer que cualquiera era capaz de cualquier cosa en cualquier momento. Aunque no estaba convencida de que Antonio tuviera alguna motivación para matar, dejaría todas las puertas abiertas por si acaso. Por lo que sabía, en realidad andaba invocando demonios y arrancando corazones entre sesión y sesión de rezos.

—Si no podemos encontrar pruebas de que Vittoria invocó a Pride —dije—, ¿qué debemos hacer ahora?

Me miró fijamente un momento demasiado largo antes de apartar la mirada.

—Enviaré un mensaje a la próxima novia en potencia. Espero que se reúna con nosotros mañana y podamos terminar con esto.

El mundo dejó de girar. Me quedé mirándolo un rato, procesando el hecho de que otra bruja había hecho un trato, y él había sido consciente de ello.

—Prometiste dejar de ayudar a Pride. ¿Y sabías de la existencia de otra bruja? —Asintió con la cabeza—. ¿Por qué es la primera vez que me lo cuentas?

—En primer lugar, acepté no dañar a una bruja ni obligarla a negociar. Segundo, iba a compartir la información después del ataque del Viperidae, pero me desterraste al círculo de invocación antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo.

Qué conveniente para él.

—¿Volviste a tu reino para obtener esta información?

—No. Una vez invocado, no puedo dejar este mundo hasta que me envíes de vuelta. A menos que mi conexión sea cortada con una espada demoníaca.

—¿Qué pasa con el transve… lo que sea?

—*Transvenio* . Mis lazos contigo me impiden viajar entre reinos con libertad. Pero también me permiten permanecer aquí más tiempo del que podría quedarme en circunstancias normales. En pocas palabras: nuestro vínculo me ancla aquí.

—¿Cómo has conseguido la información sobre el nuevo trato?

—Pride envió a un mensajero.

Era demasiado simple para que me sintiera cómoda. No me gustaba que el demonio pudiera enviar mensajes entre reinos. Me hizo pensar de nuevo en el demonio Umbra y en la facilidad con la que había cortado la garganta de mi abuela. Tal vez el diablo se hubiera cansado de que unas brujas llevaran sus cuernos.

—Si solo puedes salir de este reino cuando te envíe de vuelta, ¿cómo planeas entregarla en el infierno?

Una chispa de admiración iluminó su mirada.

—Mañana solo voy a hablar con ella. No he dicho nada de llevarla al infierno. —Me echó un vistazo y me pregunté si le parecía una oponente formidable—. Esta noche buscaré un edificio seguro. Una vez que lo encuentre, te enviaré una nota diciéndote dónde estaré. Si no tienes noticias mías al anochecer, reúnete conmigo en la caverna.

VEINTICINCO

Saqué el mortero y la maja del estante, con la cara tensa por la concentración mientras preparaba el aceite de oliva, el ajo, las almendras, la albahaca, el pecorino y los tomates cherry para el pesto alla Trapanese. En días como ese, cuando el sol ya resultaba sofocante antes del mediodía y hasta el vestido más fino se me pegaba como una segunda piel, me gustaba añadir menta fresca al pesto de tomate. Por desgracia, en ese momento no nos quedaba.

Dejé mis provisiones en el suelo y me recogí el pelo ondulado, dejando que algunos mechones más cortos enmarcaran mi cara. Ese día no había flores en mi melena, acabarían mustias y se marchitarían en un momento. Ya tenía la nuca pegajosa y el día no había hecho más que empezar. Me replanteé seriamente mi elección de vestir de blanco mientras me ataba un delantal sobre el vestido sin mangas. Hubiera preferido mantener oculto mi tatuaje mágico, pero no había forma de sobrevivir al calor, ni siquiera con mangas transparentes. Con suerte, nadie de mi familia se fijaría en la pálida tinta, sobre todo si colocaba el brazo en el ángulo adecuado.

Estaba sumida en mis pensamientos, imaginándome a Wrath probando el pesto de tomate, cuando mi madre vino a hacerme compañía en nuestra pequeña cocina y cogió sardinas de la nevera.

—No volviste a casa. —Mi madre no estaba haciendo una pregunta, y su tono era casi tan afilado como el cuchillo que estaba usando para deshuesar el pescado—. ¿Te importaría explicarme dónde estuviste toda la noche?

Antes vendería mi alma.

No aparté la vista del pesto y seguí aplastando las almendras como tocaba. De ninguna manera iba a admitir que trabajaba con un demonio bebedor de sangre para resolver el asesinato de Vittoria. Y no solo me había aliado temporalmente con uno de los Malvagi, sino que había hablado con otros dos.

Ah y, por cierto, un demonio mercenario invisible me estaba siguiendo, escupía advertencias crípticas, había atacado a Nonna y podría asesinarme si se lo ordenaban. Además, casi había muerto tras el ataque de un Viperidae, y un príncipe del infierno me había salvado usando una magia antigua y oscura que requería que ambos estuviéramos desnudos en una bañera. A mi madre le explotaría la cabeza. Pero al menos el tatuaje no parecería ni la mitad de malo.

—Estuve en el monasterio.

—Lo sé.

La miré, sobresaltada.

—¿Cómo?

—El *fratello* Antonio ha pasado por aquí esta mañana, preocupado. —Se encargó de la siguiente sardina con saña. Deslizó el cuchillo bajo la piel y lo arrastró por la columna vertebral—. Ha dicho que estabas con un joven. Un amigo de la familia. Ha comentado que tenía un nombre extraño.

—Yo…

—Ahórrate tus mentiras, niña. —Agarró el cuchillo con más fuerza, tensa—. Son la puerta al infierno.

Cerré la boca de golpe. Mi madre debía de saberlo. Debía de haberse dado cuenta de mi ardid y de alguna manera había deducido que había utilizado las artes oscuras. Y el *fratello* Antonio Bernardo había confirmado sus temores. Tragué con fuerza, debatiendo para mis adentros si debía sincerarme con ella.

—Bueno, verás…

—Dar vueltas por lugares oscuros con jóvenes guapos puede distraer del dolor durante un tiempo, pero no te lo quitará nunca. Para eso, tienes que encontrar tu propia fuerza interior.

—Yo… ¿*qué* ?

Mi madre agitó el cuchillo en mi dirección.

—No vayas a fingir que no tienes ni idea de lo que estoy diciendo. Tienes suerte de que tu abuela estuviera durmiendo y no lo oyera. Ya tiene suficiente de lo que preocuparse mientras se recupera. No necesita estresarse por hombres diabólicos. El *fratello* Antonio me lo ha contado todo sobre ese joven. Por lo que parece, también lo has hechizado a él. Antonio ha dicho que te llamó su Emilia. No eres de nadie más que de ti misma, muchacha. No lo olvides nunca.

Por la diosa . Aquello era mucho peor que si Nonna descubriera que había invocado a un demonio. En mi rostro floreció un calor que se deslizó por mi cuello y que no tenía nada que ver con las altas temperaturas. Mi madre creía que Wrath y yo habíamos estado…

Me sentí tan mortificada que podría haberme caído muerta.

El mero hecho de *imaginarlo* desnudo, tirando de mí hacia su cuerpo sólido y tatuado, irradiando su exasperante calor mientras colocaba su estúpida boca sobre la mía y yo lo abrazaba como si fuera a la vez mi condena eterna y mi salvación mientras nosotros…

Necesitaba detener los derroteros de mi imaginación de inmediato. La imagen no me disgustaba tanto como había creído.

Sabía que las mofas tontas de Wrath volverían a hundir sus desagradables colmillos en mí algún día. Solo que no me lo había imaginado así.

Mi madre soltó el cuchillo y suavizó un poco la expresión. Se había equivocado por completo al interpretar el motivo de mi rostro enrojecido.

—Ama o disfruta de la compañía de quien quieras. Pero tienes que ser más cuidadosa. Si tu padre hubiera abierto la puerta… —se interrumpió, sin

necesidad de terminar la frase para que quedara claro.

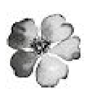
Darle una paliza a la persona que estaba «revolcándose» con su hija sería la forma perfecta de canalizar parte de su propio dolor. Defender el honor de una hija era un antiguo pasatiempo masculino. Dejando de lado lo anticuado de ese comportamiento humano, no podía creer que Antonio hubiera venido a nuestra casa.

Por milésima vez, busqué el pequeño reloj con la mirada. La tarde se me estaba haciendo eterna. Quedaban varias horas hasta que tuviera que reunirme con Wrath. Para que mis manos tuvieran algo que hacer además de fantasear con rodear el cuello de Antonio, retiré el paño húmedo del montón de masa y comencé a enrollar la pasta para los *busiate* .

No podía creerme que hubiera querido besar a ese tonto entrometido.

—Ah, ¿y Emilia? —Detuve el asalto a la masa y miré a mi madre—. Prepara más *busiate* . Le he prometido a Antonio que le llevarías hoy un poco junto con tus disculpas.

Sonreí. Con mucho gusto prepararía pasta extra y la volcaría sobre la cabeza del problemático *fratello* .



—*Buon appetito* . —Con un golpe seco, coloqué dos cestas sobre la larga mesa de madera del comedor, sin molestarme en retirar las bandejas cubiertas de comida que había encima. El pequeño grupo de hombres que esperaban su comida se quedó en silencio. Antonio interrumpió su conversación con otro miembro más o menos de su edad, con el ceño fruncido por la preocupación.

Le lancé una mirada que esperaba que contuviera la promesa de una muerte lenta y llena de torturas, y debió de funcionar. Se puso de pie en un santiamén y se apresuró a acompañarme por el pasillo. Toleré su mano en

mi brazo desnudo hasta que nos perdimos de vista y luego me la sacudí de encima.

Con o sin corpiño sin mangas, no me gustó la libertad que se había tomado al tocarme la piel.

—¿Pasa algo, Emilia?

—No puedo creer que le hayas dicho a mi madre que anoche estuve aquí con alguien —siseé—. Lo que hago, y con quién paso mi tiempo, no te concierne.

Antonio tensó la mandíbula.

—Tu hermana fue asesinada aquí mismo y un mes después, te encuentro en la misma habitación con alguien a quien nunca he visto y cuyo nombre te niegas a dar. Perdóname por querer comprobar que estabas bien.

—Si estabas tan preocupado, no te costaba nada esperarme en el monasterio y acompañarme a casa. No tenías que presentarte en mi casa antes del amanecer.

Cerró los ojos, dejando que me preguntara qué pasaba exactamente por su cabeza. Tenía que saber cuántos problemas podría haber causado. Nadie era *tan* ingenuo. Al final, cuando me miró de nuevo, las ganas de discutir parecían haberlo abandonado.

Su voz sonó tranquila cuando dijo:

—Anoche, después de que habláramos, asesinaron a otra chica. Y… Y no podía dejar de lado la preocupación de que fueras tú. Después de lo que pasó con Vittoria, tenía que estar seguro de que no se trataba de ti. Pido disculpas por las molestias, no pensaba con claridad.

Se me entrecortó la respiración. Habíamos llegado demasiado tarde. Alguien debía de haber descubierto la identidad de la bruja con la que Wrath había planeado reunirse más tarde. Pero ¿cómo?

La cabeza me daba vueltas. Wrath había dicho que era el único príncipe que conocía a las posibles novias, pero eso no significaba que otros

príncipes no tuvieran formas de averiguarlo. Los espías se utilizaban en las cortes reales humanas, y era probable que ocurriera lo mismo en el mundo de los demonios. Pensé en los demonios Umbra invisibles que trabajaban para Greed. Si había enviado a uno tras de mí y había atacado a Nonna, era factible que uno de ellos le estuviera pasando también los nombres de las posibles novias

Sin embargo, todavía no había entendido *por qué* quería muertas a las brujas. Tal vez fuera para asegurarse de que el diablo no rompiera la maldición y no saliera del infierno.

Antonio se acercó y me colocó una onda suelta detrás de la oreja, sus dedos se demoraron un momento de más. Hacía unas semanas el corazón me habría revoloteado como loco en el pecho. En aquel momento no pude evitar recordar la facilidad con la que te podían arrancar a una persona querida.

—¿Sabes quién era? —pregunté. Antonio dio un paso atrás. Parecía un poco aturdido cuando bajó la mano. Como seguía sin responder, aclaré—: ¿La chica de anoche?

Sacudió la cabeza.

—Solo he oído rumores, pero nada que haya sido confirmado. El consenso hasta ahora es que tenía el pelo y los ojos oscuros, como las demás. Lo cual no es mucho, ya que casi todo el mundo en esta isla se ajusta a esa descripción.

—¿Dónde han encontrado el cuerpo?

—Eso no lo sé. Si han llamado a alguien de la hermandad para bendecir el cuerpo, no me he enterado. Pero estoy seguro de que esta noche el mercado estará lleno de información. Siempre pasa.

Antonio tenía razón, los vendedores sabían lo que había que saber sobe todo y sobre todos. Clientes de todas las zonas de la ciudad entraban y salían de sus puestos durante todo el día, intercambiando información y

cotilleos mientras compraban.

Por supuesto, a menudo se adornaban las historias, pero la verdad solía quedar oculta en alguna parte, entre las exageraciones. Por suerte, tenía otra fuente más fiable que conocía el nombre de nuestra víctima. Casi había anochecido, así que Wrath debería estar en la cueva cuando yo llegara. Agarraría al demonio, le preguntaría todo lo que sabía sobre la bruja, luego iría al mercado y averiguaría el lugar del asesinato.

Con suerte, Wrath podría examinar el escenario como había hecho antes, solo que esta vez averiguaríamos con éxito qué príncipe demonio era el responsable.

Y luego, que la diosa lo acompañara. Tenía pocas dudas de que el demonio de la guerra disfrutaría tanto como yo destruyendo al asesino.

VEINTISÉIS

Multitud de personas se abrían paso a codazos por el concurrido mercado, pero se las arreglaron para dejar espacio a Wrath. Me pregunté si percibían su otredad y no sabían qué hacer con ella. Emanaba una seguridad tranquila, cierta confianza en sí mismo y en el espacio que ocupaba. Hombres y mujeres pausaban sus cotilleos y sus miradas lo seguían al pasar. Algunas apreciativas, otras abiertamente desconfiadas y despectivas. Aunque eso podría deberse a que el asesinato era el tema de aquella tarde y a que Wrath tenía aspecto de atraer los problemas.

Imaginé que deambular por las abarrotadas y tortuosas calles con una pantera atada desprendería la misma aura primaria de peligro. Si alguien se encontrara temporalmente fuera de sus cabales, admito que el estar cerca de algo tan letal *podría* inspirar cierto nivel de excitación.

Sin embargo, mis sentidos estaban *casi* intactos. Sabía que no se podía domar a la bestia salvaje, solo existían las ilusiones de domesticidad que proyectaba cuando le apetecía jugar con su próxima comida. La ropa elegante y los modales impecables formaban parte de una trampa bien elaborada para atraer a la presa, probablemente perfeccionada eones antes de que el hombre caminara por la Tierra. Wrath era un depredador hasta la médula. Tenía la sensación de que si me permitía olvidarlo, aunque fuera por un segundo, hundiría sus dientes en mi garganta y me la arrancaría con alegría.

Me pilló mirándolo y enarcó una ceja.

—¿Disfrutas de lo que ves, bruja?

—Solo si tuviera ganas de morir.

—¿Las tienes?

—Ni la más mínima.

Sus ojos brillaron con oscura diversión. Por supuesto que el tema de la muerte lo atraería.

—¿Qué vendedor crees que conoce el lugar del asesinato?

Señalé con la cabeza el centro del mercado, donde comenzaba la sección de ropa. Los puestos de telas y sedas crujían con la ligera brisa, una invitación para acercarnos.

—Salvatore es uno de los mejores cotillas de la ciudad. Si alguien tiene información fiable sobre Giulia, es él. —Eché un vistazo a la camisa de Wrath—. También es quien me vendió eso.

—Ya veo. Me has traído aquí para cometer un asesinato mientras investigamos otro.

El buen humor abandonó rápidamente la cara de Wrath. Oculté mi sonrisa cuando ensanchó las fosas nasales. Para ser un vengativo príncipe del infierno, lo cierto era que el tema de la ropa resultaba delicado con él. Y estaba bastante segura de que lo de matar al vendedor solo era broma. Eso esperaba.

De hecho, me sorprendió que estuviera bromeando. Después de salir del monasterio, había ido directa a verlo y le había dado la noticia. Estaba convencida de que arrasaría toda la ciudad. En lugar de eso, me había informado con mucha tranquilidad de todo lo que sabía sobre la posible novia. Se llamaba Giulia Santorini, y no había podido enviarle un mensaje la noche anterior. Yo había tardado un segundo en digerir esa última revelación.

Volví a repasarlo todo en mi cabeza. Conocía a su familia. Vendían especias en el distrito de Kalsa, y Vittoria solía ofrecerse para ir a su tienda a recoger los pedidos del Mar y Vino cuando ni mi tío Nino ni mi padre

podían. La abuela de Giulia, Sofía, era la bruja cuya mente había quedado atrapada entre reinos, cambiando entre realidades tan deprisa que ya no sabía qué era real y qué era una visión.

Por lo que yo sabía, después de lo que le había pasado a Sofía, los Santorini no habían vuelto a practicar las artes oscuras. Puede que estuviera equivocada. Tal vez Giulia había decidido invocar las artes oscuras como su abuela. Y quizás fuera ella la que le había dado a mi hermana esas misteriosas páginas del grimorio.

Esa idea me detuvo en seco.

Si Giulia le había dado a mi hermana un hechizo para invocar a un demonio, tenía sentido que lo hubiera tomado del grimorio de su abuela, ya que Sofía era conocida por utilizar las artes oscuras. Tal vez el grimorio fuera el eslabón perdido… Volví a pensar en el primer libro de hechizos. En la magia que ataba el diario de mi hermana. ¿Era esa la conexión entre los asesinatos? ¿Tal vez no las artes oscuras, sino el material de origen?

—¿Qué pasa? —preguntó Wrath, interrumpiendo mis pensamientos—. Tienes una expresión muy extraña.

—¿Seguro que no le dijiste a Giulia que se reuniera contigo anoche? —pregunté. Wrath me lanzó una mirada que comunicaba en silencio que podría estrangularme si volvíamos a hablar de esto. Para ser justos, puede que ya se lo hubiera preguntado media docena de veces durante nuestro paseo por la ciudad. Y media docena más una vez que llegamos—. A lo mejor estás traicionando a Pride y la mataste.

Dejó escapar un largo suspiro.

—Te aseguro que sigue sin ser el caso. No tengo ninguna razón para matar a nadie. Como he dicho antes, nunca le llegó mi mensaje.

Sabía que no estaba traicionando a nadie, pero me gustaba ponerlo nervioso.

—¿Crees que uno de tus hermanos la mató?

—No.

—Y volvemos a las respuestas de una sola palabra.

—Cuidado, bruja, o podría pensar que te interesa tener una conversación civilizada. —El más mínimo atisbo de sonrisa se dibujó en sus labios mientras yo ponía los ojos en blanco—. Las respuestas sencillas no requieren relleno.

—¿Por qué no crees que uno de tus hermanos lo hiciera?

—¿Qué razón tendrían para hacerlo?

—Déjame enumerar las opciones, oh, Maldito. —Hice un recuento de las motivaciones con los dedos—. Greed podría estar interesado en subir al trono. Puede que Envy esté celoso y quiera más poder. Si Pride no se casa, entonces sigue maldito y no puede salir del infierno. Lo cual es una motivación bastante decente si uno de sus hermanos quiere gobernar este reino. ¿Sigo?

Wrath me miró fijamente, pero no respondió. Por lo visto, no le gustaban mis acusaciones, pero no encontraba la forma de desacreditarlas como teorías estúpidas. Doblamos la esquina, rodeamos una precaria pila de cajas de madera y evitamos por poco que nos atravesara la cabeza de un pez espada. Wrath contempló todas las vistas y colores en silencio. Me pregunté si habría algo parecido en su lugar de origen, pero no pregunté.

Un mar de gente que hacía cola para el helado se separó para abrirnos paso cuando cruzamos la calle y entramos en la sección de ropa. Salvatore estaba en mitad de una discusión con alguien sobre otra túnica raída cuando Wrath se detuvo en su mesa, emanando esa amenaza silenciosa que tan bien se le daba. Las conversaciones cesaron. El otro cliente echó un vistazo a la expresión de la cara del demonio y salió corriendo entre la multitud, con la ropa en cuestión desechada y olvidada.

—Tú y yo tenemos algo pendiente, tendero.

—No creo que… —La atención de Sal cayó en la camisa que llevaba

Wrath, y luego me miró a mí. Le hice un pequeño gesto con el dedo. Había intentado advertirle sobre la condición y el precio. Ahora podía enfrentarse a un demonio furioso. Sentí el burbujeo no demasiado sutil de la emoción sobre la que reinaba Wrath mientras se deslizaba hacia Sal y lo rodeaba.

La mano del tendero temblaba cuando se la pasó por el cabello oscuro.

—*Signore* , qué agradable. La camisa…

—Va a ser intercambiada por esa.

Wrath señaló con la barbilla la hilera de ropa que colgaba detrás del puesto: las prendas más caras, a juzgar por la caída de las telas. Sal abrió la boca, se fijó en los hombros de Wrath, luego la cerró y esbozó una gran sonrisa falsa. Un hombre inteligente.

—¡Una ganga! —Sal se encogió mientras sacaba la camisa negra de una percha y se la entregaba. Bueno, intentó entregársela. Se aferró a ella hasta que Wrath se la arrebató—. Esta es una prenda muy, muy fina, *signore* . Combina a la perfección con sus pantalones. Espero que le guste cómo le queda.

Puse los ojos en blanco. Sal había cedido bajo la presión del demonio más rápido que un huevo que cae al suelo. La próxima vez que quisiera un buen trato, también tendría que intentar fruncir el ceño y emanar una silenciosa amenaza.

Wrath se despojó de aquella monstruosidad leonada un suspiro después y arrojó la ofensiva prenda al vendedor. Si el príncipe demonio no había causado ya una perturbación antes, su pecho desnudo y esculpido lo hizo en aquel instante. Se puso la camisa nueva, aparentemente inconsciente del efecto que causaba en la gente más cercana. Los músculos, flexibles y sinuosos, se movían con elegancia. Su tatuaje de serpiente también causó un gran revuelo. Alguien cercano comentó lo grande que era, lo realista que era. Otra persona susurró sobre su posible significado.

Una hilera de personas que habían estado deambulando por los puestos de

ropa se detuvieron para observar.

Le rogué a la diosa de la serenidad que me enviara cubos de ella, luego me giré hacia Salvatore para obtener lo que habíamos ido a buscar en realidad.

—¿Sabes algo sobre Giulia?

—Por supuesto. Y de fuentes fiables, además. Me he enterado por Bibby, el de los muelles, que habló con Angelo, que hace ricota cerca del palacio, de que le arrancaron el corazón del pecho. —A pesar de la naturaleza gráfica de su chisme, Sal parecía inmensamente satisfecho de sí mismo—. Su nonna es la que está un poco…

Se llevó el dedo índice a la sien e hizo círculos, un gesto ofensivo para indicar locura. Me disponía a echarle la bronca cuando un miembro de la hermandad pasó por el puesto y se tocó la frente, el corazón y ambos hombros para hacer la señal de la cruz.

—De todos modos… lo que la atacara se ensañó. Angelo ha dicho que la sangre salpicaba todo el edificio. Parecía que los animales la habían destrozado. Le costó mucho trabajo limpiarla. Había trozos de…

—Lo siento, pero ¿dónde encontraron el cuerpo? —pregunté, cortándolo a mitad de la descripción. Tenía mis propias pesadillas sobre cómo era aquello de primera mano y no necesitaba más detalles—. ¿Has mencionado a alguien que trabaja cerca del palacio?

—Eso es. Angelo, el de la ricota, ha dicho que estaba cerca de su puesto, en la parte de delante. Una ubicación privilegiada. —Sal movió la barbilla hacia la derecha—. La policía todavía está allí, así que es imposible que no veas la multitud de gente que hay. Si te das prisa, puede que aún veas el cuerpo.



Era imposible acercarse a la escena del crimen. La información de Sal era fiable de verdad. Y parecía que había contado a unos cientos de sus confidentes más cercanos lo mismo que había compartido con nosotros. Wrath estaba a punto de abrirse paso, pero extendí la mano para detenerlo.

—¿Cómo de cerca necesitas estar para…? —Miré a mi alrededor. Había demasiados humanos cerca como para empezar a hablar de demonios—. ¿Para investigar con tu método especial?

Wrath estaba muy versado en el arte del engaño. No se le escapó nada.

—Me gustaría ver mejor, pero desde aquí ya te puedo decir que ninguno de mis hermanos ha estado hace poco en la zona.

Hice una mueca. Su elevado sentido del olfato era inquietante. Me puse de puntillas, intentando ver por encima de las cabezas de todo el mundo. Wrath me sobresaltó poniendo un instante la mano en mi espalda para que no me tambaleara. No pude ver el cuerpo, gracias a Dios, pero vi a un sacerdote arrojando agua bendita y supuse que estaba llevando a cabo alguna bendición sacramental para su alma. Pasaría mucho tiempo antes de que la multitud se dispersara, así que no tenía sentido esperar allí hasta entonces. Sería mejor volver al día siguiente por la noche, cuando todo estuviera tranquilo.

—Sígueme —dije, girando hacia un callejón. Wrath no protestó y se mantuvo cerca mientras maniobrábamos para salir de la zona más compacta de la multitud. Me llamó la atención un pequeño puesto de comida que ya había cerrado esa tarde. Había una pintura en el lateral: la huella de una pata agarrando un tallo de trigo, y algo en ella me hizo pensar en Greed. Esperé a que estuviéramos lo bastante lejos para hablar sin tapujos—. ¿Estás seguro de que no has encontrado ningún rastro de Greed?

—A menos que haya encontrado una forma de enmascarar su magia, no. No estuvo aquí. ¿Por qué estás tan convencida de que él es el culpable? ¿Qué pruebas tienes?

—No estoy convencida de nada. Solo intento tirar de los hilos que parecen más probables. —Me choqué con unas cuantas personas que seguían de camino a la escena del crimen, murmuré unas disculpas y giré por otra calle—. En cuanto a las pruebas, basándome en mi conversación con él, su deseo de poseer el Cuerno de Hades y el ataque a mi abuela inmediatamente después de mi reunión con él, Greed es el sospechoso más probable ahora mismo.

Sentí la atención de Wrath sobre mí mientras nos adentrábamos en una calle más estrecha, un pinchazo constante de energía entre mis omóplatos, pero no preguntó cómo estaba mi abuela ni se disculpó.

Y para ser totalmente sincera, era la última criatura del mundo de la que quería recibir consuelo.

Me detuve en el desvío de mi barrio.

—¿Quién es la siguiente bruja en tu lista?

—Todavía no lo sé.

—Esa tiene que ser nuestra próxima prioridad —dije, mirando más allá de él. La calle de aquel barrio estaba tranquila—. Una vez que descubras quién es, tendremos que esconderla en algún lugar seguro.

Wrath apretó los labios, pero al final asintió.

—Enviaré un mensaje a mi reino esta noche. Debería tener una respuesta por la mañana.

No hacía frío, pero me froté los brazos de todos modos. Mi vestido era blanco crema y sin mangas. Perfecto para las noches cálidas de verano, pero terrible para combatir los escalofríos provocados por el miedo. Wrath siguió el movimiento, centrándose en mi antebrazo. Las flores silvestres se retorcían y enredaban hasta mi codo. No tuve que ver su brazo para saber que su tatuaje estaba igual. Miré hacia mi calle, aliviada de ver a algunos niños jugando. No quería tener miedo de que Greed o Envy acecharan en las sombras, pero lo tenía.

—De acuerdo —dije—. Entonces te veré mañana. ¿Dónde quedamos?

—No te preocupes. —Wrath esbozó una sonrisa lobuna—. Te encontraré.

—Sabes que eso es terriblemente inquietante, ¿verdad?

—*Iucundissima somnia* . —Dulces sueños. Y luego se fue.

VEINTISIETE

—Estaba pensando en hacer cassata para el postre de mañana. —Mi madre se volvió hacia mí, con expresión cansada, pero esperanzada.

De alguna manera, logré evitar que mi cara se hiciera eco del repentino golpe emocional que aquello me supuso. El bizcocho a capas de ricota dulce era mi favorito y el de Vittoria. Lo pedíamos todos los años para nuestro cumpleaños y mamá nunca nos decepcionaba. Extendía una fina capa de mazapán y cubría todo el pastel con la pasta dulce antes de decorarlo con frutas confitadas de colores vivos. Me encantaba cómo esa capa superior ligeramente masticable contrastaba con la suave delicia del pastel húmedo escondido en su interior.

No estaba segura de poder volver a comerlo sin sentirme aplastada por una oleada de tristeza, pero me negaba a aguarle el ánimo a mi madre. Cuando sonreía, lo hacía de verdad.

—Suena delicioso.

Mi madre se acercó al armario de los productos imperecederos, aparentemente agotada de nuevo por su breve racha de conversación, y sacó un cuenco que llenó de azúcar y de todo lo que necesitaba para el pastel. Tenía un mal día. La observé y luego volví a mi tarea de sacar el *sarde a beccafico* del horno. Aspiré el fragante aroma de las sardinas rellenas.

La receta de Nonna incluía pasas doradas, piñones y pan rallado en el relleno, y luego había que rociar con mantequilla de salvia derretida y tomillo antes de terminar con unas grandes hojas de laurel que separaran el pescado mientras se horneaba. El resultado era una sinfonía de sabores que

se deshacía en la boca y se pegaba a las costillas.

Acababa de emplatar el pescado en una fuente cuando mi padre entró en la cocina, agitando una nota doblada. Con mano experta, se agenció un trozo de relleno que se había salido, y yo negué con la cabeza, pero sonreí igualmente. Mi padre siempre era muy servicial en la cocina, probaba todas las nuevas recetas por motivos de calidad. O eso era lo que decía.

—Salvatore ha dejado esto para ti, Emilia —dijo con la boca llena—. Ha dicho que tu amigo le ha pedido que lo entregara de inmediato.

Mi madre llevaba un rosario como los demás humanos, e imaginé que más tarde lo besaría y murmuraría novenas si alguna vez descubría quién era en realidad mi «amigo». Me apresuré a tomar la nota antes de que pudiera hacerlo.

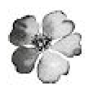
—*Grazie* , *papà* .

Mi padre acercó un taburete y empezó a servirse un plato, lo cual llamó la atención de mi madre. Aproveché la distracción para salir corriendo al pasillo y leer el breve mensaje.

Piazza Zisa y Via degli Emiri.
Ocho de la noche

No reconocí aquella caligrafía cuidada y pulcra, pero exudaba arrogancia regia e hizo que se me retorciera el estómago. La dirección que me había dado era Castello della Zisa. La Zisa era un extenso palacio árabe que ahora estaba casi en ruinas. El rey que lo había mandado construir se llamaba Il Malo, el malvado, así que era más que apropiado que el príncipe demonio hubiera fijado allí su residencia temporal.

Volví a doblar la nota, me la metí en el corpiño y me dirigí de nuevo a la cocina. Tendría el tiempo justo para terminar el turno de la cena y apresurarme a ir al palacio antes de que oscureciera.



Entré sigilosa en el castillo abandonado desde el jardín trasero y recorrí varias habitaciones asoladas pero ornamentadas antes de llegar a la entrada principal y encontrar otra nota clavada en la puerta principal, el último lugar en el que esperaría que se publicara el lugar de un encuentro secreto. Me quedé mirando el césped y el estanque reflectante y sacudí la cabeza.

Por lo visto, la sutileza era un arte desperdiciado con el demonio. Aunque supuse que, al ser el depredador más grande y más malvado, no tenía mucho que temer.

Tejado

Suspiré para mis adentros. Aquel palacio había sido construido de tal manera que el aire fresco se filtrara en él como en una fresquera, pero, por supuesto, una criatura del infierno sería más feliz en el calor abrasador. Estaba empapada de sudor y furiosa cuando mi pie llegó al último escalón.

Marché por el tejado, decidida a desollar vivo al demonio, y me detuve en seco.

Wrath yacía tumbado de espaldas, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, empapándose de los últimos rayos de sol que se cernían sobre el horizonte en la distancia. La luz doraba su perfil y tenía la cara girada hacia ella, sonriendo ante la calidez. Todavía no había reparado en mi presencia, y una parte de mí se sintió aliviada.

Su expresión era serena, algo que no había visto en él. Aunque su cuerpo estaba relajado, seguía existiendo un estado de alerta subyacente que me hacía creer que podría levantarse y atacar en menos de un suspiro. Era como una serpiente, tumbada en un resquicio de sol.

Letal, hermosa. Del todo intocable.

Quería darle una patada por ser tan peligrosamente impresionante. Movió

la cabeza en mi dirección y su mirada capturó la mía. Por un momento, me olvidé de cómo respirar.

Me examinó despacio.

—¿Te ha pasado algo en el camino?

—No.

—Entonces, ¿por qué pareces confundida?

—Creía que no podías soportar la luz del día.

—¿Por qué?

Puse los ojos en blanco. Como si no lo supiera.

—Porque los Malvagi se convierten en ceniza con el sol. Por eso siempre nos reunimos al anochecer.

Me miró con extrañeza.

—¿Qué más, exactamente, has escuchado de nosotros?

Me encogí de hombros. Todo el mundo conocía las leyendas. Puesto que lo concernían a él, dudaba que no tuviera ni idea de ellas.

—Sois demonios sedientos de sangre. Tenéis motas rojas en los ojos, vuestra piel es como el hielo, sois hermosos, y vuestros besos son lo suficientemente adictivos como para hacer que alguien venda su alma por otro más.

Una sonrisa pasmada apareció en sus labios.

—Es agradable saber que me encuentras tan atractivo, pero no soy uno de esos demonios. Mis ojos no son rojos. Y si quieres averiguar si mi piel está más caliente que el hielo, eso se puede arreglar con facilidad.

Para reforzar su idea, se desabrochó algunos botones de la camisa, dejando al descubierto un trozo de piel bronceada. En ella brillaba un ligero rastro de sudor, como si me hiciera señas. Me ardió la cara, y no tenía nada que ver con el sol.

—Trabajo en una cocina y puedo desmenuzar el cadáver de un pollo en menos de tres minutos, imagino que hacer lo mismo contigo no sería muy

diferente.

—Te aseguro que no hay nada de cierto en esas historias. —Sus ojos brillaron con picardía—. Aunque no puedo prometer que mis besos no sean pecaminosamente impresionantes.

—Creía que íbamos a vernos más tarde. ¿Ha pasado algo para que cambies el plan?

Wrath me miró fijamente durante un instante y, por alguna razón, contuve la respiración. Parecía querer decir algo más, pero estaba librando una batalla interior. Al final, volvió a tumbarse, con la cara inclinada hacia el sol, y cerró los ojos. Exhalé.

—No. Nada importante.

—¿Sabes quién es la próxima bruja?

—Todavía no.

Me quedé allí, esperando a que se explayara. Como no se molestó en hacerlo, me acerqué a él y lo fulminé con la mirada hasta que levantó la vista de mala gana, protegiéndose la cara con una mano fuerte.

—Si no tienes información sobre la próxima bruja, ¿por qué me has pedido que viniera aquí?

—Yo… —Me miró con los ojos entrecerrados—. He asegurado el edificio con mi magia, así que, a menos que invites a algo a entrar, aquí estaremos a salvo de los humanos, mis hermanos y la mayoría de las criaturas sobrenaturales. No estaba seguro de lo que habías planeado para esta noche y he creído que te gustaría ver dónde nos íbamos a quedar. Estaré fuera un rato, así que, por favor, echa un vistazo, ponte cómoda y prepara tus cosas.

Le sostuve la mirada, ignorando toda la parte de «irse a vivir juntos».

—¿A dónde vas?

—A encontrarme con uno de los mensajeros de Pride.

—¿Es él quien te dio el nombre de Giulia?

Wrath asintió.

—Mi socio lo ha estado vigilando desde anoche y lo ha visto pasar información esta mañana a alguien que llevaba una capucha. Creo que la persona con la que habló es nuestro asesino.

—¿Por qué tu socio no ha seguido a la figura encapuchada?

—Lo ha intentado. Cuando se ha acercado, la persona se ha metido entre la multitud y ha desaparecido.

Exhalé un suspiro. Por supuesto.

—¿Cuál es el plan?

—Se supone que debo encontrarme pronto con el mensajero de Pride para enterarme del siguiente nombre. En vez de eso, lo interrogaré y espero desvelar así la identidad de la figura encapuchada.

—O yo podría limitarme a usar un hechizo de la verdad.

—Es demasiado peligroso. Además, estarás preparando tus cosas. No estaré fuera mucho rato.

—Ya veo. —Algo en mi tono hizo que se incorporara de nuevo, con una expresión de recelo en el rostro. Resultó que podía ser un demonio inteligente—. Sabes que no me quedaré si existe la posibilidad de averiguar quién mató a mi hermana —dije—. O me llevas contigo o te sigo.

Me estudió durante un minuto muy largo y luego suspiró.

—No seré agradable. Puedo acudir al encuentro y contártelo todo. Prometo no perseguir al asesino sin ti.

—Espera… ¿Estás sugiriendo que hasta ahora *has sido* agradable? —Resoplé—. Compadezco a tus enemigos.

Su sonrisa era cualquier cosa menos amistosa cuando dijo:

—Esa podría ser la observación más sabia que has hecho hasta ahora, bruja.

Un reloj de la plaza de la ciudad dio la hora. Se puso de pie y luego pasó su mirada dorada por mi ropa, evaluándome.

—Salimos en cuarenta minutos. Intenta ponerte algo menos… ordinario. Mejor aún, haré que te envíen a casa algo más apropiado.

Me miré el vestido, frunciendo el ceño. Era un vestido modesto de algodón que había teñido de color lavanda intenso el verano pasado. No tenía corsé, lo cual me alegraba mucho, pero seguía teniendo una forma bonita. Me gustaba cómo se me ajustaba al busto y a la cintura y luego fluía de forma etérea hasta los tobillos. No era ordinario en absoluto, y sin embargo…

—¿Y si no quiero volver a ponerme tu ropa elegante?

No se molestó en responder.

Levanté la vista, dispuesta a gritarle por su grosería, pero se había ido. Lo maldije durante todo el camino de vuelta a casa, preguntándome por qué me había tocado un demonio tan obsesionado con la ropa.

Quizás Nonna tuviera razón sobre el coste de *le arti oscure* , estar ligada a Wrath me hacía sentir como si estuviera siendo castigada por usar las artes oscuras.

Estaba tan enfadada que tardé demasiado tiempo en centrarme en el detalle más importante de todos los que se le habían escapado: Wrath sabía dónde vivía.

VEINTIOCHO

Miré mi vestido nuevo, de confección muy fina, y fruncí el ceño al ver las capas oscuras.

—¿Por qué los malos siempre van de negro?

—Así es más fácil ocultar la sangre, bruja.

Eché un vistazo al demonio que estaba en el callejón junto a mí, pensando en que su respuesta explicaba mucho sobre su estilo personal. Entonces me pregunté cuánta sangre planeaba derramar esa noche si nos había vestido a los dos como sombras vivas.

Resultaba *casi* perturbador que esa idea no me aterrorizara más.

—¿Con quién hemos quedado? ¿Humano? ¿Demonio? ¿Hombre lobo?

—Los hombres lobo son como cachorritos. Con los que hay que tener cuidado son los sabuesos infernales. —Wrath se rio ante mi mirada de horror—. Hemos quedado con un mortal que vendió su alma. Hablando de eso, necesito la daga de mi casa antes de que llegue.

Lo miré fijamente. Armar a un demonio no parecía muy beneficioso para mí. Por otra parte, él necesitaba que yo fuera su preciada ancla. Lo había mencionado con anterioridad, pero había compartido algunos detalles más en el camino hacia allí. Le entregué la daga.

—En el hipotético caso de que yo muera… ¿Cuánto tiempo tardarían tus poderes en empezar a disminuir?

—Depende de la cantidad de magia que gaste. Si no uso mucha, podría retenerlos durante cierto tiempo.

Era probable que el «cierto tiempo» de un inmortal fuera una década para

mí.

—¿Puede alguien más actuar como ancla?

Exhaló un suspiro.

—Técnicamente, sí. Cualquier humano o habitante de este mundo puede llegar a un acuerdo y aceptar anclar a un demonio. Es raro y el tiempo que llevaría encontrar a alguien y acordar los términos que ambas partes deben aceptar no vale la pena.

Pasamos varios momentos de silencio. Golpeé la piedra fría con los dedos. Estábamos escondidos en un rincón de la plaza de la catedral y parecía que llevábamos años esperando a que apareciera el misterioso mensajero. A los cinco minutos, descubrí que quedarme quieta no era algo que me gustara demasiado. Cuando no me movía, lo único que podía hacer era pensar en mi hermana.

—¿Por qué los demonios robáis almas? ¿Las necesitáis para algo específico?

Sentí el peso de la atención de Wrath al posarse sobre mí. Me giré para mirarlo, sorprendida al notar el nivel de incredulidad que ni siquiera intentaba ocultar. *Claro* . Como si fuera a hablar largo y tendido sobre la recolección de almas con una enemiga. Levanté las manos para aplacarlo y miré hacia otro lado. De forma inexplicable, me volví hacia él un instante después.

—¿Por qué crees que se llevan los corazones?

—¿Estás haciendo tantas preguntas con la esperanza de asustar al mensajero antes de que pueda aterrorizarlo para sonsacarle la información?

—Quiero saber lo que piensas.

Se produjo una pausa tan larga que creí que no contestaría.

—No tenemos suficiente información para especular. Y no es prudente hacer suposiciones sin tener más datos.

—¿Crees que podría haber algo que quisiera…?

—¿Comérselos? Sí. Hay un montón de criaturas que consideran que los corazones palpitantes son el manjar más delicioso de todos, bruja. Luego está el significado ceremonial. El sacrificio. El deporte. La invocación. Y la simple depravación. Ese nivel de sadismo no se limita a una especie, así que volvemos al punto de partida.

Sentí náuseas.

—Un simple «sí» habría bastado —dije en voz baja.

—Lo que quieres es que te diga algo reconfortante. —Su voz era como el acero cuando me miró a los ojos—. Mentir y decir que tu hermana no sintió dolor no te sirve de nada. Imagino que, al margen del motivo, quien fuera o lo que fuera que se llevó su corazón, lo hizo mientras estaba muy viva y muy consciente. Te prometo que *no* hay valor estratégico en perderse en enredos emocionales. Afina tu ira y tu dolor para convertirlos en armas útiles o vuelve a casa y llora hasta que los monstruos vayan a por ti. Porque irán a por ti.

—No tengo miedo de los monstruos.

—Puede que pienses eso ahora, pero mis hermanos se deleitan en doblegar a criaturas como tú a su voluntad. Te alimentarán con sus emociones y desviarán las tuyas hasta que no sepas dónde terminas tú y dónde empiezan ellos. El infierno toma muchas formas. Reza a tus diosas para que nunca tengas que experimentarlas en primera persona. Tienes que estar atenta y centrada, o acabarás tan muerta como las demás.

Los ojos me ardieron por culpa de las lágrimas. No de tristeza, sino de rabia contenida.

—Estoy centrada, saco de estiércol de caballo humeante. Solo sueño con vengar a mi hermana. No te atrevas a acusarme de ser demasiado emocional. Destruiré todo lo que se interponga en mi camino para lograr mi objetivo. Incluso a ti. Y no tengo miedo, ¡si no nunca te habría convocado para empezar!

—Deberías estar aterrorizada. —Su mirada prácticamente me inmovilizó—. La venganza es una emoción potente. Te convierte en una presa fácil tanto para los humanos como para los demonios. *Nunca* dejes que alguien sepa cuál es tu verdadera motivación. Si saben lo que quieres más que nada en el mundo, emplearán todo tipo de dulces mentiras y medias verdades para manipularte. Sabrán *exactamente* hasta dónde pueden presionar, qué ofrecer y qué no rechazarías nunca, lo que les dará ventaja. Tu primer objetivo debe ser seguir viva. Todo lo demás, descúbrelo sobre la marcha.

—Tú conoces mis verdaderos objetivos.

—Sí. Lo sé. Y contármelo fue un error de lo más tonto por tu parte. No te preocupes por eso. Basta pincharte un poco, un pequeño empujón para molestarte y que caigas de inmediato en la trampa de arremeter con furia. Y con esa furia ardiente me has dicho todo lo que necesito saber sobre lo que quieres. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué me prometes, Emilia, a cambio de tu más profundo deseo? ¿Qué no harías para conseguir justicia para la hermana a la que amas? Ahora sé que ningún precio que pueda exigir será demasiado alto. Puedo pedir cualquier cosa, y tú me la darías.

Estábamos muy cerca, ambos respirando muy fuerte. Odiaba que tuviera razón. Ni siquiera había manipulado mis emociones como había hecho Envy, no necesitaba hacerlo. Se había limitado a incitarme para que le contara mis deseos más profundos por pura rabia. Y solo había tenido que presionar un poco para que me pusiera a temblar. Furiosa conmigo misma por haber sido superada por un demonio, hice lo que mejor sabía hacer: mentir como una bellaca.

Clavé un dedo en el pecho de Wrath y pinché con fuerza.

—Si crees que eso es todo lo que me motiva, estás tristemente equivocado, demonio. Y, de todas formas, ¿por qué te importa?

Muy despacio, rodeó mis dedos con los suyos para detener mi asalto contra él. No me soltó y me pregunté si se había dado cuenta de que había

dejado de pincharle en el momento en que su ardiente piel había tocado la mía. Ahora se limitaba a sostener mi mano contra su pecho, con su corazón martilleando bajo mi contacto.

Y yo lo estaba permitiendo.

Recuperé la sensatez y me alejé.

—Es la cuarta vez que me mientes, bruja.

Eso también avivó su ira. Sonreí con recato.

—Tal vez deberías hablarme más sobre la maldición. Me gustaría saber más sobre ella.

—De acuerdo. ¿Quieres estar al tanto de los puñeteros detalles? La maldición…

—*Signore* , es… ¿Debo volver más tarde? —Un hombre de entre treinta y cuarenta estaba parado a unos metros, retorciendo una carta en sus manos —. Su hermano dijo…

En menos de un suspiro, Wrath tenía al mensajero contra la pared, su antebrazo apretado contra la tráquea del hombre. Al mensajero le goteaba sangre de la nariz, que caía sobre su túnica y el demonio cerró los ojos como embelesado.

—Hola, Francesco. Perdona mi descortesía, pero he oído que has estado vendiendo mis secretos. Si estuviéramos en la Ciudad Amurallada, ya estarías muerto. Considera esto un favor.

Me quedé allí, petrificada. Medio conmocionada, medio horrorizada. El estallido de violencia de Wrath había sucedido más rápido que una de mis respiraciones entrecortadas por culpa del miedo.

—¿Te he dicho alguna vez que el olor de la sangre me lleva casi al éxtasis, bruja? Las de tu clase creen que anhelamos su sabor, pero los príncipes del infierno no solemos beber sangre. Es el poder lo que nos intoxica. Cuanto más permito que alguien sangre, más poder tengo sobre su vida.

Parpadeé. Apenas podía formar un pensamiento coherente. Había olvidado, a causa de nuestras bromas, quién era Wrath en realidad. Me imaginé que estaba viendo solo una pequeña fracción de lo que podía hacer.

Se inclinó aún más hacia el humano, cuyo rostro era ahora de un color púrpura intenso. Si Wrath seguía apretando, el hombre moriría. Di un paso adelante, pero me detuve.

—Ansío el poder más que el dinero, la sangre o la lujuria. Y no hay mayor poder que la elección. Mentiría por él. Robaría, engañaría, mutilaría y asesinaría. Si pudiera, volvería a vender mi alma por él, bruja.

—Vender tu… —Sacudí la cabeza. Los demonios eran criaturas sin alma.

Wrath abrió los ojos y se giró hacia mí, sus iris brillaban en la oscuridad. No había nada humano en ellos, y me di cuenta de que había estado guardando esa parte de sí mismo bajo llave. Algunos decían que los Malditos fueron ángeles una vez, y que cometieron pecados imperdonables por los que fueron expulsados del cielo. Ahora entendía cómo empezaban esas historias: la mirada de Wrath brillaba como el fuego celestial. Era la justicia iracunda: pura, rápida y completamente implacable.

Ignorando mi creciente miedo, le di la vuelta a su confesión y comprendí lo que estaba diciendo en realidad: me estaba ofreciendo una opción. Tenía el poder de alejarme de lo que estaba a punto de hacer. O podía elegir quedarme y participar en ello.

Pensé en el cuerpo destrozado de mi hermana y en las otras brujas que habían muerto de la misma forma brutal porque aquel hombre había compartido información sobre los mensajes que llevaba. Wrath había dicho que iba a asustar al mensajero para averiguar a quién le había estado vendiendo secretos. Su repentino estallido de violencia no debería haberme sorprendido. Asentí, de forma casi imperceptible, pero el demonio lo entendió.

Wrath se giró para mirar de nuevo al mensajero.

—¿Quién te ha pagado por abrir mi carta, Francesco?

El hombre me miró a mí, en busca de ayuda. Wrath volvió a mirarme, despacio, esperando. Francesco había tomado su decisión. Ahora era el momento de tomar la mía.

—El príncipe te ha hecho una pregunta sencilla, Francesco. La repetiré una vez por tu bien y luego dejaré que él pregunte a *su* manera. Y estoy segura de que ya sabes que eso no será agradable. —Inyecté en mi tono un encanto tan despiadado como el de Wrath, y el hombre se estremeció—. ¿Quién te pagó para abrir su carta?

Wrath seguía mirándome. Y aunque su expresión no había cambiado lo más mínimo, juraría que casi percibí… aprobación. Se me tensó el estómago y luché contra las ganas de vomitar. Si había hecho lo correcto, no creía que debiera sentirme tan mal.

Francesco balbuceó y arañó el brazo que seguía presionándole la tráquea, clavó las uñas en el puño del demonio. Esperaba que Wrath no lo estrangulara hasta la muerte antes de obtener respuestas.

El príncipe demonio debió de aflojar la presión de repente, porque Francesco tragó aire como un pez fuera del agua.

—¿Te sentirías más cómodo hablando con mi daga en tu garganta?

La piel dorada de Francesco palideció, pero noté que cerraba las manos en puños a los costados. Wrath estaba usando sus poderes y el mensajero se estaba enfadando. Su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Haz lo que quieras, pero no te diré nada, cerdo del demonio.

—¿De verdad? —Wrath sonrió, un destello de dientes que pareció llevar a Francesco al borde de orinarse a pesar de su nueva rabia—. Vamos a comprobarlo, mortal. ¿Para quién trabajas?

—Para Dios. —El hombre escupió en la cara al demonio, y el escupitajo goteó despacio hasta el suelo. En un instante, la daga de Wrath estuvo bajo la barbilla del hombre, la punta clavada con la suficiente fuerza como para

que la sangre resbalara por el metal. Parecía que había necesitado toda su fuerza de voluntad para no atravesar al humano con la daga y clavarla en la piedra contra la que se apoyaba, seccionándole la médula espinal. Me dio la impresión de que había sombras brotando de Wrath. Por un segundo, no estuve segura de si el demonio de la guerra acabaría con él allí mismo.

—Mis disculpas, Francesco. Pero se me está agotando la paciencia. Tus actos han provocado la muerte de cuatro mujeres. No creas que no provocaré la tuya con la misma brutalidad.

—Adelante, mátame. No te diré nada. —La cabeza de Francesco impactó contra la pared cuando Wrath lo estampó contra ella. La sangre goteaba de la boca del humano mientras este reía, deleitándose con la violencia. Sonrió con los dientes teñidos de rojo por la sangre—. Espero que os pudráis en el infierno.

Sentí que la rabia de Wrath pasaba de ser un hervor a fuego lento a una ebullición total. Pronto, lo quisiera o no, mataría a Francesco. Y perderíamos nuestra mayor oportunidad de descubrir quién había asesinado a mi gemela. Escuché las advertencias de Nonna y de Wrath cantando en mi cabeza, pero no me importaba.

Nos estábamos quedando sin opciones, y la ira que nos rodeaba se estaba volviendo lo bastante intensa como para arder. Wrath estaba a punto de estallar. Atraje sus emociones hacia mí, utilizándolas como combustible para mi hechizo de la verdad mientras aferraba el amuleto de mi hermana.

—¿Abriste la carta? —pregunté, con la voz impregnada de una orden mágica. Wrath se concentró en mí y, si no lo hubiera conocido mejor, habría pensado que el miedo se adueñó de sus facciones.

Francesco asintió antes de responder.

—S-sí.

—¿Te pagó alguien para que lo hicieras?

—Sí.

—¿Quién te pagó, Francesco? ¿Greed?

—No.

—Entonces dime quién te pagó.

—No sé su nombre.

—¿Es humano?

Se encogió de hombros.

—Llevaba una capucha. No le vi la cara.

—¿Le dijiste dónde estaría Giulia la noche que fue asesinada?

Tragó con fuerza.

—Sí.

—¿Te has reunido con él hoy?

—Sí.

Mi ira se disparó.

—¿Qué información le has dado?

—Otra dirección. Y una hora de encuentro. Esta vez no tenía un nombre, lo juro.

—¿Qué hora y dirección le has dado, Francesco?

—La Piazza Vigliena. A m-m-medianoche.

Miré a Wrath en busca de más instrucciones, pero negó con la cabeza. El hechizo de la verdad estaba a punto de terminar. La sangre brotaba de la nariz del humano y sus ojos se habían vuelto vidriosos. Si insistía más, moriría. Miré hacia abajo y noté que me temblaba todo el cuerpo. Wrath se acercó a él.

—Si vuelves a compartir mis secretos, te cortaré la lengua. Luego te arrancaré el corazón. ¿He sido lo bastante claro? —Le dedicó a Wrath el más mínimo indicio de asentimiento, con cuidado de no cortarse la garganta. El sudor le humedecía el pelo. No tenía buen aspecto—. La próxima vez que recibas el encargo de llevar un mensaje para mí, no dejes que la curiosidad o la codicia te superen. Esas enfermedades suelen ser

mortales.

No pude evitar fijarme en el chorro de orina que caía por la pierna del hombre cuando el demonio dejó caer su arma. Nos miró a Wrath y a mí, con una profunda arruga en la frente. Parpadeó despacio, como si despertara de un sueño. O de una pesadilla.

—¿Quién… quién es usted? ¿Por qué estoy aquí? Por favor… no me haga daño. Si busca dinero, no tengo. —Se dio la vuelta a los bolsillos. No había más que pelusas—. ¿Lo ve?

Las náuseas de antes volvieron a aparecer y casi me obligaron a doblarme sobre mí misma. Había invadido su mente y debía de haber destruido sus recuerdos más recientes. La magia oscura exigía un precio. Y no siempre llegaba en la forma que alguien esperaba. La culpa me invadió. El hecho de que tuviera poder no significaba que debiera abusar de él.

—Tú…

Wrath me lanzó una mirada de advertencia.

—Eres Francesco Parelli padre y vas de camino a casa. Has bebido demasiado. Será mejor que te des prisa antes de que Angélica se vuelva a enfadar. ¿Recuerdas el camino?

Francesco se enjugó una lágrima y sacudió la cabeza. Ahora parecía muy frágil, muy perdido. Y eso se lo había hecho yo. No un demonio, ni una horrible criatura del infierno. Yo. Había roto la regla más importante de este mundo. Había tomado su libre albedrío y lo había doblegado al mío.

Wrath giró a Francesco hacia la catedral, le entregó un monedero y le susurró al oído.

Me quedé mirando la espalda del demonio, con el corazón acelerado. Lo más fácil para Wrath habría sido dejar al hombre solo en su nuevo infierno, pero no lo había hecho. Al igual que podría haber exigido sin problemas que entregara mi alma a cambio de justicia para mi gemela. Sabía lo que yo quería y a lo que estaba dispuesta a renunciar por ello y no había pedido

nada. No creía que hubiera piedad en el infierno. Pero tal vez me equivocaba.

Wrath apretó los dientes.

—¿Qué?

—Podrías haberlo matado.

—No sigas. Yo le he pegado y tú le has robado su libertad de elección. Sus recuerdos acabarán por volver, pero ese pedazo de tu alma no. Habría conseguido la información sin magia. Hay un viejo dicho sobre los tontos que se precipitan donde los ángeles temen pisar. A partir de ahora, te sugiero que hagas caso a la advertencia. Vamos. —Se adentró en las sombras—. Tenemos que llegar a Quattro Canti.

Si no quería hablar de la magia prohibida que había utilizado para obtener la información, me parecía bien. Ya me sentía como si hubiera gusanos corriendo por mi piel.

—¿Por qué?

—El verdadero mensajero nos espera allí.

VEINTINUEVE

Antes de plantarnos en el centro de la plaza barroca, Wrath nos hizo aguardar en otro callejón abarrotado. Afirmó que era para tener una idea mejor de la distribución y de cualquier trampa que otros demonios, como Greed o Envy, pudieran haber colocado. Me pidió de buenas maneras que esperara mientras él se acercaba a un joven con una cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha. Como me lo había pedido con amabilidad, decidí aceptar… durante un rato. Dejar que se adelantara me dio la oportunidad de observarlos a él y al nuevo mensajero por mi cuenta.

El humano era intrigante. Su asombrosa combinación de rasgos oscuros y ojos rasgados denotaba una ascendencia norteafricana y asiática. No se había dado cuenta de que yo estaba observando desde las sombras, pero yo lo veía a él sin problemas.

Estaba apoyado contra un edificio, escarbando con un cuchillo de aspecto mortífero en la suciedad imaginaria de sus uñas trasquiladas. Proyectaba cierta sensación de aburrimiento, pero su mirada seguía los movimientos de todo lo que había a su alrededor con la concentración de un depredador. Incluso al príncipe demonio.

Wrath se acercó sin vacilar y, por desgracia, me encontraba demasiado lejos para oír su conversación. A juzgar por la cantidad de veces que el humano puso los ojos en blanco, imaginé que Wrath estaba echándole un sermón sobre algo. Me acerqué en silencio.

—… sospecha la verdad, Anir. Estoy seguro de que los demás también lo harán con el tiempo.

—Ya es demasiado tarde para lamentarse —dijo el humano, Anir. Su voz me resultaba familiar, pero no era capaz de ubicarla—. Con todo lo que está pasando… podría ser algo bueno. Quiero decir, tú elegiste llevar a cabo el ritual. ¿No es así? ¿De verdad es *tan* malo?

—Es una maldita *bruja* con sangre de demonio. ¿A ti qué te parece?

—¿Estáis hablando de mí? —Cerré las manos en puños y las uñas me dibujaron pequeñas lunas crecientes en las palmas. Él era un demonio del infierno prepotente, arrogante e inútil. Pero yo no estaba centrándome en sus cualidades poco atractivas, ¿verdad? No. *Yo* era lo bastante madura como para dejarlas de lado y trabajar juntos para evitar que un asesino siguiera matando brujas.

—Parece una chica encantadora. ¿No nos vas a presentar? Solo tienes…

Wrath agarró a Anir por el cuello de la camisa y sus pies se separaron unos centímetros del suelo. Me sobresalté un poco. No parecía que levantar a un hombre adulto supusiera ningún esfuerzo para el príncipe demonio.

—Termina esa frase y también te dejaré una cicatriz en el otro lado de la cara.

—Mis disculpas. ¿He tocado alguna fibra sensible? —Anir levantó las manos en señal de rendición, sin molestarse en ocultar su sonrisa. No parecía asustado, sino más bien divertido. Decidí que, si no me sintiera tan agraviada, podría caerme bien. Era o bien muy valiente o muy tonto para burlarse del demonio de la guerra—. No te enfades. Ahora mismo es solo temporal. Y está…

—Detrás de nosotros. —Wrath dejó caer al humano y este recuperó el equilibrio con gracia y consiguió no tropezar—. Emilia, este es Anir, mi socio de mayor confianza. Él sabe quién es la siguiente que ha aceptado casarse con Pride.

Salí de las sombras e inspeccioné al joven.

—Estabas allí la noche que me atacó el Viperidae.

—Sí. —Anir no parecía estar seguro de qué más podía o no podía compartir.

Me volví hacia Wrath.

—Es humano.

—Eres muy avispada.

Respiré hondo y conté hasta que se me pasó el impulso de enviarlo de vuelta al círculo de huesos.

—Lo que quería decir es que, si tienes a un humano como socio, ¿por qué no puede él ser tu ancla? Si me pasara algo a mí, tú estarías bien.

Wrath abrió y cerró la boca. Arqueé una ceja, a la espera.

—Anir ya no reclama el mundo humano como suyo, por lo tanto, no puede proporcionar los mismos… beneficios que tú.

Anir resopló y trató de ahogar el resto de su risa lo más deprisa posible cuando Wrath lo fulminó con su ardiente mirada.

—Esa es una forma de verlo, por supuesto.

—¿De qué está hablando? —pregunté, clavando la mirada en el demonio —. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Wrath me lanzó una mirada que decía «muchas cosas», pero no se molestó en responder en voz alta. En cambio, dijo:

—Anir ya se iba. Estaba esperando a ver si llegaba la figura encapuchada, pero no ha aparecido. Ahora tiene asuntos de la casa que atender.

—¿Quién es la pobre chica?

—Valentina Rossi.

Se me entumeció todo el cuerpo mientras dejaba que esa información calara. Valentina era la prima de Claudia. Si alguien quisiera aceptar de buena gana convertirse en la reina del infierno, Valentina asumiría ese sombrío manto con orgullo. No era mala, simplemente parecía regia y destinada a un papel mayor que el de tejedora en nuestra pequeña isla. No me sorprendió que se sintiera atraída por un trato con el diablo.

Me puse en marcha hacia su barrio. Teníamos que advertirla antes de que fuera demasiado tarde.

Wrath se interpuso en mi camino, deteniendo mis pasos.

—¿Qué pasa?

—La conozco.

—¿Y? —insistió.

—Me pregunto por qué elige brujas con vínculos con la magia oscura.

—Bueno —dijo Anir—, lo hace por…

Wrath lo interrumpió.

—Es hora de irse.

Mientras paseaba la mirada entre el príncipe demonio y yo, la sonrisa de Anir era la de un lobo que ha encontrado un delicioso bocado que ansía llevarse a la boca.

—En realidad, prefiero quedarme aquí un rato. Las bodas demoníacas no son para los débiles de corazón. Además, necesitarás ojos y oídos extra cuando hables con la chica. Puede que nos siga la persona de la túnica.

Me guiñó un ojo como si fuéramos amigos de toda la vida que compartieran un secreto. Wrath captó esa mirada y no apartó los ojos de él hasta que su «socio» se encogió de hombros y echó a andar por la plaza. Esperé a que saliera del rango auditivo antes de dirigirme a Wrath.

—¿Vas a intentar convencer a Valentina para que vaya al inframundo contigo?

—Juré que no haría nada más que ofrecer el trato. Y mantendré mi palabra. Sin embargo, una vez que la pongamos a salvo, me gustaría ver si estaría dispuesta a ayudarnos a atraer al asesino.

—Quieres usarla como cebo.

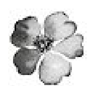
—Sí. Alguien está haciendo todo lo posible para asegurarse de que Pride no rompa la maldición. Tengo la intención de descubrir quién y por qué antes de que muera alguien más. Y entonces impartiré un castigo justo.

Me estremecí. No era exactamente lo que esperaba que dijera, pero agradecí su sinceridad.

—Conozco bien a la familia de Valentina. Voy a decirle que rechace el trato de Pride —admití—. Espero que lo entiendas.

La mirada de Wrath se estrelló contra la mía.

—Haz lo que debas. La decisión final dependerá de ella.



Mientras nos apresurábamos a llegar a casa de Valentina, Anir me habló de su vida antes de dejar este mundo por lo que él llamaba el Reino de los Malditos. Era hijo único de padre tunecino y madre china, y había estado jugando en un olivo cercano durante el brutal asesinato de sus padres. Su padre había sido testigo de un crimen e iba a contar a las autoridades lo que había visto. Antes de que pudiera hacerlo, los habían matado.

Anir dijo que la cicatriz se la había ganado más tarde, una vez que se hubo convertido en el tipo de joven que otros temían. Wrath lo había encontrado viajando por América del Sur, luchando en peleas clandestinas, magullado y ensangrentado. Algunos combates eran a muerte y se pagaban con suma generosidad. Anir llevaba más de un año como campeón cuando recibió una oferta de trabajo en la casa de la Ira.

Dejé de prestar atención a sus discusiones sobre cuántos años habían pasado (al parecer, el tiempo se movía de forma diferente en los reinos de los demonios) cuando giramos en la siguiente calle y nos metimos en un callejón más oscuro y estrecho. El extraño tirón que había sentido antes se apoderó de mis sentidos y me llevó a una segunda calle lateral.

Miré a mi alrededor, reconocí el barrio y una terrible sensación se instaló en mi interior. Di unos pasos más y me detuve, no me sorprendió ver el cadáver. Había empezado a sospechar antes de doblar la esquina y la silueta

desplomada era toda la confirmación que necesitaba.

Estudié la zona.

La colada colgaba de un edificio a otro sobre nuestras cabezas, y la brisa arrancaba de ella chasquidos que sonaban como dentelladas. Antes podría haberme infundido miedo en el corazón, pero ahora parecía la tapadera perfecta para un crimen. No había pruebas. No podríamos perder el tiempo examinando nada. Había sido un trabajo rápido: el asesino había entrado y salido, sin dejar nada más que el cuerpo.

Wrath se detuvo con brusquedad.

Anir reparó en la víctima un momento antes de tropezar con ella. Lanzó una mirada irritada al demonio y esquivó un creciente charco de sangre.

—La próxima vez, no me iría mal una pequeña advertencia.

—Un poco menos de insubordinación podría hacerme más susceptible a la cortesía general en el futuro.

Anir entrecerró sus ojos oscuros. Ese movimiento hizo que la cicatriz de su mejilla resaltara más. Wrath se disponía a rodear el cuerpo cuando su socio lo detuvo con un tirón en el brazo. Observé todo lo que sucedía como si la escena se desarrollara en un escenario, lejos de donde yo me encontraba. No podía creerme que otro cuerpo yaciera destrozado a nuestros pies. La bilis me subió despacio por la garganta. Wrath no parecía afectado, como si encontrar cadáveres mutilados fuera parte de su día a día.

El demonio giró sobre los talones, con la mirada fija en la mano del humano.

—¿Qué?

Con un dedo, Anir señaló el cuerpo, cada vez más frío.

—¿No vamos a pedir ayuda?

—¿Qué propones que hagamos? ¿Llamar a las autoridades humanas? —Wrath no dio a Anir la oportunidad de responder—. Si fueras ellos, ¿aceptarías nuestra palabra de buenos samaritanos y nos dejarías seguir

nuestro camino? ¿O echarías un vistazo a tu acero forjado por demonios y a mi apariencia diabólica, y nos meterías en una celda llena de mierda y tirarías la llave? —Anir frunció los labios, pero no dijo nada—. ¿Tienes alguna otra noble sugerencia o podemos irnos?

—A veces te comportas como un verdadero bastardo sin corazón.

Wrath me miró, con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

No, lo cierto era que no estaba bien. Teníamos a nuestros pies el cuerpo de otra víctima de asesinato. Y acababa de verle la cara. Era la prima de mi mejor amiga. Contemplé en un silencio lleno de horror su cuerpo destrozado. Todavía no podía entender cómo aquella escena podía ser real. La cabeza me daba vueltas por la conmoción. Claudia no estaba muy unida a su prima, pero aun así sentiría mucho su pérdida. Me presioné los ojos con las manos.

—¿Emilia?

Me encogí de hombros para evitar el contacto de Wrath.

—Es… Era Valentina Rossi.

—Lo suponía.

No podía creerme que le hubieran arrancado el corazón a otra bruja más. Aquello elevaba el número de muertas a cinco. Luché contra la bilis que volvía a subirme por la garganta. Ver algo tan horrible… Nunca me acostumbraría a ello.

Francesco, el traicionero mensajero humano, no sabía el nombre de la próxima novia, solo el lugar de encuentro con Anir. Y dudaba de que Anir traicionara a Wrath, lo que significaba que la información se había filtrado de alguna otra manera. Sentí náuseas por una nueva razón: había torturado a un hombre para nada.

—Debe de haber un espía en el reino —dijo Anir, poniendo en palabras lo que yo misma estaba pensando.

Imaginé que él también había visto unas cuantas cosas horribles, pero aun así parecía conmocionado. Se echó el pelo oscuro hacia atrás y se lo ató con un cordón de cuero que se arrancó de la muñeca.

Wrath se paseó por el callejón, con cuidado de no pisar la sangre. Aparté la mirada de ella. Teníamos que avisar a las autoridades. Valentina no podía quedarse allí, fría y sola. El demonio se detuvo cerca de donde yo estaba, impidiéndome ver el cuerpo.

—Lo que significa que uno de mis hermanos es el responsable. De alguna forma.

Me vino a la mente mi anterior encuentro con sus hermanos.

—Greed y Envy están aquí.

Wrath negó con la cabeza.

—Envy no se arriesgaría a pelear conmigo. Greed… Sigo sin verlo dispuesto a poner en peligro su casa. No después de haber construido una fortaleza formidable.

—Sea como sea, las implicaciones de una traición dentro de los Siete… Olvida la maldición, alteza —dijo Anir—. Deja de lado tus sentimientos personales hacia las brujas, rompe el vínculo matrimonial con Emilia y pon a salvo a tu propia casa antes de que llegue la guerra. Necesitarás tus poderes al máximo. Quienquiera que esté organizando esto debe de ser quien mató a la esposa de Pride.

Me sentí como si me hubiera metido en una bañera llena de hielo.

—¿Qué vínculo matrimonial?

Anir no captó la nota de pánico en mi voz.

—El que estableciste cuando ataste al príncipe a ti.

Wrath dejó de moverse. Dejó de respirar mientras yo me quedaba boquiabierta por el horror. El tiempo pareció congelarse mientras repetía en silencio lo que había dicho Anir. Quería gritar que no era cierto, pero la reacción de Wrath decía lo contrario. El príncipe demonio me sostuvo la

mirada.

—¿Cómo?

—Déjanos. —Wrath apenas levantó la voz por encima de un susurro, pero Anir se dio prisa en obedecer la orden. Una vez que se hubo ido, el demonio señaló con la cabeza nuestros tatuajes, que hacían juego—. Tu hechizo de protección no estableció un vínculo como el de un guardián con la persona a quien debe proteger. La traducción de *aevitas ligati* significa «unido para siempre», como en el sagrado matrimonio. No era necesario para que la invocación tuviera éxito.

—¿Estamos…? ¿Estás diciendo que estamos comprometidos? —Esperé, con el corazón retumbándome en el pecho, pero Wrath no dijo nada. No era necesario. La verdad estaba allí, en sus ojos. Él había sabido todo el tiempo lo que yo había hecho. No era de extrañar que pareciera tan horrorizado esa primera noche. Básicamente lo había arrancado del infierno y lo había forzado a comprometerse. Para siempre—. ¿Cuándo ibas a decírmelo?

—Esto no cambia nada… —dijo con suavidad.

—Lo cambia todo. —Un violento escalofrío me recorrió mientras el demonio seguía sosteniendo mi mirada impávida. Todo aquello era demasiado. El cadáver de la prima de mi mejor amiga. Mi compromiso accidental con Wrath—. ¿Qué pasa si no quiero casarme contigo? ¿Me obligarás a gobernar a tu lado en el infierno?

—Emilia…

—No te *atrevas* . —Sacudí la cabeza—. ¿Me obligarán a ir allí?

—No.

Claro. Las leyes de los demonios se basaban en la civilidad. Era probable que obligar a alguien a casarse rompiera todas sus extrañamente rígidas reglas. Pero apostaba a que él me ofrecería un trato retorcido y lo haría parecer tan bueno, tan tentador, que nunca diría que no. Sobre todo, si el vínculo matrimonial le daba más poder, como decía Anir. Apoyé la mano en

la cadera.

—¿Qué ha querido decir Anir con lo de poner a salvo tu casa antes de que haya guerra?

Contrajo un músculo de la mandíbula.

—No puedo compartir esa información contigo.

—Entonces hemos terminado. —Agarré el amuleto de mi hermana—. Te libero. Te libero de cualquier vínculo que tengamos. Cuando me case, será por amor. No por amor al poder o cualquier otra cosa depravada que desees. ¡Y el amor es algo de lo que vosotros, criaturas despreciables y sin alma, no sabéis *nada* !

Si me llamó o se estremeció, no tuve forma de saberlo. Me giré y hui lo más lejos posible del príncipe demonio y de la nueva víctima de asesinato. No quería tener nada más que ver con esas criaturas malditas que habían hecho sufrir a mi familia y a mi ciudad.

A partir de ese momento, descubriría quién había asesinado a mi hermana por mi cuenta.

Y Wrath podía limitarse a arrastrarse de vuelta al infierno y pudrirse con el resto.

TREINTA

Me senté en una mesa frente al mar a beber agua con una rodaja de limón. Había dejado una nota anónima para la policía con la ubicación del cadáver de Valentina y aún no había superado el horror de la noche. Quería ir corriendo a casa de Claudia, pero tenía que esperar a que la policía avisara primero a la familia de su prima. Si ya estaban de luto cuando aparecieran las autoridades, empezarían a hacer preguntas. La espera invitaba a todo tipo de pensamientos sobre los que no quería reflexionar. Ni en aquel momento, ni nunca.

No podía creerme que hubiera sido tan estúpida como para prometerme sin querer con Wrath y que él no hubiera soltado prenda antes. Él debía de detestar profundamente la situación. En especial, si tenía en cuenta lo que había dicho Anir sobre que odiaba a las brujas. Luché contra el impulso de enterrar la cara entre las manos. Saber que él era plenamente consciente de mi error mientras yo creía tener el control… era humillante. No quería pensar en otros errores que hubiera cometido y que él había sido demasiado educado para señalar.

Justo después de avisar a la policía, me había dado cuenta de que no tenía a dónde ir. No podía volver a casa y poner en peligro a mi familia. Y aunque *podría* quedarme en el palacio con Wrath, necesitaba tiempo y espacio para poner en orden mis ideas y sentimientos. Habían pasado muchas cosas en poco tiempo. Dos asesinatos más. Un prometido secreto salido del mismo infierno. El ataque a Nonna. Mi amuleto robado. El Viperidae. Parecía que los golpes seguían llegando, y el proceso me estaba

dejando vapuleada y magullada

Cuanto más me aferraba a la normalidad, más caótico se tornaba mi mundo. Como de momento me negaba a volver a ver a Wrath, decidí apartar todo pensamiento de mi cabeza y seguir buscando respuestas a la muerte de Vittoria por mi cuenta. Si podía resolver el asesinato de mi hermana, podría evitar que muriera alguien más. Cada vez que intentaba ponerme en el lugar de Vittoria, volvía a su diario. No revelaba tantos secretos como esperaba. Y los que revelaba seguían siendo lo bastante crípticos como para seguir dejándome con dudas.

Estaba repasando una lista mental de tareas pendientes cuando alguien echó hacia atrás el asiento de enfrente. Wrath se dejó caer en él y me miró con recelo. Le devolví la mirada durante unos instantes. Ninguno de los dos dijo nada. Parecía que mi casi marido me estaba dando tiempo para recomponerme. O quizás estaba esperando a que lo desterrara de nuevo al círculo de huesos.

Respiré hondo varias veces.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —Me dirigió una mirada larga y comedida, y luego bajó la vista hasta el tatuaje de mi brazo. Definitivamente, iba a matarlo—. Dijiste que solo podrías encontrarme si aceptaba el pacto de sangre. Nunca mencionaste el tatuaje.

—Si te hubiera dicho que la tinta era parte de un vínculo matrimonial, habrías huido en ese mismo instante. Necesitaba que tuvieras tiempo para confiar en mí.

Estuve a punto de discutir, pero cerré la boca. Era cierto. Si hubiera sabido lo que significaba el tatuaje la primera noche que lo había invocado, lo habría enviado directo de vuelta a su reino.

—La confianza suele crearse cuando ambas partes son honestas.

—No te he mentido.

Solté un suspiro.

—Técnicamente, no.

Una camarera salió del local y recitó el menú en tono alegre. Wrath parecía escéptico, pero me dejó pedir sin rechistar. Treinta minutos de tenso silencio después, la camarera nos trajo la comida. Wrath la estudió como si fuera una complicada ecuación que tuviera que resolver.

Un plato humeante de langostinos, unos arancini, una bandeja de antipasto (con prosciutto, peperoncini, soppressata, provolone, aceitunas marinadas y alcachofas mezcladas con aceite, vinagre, orégano y albahaca) y una cesta de pan tostado adornaban nuestra pequeña mesa.

Seguía esperando que el demonio llevara aparte a la camarera y le pidiera sangre caliente o vísceras crudas, pero pareció conforme con mis opciones y, desde luego, no iba a ser yo quien le metiera en la cabeza la idea de los menudillos.

Wrath me sorprendió al pedir una jarra de vino tinto con rodajas de naranja y servir una cantidad generosa para cada uno de nosotros. Bebí un sorbo de vino, disfrutando de su dulzura a pesar de todo. Quería evadirme de mis oscuros pensamientos durante un rato, y el bullicio y el vino me ayudaban. No había dormido en toda la noche y me sentí bien al tomarme un rato para recomponerme. Wrath apiló comida en un plato y lo deslizó frente a mí antes de servirse él mismo. Tuve que concentrarme para no caerme de la silla por la sorpresa.

Él se fijó en mi reacción y frunció el ceño.

—Es difícil deshacerse de los buenos modales, por muy desagradable que sea la compañía que me obliguen a mantener. Además, tú me serviste el postre. Es justo devolverte el favor.

Sonreí, lo cual pareció molestarle todavía más, y me dispuse a comer.

Tras unos minutos observando cómo hurgaba entre los langostinos, pinché uno con el tenedor y se lo tendí. Su sospecha aumentó.

—¿Qué estás haciendo?

—Esto es un langostino. Es como una langosta bebé. Estoy segura de que te gustará. A menos que tengas miedo…

Wrath aceptó el marisco como si fuera un desafío. Debió de disfrutarlo, porque centró la atención en su plato y no volvió a levantar la vista hasta que hubo probado un poco de todo.

Mientras él experimentaba las maravillas de la comida humana, yo comía mis langostinos, disfrutando del limón fresco que habían utilizado para contrarrestar la abundancia de mantequilla. Los suyos estaban un poco más cargados de cítricos que los nuestros y decidí experimentar un día de aquellos.

Tal vez si cortara un limón por la mitad y lo asara boca abajo…

Hice una pausa, con el tenedor en la boca. Estaba disfrutando tanto que casi había olvidado la razón por la que estaba allí sentada, comiendo con uno de los Malvagi. Un mes. Mi gemela llevaba muerta poco más de un mes y yo soñaba despierta con recetas para el Mar y Vino mientras estaba en compañía de nuestro peor enemigo. La comida se convirtió en piedra en mi estómago.

Aparté mi plato, ya sin hambre.

Wrath me observó de la misma manera que un humano estudiaría a una mosca que zumbara sobre su cena.

—¿Experimentando un dilema moral, bruja?

No fui capaz de reunir ni una pizca de ira o enfado. Una verdad lacerante se clavó en mi interior: no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Estaba bastante segura de que mi hermana había invocado a un demonio, pero no sabía a cuál. Sabía lo del Cuerno de Hades, pero no sabía cómo habíamos llegado a ser sus guardianas.

Luego estaban las pistas crípticas del diario de Vittoria sobre su capacidad para escuchar objetos mágicos y la posibilidad de que el primer libro de hechizos estuviera en este mundo. Sabía que mi hermana había accedido a

convertirse en la novia del diablo, pero aún no había averiguado por qué había tomado esa horrible decisión, ni por qué no había confiado en mí o en nuestra abuela. Tenía más preguntas que respuestas y nadie a quien pudiera confiárselas. Nonna había estado a punto de morir por culpa de mi búsqueda de justicia, y me negaba a poner a ningún otro miembro de mi familia en peligro acudiendo a ellos por cualquier cosa relacionada con el asesinato. Aunque Wrath me hubiera salvado, era un príncipe del infierno, y aunque había jurado no obligar a ninguna bruja a sellar un trato, seguía sin saber cómo o por qué lo habían elegido para aquella misión.

Me incliné hacia delante y bajé la voz.

—Quiero saberlo todo sobre la maldición.

Le sostuve la mirada y sus ojos dorados, moteados de negro, me la devolvieron.

—¿Has considerado lo de mudarte conmigo hasta que encontremos al asesino?

Un desvío inesperado.

—Sí.

—¿Dónde están tus pertenencias?

—En casa.

Hizo girar el vino en la copa y me pregunté qué estaría pensando exactamente.

—¿Quieres que te acompañe a buscarlas?

—No te he dicho que ya haya tomado una decisión. —Clavé la mirada en él—. Y quiero que respondas a mi pregunta. Si Pride es el que está maldito, ¿a ti cómo te afecta eso?

—Deberíamos volver al palacio y hablar allí.

—No hasta que me des algunas respuestas.

Wrath parecía estar considerando diferentes formas de ahorcarme usando mis intestinos.

—Lo haré. Más tarde.

—Ahora. —Me negué a ceder en aquello. Miró al cielo y me pregunté por qué no había mirado hacia abajo, si es que estaba rezando.

—De acuerdo. Si respondo a tus preguntas, ¿aceptas quedarte en el palacio?

—No. Pero me ayudará a decidirme. ¿Qué te parece?

Tomó aire y lo soltó muy despacio. Esperé. Tras una lucha interna, vi el momento exacto en el que decidió confiar en mí.

—Para que la maldición se rompa por completo, es necesario que una consorte se siente en el trono y ayude a gobernar la casa del Orgullo.

—Anir dijo que la última consorte fue asesinada. ¿Cómo?

—Le arrancaron el corazón del pecho. —Me miró, pero tuve la sensación de que en realidad ya no me veía—. Y a algunas de sus damas reales.

—¿De verdad maldijo la Primera Bruja a Pride?

—Sí.

Dejé que esa información calara en mi interior junto con todas las demás historias, esas que yo estaba convencida de que eran solo cuentos. La Prima Strega era antigua, ella había iniciado el primer linaje de brujas. O eso decían las viejas historias. Supuestamente, era la fuente de nuestro poder y solo se pertenecía a sí misma. Ni magia de la luz, ni magia oscura. Solo el poder bruto ligeramente diluido de la diosa que la había alumbrado. Ella era anterior a la Vecchia Religione humana, y la Vieja Religión era *muy antigua*.

A veces, La Prima era idolatrada, y otras, temida. Hija de la diosa del sol y de un demonio, había sido creada como el equilibrio perfecto entre la luz y la oscuridad. Nos contaban que era inmortal, pero yo nunca la había visto y tampoco conocía a nadie que lo hubiera hecho. Siempre había creído que no era más que un mito o una leyenda de la creación.

—¿Por qué lo maldijo?

Wrath dudó.

—Fue un castigo por lo que creía que había pasado entre su primogénita y él.

Me senté más erguida. Claudia había mencionado aquello.

—Entonces, ¿qué? ¿Le robó el alma y La Prima se vengó?

—Eso creen las brujas, ¿verdad? —se burló Wrath—. Pride no robó nada. No tuvo que hacerlo. Su hija eligió casarse con él por voluntad propia. Se enamoraron, a pesar de quiénes eran.

Pensé en lo que Nonna había empezado a contarme sobre las Stelle Streghe, sobre cómo se les encomendaba ser guardianas de los Malditos.

—¿Era una bruja de las estrellas?

Wrath asintió.

—Se suponía que era una guardiana entre reinos, piensa en ellas como guardianas de la prisión de la condenación. Su hija debería haberlo sabido, se suponía que ante todo debía ser una soldado. La Prima, como tú la llamas, ordenó a su hija que renunciara a su trono y volviera al aquelarre, pero ella se negó. La Primera Bruja utilizó la magia más oscura que existe para anular el poder de su hija y desterrarla del aquelarre. También tuvo efectos imprevistos para otras brujas. Por eso algunas dan a luz a hijas humanas.

Intenté poner orden a la historia en mi cabeza.

—Lo que estás diciendo es…

Cierto. No aparté la vista de él. Toda nuestra vida nos habían contado historias sobre los Malditos y sus mentiras. Sin embargo, Wrath no podía mentirme directamente debido a la magia de la invocación. Lo había comprobado y sabía que era un hecho. Lo que decía, por imposible que pareciera, tenía que ser cierto.

O al menos así lo creía él.

—¿Por qué lo ayudas a romper la maldición? Si está atrapado en el

inframundo, no veo en qué te concierne eso a ti o a cualquier otro príncipe.

—Hace varios años humanos, algo fracturó las puertas del infierno. Nos dijeron que era parte de una profecía. Pride, siendo quien es, se rio de ello. Entonces su amada esposa fue asesinada. Sus poderes se extinguieron. Quedó atrapado en el infierno, y los demonios menores empezaron a ponernos a prueba intentando colarse por las grietas de las puertas.

Dejando de lado la maldición, me costaba creer que el segundo mayor problema del infierno fuera una puerta vieja y desvencijada. Entorné los ojos hacia Wrath. Tenía la creciente sospecha de que no había revelado la peor parte.

—¿Y?

—Las criaturas que no tienen ganas de enfrentarse a las pruebas de los Portales de los Mil Temores se han colado. Las puertas siguen debilitándose, a pesar de nuestros esfuerzos. Es solo cuestión de tiempo que se rompan por completo. Hemos intentado mantenerlos alejados, pero algunas cosas ya han llegado a este mundo.

—¿Como cuáles?

—Unos cuantos demonios menores.

—¿El Viperidae?

—No es probable. A esos hay que convocarlos.

No era lo que se dice reconfortante. Los demonios estaban empezando a invadir nuestro mundo. Y tenía el terrible presentimiento de que las cosas se pondrían mucho peores antes de mejorar.

—¿Algo en particular que deba preocuparnos, entonces?

—*Tú* deberías preocuparte por el demonio Aper, por ejemplo.

—El… ¿qué?

—El demonio Aper. Tiene cabeza de jabalí y colmillos de elefante. Un enorme cuerpo de reptil, pezuñas hendidas. Estúpido como un buey, pero con una afición particular por la sangre de bruja. Sus mil dientes diminutos

en doble fila hace que sea muy hábil a la hora de drenar un cuerpo a gran velocidad.

La sonrisa cada vez más amplia de Wrath era verdaderamente perversa cuando miró por encima de mi hombro. Una respiración húmeda cerca de la base de mi cuello hizo que me pusiera a sudar al instante. Una pezuña repiqueteó sobre los adoquines, seguida de otra. El suelo vibró bajo lo que fuera que había dado esos dos pasos descomunales. Una sombra cayó sobre la mesa. Dulce diosa, *no* quería darme la vuelta.

—Hagas lo que hagas, bruja, no corras.

TREINTA Y UNO

> No hay mayor amenaza para una bruja que un demonio que ansía su sangre. Una vez provocada su sed, perseguirá de forma implacable la causa de su adicción y solo se detendrá cuando la fuente se haya agotado. Para protegerte de esta energía oscura, lleva una bolsita de milenrama seca dentro de tu ropa durante cada luna nueva.
>
> —*Notas del grimorio de los Di Carlo*

La advertencia de Wrath llegó un segundo demasiado tarde. Más adelante, cuando no estaba ya concentrada en correr para salvar la vida, me preguntaría si había sido intencionado por su parte. Me subí las faldas y me adentré en las calles coloreadas por el crepúsculo, con los ruidos de la persecución a mi alrededor.

Me lancé por un estrecho callejón y doblé hacia el siguiente, saltando por encima de las cestas de alimentos secos. No miré atrás por miedo a perder el tiempo. No pensaba acabar desangrada porque la curiosidad se apoderara de mí. Mientras esquivaba las puertas cerradas y me agachaba bajo los tendederos de la ropa, el ruido de pisadas a mi espalda no se detenía ni disminuía.

No solo me sentía aterrorizada por mí misma, sino que me preocupaba cualquier ser humano desafortunado que se cruzara en mi camino mientras

conducía a un demonio hambriento a través de las estrechas calles del barrio. Casi me tropecé cuando me di de bruces contra la realidad. Un demonio me perseguía por las calles de mi ciudad. De alguna manera había traspasado las puertas del infierno. Y, si aquello era solo el principio… No pude terminar ese pensamiento.

Choqué con un barril vacío y lo arrojé en el camino de la bestia. Mi atacante del otro mundo se detuvo durante un segundo antes de que la madera se hiciera añicos. Aquello no era bueno. Mi sangre de bruja me proporcionaba un poco más de fuerza que la de un humano, pero la criatura había destrozado el barril como si fuera papel.

Tropecé con un adoquín y no pude evitar que cierta curiosidad morbosa se apoderara de mí mientras me pegaba a un edificio y lanzaba una mirada por encima del hombro. Estaba a punto de quedarme petrificada por el horror más implacable mientras la Muerte me acorralaba, con sus fauces abiertas de par en par, dispuesta a devorarme con huesos y todo, pero no había nada. Miré con cautela a mi alrededor. Ningún demonio acechaba detrás del revoloteo de la ropa tendida. Ningún resoplido de una nariz húmeda rompía el silencio. El silencio era absoluto y *antinatural* .

Sangre y huesos .

Los escalofríos surgieron de la nada. Como la primera noche que había oído la voz incorpórea de un demonio Umbra, todos los sonidos de la vida se desvanecieron a mi alrededor. No estaba sola, pero no veía ningún peligro. Sin embargo, sentía que se acercaba: una mano con garras que se extendía en la oscuridad. Los demonios debían de tener la capacidad de cubrirse con algún tipo de espejismo. Lo cual era *perfecto* .

Me giré, corrí tan deprisa como pude y reboté contra un cuerpo que estaba helado al tacto. Me caí y me desplacé hacia atrás mientras alzaba la mirada hacia mi destrucción poco a poco. Al parecer, me había equivocado con el espejismo. No se había escondido en absoluto, sino que se movía

demasiado rápido para que yo lo viera. En ese instante ya no se movía. El demonio Aper era todo lo que Wrath había descrito y peor. Su enorme cabeza se asemejaba a la de un jabalí casi a la perfección, excepto por sus brillantes ojos rojos. Unas hendiduras negras talladas en el centro de los iris me recordaron a un gato salido del infierno.

Cerré los ojos con fuerza. Conté hasta diez y los volví a abrir. El demonio estaba allí de verdad y era incluso peor que la primera vez que lo había mirado.

Diosa sagrada.

Unos goterones de baba negra se deslizaron por su hocico mientras chasqueaba los dientes en señal de anticipación. Su aliento olía a pantano fétido en un caluroso día de verano. Me levanté sobre mis inestables piernas y me alejé poco a poco de aquellos instrumentos feroces y mortíferos. El demonio me siguió.

Todos mis instintos me pedían que huyera, pero me negaba a romper el contacto visual con él. Tenía la sensación de que, si le daba la espalda, se abalanzaría sobre mí. No importaba lo que tuviera que hacer para sobrevivir, viviría para volver a ver a mi familia. El demonio se movió a toda velocidad cuando me dispuse a girar a la izquierda, así que me moví en dirección contraria.

Seguimos con ese mismo baile lento hasta que nos vimos atrapados en un callejón sin salida. A mi derecha había una gruesa puerta de acero con la huella de una garra que sostenía un tallo de algo pintada sobre el metal. El demonio Aper estaba de pie ante ella, resoplando. En sus extraños ojos rojos brillaba la sed de sangre.

Al fin, recordé la tiza bendecida por la luna que llevaba en el bolsillo y me agaché muy despacio. Un segundo estaba de pie, y al siguiente estaba en el suelo con sus dientes chasqueando cerca de mi cuello. El dolor me recorrió entera, pero se vio eclipsado por una amenaza más inminente.

Miles de dientes estaban listos para sorberme la sangre. Un aliento caliente me rozó la piel y el demonio emitió un gemido grave. El pánico se apoderó de mí. No iba a morir de esa manera. No podía.

Me resistí con fiereza, pero el demonio era demasiado fuerte. Se retiró, listo para hincarme el diente y entonces… La bestia explotó en un charco de lodo gris.

Una daga atravesó el lugar donde estaba el corazón del demonio y las sombras salieron de la herida retorciéndose como serpientes. Me encogí mientras veía cómo la daga se tragaba las sombras y parecía absorber la fuerza vital del demonio. La punta se detuvo justo antes de atravesarme el pecho. Contuve la respiración, esperando que la Muerte desafiara a quien había robado su premio y me reclamara de todos modos.

Levanté la vista, pero no miré a la Muerte a la cara, sino al demonio de la guerra.

Wrath apartó al monstruo muerto y arrojó su cadáver a un lado. Envainó su daga matademonios y se arrodilló. Su expresión era tan dura como su tono. Lo cual era útil: necesitaba algo en lo que concentrarme además del terror abrumador que me invadía.

—Lección número uno: cuando luches contra un demonio, ten siempre algún arma preparada. Ya sea una tiza hechizada o un amuleto defensivo. Si no conoces la magia defensiva, este es el momento de familiarizarte con esa parte de tu linaje. Los demonios son depredadores de alto nivel. Son más rápidos y fuertes que tú. Su único propósito es matar, y se les da muy bien.

Me apoyé en el edificio, jadeando, esperando a que se pasaran los temblores. Si Wrath no hubiera llegado hasta mí cuando lo había hecho, mi familia habría enterrado a otra hija. Bueno, si hubiera quedado algo de mí que enterrar. Las lágrimas me ardían en los ojos. Me habían obligado a entrar en un juego del que no sabía nada y estaba perdiendo. De mala manera.

—¿Puedes sostenerte en pie?

Apenas podía respirar. Pero eso ya no tenía nada que ver con el terror, ahora estaba lista para atacar. Y tenía la vista clavada en el príncipe demonio que se cernía sobre mí. Me incorporé hasta quedarme sentada y rechacé su mano.

—¿Qué, ahora eres mi profesor?

—La oportunidad de convertir esto en una enseñanza ha surgido por sí sola. Las lecciones nunca fueron parte de nuestro trato, así que de nada.

Levanté la mirada para encontrarme con la suya, sin palabras ante el destello de preocupación que tardó demasiado en ocultar. Su preocupación por mí era genuina. Me sorprendí tanto que me olvidé de devolverle el golpe.

Esperé otro minuto antes de ponerme en pie. La mirada de Wrath me recorrió por segunda vez.

Miré hacia abajo, hacia los glóbulos grises gelatinosos que supuse que eran las entrañas del demonio. Ahora *yo* olía a pantano fétido. Fantástico. Nunca creí que añoraría los días en que apestar a ajo y cebolla eran mis mayores preocupaciones.

—¿Reconoces ese símbolo? —Señaló con la cabeza la puerta con la huella de una pata.

—Yo… —Intenté limpiar el lodo de demonio de mi vestido—. Necesito un minuto.

—Si sirve de algo, no habría dejado que el demonio te matara. Tal vez solo un mordisquito.

—Reconfortante como siempre.

Me acerqué a su lado y me quedé mirando la puerta. Había estado aterrada por el ataque del demonio Aper, enfadada con Wrath por la lección improvisada, y ahora el miedo volvía a instalarse en mi mente. No tenía ni idea de cuál de sus hermanos usaría una huella y no tenía ganas de

averiguarlo.

—¿Esta huella es el símbolo de la casa de la Envidia? —pregunté. Wrath negó con la cabeza—. ¿Es necesario un tallo de trigo para invocar a alguno de tus hermanos?

—Creo que en realidad es un tallo de hinojo.

Sacudí la cabeza. No quería saber cómo había averiguado eso a partir del tosco símbolo de la puerta. Pero hizo que las piezas del rompecabezas se unieran en mi mente. Había visto ese símbolo antes, pero no recordaba cuándo ni dónde. Posiblemente en algún lugar de la ciudad, mientras vagábamos por las calles. ¿O tal vez en el diario de Vittoria? Tenía muchos dibujos y símbolos extraños en los márgenes. Apenas había dormido y los últimos días habían hecho mella en mi memoria. Cuando saliéramos de allí, iría directa a casa y examinaría el diario.

Wrath me lanzó una mirada de reojo.

—¿Quieres ver lo que hay dentro?

Por supuesto que no. No pude evitar que una lenta y sigilosa sensación de temor me invadiera. Tal vez fuera una simple coincidencia que hubiéramos acabado allí, o tal vez formara parte de un plan más grande y siniestro. En cualquier caso, me sentía como si estuviéramos a punto de entrar en la guarida de un león y estaba tan emocionada como un cervatillo al que conducen al matadero. Tragué saliva.

—Sí.

Wrath sacudió la cabeza una vez antes de abrir la puerta para nosotros.

—Mentirosa.

TREINTA Y DOS

Entramos en una gran sala llena de cajas y trampas de pesca. Había cuerdas colgando de clavos oxidados en la pared. El suelo de madera crujía con cada uno de nuestros pasos. Normalmente no soy propensa a sentirme incómoda en los edificios, pero había algo inquietante en ese espacio. Un ligero y extraño zumbido me estaba poniendo todavía más nerviosa. Las motas de polvo se arremolinaban en los haces de luz de luna.

Esperaba que no hubiéramos provocado un alboroto y puesto sobre aviso a algún demonio. No quería enfrentarme a más criaturas como el demonio muerto de fuera. Wrath se mostraba indiferente, lo cual era irritante. Recorrió la habitación con la calma de quien se sabe el depredador más letal. Inspeccionó los aparejos de pesca y pateó un ancla oxidada que había sido desechada cerca de una salida trasera.

—Parece que este lugar no se utiliza desde hace tiempo —dijo.

—¿Crees que ha sido solo una coincidencia que el demonio Aper me haya traído hasta aquí?

Se encogió de hombros.

—¿Hay algo que te resulte familiar?

—Yo…

Escudriñé el espacio. Redes de pesca, cuerdas, varios anzuelos con formas extrañas clavados en la pared del fondo y trampas hechas de alambre. Todo parecía normal. Excepto por esa sensación que no era capaz de definir. En cierto modo, me resultaba familiar. Recorrí despacio el perímetro, deteniéndome en cada aparejo de pesca. Tenía que haber alguna

razón por la que habíamos acabado allí. Y estaba tan cerca de averiguarlo…

Levanté un gancho oxidado y lo dejé caer de vuelta contra la pared. Era de lo más normal y corriente.

Dejé escapar un suspiro. No quería perder el tiempo tocando todos los anzuelos viejos que había allí. En especial cuando lo más probable era que tuviera una pista mucho mejor esperándome en casa, en el diario de Vittoria. Sin embargo… No podía acallar el insistente tirón en el centro de mi pecho. Hice otro barrido de la habitación, pero no había nada destacable. Parecía que no había relación entre el ataque del demonio Aper y aquel edificio vacío.

—¿Y bien? —preguntó Wrath—. ¿Reconoces algo?

Nada, aparte del símbolo que estaba casi segura que mi hermana había esbozado en su diario. Sacudí la cabeza, con ganas de volver rápido a mi casa para recuperarlo.

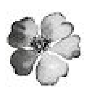
—No.

—Muy bien. Vamos a casa.

No señalé que su palacio robado y destrozado no era mi casa y nunca lo sería.

—Tengo que ir a recoger mis cosas —dije—. Nos veremos allí enseguida. Deberías deshacerte del demonio de fuera.

Antes de que pudiera discutir, me escabullí por la puerta y me dirigí a mi casa.



Me desplomé contra el marco de la puerta de mi dormitorio y observé la carnicería. Las tablas del suelo estaban arrancadas y rotas. Las astillas de madera ensuciaban la pequeña alfombra que Nonna había tejido para Vittoria y para mí cuando éramos pequeñas. Unas cuantas plumas flotaban

en la brisa que entraba por la ventana rota. Alguien se había desquitado con mi colchón.

O algo. Wrath decía que los príncipes del infierno debían ser invitados a casa de un mortal, pero, como había descubierto hacía poco, esa regla no se aplicaba a todos los demonios. Las criaturas demoníacas inferiores parecían hacer lo que les venía en gana. El Umbra había sorteado nuestros hechizos de protección y no había recibido ninguna invitación formal. Wrath también había mencionado que la magia no funcionaba con ellos de la misma forma que con los seres corpóreos, así que era probable que el problema fuera ese y no nuestros amuletos de protección.

Lo cual seguía sin ser reconfortante.

Sin ni siquiera entrar del todo en la habitación, supe que el diario de mi hermana había desaparecido, llevándose consigo sus muchos secretos. Un demonio Umbra era el autor más probable de aquel robo. Y eso hizo que Greed volviera a encabezar mi lista de sospechosos. Era el único príncipe del infierno del que tenía conocimiento que los utilizaba para hacer su voluntad.

Me pregunté por las noches en las que me parecía sentir que alguien me observaba mientras me dormía. Era inquietante e invasivo que los momentos privados se convirtieran en un espectáculo para ojos curiosos. Todas las veces que me había vestido o que me había derrumbado de pena. Cuando había dejado que las emociones en carne viva se descontrolaran porque creía que estaba a solas. Miré por la ventana, preguntándome si habría alguien ahí fuera, viendo cómo afrontaba ese último horror.

Me froté los brazos con las manos, tratando de sacudirme los escalofríos repentinos. Si mi dormitorio no estuviera en el segundo piso, y si no hubiera atravesado el resto de la casa para llegar hasta allí, habría creído que toda la casa había sido víctima de un saqueo. Aparte de mi dormitorio destrozado, el resto de nuestra casa estaba intacta. Y también los miembros de mi

familia. De alguna manera, Nonna no debía de haber escuchado nada inusual, porque estaba durmiendo la siesta con toda la tranquilidad del mundo en su habitación, un piso por debajo. Todos los demás estaban en el Mar y Vino hasta que terminara el turno de la cena. Gracias a la diosa.

Para tranquilizarme, me abrí paso entre los escombros y eché un vistazo al antiguo escondite de Vittoria. Las páginas del grimorio que había guardado allí después de invocar a Wrath estaban hechas trizas. Sus perfumes estaban destrozados. Las notas de amor habían desaparecido, junto con su diario.

Una lágrima cayó al suelo. Seguida de otra. Sentí que yo también caía. Que me deslizaba entre las grietas y me perdía de nuevo en el dolor. Ver las cosas de Vittoria destrozadas y rotas… era demasiado.

Atravesé los restos de lo que solía ser nuestro refugio y me desplomé sobre lo que quedaba de mi cama. Se hundió bajo mi peso, ya que me senté torcida y mal. Como todo lo demás en mi mundo.

Se me escapó un sollozo. Cuanto más intentaba luchar contra ellos, más incontenibles se volvían mis sollozos. Qué tontería pensar que ya no tenía nada que perder. Los demonios me habían demostrado que estaba equivocada. Aunque arreglara nuestra habitación, nunca volvería a ser la misma.

Habían destruido las pertenencias de mi hermana y todo aquello a lo que ella tenía cariño.

Al final, Vittoria había sido borrada de mi mundo. Y no estaba segura de saber cómo seguir adelante. Me tumbé de lado, me puse las rodillas bajo la barbilla y lloré. No me importaba si había un demonio incorpóreo espiando. No me importaba si había un cazador de brujas, o un príncipe del infierno, o un monstruo humano sádico deleitándose con mi dolor. Había perdido algo que nunca recuperaría y me lamenté por ello.

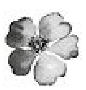
Si el demonio Aper era solo una pequeña muestra de lo que estaba por

venir, mi ciudad pasaría muchas noches llorando por los seres queridos que le iban a ser arrebatados. Me sentí muy impotente. Muy perdida y sola. ¿Cómo podría detener a unos seres tan poderosos? Toda aquella situación parecía imposible y desesperada. Me había engañado a mí misma al creer que tenía una oportunidad de resolver los asesinatos y salvar otras vidas. Quería ayudar, pero no era suficiente. Sufrí espasmos y me agité por el hipo hasta que no me quedó nada. Odiaba lo alterado que estaba el mundo.

Me llevó un poco de tiempo, pero al final me sequé las lágrimas. Los demonios le habían arrebatado la vida a mi hermana y seguirían tomando lo que quisieran hasta que alguien los detuviera. ¿Y qué si no tenía todas las respuestas? Haría todo lo posible para evitar que se abrieran las puertas del infierno. Ya había tenido suficiente.

Me levanté de un empujón, me aferré a mi rabia y fui a por mi plumilla y mi bote de tinta. Escribí una nota rápida para mi familia en la que les decía que los quería y prometía que estaría bien, pero que no podía seguir allí. Me comprometía a mantenerlos a salvo, pasara lo que pasara.

No me arrebatarían a nadie más a quien amara. Utilizaría la más oscura de las magias para asegurarme de ello.



—¿Cómo estás? —le pregunté a Claudia. Tenía la cara llena de manchas y los ojos hinchados.

—Por favor, pasa. —Abrió la puerta de su casa y entré. Las cortinas estaban echadas. Unas velas negras brillantes ardían y parpadeaban en casi todas las superficies, mientras desprendían un aroma picante. En un altar que adornaba la parte superior de un pequeño cofre en la sala de estar había una pila de huesos de animales y manojos de hierbas secas. Detrás de él, un espejo apoyado en la pared me ofrecía un reflejo de la macabra escena. Casi

había olvidado que la pobre Valentina había sido asesinada.

Parecía que hacía un año ya de eso, no solo un día.

—¿Estás bien?

—No estoy segura. Siento una extraña mezcla de emociones. —La voz de Claudia sonó tranquila. Me indicó que nos sentáramos en un sofá raído ante el altar del luto—. Al principio sentí que alguien me había arrancado también el corazón. Luego me sentí entumecida. Y ahora… —se sorbió los mocos y sacudió la cabeza. No me miró a los ojos.

—Ahora quieres venganza.

Levantó la mirada con brusquedad y se pasó el dedo por la nariz.

—¿Eso está mal?

—No. Solía pensar que sí, pero ya no. —Me giré sobre el cojín y le agarré las manos—. ¿Tienes algún hechizo que cree una barrera lo bastante poderosa como para matar a un demonio si intenta cruzarla?

Claudia me agarró con más fuerza y tensó la mandíbula.

—Creo que sí.

—¿Incluso uno invisible?

—Sí.

—Bien —dije—. Quiero que conjures esa protección alrededor de tu casa ahora mismo, y si puedes, de la mía también. ¿Necesitas sangre para el hechizo? —Volvió a bajar la mirada y asintió. Me lo imaginaba. La magia oscura exigía un pago. Le solté las manos y me remangué una de las mangas de la blusa—. Solo necesito un cuchillo, dos viales, un poco de aceite de lavanda y una venda.

—Emilia, no puedes…

—Puedo —dije, con firmeza—. Quiero ayudar como sea.

—Está bien. —Mi amiga se puso en pie. Su tristeza había sido reemplazada por algo más afilado, más cabreado. Algo que ahora también reconocía en mí misma—. Iré a buscar el cuchillo.

TREINTA Y TRES

Wrath no pronunció ni una sola palabra cuando irrumpí en su palacio robado y subí las escaleras. Imaginé que percibía la furia de mis emociones y fue lo suficientemente cortés como para darme un respiro.

Observó en silencio, con una molesta ceja enarcada, cómo tiraba del vendaje que llevaba en el brazo y desaparecía de la vista. En el tercer piso, al final de un elegante pasillo, encontré una habitación que era cinco veces más grande que el dormitorio que había compartido con Vittoria.

Debería haberla odiado por ser tan bonita, pero no fui capaz.

Las paredes eran de un azul gélido, con un tapiz de tonos solares y una cama de cuatro postes, justo en el centro, por la que podría rodar al menos tres veces sin caerme. Había un cuarto de baño alicatado con una bañera hundida en el suelo y un espejo hasta el techo, e incluso con algunas grietas y astillas, decidí categóricamente que me serviría.

Aunque, teniendo en cuenta que la cama y el tapiz eran nuevos, quizás no había sido la primera persona en pensar que me gustaría esa habitación. Quería enfadarme porque Wrath hubiera acertado, pero estaba agotada y no era capaz de sentir gran cosa. Había sido un día largo y terrible.

Saqué mi propia manta del equipaje, la tendí sobre el colchón y la alisé. A continuación, ahuequé la almohada y, aunque no era gran cosa, me sentí un poco más como en casa. Sobre todo, porque no sentía mi hogar como tal después de que mi habitación hubiera sido invadida y destrozada. Antes de empezar a llorar de nuevo, fui al cuarto de baño y abrí el grifo del agua.

Después de limpiarme la cara y cepillarme el pelo, decidí que lo siguiente

era una cabezada. Entré en mi habitación y me detuve. Wrath se encontraba en la cama que me había apropiado, con un brazo sobre el torso y el otro doblado detrás de su oscura cabeza.

Se estaba obligando a adoptar una postura relajada, pero algo en su mirada delataba su tensión. Volvía a ir vestido de negro y parecía el tipo de hombre que lo llevaría de pies a cabeza. Me pregunté a quién pensaba amedrentar esa noche, dadas sus razones para disfrutar tanto de ese color.

—¿Estás bien?

Me crucé de brazos y lo miré impasible.

—No.

Entrecerró los ojos, centrándose en mi vendaje.

—¿Qué ha pasado?

Me encogí de hombros. No estaba de humor para responder a sus preguntas. Pero quería que él respondiera a las mías.

—Greed y Envy quieren el Cuerno de Hades. Tú también debes de quererlo. ¿Por qué no me quitas esta mitad?

Wrath no mordió el anzuelo, pero su expresión se endureció junto con su tono.

—¿Por qué no haces la auténtica pregunta para la que quieres una respuesta?

—Han robado el diario de mi hermana. Alguien ha destrozado nuestra habitación y destruido sus cosas.

—¿Y crees que yo he tenido algo que ver? —Sus ojos me evaluaron—. No es solo un diario, ¿verdad?

—No. —Dejé escapar un suspiro frustrado—. Le puso un hechizo candado usando magia demoníaca. Conseguí romperlo, pero no me dio las respuestas que buscaba.

Wrath consideró en silencio la información que había compartido con él. Era una ofrenda de paz por haber estallado, y parecía que lo entendía.

—Te habría ayudado a romper el hechizo si me lo hubieras pedido.

Crucé la habitación y me dejé caer en la cama junto a él, ignorando la mirada indignada que me lanzó mientras rebotaba en su sitio. Estaba muy cansada y solo quería que aquel día terminara. Después de que me revelara que las puertas del infierno se estaban debilitando, mi siguiente prioridad era encontrar mi amuleto. Si tenía el Cuerno de Hades completo, podría cerrar las puertas antes de que cualquier otro demonio escapara. Pero necesitaba dormir un poco para poder pensar con claridad.

—¿Tenemos algo planeado para esta noche?

—Sí.

—¿Alguien más ha hecho un trato con Pride?

Asintió.

—Isabella Crisci.

—¿Cuándo salimos?

—Al anochecer.

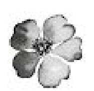
Tiré de la almohada para sacarla de detrás de él, me la puse debajo de la cabeza y cerré los ojos. Pasaron treinta segundos de bendito silencio antes de que me golpeara en las costillas. Abrí un ojo.

—Vuelve a hacer eso y te echaré encima un hechizo de contención.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparándome para la guerra. Ahora vete.

Murmuró algo en voz baja que no entendí. Ni me importó. No había sido del todo sarcástica. Necesitaba estar bien descansada y espabilada para encontrar mi *cornicello* y para prepararme para cualquier otra pesadilla infernal que me deparara la noche.



Cuando me desperté varias horas después, Wrath se había ido. Gracias a las

estrellas. A veces, sobre todo cuando estaba agotada, tenía tendencia a rodar sobre mí misma y hablar en sueños. Vittoria solía burlarse de mí sin cesar, lo que ya era bastante embarazoso, pero habría sido dolorosamente incómodo si hubiera ocurrido delante del príncipe demonio.

Me incorporé y una manta que había sido colocada sobre mí con mucho cuidado se cayó. La miré, frunciendo el ceño. Estaba casi segura de que me había quedado dormida encima de ella.

—¿Hola?

Observé la habitación vacía y silenciosa. Wrath no estaba al acecho. No es que esperara que lo estuviera. Tardé un momento en darme cuenta de por qué. Ya casi había oscurecido y él había dicho que debíamos irnos al anochecer. Me levanté de la cama y bajé corriendo las escaleras, gritando el nombre del demonio.

Todo estaba tan silencioso como las catacumbas.

—Sangre y huesos.

El inútil del príncipe me había dejado atrás para ir a hablar con la bruja por su cuenta. Marché alrededor del palacio vacío, iracunda. Debería haberme despertado. Tenía tanto derecho como él a estar allí cuando hablara con Isabella. Era obvio que Wrath no quería que la disuadiera de aceptar el trato con el diablo. Pues vaya con lo de ser compañeros. Estaba tan enfadada que podría haber gritado

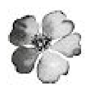
Después del día que había tenido, necesitaba exteriorizar mi frustración. No podía quedarme sentada, esperando a que alguien hiciera un movimiento. Sobre todo, ahora que sentía que unas manecillas invisibles hacían *tic-tac, tic-tac* mientras corría el tiempo que quedaba antes de que las puertas del infierno se rompieran del todo. No podía malgastar energía estando enfadada. Tenía que salir a ver si encontraba mi *cornicello* . Volví a mi habitación y me di cuenta de que me había dejado un vestido sobre una silla que había en la esquina.

Lo examiné. Era de color negro medianoche con raíces doradas cosidas a lo largo del corpiño, similar a la página del grimorio que había utilizado para invocar a Wrath. También había pequeñas serpientes entretejidas en el diseño. La palabra «exquisito» se quedaba corto para describirlo.

—*Testa di cazzo* . —Pero solo un idiota creería que un bonito vestido compensaría una promesa rota.

Me lo puse de todos modos. Se ajustaba a mis necesidades para esa noche.

Susurré una oración a la diosa de la buena fortuna y esperé que me bendijera con un poco de suerte.



No sabía a dónde iba, pero me aferré con disimulo al *cornicello* de mi hermana y seguí el susurro de una intuición. Había funcionado cuando había necesitado encontrar el antro de juego de Greed, así que decidí pensar en mi amuleto y ver qué pasaba. No estaba segura de lo que sentía en aquel momento, pero seguí la sensación mientras se hacía más fuerte.

Subí por calles empinadas pegadas a los acantilados y por fin me detuve a mirar el mar. Unos barcos pesqueros multicolores se balanceaban justo al lado de la costa.

Era una estampa tranquila, pero no tenía por qué detenerme a admirar el mundo mundano del que ya no formaba parte. No es que alguna vez hubiera pertenecido de verdad a él. Pero antes de todo aquello, al menos podía fingirlo.

Di unos pasos más allá del acantilado y el susurro que me llamaba cesó. Volví atrás y el susurro regresó. Observé la zona y vi una hoguera que empezaba a brillar debajo de mí. Allí había algo que la magia quería que encontrara. Un grupo impreciso de personas comenzó a reunirse en una cala

situada entre dos acantilados imponentes, en su mayoría oculta a la vista. Era una noche bonita para una fiesta junto al mar. Envidiaba a la gente de allí abajo por su ignorancia de la existencia de todas las criaturas de la noche.

Sujeté el *cornicello* de Vittoria en el puño, cerré los ojos y le ordené en silencio que me guiara hasta mi propio amuleto. No había tiempo para fiestas ni frivolidades. Levanté el pie para echar a andar de nuevo, pero había algo no me dejaba avanzar.

Abrí los ojos y contemplé la fiesta. Si mi hermana estuviera viva, estaría allí abajo con ellos, bailando. Casi podía imaginármela allí ahora, balanceándose y riendo. Con los brazos levantados para alabar a la luna llena. Deseaba tanto que estuviera allí que me escocían los ojos. Solté su amuleto y respiré hondo. Vittoria me habría arrastrado hasta allí para bailar, beber y vivir.

Y ahora ella estaba muerta y yo estaba allí de pie, sola.

Una magia poderosa y brillante me inundó las venas. Estaba más enfadada de lo que lo había estado en mucho tiempo. Y tal vez fuera esa ira feroz la que hizo que me decidiera a olvidar la búsqueda de mi *cornicello* . Había otras doce familias de brujas viviendo en secreto en Palermo. Cualquiera de ellas podría intentar impedir que los demonios invadieran nuestro mundo. Y, sin embargo, nadie lo había hecho. Tal vez debería ser más como mi gemela. Bailaría, reiría y olvidaría que el mundo era un lugar solitario y aterrador durante unas horas. Al día siguiente, seguiría habiendo pesadillas que combatir y más batallas que librar. Esa noche quería fingir que las cosas eran normales.

Aunque fuera una mentira. Todos los demás parecían contentos de vivir en un mundo de fantasía. No podían culparme por querer experimentar yo también eso durante una hora. ¿Y quién sabe? Tal vez si encontraba una forma de liberar algo de estrés, podría pensar con más claridad.

Una vez tomada la decisión, seguí el empinado y estrecho camino hacia el agua y el sonido de la alegría. Pasé los dedos por la hierba alta y bajé con cuidado por las escaleras talladas en el acantilado.

A lo lejos, los pescadores soplaban las conchas marinas. El mar susurraba, suave, feroz. Las olas bañaban la orilla. Las gaviotas graznaban. Los susurros me seguían, se burlaban de mí, justo fuera del alcance del oído.

La diosa gritó en señal de advertencia.

Atrapada en mis pensamientos, no había escuchado las señales. Una abrumadora sensación de miedo se apoderó de mí cuando mis pies tocaron la arena, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Ya había llegado a la rugiente hoguera.

TREINTA Y CUATRO

> Los rituales de la Hija de la Luna deben observarse durante cada luna llena. Para librarte de lo que ya no te sirve, necesitarás una vela azul pálido, un cuenco con agua, una pluma, papel y un puñado de salvia que quemar.
>
> —*Notas del grimorio de los Di Carlo*

Empezó de forma inocente, como si el demonio del Placer tomara forma humana y arrastrara un dedo helado por mi columna vertebral, trazando pequeños círculos sobre mi piel enrojecida. Levanté los brazos y me arqueé ante la sensación. La felicidad, pura, radiante y omnipresente, me invadió.

Si había estado enfadada un momento antes, de pie en lo alto de los acantilados, era un recuerdo olvidado en cuanto puse un pie en la arena. Si me habían preocupado los demonios invasores, ya no podía recordar por qué. Lo único que conocía en esos momentos era la felicidad.

Estaba tan ocupada con la felicidad que solo quería bailar, balancear las caderas y sentir que otro cuerpo se movía al compás del mío. Con ritmo, con alegría, sin trabas. Como si mi deseo hubiera convocado a una pareja de baile, unas manos invisibles recorrieron mi corpiño, bajaron por mis costados y me agarraron el trasero.

Jadeé. No abofeteé a mi audaz compañero. Me habían dado lo que quería en cuanto lo había querido. Y me *gustaba* .

La música y las risas resonaban por todas partes. El ritmo era vida. Era tentador. Despertaba mis instintos de bruja más primarios. Me moví sin pensar, entregándome por completo a la naturaleza y a mis sentidos. Me alejé de mi pareja de baile invisible y mis faldas y mi pelo revolotearon.

El vestido de serpiente y raíces que me había puesto antes me recordaba a la naturaleza salvaje; eché la cabeza hacia atrás y me empapé de los últimos rayos del sol. A lo mejor había abandonado mi cuerpo y era una nube. Me sentía bien al ser tan libre, al moverme y olvidar. Allí, cerca del fuego crepitante y de la gente invisible que bailaba, no pensaba en asesinatos, ni en maldiciones, ni en criaturas del inframundo, ni en los cuernos del diablo.

No pensaba en amuletos y diarios robados.

Mientras bailaba, allí abajo en la playa, solo conocía la paz, la alegría y el placer. No necesitaba preocuparme por nada. Podía quedarme allí e ir flotando de una sensación buena a la siguiente, para siempre. Él venía a por mí. Mi rey. Mi condena. No sé cómo lo supe, pero lo supe.

Equilibrio. Luz y oscuridad. Sol y luna. El bien y el mal. Una serpiente deslizándose sobre un lecho de flores silvestres. Ofreciendo un mordisco de la fruta más prohibida. La balanza de la justicia se inclinó, la elección era mía. Corregir un error o condenarnos a todos.

Una vocecita gritó en señal de advertencia, todo aquello estaba muy pero que muy *mal* . Sin embargo, dejé de oírla cuando la música y el movimiento me envolvieron, me atravesaron. Los susurros se volvieron más fuertes, más frenéticos. Los aparté.

Debí de quitarme las sandalias, las plantas de mis pies resbalaron sobre la arena caliente y la sensación me sobrecogió. Lo sentía todo muy bien. Muy intenso. Como si todos mis receptores de placer trabajaran cien veces por encima de su ritmo normal. No sabía que era capaz de *sentir* tanto.

Moví los dedos de los pies y me reí mientras los granos de arena se deslizaban entre ellos, haciéndome cosquillas y jugueteando. Alguien me

entregó un vaso de vino y pegué un buen trago. Sabía dulce, fuerte. A manzanas bañadas en miel y bendecidas por las estrellas. Era una de las cosas más deliciosas que había probado. A Vittoria le habría encantado. Bebí más, quizás para olvidar, quizás porque lo deseaba.

Luego, mi copa desapareció y me arrastraron a otro baile.

Quería quedarme allí por toda la eternidad, perdida entre esas sensaciones maravillosas. Y sentí que lo había hecho. Allí no tenía que sentir pena. No tenía que estar de luto. Allí podía limitarme a vivir.

Pasaron unos minutos, tal vez horas o días; el tiempo no tenía sentido. Me moví y me balanceé, cerré los ojos y escuché el encantador arrullo del agua, los murmullos de voces que pertenecían a personas que no podía ver. Aquellas manos invisibles de antes se convirtieron en exploradoras audaces, cartografiando el territorio inexplorado que era mi cuerpo. Se deslizaron hacia abajo, más abajo…

—Recuerda —me susurró una extraña voz—. *Inferus sicut superus* .

Como pasa arriba, pasa abajo. Allí había un recuerdo enterrado, rodeando el exterior de mi mente.

Una sensación punzante en el brazo, fría y afilada, me sacó de mi trance. Abrí los ojos de golpe. El miedo volvió a extender sus gélidos zarcillos hacia mí, pero tan rápido como ocurrió, desapareció. Fue sustituido por el placer. El éxtasis. Una libertad total y absoluta de todo pensamiento. Me gustaba estar allí, en un capullo de olvido.

Entonces lo vi.

Atravesó la playa abarrotada de gente como una espada. Su ira incendió la pacífica alegría. Mi pareja de baile invisible se desvaneció, pero apenas me di cuenta. Había una criatura mucho más interesante acechando más cerca. La más aterradora y salvaje. De forma vaga, sentí que debía echar a correr en la otra dirección. Que él era una bestia carnívora y yo un cordero, cada vez más cerca del peligro. En medio de un grupo de figuras sombrías,

él ardía con fuerza: la única figura que no estaba oculta.

Pensé en fuego, en penachos de humo y llamas lamiendo el aire. Lo que me hizo pensar en arrastrar la lengua sobre él, ver si estaba tan caliente como la energía que desprendía. Los tambores retumbaban. El corazón me latía con fuerza. Quería experimentar el placer a todos los niveles.

Quería un hechizo para embotellar aquel sentimiento y bebérmelo a sorbos cuando lo deseara.

La magia era vida y la vida se creaba haciendo el amor y sintiéndonos bien, y nuestros cuerpos intentaban recordarnos de forma constante que debíamos vivir. Había pasado las últimas semanas consumida por la muerte y la destrucción: necesitaba equilibrio. Me lo merecía. Como pasa arriba, pasa abajo.

Se detuvo ante mí, con expresión cautelosa.

—Es hora de irse, bruja.

En absoluto. Me alejé de él mientras daba vueltas, pero él me agarró de la mano y me hizo girar hacia atrás hasta que me estrellé contra su pecho. Su cuerpo desprendía un calor que me envolvió. Tuve la extraña sensación de que debería odiarlo.

—Hola, demonio. Vamos a bailar.

—Tienes que irte de aquí. Ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque te estás arrancando la ropa y me miras como si la mía fuera la siguiente.

Miré hacia abajo y me reí, sorprendida. Sí que estaba *intentando* desabrochar los lazos de mi corpiño, pero él frustró mis esfuerzos. Su mano tatuada cubrió la mía. Lo miré, con el ceño fruncido.

—¿No quieres verme desnuda?

—Ya lo he hecho.

—¿Y?

—Si cuando lleguemos a casa todavía quieres arrancarte la ropa, podemos discutirlo entonces.

Una ráfaga helada sobre mi brazo apagó las llamas del deseo. Luego volvieron con fuerza. Dejé de intentar quitarme el vestido y me centré en él. Fui a por el botón de su pantalón y él retrocedió con habilidad. Era una criatura difícil. Puse las manos en su pecho y las arrastré hacia abajo. El poder palpitaba bajo mi tacto. Respondía a mí. Era embriagador.

—Para ser la encarnación viva del pecado, no eres muy pecador.

Lo acerqué a mí. Los tambores retumbaban. La pasión me agitó. Cerró los ojos. Me acerqué más, y esa vez no me detuvo. La música se volvió más sensual. Automáticamente, me balanceé contra él. Quería que me abrazara y que bailáramos por el cielo.

El obstinado demonio no se movió.

—¿Por qué no me tocas? —Pasé el pulgar por la comisura de su boca y él me lo mordió con suavidad, impidiéndome mover el dedo. Si su intención era disuadirme, no estaba funcionando. Abrió los ojos y su belleza me sorprendió—. ¿Es porque soy una bruja?

Deslizó sus grandes manos por mis brazos. Me incliné hacia él, esperando que aplastara sus labios contra los míos. En lo más recóndito de mi mente, recordé que había dicho que un día le rogaría que me besara. Que lo amaría o lo detestaría, pero que lo desearía. No se había equivocado. Lo odiaba… por rechazarme. La anticipación que sentía estaba creciendo hasta un punto en el que resultaba casi dolorosa. Cuando por fin llevó las manos hasta mis muñecas, en lugar de acercarme, me empujó con suavidad hacia atrás, manteniéndome a distancia.

—Hay muchas razones. Una de ellas es porque estás bajo la influencia de mi hermano. —Miró por encima de mi hombro con expresión amenazadora —. Lust.

Intrigada, me giré muy despacio. El deseo abrasaba hasta el último de mis

pensamientos conscientes. El príncipe de la Lujuria era de piel dorada, pelo oscuro y era probable que su cuerpo fuera el que había utilizado Miguel Ángel como inspiración para sus esculturas. No solo lo deseaba, lo *necesitaba* . Ansiaba su atención tanto como su tacto.

—Hola, *signorina* Di Carlo. Eres absolutamente deliciosa, ¿no es así?

Su voz era sobrenatural. El placer mezclado con el dolor. Me sentía embelesada y aterrorizada. Una sensación gélida me aguijoneó el brazo. La misma sensación insistente que no dejaba de perseguirme. Adormeció mis emociones el tiempo suficiente para que pudiera comprender plenamente el horror de lo que estaba sucediendo. De lo que él estaba haciendo.

Lust estaba usando su influencia sobre mí. Y era peor que Envy, con diferencia. Me hacía sentir tan bien, tan feliz, que me olvidaba de quién era. Lo que quería. Y lo que odiaba por encima de todo. O tal vez no había olvidado del todo mi odio, pero lo que estaba claro era que no me importaba. Las llamas de la pasión arrasaron mis pensamientos conscientes y volví a sentirme atenazada por la pura necesidad animal. Tenía ansias de vivir, de divertirme, de…

El príncipe demonio me rodeó. Llevaba un traje con la chaqueta plateada desabrochada, sin camisa, y unos pantalones a juego que le colgaban tanto de las caderas que me sentí morir. Una corona de llamas le rodeaba la cabeza. Sus ojos eran carbón. Penetrantes. En ellos vi un pozo de deseo sin fondo. Quería arrancarme la ropa y sumergirme en ellos.

Empecé a avanzar hacia él, pero alguien me agarró por la cintura. Dejé de intentar escapar y en cambio, me concentré en el calor que sentía detrás de mí. En la solidez. El poder. Casi había olvidado lo mucho que lo deseaba a *él* .

Lust debió de percibir el cambio en mis emociones. Su mirada pasó de mí a su hermano, con una expresión indescriptible. Empezó a hablar, pero había demasiadas sensaciones que me distraían. Su voz, la brisa cálida, el

aroma de Wrath y el roce de sus fuertes brazos mientras me sujetaba. Lust siguió hablando. Mi mente intentó concentrarse en sus palabras, no en la forma de sus labios.

Se acercó a donde estábamos. Los brazos de Wrath eran puro acero a mi alrededor.

—¿Sabes qué significa eso, bruja? —Enarqué las cejas. Su sonrisa estaba hecha de unas pesadillas preciosas—. Ve, baila. Disfruta de la fiesta. Esto solo es un ensayo antes de la Fiesta del Lobo.

Me llegó un aroma familiar que me atrajo. Lavanda y salvia blanca. ¡Vittoria! Estaba allí… Si me iba a bailar, encontraría…

Para , me susurró la misma voz en la nuca. Era un truco. Vittoria estaba muerta.

—No.

Mi negativa me sorprendió tanto como a Lust. Su expresión pasó del deseo a la furia.

Chasqueó los dedos y su influencia sobre mí desapareció. Se me doblaron las rodillas. Si Wrath no me hubiera estado sujetando, me habría caído. Toda la felicidad y la dicha que había sentido me fueron arrancadas, dejándome hueca y temblorosa. El terror me recorrió. Lo que él había hecho… las cosas que había sentido. Quería arrancarme la piel a arañazos. O quizás quería clavarle las uñas a él, a la criatura que había violado mis emociones. Que me había hecho olvidar y desear cosas que debería temer. El vino que había tomado reapareció de repente. Me incliné y lo vomité todo. Wrath no me soltó.

—¿Por qué estás aquí? —La voz de Wrath sonó tranquila, baja. Un escalofrío se deslizó por mi columna vertebral.

—Para entregar un mensaje, querido hermano. Te necesitan en casa. De inmediato. —Su mirada se centró en mí—. No te preocupes. Yo cuidaré de tu amiguita. Tengo mucho que contarle. Historias de demonios y brujas. De

villanos y héroes. De maldiciones y la venganza de un rey.

—No. —Clavé los dedos en el antebrazo de Wrath—. P-por favor.

No sé si fue la forma en que se me quebró la voz o si había estado esperando una oportunidad por sus propios motivos, pero en un segundo Wrath me tenía en sus brazos, y al siguiente estaba detrás de él y su daga estaba enterrada hasta lo más hondo en el pecho de Lust. Un crujido de huesos. Giró la daga hacia arriba y una sangre oscura brotó de la herida.

—No vuelvas aquí. Me iré a casa cuando esté listo. —Arrancó la daga y se la limpió en los pantalones. Y esperó—. Nos vemos en el infierno, hermano.

No sabía qué me perturbaba más: la fría indiferencia en el rostro de Wrath mientras veía morir a su hermano o la brutal eficacia del ataque.

Sabía que era peligroso, pero verlo…

Lust tosió y se miró la herida mortal. Y de repente desapareció. Es decir, desapareció completamente de la vista, como si nunca hubiera estado allí.

Me derrumbé sobre la arena mientras contemplaba el espacio que antes ocupaba el príncipe demoníaco. Las lágrimas corrieron por mi rostro. Volví a vomitar y Wrath me observó impasible. Cuando dejé de tener arcadas, se arrodilló a mi lado. No me atreví a mirarlo a los ojos.

—¿Está muerto?

—No. Ser herido con la hoja de una casa solo rompe los lazos con este reino. Está de vuelta en nuestro reino y no podrá usar sus poderes durante un tiempo.

Una pequeña bendición en medio de tanta maldición.

—Mejor.

Wrath me pasó un paño para que me limpiara la cara. No sabía de dónde lo había sacado y no me importaba.

—Lust manipula las emociones placenteras y las intensifica. Puede que ahora experimentes un vacío. Imagínatelo como un pozo: la influencia de

mi hermano agota el suministro con mucha rapidez. Si antes te sentías feliz, ahora sentirás un fuerte contraste. A su manera, es un tipo de infierno. Proporcionar a alguien el placer definitivo solo para arrancárselo antes de que lo disfrute por completo. Si se hace con la suficiente frecuencia, los mortales se vuelven locos. Pero tú no tardarás mucho en recuperarte.

—No habrá… —Me llevé las manos a los lados—. Me ha…

—No —respondió Wrath mientras meneaba la cabeza.

—Pero sentí que había manos invisibles. —Tampoco olvidé lo mucho que había intentado quitarme la ropa delante de Wrath. O lo mucho que había deseado que me tocara.

—Manifestaciones de tu deseo. Eran parte de ti, no de nadie ni de nada más.

Eso no me reconfortaba. Puede que Lust no me hubiera violado físicamente, pero la manipulación emocional era igual de mala. Había retorcido todo lo bueno hasta revestirlo de maldad. Wrath tenía razón. Me sentí como si me hubiera estrellado, como si hubiera estado volando y el viento se hubiera detenido de golpe y me hubiera sumergido en las heladas profundidades del mar. Un vasto abismo de nada me engulló.

Quería acurrucarme en el suelo y dormir para toda la eternidad. No me importaba la maldición. O la molesta sensación de que había aprendido algo importante. Ya no me preocupaba el asesinato de mi hermana. O la venganza. Ya no me importaba nada.

Debí de decir esa última parte en voz alta.

Wrath se acercó y, con los nudillos manchados de sangre, me rozó con suavidad un lado del cuello. El lugar exacto en el que creía que me había besado la noche en que me había salvado del Viperidae. Me estremecí y dejó caer la mano.

—*Valeas* . —Sé fuerte—. Pronto volverá a importarte.

TREINTA Y CINCO

«Pronto» se convirtió en una semana. Apenas noté el paso del tiempo. Me quedé en la cama, impedí el paso de la luz del sol y me negué a bañarme. Tenía poca energía y aún menos motivos para preocuparme. No visité a mi familia, ni el restaurante. No busqué mi amuleto, ni pensé en las puertas del infierno. Apenas dormía. Cuando lo hacía, seguía escuchando una voz extraña. Al despertar, ese mensaje tan urgente estaba olvidado.

No me importaba. Nada importaba.

Sentía que el mundo se derrumbaba a mi alrededor y a veces jadeaba durante lo que parecían horas, sin poder respirar bien. La vida me dolía. Todo el placer había desaparecido. Todo lo que alguna vez había tenido sentido estaba olvidado, enterrado en lo profundo de un vacío que no podía atravesar. Mi hermana era un recuerdo lejano. La venganza se arraigaba en la pasión y, por lo tanto, tampoco me quedaba nada de ella.

Si Wrath estaba enfadado o molesto por mi incapacidad para deshacerme de los últimos vestigios del poder de su hermano, no lo dejó ver. Al menos no de la forma que yo esperaba.

No siempre era el niñero más amable o paciente. Pero nunca estaba lejos, siempre merodeaba cerca de mi habitación prestada en aquel palacio en ruinas. A veces, cuando caía en ese estado neblinoso entre el sueño y la vigilia, lo veía acampando en una silla junto a mi cama. Llevaba el pelo y la ropa revueltos. Una vez, me pareció que me había cogido de la mano. Pero cuando me desperté de esa neblina casi impenetrable, ya no estaba. Me traía la comida tres veces al día y, cuando me negaba a comer, se quedaba allí

sentado, con el ceño fruncido, hasta que lo hacía. Pelearme con él requería demasiada energía. Así que comía.

A veces me quedaba mirando las cuidadas líneas de sus tatuajes. De cerca, la serpiente metálica que empezaba en su mano derecha y se enroscaba hasta el hombro era una obra maestra: todas sus escamas brillaban. No era solo oro, había fragmentos de plata y carbón, de sombras y luz. Me quedaba con la mirada perdida mientras me traía la siguiente comida. Me preguntaba si nuestros tatuajes a juego evolucionarían y desarrollarían detalles tan intrincados con el tiempo. Dejé de preocuparme.

Él seguía tendiéndome más comida.

Uvas rojas gordas como globos. Cuñas de queso duro. Leche caliente endulzada con miel y especias. Carnes curadas y otras cosas a las que dejé de prestar atención. Era un poderoso cazador que traía a casa su botín de guerra. Me preguntaba cuándo se rendiría y me dejaría en paz.

—Cuando empieces a hacerlo por tu cuenta.

No creí haberlo preguntado en voz alta. No me importaba que me leyera la mente. Aparté el puñado de uvas que me ofrecía y me puse de lado. Y dejé que el mundo a mi alrededor se desvaneciera.

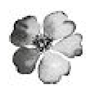
En algún lugar, a lo lejos, me pareció oír hablar a Wrath. Me estaba contando una historia sobre una bruja. Un día le habían arrancado el corazón, no en el sentido físico, sino en el emocional. Solo llenaba el vacío cuando salía a cazar para vengarse, e incluso en esas ocasiones su dolor nunca se alejaba demasiado. Entonces, cuando estaba a punto de descubrir algún secreto olvidado, conoció a un príncipe terrible. Él se deleitó en arrebatarle el poco placer al que se había aferrado, dejándola vacía y vulnerable.

Bloqueé el sonido de la voz de Wrath. No me interesaba esa historia. Ya conocía el final.

Vittoria se había ido. Yo había estado luchando contra el dolor de su

pérdida con todo lo que tenía, aferrándome a mi búsqueda de justicia como si fuera mi única atadura al mundo.

Ahora que mi voluntad de aferrarme a ella había desaparecido, no quedaba nada.



Al parecer, su paciencia tenía un límite de dos semanas. Una mañana, o una noche (había dejado de prestar atención), me sacó de la cama y me metió sin contemplaciones en una bañera, con ropa y todo. Me puse de pie en la bañera, me aparté el pelo de la cara y fulminé al demonio con la mirada. Él me devolvió la mirada y por fin prendió una pequeña chispa de ira.

—¿Es que has perdido la puñetera…?

Mi reprimenda se extinguió cuando observé la peculiar escena que nos rodeaba.

Las velas colocadas en círculo en el suelo goteaban lágrimas de cera, y sus llamas ofrecían un suave resplandor contra el crepúsculo que entraba por la ventana. No habría sabido decir si era el crepúsculo o el amanecer. Las ventanas estaban abiertas, permitiendo que el aire fresco entrara en el cuarto de baño. En algún momento, durante mi convalecencia, Wrath había colgado cortinas. Unas gasas preciosas ondeaban al viento.

No había dejado de redecorar.

Un hilillo de arena rodeaba la bañera junto con docenas de fragantes flores de azahar y plumeria. Mis flores favoritas. Le dirigí una mirada acusatoria.

—¿Qué es esto?

—Representaciones de cada elemento. —Señaló con la cabeza los elementos en cuestión—. Tierra, aire, fuego y agua. Supongo que no es necesario que explique nada más.

No lo hizo. Yo sabía con exactitud lo que significaban. Eran ofrendas para que las diosas ayudaran a guiar a una hija de la luna a salir de la oscuridad. Volví a echar un vistazo al cuarto de baño, más calmada. Añadir flores de azahar y plumeria era un poco exagerado; la arena habría representado perfectamente la parte terrestre del ritual. Sin embargo, no lo señalé. Me sorprendió que el demonio supiera tanto de nuestras costumbres. Me relajé contra el borde de la bañera y cerré los ojos, dejando que la magia de los elementos se filtrara en mi alma. Una paz somnolienta se instaló en mi interior.

Oí pasos de retirada y esperé hasta que casi se hubo ido.

—Gracias.

Tenía que haberme oído. No susurré, e incluso con las ventanas abiertas, no llegaba ningún otro ruido de la calle. Pero la única respuesta que obtuve fue el suave chasquido de la puerta al cerrarse. Aspiré el agradable aroma de las flores de azahar y me quedé dormida. Más tarde, recogí algunos y los entrelacé en mi pelo. Mientras me sumergía en el agua, comprendí por fin por qué había añadido las flores. No eran para el ritual. Eran para mí.

Su fragancia resultó ser el primer placer verdadero que sentí después de que me robaran el mío.

TREINTA Y SEIS

—Hay vencedores y hay víctimas. Decide quién quieres ser. U otros lo decidirán por ti, bruja. Y dudo que te guste.

Eché la cabeza hacia atrás y gemí.

—Es una partida de cartas, no una lucha entre la vida y la muerte. ¿Siempre eres tan dramático?

Wrath frunció el ceño desde detrás de sus cartas pintadas a mano.

—A menudo se aprenden valiosas lecciones gracias a los juegos de estrategia. Solo los tontos las desprecian.

—Y solo una irascible criatura del infierno se pone tan seria con un simple juego de cartas.

Cogí otro cannoli del plato que Wrath había puesto sobre mi cama. Cuando había salido del baño envuelta en mi nueva y sedosa bata, él estaba esperándome con el postre y las cartas. Me observó con disimulo mientras devoraba otro y pareció satisfecho de haber hecho un trabajo aceptable al recordar el tipo de comida humana que me gustaba. Yo había asumido erróneamente que conseguir relajarme todavía más formaba parte de su plan maestro para devolverme la salud y el bienestar óptimos.

No tenía ni idea de que íbamos a jugar a juegos de estrategia. De repente, eché de menos la bañera.

La bendición de los elementos había obrado maravillas en mis emociones. Estaba lista para volver a salir y resolver el misterio del asesinato de mi hermana. Y encontrar mi amuleto perdido. Al menos en teoría. En la práctica, me petrificaba la idea de encontrarme con otro príncipe del

infierno. Cada uno de los que había conocido hasta el momento había sido peor que el anterior.

—¿Cuánto tiempo tarda un príncipe demonio en recuperarse después de que…?

—¿Lo destripen?

—En realidad, creía que apuntabas al corazón.

—Le perforé un pulmón. Puede que le rompiera algunas costillas. —Su tono destilaba decepción—. Imagino que ya estará casi curado. —Me miró de arriba abajo—. No volverá a molestarte.

—Claro. A un príncipe del infierno que obtiene placer atormentando a los demás y quitándoles toda la felicidad y el placer de repente le crecerá una conciencia y no volverá a intentar poner en práctica ese desagradable truco.

—Por supuesto que lo intentará de nuevo. Pero tú vas a detenerlo.

Me tragué el último bocado de mi tercer cannoli y de repente me sentí mareada.

—¿Existe algún hechizo o amuleto que mitigue la influencia demoníaca? Los irlandeses tallan cruces de madera de serbal y las llevan encima para mantener alejadas a las hadas. Seguro que también tienen objetos que les ofrezcan protección.

Guardó silencio durante un rato que al final resultó incómodo. Levanté la vista y luché contra el impulso de estremecerme. Se estaba volviendo demasiado fácil olvidar lo que era en realidad. Además, había destellos, como aquel, que hacían que me preocupara el momento en el que decidiera desatar su influencia sobre mí.

—Los míos y yo hacemos que los monstruos tengan cuidado, bruja. Yo no temo, *yo* soy el miedo. Las ramitas y las bayas y el hierro aprisionan a los débiles. ¿Crees que soy débil? —Sacudí la cabeza y Wrath enseñó los dientes en una sonrisa que resultaba francamente petrificante—. ¿Tienes miedo?

Tragué con fuerza.

—No.

Me sostuvo la mirada durante un minuto, pero no me llamó la atención sobre la mentira.

—La base de mi mundo es un principio muy simple: *creo* que soy poderoso, por lo tanto, lo *soy* . Si estoy convencido de mis capacidades, los demás captarán mi confianza. Hará que se detengan, aunque solo sea por un segundo, mientras reevalúan una amenaza en potencia. Cualquier ventaja que puedas proporcionarte a ti misma será útil para tratar con mis hermanos. Su lema siempre será «conoce a tu enemigo». Pónselo difícil. Así que, para responder a tu pregunta, no, no necesitas un hechizo o amuleto o baratija que te ofrezca una falsa protección. Necesitas confiar en ti misma y en tu poder. O te torturarán y se burlarán de ti por toda la eternidad.

Una vez que mi corazón dejó de dar vueltas, le dirigí una mirada escéptica.

—¿Crees que puedo conseguir todo eso jugando a las cartas?

—Sí.

—Vale, digamos que tienes razón. ¿Cómo puede una partida prepararme para salir victoriosa contra un príncipe del infierno?

—La vida a menudo reparte cartas que no has elegido. —Wrath se echó hacia atrás, y el ambiente tenso de la habitación se relajó con él. Estudió sus cartas con mucha atención y luego puso una sobre la mesa. Maldije. Era la tercera vez consecutiva que ganaba—. Lo que cuenta es que las conviertas en una ventaja.

Me burlé.

—Eso ha sido suerte, no estrategia.

—Ambas cosas son necesarias. Pero se podría argumentar que la suerte mejora con una estrategia bien pensada. —Levantó la mirada—. Vosotros

vivís según las nociones arcaicas de la magia de la luz y de la oscuridad, cuando el poder no es ni bueno ni malo. Lo que importa en realidad es la intención. Al no estudiar *todas* las opciones de poder, te has cerrado puertas. No afilar todas las armas de tu arsenal es una mala estrategia por tu parte.

—A Nonna le encantaría ese consejo.

Su mirada se endureció.

—Si tu abuela está en contra de que aprendas a defenderte, yo empezaría a hacer preguntas. —Wrath tomó aire y su tono se volvió más agradable—. Si de verdad quieres participar en este juego de asesinatos y engaños, empieza por estudiar a tus oponentes. Debes saber quiénes son, qué quieren y observarlos de cerca. Una vez que conozcas bien sus hábitos, podrás detectar las mentiras con facilidad. —Elevó una comisura de la boca mientras yo perdía otra mano y maldecía al demonio—. Trabaja en tus emociones. Te rige el fuego y te enfadas y alteras con facilidad. Cualidades que no son malas en ciertos casos, pero que son perjudiciales cuando te enfrentas a tu enemigo. No les facilites la tarea. Lo más seguro es que hagan todo lo posible para frustrar tus esfuerzos por descubrir su verdad.

—¿Has considerado alguna vez dar clases en el infierno? Está claro que te encanta dar lecciones.

—Búrlate de mí todo lo que quieras. Eso no anula el hecho de que tengo razón.

—Y eres muy humilde al respecto.

—El mundo y los que habitan en él están en constante cambio, por lo que los príncipes del infierno seguimos agudizando nuestras mentes y habilidades. Es la ausencia de arrogancia lo que nos permite seguir siendo los más temidos. No creemos saberlo todo, creemos en adaptarnos. Si vosotros no adoptáis esos mismos principios, acabaréis extinguiéndoos.

—A mí me parece que te encanta el sonido de tu propia voz. Tal vez

deberías dejar que te enseñe a experimentar una gama más amplia de emociones.

—Un día, tal vez lo haga.

Dejó sus cartas a un lado y me estudió. No habría sabido decir si el brillo oscuro de sus ojos era el de un depredador rodeando a su presa o la señal de un leve interés con otros fines. O tal vez… Tal vez me estuviera admirando de esa manera en que lo hace alguien cuando te ve por primera vez bajo una luz diferente. Y lo que era todavía más extraño, no estaba segura de qué opción prefería yo.

Un destello del deseo que había sentido en la playa cruzó por mi mente.

Se me aceleró el pulso cuando se inclinó hacia delante muy despacio, con su mirada clavada en la mía. Por un momento, creí que iba a besarme. Se apartó con brusquedad. Solté un suspiro.

—Cuando pisaste la playa por primera vez, imagino que sentiste la influencia demoníaca. Ser consciente de ella es la clave para combatirla. Nuestro poder radica en percibir vuestras emociones, en influir en aquellas que nos alimentan. Una vez que te des cuenta de eso, tendrás el poder de cambiar la dirección de tus sentimientos e ideas. Podrías haberte alejado de la fiesta de Lust en cualquier momento. Solo necesitabas creer que podías.

—¿Estás sugiriendo que lo que hizo fue culpa *mía* ?

Wrath se puso de pie. No me había dado cuenta de lo bien vestido que iba, ni del cuidado que había puesto en peinarse. Llevaba una chaqueta negra como la tinta con serpientes doradas bordadas en las solapas, pantalones negros y botas que brillaban y que debían de haber sido pulidas hacía poco. En sus dedos incluso brillaban algunos anillos. Ónix y oro, sus colores favoritos. Tenía… buen aspecto. Se dio cuenta de a dónde se había desplazado mi atención y esbozó una sonrisa de medio lado.

—Estoy sugiriendo que posees un poder que no estás explotando, Emilia. Retuerce mis palabras, retuerce el significado todo lo que quieras. Eso es lo

que hacéis los mortales.

—Yo no retuerzo nada y no soy humana. Tus hermanos son unos sádicos.

—Los príncipes del infierno no somos ni buenos ni malos. Solo *somos* .

—Sí. Solo *son* monstruos malintencionados.

—Y sin embargo, sigues diciendo «ellos» y no me incluyes en tu valoración de mis hermanos. —Wrath negó con la cabeza—. ¿Por qué?

—Yo… —Respiré hondo—. Porque hasta ahora, Greed, Envy y Lust han hecho cosas terribles. Tú no. Pero lo más probable es que se deba al hechizo que usé contigo.

Wrath ya no parecía estar divirtiéndose.

—Aprende a leer a la gente, en especial cuando sus expresiones parezcan frías o remotas. Busca la tensión en la boca, fíjate cuando aparten la mirada. Cualquier gesto o señal de sus verdaderos sentimientos cuando hagas preguntas incómodas.

—¿Algún otro consejo, señor adaptable?

—Vives en un reino con libre albedrío: acéptalo y ya habrás vencido a tus enemigos. Siempre tienes el poder de elegir, incluso cuando esas opciones parezcan limitadas. Nunca lo olvides.

—¿De verdad? ¿*Siempre* ? —Me enfadé—. ¿Mi hermana tuvo la opción de vivir o morir? Porque estoy bastante segura de que fue otro el que decidió eso por ella.

—Hay destinos peores, bruja.

—¿Como por ejemplo?

—Vivir en mi mundo. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta—. Volveré dentro de un rato. Si te aburres, mira en la cómoda junto a la cama. —Se detuvo en el pasillo y me miró por encima del hombro—. Te sugiero que no salgas del palacio esta noche.

—¿Por qué no? —pregunté mientras se iba.

No se molestó en contestar, ya se había ido. Me pregunté por su ropa, por

la forma en que se había peinado. Parecía que quisiera causar una buena impresión.

Me levanté y me paseé por la habitación, miré por la ventana y me dejé caer de nuevo en la cama. Distraída, me retorcí un mechón de pelo, pensando en todo lo que había dicho sobre vencedores y vencidos. Luego empecé a pensar en el libre albedrío y en las elecciones. Y luego empezó a molestarme que estuviera siendo un hipócrita al privarme del mío.

Me quedé allí sentada durante veinte minutos, reflexionando sobre por qué, si tenía libre albedrío, le estaba haciendo caso. Tenía cosas importantes que hacer y ya había perdido suficiente tiempo. Me puse un vestido sencillo y sin mangas de color gris oscuro que debía de haber comprado hacía poco, y me adentré en la noche, que caía con rapidez.

TREINTA Y SIETE

> Las velas de oscuridad solo deben utilizarse en las peores circunstancias. Enciende una vela de color azul marino o púrpura intenso, espolvorea un puñado de polvo de nitrato de potasio alrededor de su base y llama al mal desde los confines del norte y del sur.
>
> —*Notas del grimorio de los Di Carlo*

La luz de la luna se derramaba como sangre plateada por los tejados y goteaba hasta las calles. Todavía era lo bastante temprano como para que hubiera mucha gente fuera. Algunos llevaban bolsas del mercado, otros se movían con prisa, cansados y agotados tras un duro día de trabajo.

Gracias a que el baño elemental me había recargado, ya no me sentía cansada ni exhausta, pero las últimas semanas me habían pasado factura. Cuando me puse flores de azahar en el pelo antes de salir, noté lo afilada que era mi mirada y el brillo de sospecha que no había estado presente antes en ella. Seguía siendo la misma Emilia, solo que un poco más cautelosa y nerviosa. Pensé en las últimas semanas de mi hermana y me pregunté cómo, si se había encontrado con alguno de los príncipes del infierno, nos lo había ocultado.

Puede que *sí* hubiera estado nerviosa, temblorosa. Y tal vez por eso Nonna había intentado hacernos ver todas las señales de las diosas. Sabía

que la tormenta se acercaba. Yo había estado demasiado concentrada en refutar sus fantasiosas afirmaciones para fijarme.

Avancé por las calles a toda prisa, agradeciendo el hecho de no estar sola. No quería encontrarme con ningún demonio, real o no. Quedarme en el palacio con las protecciones mágicas habría sido prudente, sin duda, pero no podía esconderme de mis muchos enemigos para siempre. Permanecer allí tampoco me ayudaría a perfeccionar mis habilidades para observar a la gente cuando hablara y distinguir si mentían. Cada día que pasaba podía conllevar que asesinaran a otra bruja. Cuando por fin me había sacudido los últimos rastros de la desesperación a la que me había inducido el demonio, había caído en algo que antes había pasado por alto. Algo que podría no significar nada o que podría unir todas las piezas. El monasterio.

No podía dejar de preguntarme por qué mi hermana había ido allí dos noches seguidas. Después de que no le permitieran preparar los cuerpos de los muertos, Vittoria apenas había puesto un pie allí. Pensé en el círculo de invocación que había en la estancia donde había muerto mi gemela. Si ella no lo había preparado, eso significaba que lo había hecho otra persona. Alguien que podría ser responsable de invocar a Greed y Envy. Tal vez pudiera pillarlo *in fraganti* mientras dibujaba otro círculo. No era mucho, pero era algo.

Gracias a la influencia demoníaca de Lust, había perdido las dos últimas semanas y…

Claudia se paseaba por el pequeño patio que separaba los dormitorios del monasterio. Las lágrimas corrían por su rostro. Se tiraba del pelo mientras murmuraba. Llevaba la falda sucia y rota, y unas manchas oscuras de óxido salpicaban su corpiño. Me apresuré a ir a su lado, pero no pareció percatarse de mi presencia. Estaba hecha un desastre, lo cual no era sorprendente teniendo en cuenta que habían asesinado a su prima hacía un par de semanas.

—¿Claudia? —Me acerqué a ella con cautela. Ella se negó a levantar la vista—. ¿Estás bien?

—Me dijeron que no los usara. Que no los usara nunca.

—¿Usar qué?

—Huesos y espejos negros. Espejos negros y huesos. Montones de cuerpos y cenizas de los caídos. Huesos de los muertos, y los muertos son polvo porque he visto el batir de las alas del cuervo contra la luna creciente. La luna es un colmillo, está esperando a hundir sus dientes en todos nosotros. Devorando. Devorando sangre y huesos hasta que seamos polvo.

Cayó de rodillas, intentando sin éxito levantar las piedras de la calzada. La sangre seca impregnaba la zona de debajo de sus uñas. Las tenía agrietadas y rotas.

—Lo oigo. Me susurra y a veces es tan fuerte que apenas puedo pensar.

Miré hacia abajo, horrorizada al fijarme en que en el suelo había varias líneas largas y finas, como si llevara bastante tiempo arañando.

—Claudia, por favor. —Me agaché para poner mis manos sobre las suyas, pero ella se giró y siseó como una criatura salvaje, con los ojos vacíos, sin reconocerme. Me aparté de un tirón—. ¿Qué ha pasado?

—Polvo. Polvo. Somos espejos en el polvo. Somos cráneos sin carne, huesos sin médula. Muerte. La muerte sería bienvenida. Ninguna es bienvenida. Y tú —su oscura mirada atrapó la mía— arderás y arderás, y la luna tendrá su venganza, y el sol nos tragará enteros y no quedará nada. Las estrellas. Las estrellas se han apagado y están cayendo como plumas arrancadas del poderoso cuervo porque él ansía su carne y ella desea alimentarlo hasta que se sacie, pero nunca estará satisfecho. Él es el pecado y se alegra por ello.

Los espejos negros se utilizaban para la adivinación, y algunas personas también utilizaban huesos de animales, aunque Nonna advertía de que no debían utilizarse objetos tocados por la muerte. Argumentaba que el futuro

solo debía ser visto por los vivos, que las cosas que se pudrían en las profundidades de la tierra se habían convertido en otra cosa, que se habían alejado de este reino, y por lo tanto ya no se preocupaban por lo que estaba por venir.

Por lo que sabía, Claudia solo utilizaba un puñado de piedras preciosas o velas para sus hechizos.

Se balanceaba de un lado a otro sin dejar de susurrar. Sus palabras eran apresuradas y estaban impregnadas de un pánico frenético. Ya no hablaba solo en italiano y no entendía ni la mitad de lo que decía. No pude evitar que me entrara miedo de que estuviera repitiendo mensajes de criaturas que no querría conocer en persona. Intenté llegar hasta ella de nuevo, no quería dejarla sola en aquella pesadilla.

Forcejeó para alejarse, pero la rodeé con los brazos y alisé el pelo húmedo de su frente.

—Chist. Chist. Las estrellas no están cayendo. Estamos todos a salvo.

—A salvo. A salvo con cadenas y candados y espejos negros sin llaves. —Claudia se meció en mis brazos—. Lo oigo, o a ellos. Es difícil saberlo. Hablan todos a la vez: los huesos de los muertos, el polvo de las estrellas y la luna devoradora con su sonrisa despiadada. La diosa que es y no es, es venganza.

Una terrible sospecha nació en mi estómago.

—¿Has usado huesos humanos?

—Dijo que lo sabría. Que me lo dirían. A los muertos no debería importarles. Los muertos no tienen mente, ni voluntad. No tienen memoria. Nuestras mentes fueron hechas para olvidar. Las cerraduras no encajan con las llaves. Solo usé los huesos porque me dijo que lo hiciera. Se suponía que unas estrellas preciosas debían iluminar el camino, guiarme hacia ellas. Se suponía que debía ayudar. No dejan de gritar… ¡Haz que dejen de gritar!

—¿Quién grita?

—¡Los malditos! Creen que arden, pero hay destinos peores que el fuego y la ceniza.

Era inquietantemente similar a lo que Wrath había dicho antes.

Claudia echó la cabeza hacia atrás y gritó, lo cual me puso la piel de todo el cuerpo de gallina. Las luces de los dormitorios del monasterio se encendieron. La abracé con fuerza contra mí, tratando de evitar que armara más escándalo. Tenía que tranquilizarse antes de que llegara la hermandad.

—Todo va bien. Todo va bien. Respira.

—Espejos negros. Ojos ardientes. La muerte viene ofreciendo amistad. *Inferus sicut superus* . El libro necesita sangre. La anhela. La sangre lo rompe. —Me apartó de un empujón y se dio la vuelta—. Esconde tu corazón. Esconde tu corazón antes de que… —Me golpeó en el pecho mientras sacudía la cabeza. Las lágrimas corrían por su rostro—. Demasiado tarde. Se han llevado el corazón y lo han escondido bajo las rocas y la tierra. Muerte. Huesos, polvo y gritos. Desaparecido. El cambio está aquí.

—¿Qué cambio has visto?

—*Angelus mortis* . Él va y viene, y es un astuto ladrón que robó las estrellas y se las bebió. Él te llevará. Ya te has ido. Al final, tú eliges. Pero él también elige. Estaré de luto. Estoy de luto. Como las hojas en el viento. —Claudia recogió lo que solo pude suponer que eran hojas imaginarias del suelo y las sopló desde su palma—. El ángel de la muerte te ha reclamado. Te ha cambiado. Estás aquí, pero no allí, allí es donde estarás, tu vida ha terminado. Igual pero diferente. Por toda la eternidad.

Entendía lo suficiente de adivinación como para saber que sus advertencias no eran simples desvaríos ni señales de locura. Imaginé que aquello era similar a lo que le había ocurrido a la vieja Sofía Santorini dieciocho años atrás, cuando su predicción había salido mal. Parecía que mi amiga estaba atrapada entre reinos y realidades, escuchando cientos de

mensajes diferentes a la vez. No podía ni imaginar lo aterrorizada que debía de estar, perdida en la prisión de su mente sin esperanza alguna de escapar. Esperaba que aquello no fuera el resultado del hechizo que yo le había pedido que llevara a cabo. Si lo era…

Tomé la mano de Claudia en la mía con suavidad.

—Vamos a llevarte con Nonna.

—Están hablando todos a la vez. Me cuesta entender. Escuchar. La misma voz habla por encima de todas, cruel, suave como la seda y dulce como la miel. *Elige,* dice. Quería probarla. Era venenosa. No tendría que saberlo. Viene. No, no, no. Está aquí, ya no está allí, sino aquí. Camina entre nosotros, oculto en las sombras. Como la muerte.

—Nonna sabrá qué hacer para ayudarte. Tenemos que ir a verla enseguida.

Me clavó las uñas en los brazos con tanta fuerza que hizo que me estremeciera y susurró:

—Corre.

TREINTA Y OCHO

—No debes demorarte , te está buscando. —Por un momento, Claudia pareció perfectamente lúcida. Luego, sus ojos se abrieron lo suficiente como para verle toda la esclerótica, y los gritos empezaron otra vez con ahínco. Era horrible, espeluznante e implacable. Como un animal que ha caído en una trampa cuando un depredador anda cerca.

Luché contra el impulso de taparme los oídos. O de romper a llorar.

Inspiré rápido varias veces y me recompuse: lo que necesitaba era un hechizo de limpieza, al menos como solución temporal. Pero eso requería cuarzo rosa, sal, agua y raíz de argamula real. Todo eso estaba en casa, y allí no nos servía de nada.

La puerta de los dormitorios se abrió de golpe y algunos miembros de la hermandad salieron corriendo de ella. Levanté una mano para detenerlos y frenaron de mala gana a varios metros de distancia. Sentí un estremecimiento cuando vi al hermano Carmine salir de la parte trasera del grupo. Hacía años que no lo veía.

En mi mente resurgieron recuerdos de la infancia largo tiempo enterrados. Cuando éramos más jóvenes, unos años después de que la vieja Sofía Santorini utilizara la magia negra, se subía a una caja en el mercado y gritaba sobre el diablo. Teníamos que irnos. Enseguida. Si veía a Claudia en ese estado, creería que estaba poseída.

El miedo convertía a los hombres en monstruos.

Antonio se separó del grupo y, cuanto más se acercaba a donde estábamos sentadas, su expresión reflejaba cada vez más el horror que estaba

reprimiendo. Se fijó en el cabello despeinado de Claudia, en el vestido rasgado y las manchas de sangre.

—¿La han atacado? ¿Qué ha pasado?

No podía decirle la verdad: que había estado jugando con fuerzas místicas en los pasillos sagrados del monasterio, que era posible que hubiera utilizado los huesos de los muertos en un ritual de adivinación por razones que aún no había descubierto, y que había pagado un precio muy alto.

—N-no estoy segura.

Al menos se acercaba bastante a la verdad.

Claudia emitió un sonido muy agudo. Antonio se arrodilló a su lado. Ella se precipitó hacia delante y le agarró la parte delantera del camisón.

—No debería haber mirado. Pero ella me dijo que lo hiciera. Teníamos que saberlo. Por Valentina. Las ratas entran y salen, y hay muchas entre nosotros. Ellas ayudaron. Pequeñas alimañas extrañas, dejando caer secretos como excrementos. Ahora no se irá. Él lo empezó: su odio y su maldad lo invitaron a entrar. Me dijo que debíamos estar seguras. Él es el elegido. Él es la muerte. No debería poder salir, esas son las reglas. Pero las reglas están hechas para romperse. Como los huesos. Le encanta romper huesos. Creo que lo que busca es la médula.

—¿*Quién* ? ¿Quién te dijo que miraras? —pregunté. Antonio enarcó las cejas y me miró. Estaba claro que creía que yo podría sufrir la misma aflicción si consideraba que todo lo que Claudia decía era verdad. No me importaba lo que pensara. Tenía la creciente sospecha de que ya sabía a quién se refería por la mención de Valentina, pero quería más pruebas—. ¿Fue tu tía Carolina?

—Ella hilaba historias como el azúcar, y eran livianas y dulces hasta que se quemaron, y ahora todos arderemos porque él está aquí y está loco, y las puertas… Las puertas… Ella dijo que protegiera las puertas. Pero ya no está encadenado a ellas, ¿verdad? El veneno era dulce, todavía lo saboreo.

Persiste. Se atasca, atasca, atasca en mi garganta, me ahoga. Él tiene secretos. Quiere devorar. Vasos vacíos llenos de él. No, no. *Vaso* vacío. ¿Cómo lo hizo? Un cáliz o una jarra. Recipientes vacíos hasta que se llenan. Tiene el libro. El corazón. Necesita el cuerpo para robar el alma.

Un leve movimiento me llamó la atención. Levanté la vista. Se nos habían unido varios miembros más de la hermandad. En silencio, se habían colocado formando un semicírculo, impidiéndonos así el paso al monasterio. Algunos sujetaban con fuerza largos rosarios de madera, con los nudillos blancos. Otros parecían preparados para la violencia, sus miradas fijas en mi amiga. Había que poner a salvo a Claudia antes de que intentaran exorcizarle un demonio que no existía.

—¿Qué locura es esta? —preguntó el hermano Carmine, con expresión severa. El corazón me latió con fuerza—. ¿Está poseída por el mal?

—No, no. Está bien. —Antonio le hizo un gesto para que se fuera—. Solo se ha pasado un poco con la bebida.

Yo creía que los miembros de la orden sagrada no mentían, pero me alegré de que lo hiciera. Antonio seguía de nuestro lado, sin importar lo que sus hermanos pudieran pensar.

—¿Puedes llevarla a mi casa? Creo que debe de haber estado expuesta a… algo. Necesita descansar y tomar un té. Dile a Nonna que le dé un poco de la raíz de argamula real que tiene.

Antonio se mordió el labio inferior. Parecía dudar de la probabilidad de que aquel remedio popular funcionara, pero no discutió. Le tendió la mano.

—¿Vienes conmigo, Claudia? Vamos a dar un paseo. Te ayudará a despejar la cabeza. El aire fresco siempre viene bien.

Ella me lanzó una mirada preocupada y yo sonreí.

—Tiene razón. Un paseo te hará sentir mejor. Y también un té de hierbas y descansar un poco. ¿Estás lista para irte?

—Sí. Pero Domenico no. —Claudia deslizó su mano en la de Antonio y

luego se encogió—. Dice que no está preparado y que no se moverá. El tiempo se le escapa como el agua entre las manos. Pero sigue esperando. Espera y espera. Quiere que ella elija. Sabe que lo hará. Pronto. Entonces él también tomará su corazón. Y su alma. Quiere matar de nuevo. El premio final.

—¿Domenico? —pregunté, y me giré hacia Antonio cuando mi amiga se retiró a su propio mundo fracturado—. ¿Estaba aquí antes?

—Yo… Creo que sí, pero no lo recuerdo con certeza. Viene casi todos los días. No creerás que… —Volvió a centrar la atención en Claudia, que había empezado a murmurar en esa extraña lengua de nuevo. La preocupación inundó sus rasgos—. No creerás que le ha hecho daño, ¿verdad?

—Está oscuro. Oscuro y mohoso, y la muerte está al acecho. Ha probado su sabor y quiere más. —Claudia parpadeó muy deprisa y de repente pareció más ella misma—. ¿Sigue aquí?

—No —le respondió Antonio—, Domenico se ha ido.

—Pero no te preocupes. —La ayudé a ponerse en pie—. Lo encontraré. —Miré a Antonio—. ¿Sabes dónde vive? —Él negó con la cabeza. Por supuesto que las cosas no serían fáciles, nunca lo eran—. Iré a comprobar el puesto de arancini de su familia, por si acaso trabajan hasta tarde.

—¿Sola? —La boca de Antonio se convirtió en una línea tensa llena de preocupación. El pelo castaño le caía sobre la frente. Parecía muy joven e inexperto en comparación con Wrath—. Si ha hecho algo… quizás deberíamos ir juntos.

Esbocé lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora. Aunque me encantaría tenerlo a mi lado cuando me enfrentara a Domenico, había preguntas que necesitaba hacer y de las que él no podía enterarse. Y no solo porque fuera humano. No podía mencionar las artes oscuras o lanzar acusaciones sobre retozar con príncipes demoníacos delante de un miembro de la santa hermandad.

—No me pasará nada. No creo que Domenico haya hecho nada siniestro —mentí—. Pero él podría saber si Claudia ha ingerido alguna comida o bebida extraña. ¿Quién sabe? Tal vez hubiera algún tipo de moho u otra toxina en uno de sus alimentos. O a lo mejor se ha bebido una botella de vino malo. Si ha bebido demasiado, es probable que sea por la muerte de Valentina. El asesinato no es fácil de aceptar.

Eso pareció apaciguar a Antonio. Era perfectamente lógico. Y a los humanos les encantaba la lógica, sobre todo cuando explicaba lo inexplicable.

—Antes se ha quejado de que las hojas de laurel estaban podridas. Creo que ha quemado algunas en la sala de preparación.

—¿Lo ves? —Sonreí—. Estoy segura de que solo es eso. Ha inhalado moho o algo igual de malo. Se le pasará con un poco de aire fresco y unas horas de sueño, ya verás.

Tras un educado gesto de despedida, acompañó a Claudia al exterior del monasterio. Esperé a que estuvieran a salvo en la calle y lejos de la persistente hermandad antes de irme yo también. Intenté no pensar en la acusación que ardía en la mirada del hermano Carmine mientras me alejaba a toda prisa.

Como todavía no sabía dónde vivía la familia de Domenico y estaba bastante segura de que su puesto de arancini hacía rato que había cerrado, tendría que esperar hasta por la mañana para enfrentarme a él.

Sin embargo, sí sabía dónde encontrar a Carolina, la tía de Claudia. Y ella y yo íbamos a tener unas palabras. Podía entender que el dolor llevara a una persona a hacer cosas que jamás haría en circunstancias normales (yo había rezado a la diosa de la muerte y la furia y había invocado a un demonio), pero pedirle a otra persona que lo hiciera cuando ella podría haberlo hecho por sí misma… Esperaba dominar mi temperamento antes de encontrarme con Carolina.

Puse rumbo a su barrio a zancadas, incapaz de asimilar lo que había convencido a su sobrina de hacer y lo peligroso que había sido. Yo le había pedido a Claudia que utilizara un hechizo poderoso para proteger nuestras casas porque no sabía cómo hacerlo yo misma y porque no había mucho que pudiera salir mal. Lo que había hecho Carolina era mucho más peligroso.

Doblé la esquina y sentí un cosquilleo de energía entre los omóplatos. Seguí caminando y aceleré el paso. La sensación persistió, lo que significaba que me estaban siguiendo. Y, fueran quienes fueran, estaban furiosos. Se me ocurría al menos un demonio al que había hecho enfadar en alguna ocasión.

Era probable que Wrath hubiera regresado antes de lo esperado de su encuentro con quienquiera que estuviera tratando de impresionar y no se alegrara de que me hubiera escapado de mi bonita jaula. Se lo tenía merecido. Tal vez su noche tampoco hubiera ido como la había planeado. Me giré y miré hacia las sombras. Odiaba de verdad la estúpida tinta mágica que nos conectaba, que le permitía encontrarme cuando yo no deseaba ser encontrada. Supuse que cuando rompiera el hechizo que nos unía, el tatuaje se desvanecería.

Al parecer, algunos regalos no se podían devolver.

—Deja de merodear, es indigno de ti. Si tienes algo que decir, dilo.

—Audaz para ser una bruja. —La voz no me resultaba familiar, y su acento era difícil de ubicar, casi inglés, pero no del todo. Me asomé a la calle, con el pulso acelerado. A pocos pasos de mí, una figura oscura se separó del edificio. Retrocedí por puro instinto. Él me siguió, con movimientos suaves y rápidos—. Tu sangre huele a vino especiado. ¿Nos dejas probarla?

—¿Quién eres tú? —Busqué a tientas mi tiza bendecida por la luna, olvidando que aquel vestido era un regalo de Wrath y no uno de los míos

con bolsillos secretos—. ¿Qué quieres?

El hombre avanzó y se colocó bajo un rayo de luz de luna. Vestía un abrigo largo que parecía hecho de la noche más profunda. Llevaba anillos relucientes en todos los nudillos. Eran buenas armas.

Desplacé la mirada hacia arriba poco a poco. Pelo rubio muy claro, ojos que parecían haber sido arrancados de un glaciar, una boca cruel con una de las comisuras elevadas. Humano en apariencia hasta que ensanchó la sonrisa y expuso un conjunto de colmillos afilados. *Vampiro* . Dejé de moverme. Dejé de respirar. Como bruja, tenía que dejar de creer que algunas criaturas eran meros mitos y leyendas.

—T-tú eres… —Cerré la boca de golpe, odiando el tartamudeo que delataba mis emociones. Pues vaya con lo de esforzarme en ocultárselas a mis enemigos. Si me viera en aquel momento, Wrath se golpearía en la cabeza con el extremo romo de su daga.

—Hacía mucho tiempo que no bebía hasta saciarme de una de las tuyas. —Su mirada viajó hasta mi cuello. Lo tuve delante de mí en un instante—. El veneno es placentero. Al menos, si decido conceder ese regalo. ¿Quieres un regalo, pequeña bruja? ¿Un éxtasis incalculable mientras me alimento de ti?

Tragué con fuerza.

—No, gracias.

Me rodeó, con su larga chaqueta ondeando en la brisa nocturna. Todo mi cuerpo se tensó.

—Muy bien. Quizás la próxima vez.

Para ser sincera, esperaba que nunca hubiera una «próxima vez» para encontrarme a solas con un vampiro en un callejón oscuro. Una vez era más que suficiente para tener pesadillas durante el resto de mi vida. Su chaqueta me rozó la parte posterior de la pantorrilla, y aspiré con fuerza. Él alzó las comisuras de los labios. Se acercó más. Parecía encantado con mi miedo.

—Mis disculpas. Veo que mi propuesta de placer te ha asustado.

Me hizo una reverencia burlona, pero no desvió la atención de mi garganta. Pensé rápidamente en las historias de mi infancia. En las leyendas que Nonna compartía con nosotras, los vampiros no eran conocidos por controlar sus impulsos. Sentí que me palpitaba la vena y quise que se detuviera, lo que solo hizo que palpitara con más fuerza. No quería que una ligera tentación se convirtiera en una necesidad animal.

—Me llamo Alexei. El príncipe Envy solicita una audiencia contigo. Su alteza tiene mucho de lo que hablar. Pero primero, vamos a dar un pequeño paseo. Eso les dará suficiente tiempo. —Me ofreció el brazo como un perfecto caballero. No me moví para aceptarlo.

—¿Dar tiempo a quién para qué? ¿A Envy? —pregunté, perdiendo la paciencia—. Deja de hablar con acertijos.

Los colmillos del vampiro relucieron a la luz de la luna.

—*Mare e Vitigno* . Qué nombre tan bonito. Se desliza por la lengua con facilidad.

El Mar y Vino. Me quedé muy quieta. La sangre me rugía en los oídos. Envy sabía lo de nuestro restaurante. Torturaría a mis padres y… Me obligué a calmarme. Ya no había razón para el pánico. Claudia había protegido nuestro hogar contra los demonios. Era tarde y el restaurante estaba cerrado. Gracias a la diosa, mi familia ya estaría en casa, a salvo. Una oscura sonrisa se asomó a la comisura de mis labios. Me gustaría mucho que el demonio probara la magia mortal.

—Dile al príncipe Envy que rechazo su oferta. Y lo reto a que intente entrar en mi casa.

—Mi príncipe dijo que debía mencionar que los hechizos, como los huesos de las brujas, se rompen con facilidad. Si uno sabe dónde aplicar la presión correcta. O en este caso, a quién presionar.

Me quedé helada.

—¿De qué estás hablando?

—¿Crees que puedes engañar a un príncipe del infierno, pequeña bruja? ¿De verdad crees que Envy no ha tenido espías vigilando tu casa?

Su sonrisa estaba llena de malicia.

—Los escudos y las protecciones antidemoníacas son difíciles, pero pueden romperse. Especialmente por la bruja que los lanza.

—Eso es mentira. —Di un paso atrás mientras sacudía la cabeza. Claudia estaba a salvo. Antonio la había llevado a mi casa… El estómago me dio un vuelco.

Podrían haberlos interceptado o atacado en el camino. El miedo se abrió paso en mi corazón.

—Eso no puede ser cierto. Las salvaguardas…

—Han caído. —Volvió a ofrecerme el brazo—. Tu familia ya debería de estar con el príncipe; cuanto más te resistas, más difícil será para ellos. No le gusta que lo hagan esperar. El aburrimiento es una aflicción terrible en el reino de los Malditos.

—¿Envy está ahora mismo en el Mar y Vino con mi familia?

Alexei asintió.

No iba a aceptar sin más la palabra de un vampiro. Le ofrecí una sonrisa llena de odio mientras susurraba un hechizo prohibido de la verdad. Alexei no era mortal, así que ignoré el atisbo de maldad que sentí al invocar un poder prohibido.

—¿Envy ha hecho que Claudia rompiera las salvaguardas de la casa de mi familia?

Apretó los dientes cuando le arranqué la verdad.

—Sí.

—¿Está en el restaurante de mi familia ahora mismo?

—Sí.

Dejé caer el amuleto de mi hermana como si quemara. Recordé cómo

Envy me había obligado a llevarme la daga de Wrath al corazón y lo dispuesta que había estado a arrancármelo. Luego lo imaginé haciendo lo mismo con mi familia y mis amigos. De hecho, puede que ya hubiera empezado con sus jueguecitos. En nuestra cocina había cuchillos de carnicero, otras hojas afiladas y todo tipo de herramientas que podían usarse como armas o dispositivos de tortura colgadas en la pared. Imaginé que por eso la había elegido como lugar de encuentro.

Sin perder un momento más, corrí.

Tropecé con mis faldas, y el sonido burlón de la risa del vampiro me siguió por las calles oscuras. Lo ignoré. Ya no me importaba. Llegar al Mar y Vino era mi único objetivo. Me metí por callejones estrechos y callejuelas irregulares, salté por encima de cubos de basura y me abrí paso entre amantes que paseaban de la mano bajo la luz de la luna.

Recorrí aquel kilómetro y medio en lo que me pareció un instante e irrumpí por la puerta principal, jadeando. A toda prisa, examiné la habitación en busca de sangre y signos de lucha.

Mi mirada cayó sobre el príncipe demonio.

—Me encanta la puntualidad. —Envy cerró un reloj de bolsillo con un chasquido audible—. Llegas justo a tiempo, mascota. El espectáculo está a punto de comenzar.

TREINTA Y NUEVE

—Lo de tu abuela es una verdadera lástima. —El príncipe de la Envidia estaba sentado en una mesa esquinera, de espaldas a la pared, observando la abundancia de comida que tenía delante. La sala estaba vacía, excepto por nosotros dos. No era capaz de decidir si eso resultaba un alivio o si era aún más aterrador—. Todo ese poder, desaparecido.

A lo mejor había llegado demasiado tarde y mis padres, Nonna, Claudia y Antonio estaban muertos en la cocina. En cuanto ese pensamiento hizo acto de presencia, lo desterré. Había dicho que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Me aferré a la esperanza de poder hacer algo para detener lo que fuera que hubiera planeado.

—¿Dónde están mi familia y mis amigos?

Él actuó como si yo no hubiera hablado en absoluto. Envy alzó su copa de vino, agitó el líquido e inhaló su aroma antes de dar un sorbo cuidadoso. El traje que llevaba esa noche era del verde intenso de un bosque. Las solapas y los puños estaban forrados de helechos. La empuñadura de su daga, tachonada con una esmeralda, brillaba en una correa que llevaba sobre la chaqueta.

—He oído que tu abuela no podrá volver a hablar. Un destino difícil para una bruja. Imagino que es complicado hacer hechizos sin voz. Las hierbas y las piedras preciosas están bien, pero esos poderosos conjuros no son nada sin palabras que los hagan arder. ¿No es así?

Así que él estaba detrás del ataque a Nonna, no Greed. Pensé en el mensajero humano y en la misteriosa figura encapuchada a la que había

vendido secretos. Envy era el traidor que habíamos estado buscando. Apostaría toda mi magia. Wrath había estado tan convencido de que Envy nunca se alzaría contra ellos que ni siquiera había investigado esa amenaza. Lo que había proporcionado una oportunidad al demonio celoso. Una que Envy no había podido resistirse a aprovechar.

Quería gritar y gritar y gritar. Consideré un regalo de la diosa el hecho de poder mantener una fachada de dignidad. Alcé la barbilla.

—He dicho que dónde están mis padres.

—Encerrados en la cocina.

—¿Y mi abuela?

—La he dejado en tu casa. No me sirve de nada en su estado actual.

—¿Y mis amigos?

—A salvo, por ahora.

—¿Qué quieres?

—Siéntate. —Señaló la silla que le quedaba enfrente—. Cena conmigo. —Como no corrí a obedecer su orden, se inclinó hacia delante y siguió con voz amenazante—. Me comprometo a torturar personalmente a tu familia, a tus amigos y a cualquiera que se aventure a entrar en este elegante establecimiento si rechazas mi civilizada oferta, mascota. Luego haré que Alexei cace a tus seres queridos y los deje secos. Ahora sé una buena chica y toma asiento.

—O no lo hagas. —Alexei apareció detrás de mí, sonriendo mientras me alejaba de él. No lo había oído acercarse—. Me gustaría darme un festín antes del amanecer.

Paseé la mirada entre el príncipe demonio y el vampiro. No estaba segura de cuál de ellos suponía la mayor amenaza. El príncipe se sirvió una segunda copa de vino. Esa noche se había echado el pelo hacia atrás, que le quedaba a la altura de la barbilla, lo que hacía resaltar el inusual tono de joya de sus ojos y su afilada mandíbula.

—No me digas que prefieres un baño de sangre a una copa de vino y una conversación agradable.

Lo fulminé con la mirada. Podía estar indefensa, pero no tenía por qué parecerlo.

—Me sentaré siempre y cuando prometas no molestar a mis amigos y a mi familia, y que te irás de aquí cuando hayamos terminado. Y por «aquí» me refiero a esta ciudad.

—No estás en posición de exigir nada. Pero respeto tu esfuerzo. Ahora *siéntate* . Bebe.

Puesto que no tenía elección, me senté con Envy en la mesa. Él señaló con la cabeza la copa de vino. La cogí y fingí que tomaba un sorbo. No me fiaba de que no lo hubiera manipulado antes de mi llegada. Si planeaba llevarme a escondidas al infierno, tendría que hacerlo por la fuerza.

—Tú eres el que ha estado trabajando contra Pride —dije.

No lo negó. Me observó de una manera inquietantemente cercana, como si atravesara las capas de piel y hueso y viera el centro de lo que yo era y todo lo que aspiraba a ser.

—Entiendo por qué Wrath se siente intrigado por ti.

Intriga era probablemente lo último que Wrath sentía hacia mí.

—¿Le has pedido a tu vampiro que me trajera aquí solo para hablar de tu hermano?

—Le encantan los retos. Es la guerra que lleva dentro, hace que quiera conquistar y ganar a cualquier precio. —Tomó otro sorbo de vino y desvió la atención hacia mi cuello—. Le resultará difícil renunciar a ti cuando llegue el momento. Pero lo hará. No te engañes creyendo que le importas. Nosotros, los príncipes del infierno, somos criaturas egoístas. No sufrimos la misma clase de sentimientos que los mortales y los nacidos en este peculiar reino. Tú te interpones entre él y algo que lleva mucho tiempo buscando. Al final, se elegirá a sí mismo. Como hacemos todos.

Dejé la copa en la mesa y el contenido salpicó la desgastada superficie de madera.

—Si esto es lo que has venido a decir desde tu reino maldito, es lamentable. No me estás contando nada que no sepa ya. Tampoco me estás diciendo nada que me importe especialmente.

Vi el momento exacto en que caí en la trampa que me había tendido con tanto cuidado. Cortó una sardina rellena con unos modales impecables. Después de regar el bocado con más vino, me dedicó una sonrisa perezosa, aunque su mirada era lo bastante afilada como para apuñalar.

—Si has desentrañado tan bien a mi hermano, ¿por qué no me dices lo que busca de verdad? Estoy seguro de que una chica tan inteligente como tú ya debe de saberlo, y que no necesitas mi humilde ayuda en ese asunto.

Envy quería que lo necesitara. Que mi curiosidad mortal le rogara por aquel pedazo de información. Luego lo intercambiaría por algo que quisiera de mí. Y debía de querer algo con mucha urgencia si se tomaba tantas molestias. Sentí una satisfacción enfermiza al saber que iba a ser una decepción para el demonio.

—¿Qué quieres, Envy? ¿Por qué estoy aquí en realidad?

—La primera noche que nos conocimos, sospeché que estabas en posesión de algo que necesito. ¿Sabes lo que es?

Recordé aquel primer encuentro. Me había metido el amuleto en el corpiño justo antes de que él saliera de las sombras. Por aquel entonces, me preocupaba que quisiera el diario de mi hermana. Sabiendo lo que sabía ahora, apostaba a que podía sentir el poder del amuleto.

—Quieres mi *cornicello* .

—Te acercas. Quiero tu amuleto y el de tu hermana. Y me los vas a dar.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque tengo en mi poder algo que tú quieres.

Me estremecí. Sabía lo que quería decir, tenía a mis padres. A mis

amigos. Nonna podría estar en casa en ese momento, pero eso no significaba que estuviera a salvo. Me quedé muy quieta, esperando a que asestara el golpe. Terminó el último bocado de su plato y suspiró, inmensamente satisfecho. Empujó el plato hacia atrás y chasqueó los dedos.

Un demonio con cabeza de carnero, con cuernos redondeados sobre las orejas y cuerpo humano arrastró a mis padres por el cuello y los arrojó al suelo. Tenían los ojos nublados y sus movimientos eran lentos. No parecían ser conscientes de lo que ocurría.

Me levanté de un salto de mi asiento, pero Envy negó con la cabeza.

—Siéntate, cariño. Todavía no hemos terminado. Hay más.

Como no tenía otra opción, me dejé caer en mi silla.

—Bien. Por fin te tomas esto en serio. Ya he esperado suficiente. Dame el Cuerno en las próximas veinticuatro horas y tus seres queridos saldrán ilesos. Si se lo dices a alguien o no cumples mis exigencias, vendrán a quedarse conmigo en la casa de la Envidia con el resto de mis curiosidades. Y las cosas terminarán mucho peor para ti. Es una promesa, no una amenaza vacía. ¿He sido lo bastante claro?

Volví a mirar a mi madre y a mi padre. No se habían movido del lugar al que el demonio con cuernos los había arrojado sin contemplaciones, y tenían la mirada perdida en la nada. En cierto modo, era una bendición de la diosa de la misericordia que no fueran del todo conscientes de lo que sucedía.

Mis ojos ardían por culpa de las lágrimas no derramadas.

—¿Qué les has hecho?

—Deberías preocuparte por lo que será de ellos si no me das lo que te pido.

—No tengo el otro amuleto. —Seguí concentrada en mis padres, tratando de pensar en una forma de salir de todo aquello—. Me robaron la mitad la noche que atacaron a mi abuela.

—Entonces te sugiero que empieces a buscarla. Una mitad no será suficiente.

—Si atacaste a mi abuela, ¿no tienes ya mi amuleto?

—Permíteme que te dé un consejo: las acusaciones sin pruebas no valen nada. —Envy se sirvió otra copa de vino—. Mañana a esta hora, espero estar en posesión de ambos amuletos. Esta noche trasladaré a tu familia y amigos a tu casa. Encuéntrate allí conmigo una vez que tengas el otro amuleto y haremos el intercambio. Tu familia y tus amigos por el Cuerno de Hades.

Fui a quitarme el *cornicello* de mi hermana del cuello, pero él levantó una mano para detenerme.

—¿Por qué no te llevas esta mitad esta noche?

—Si lo toco ahora, alertará a aquellos a los que deseo mantener a oscuras. No quiero llamar la atención hasta que posea todo el Cuerno de Hades.

—A Wrath no le importaba el Cuerno antes. ¿Por qué no puedo pedirle ayuda?

Envy me miró con extrañeza.

—Wrath nunca será el héroe de tu historia. Está hecho de otra pasta. En realidad, puede que sea el más mentiroso de todos nosotros. —Resoplé, lo que solo pareció divertirlo—. Si no me crees, pregúntale a Wrath por la última alma que tiene que llevarse. La que le otorgará la libertad del inframundo, sin importar la maldición.

Clavé la vista en el engreído príncipe demonio. Habría afirmado que era mentira, pero en el fondo sospechaba que no lo era. Sabía que Wrath tenía sus propios planes, y aquello me parecía la última pieza que me faltaba. Pero ¿un alma? Sacudí la cabeza. Me había salvado del ataque del Viperidae. Si aquello era cierto, podría haber negociado conmigo entonces. O tal vez… tal vez no me lo había dicho porque quería utilizarlo en su beneficio cuando llegara el momento. Exhalé. Me estaba volviendo

paranoica.

—Estás mintiendo.

—¿Ah, sí? Creía que eras más lista. ¿Por qué crees que él, el poderoso demonio de la guerra, se preocupa por escoltar a una bruja para que llegue segura al inframundo?

—Porque quiere romper la maldición del diablo. —Mientras lo decía, oí que la duda se filtraba en mi voz.

—Tengo un secreto para ti, mascota. —Envy se inclinó sobre la mesa, con su venenosa mirada encendida por el triunfo—. Una vez que haya recogido su última alma, la maldición dejará de importarle. Tendrá todo el poder y la capacidad de caminar con libertad por este reino sin un ancla. Puede elegir quedarse en los Siete Círculos y gobernar su casa real o puede vagar por la Tierra hasta el fin de los días. Elegir otorga poder. Y los príncipes adoramos nuestro poder. —Me ofreció una sonrisa lenta y malévola—. No creerías en el fondo que podría redimirse, ¿verdad?

CUARENTA

> El mayor placer de un príncipe del infierno es provocar la discordia. Antes de un ataque, sus iris se vuelven más oscuros que una noche sin estrellas, con motas de rojo, señal de su malvada sed de sangre. No te enfrentes a ellos en una batalla, nunca ganarás.
>
> —*Notas del grimorio de los Di Carlo*

La puerta alta y arqueada se cerró con un clic tras de mí. Apenas hizo ruido, pero Wrath salió de la oscuridad del palacio abandonado, con el rostro semioculto en las sombras. Se había deshecho de la chaqueta de serpiente y llevaba la camisa oscura desabrochada y arrugada. Y el pelo revuelto.

Me vino a la mente la idea de pasar los dedos por él y se me aceleró el corazón. No quería creer a Envy. Wrath había estado ahí para mí, incluso después de decir que no lo estaría. Y sin embargo…

—¿Estás herida? Pareces… —dijo mientras me acercaba despacio a donde él estaba. No se movió, y apenas parecía estar respirando, cuando lo agarré de la camisa y lo arrinconé contra la pared. Sus ojos dorados se clavaron en los míos, ardientes. Me pregunté si percibía mis emociones. Si de alguna manera afectaban también a las suyas. Lo mantuve cautivo, enjaulando su cuerpo con el mío.

Podía escapar de mi agarre en cualquier momento. Pero no lo hizo.

Solté la camisa y extendí las manos sobre su pecho lentamente. Me miró a la cara, receloso, pero con una expresión muy intensa. Que me prestara toda su atención era embriagador.

—Quiero confiar en ti —dije en voz baja, sosteniéndole la mirada. El corazón le palpitó con fuerza bajo mis caricias—. ¿Por qué no me dices lo que quieres de verdad? Déjame entrar.

Su mirada recayó en mi boca antes de que la apartara un suspiro después. No me pareció que el destello de deseo que vi fuera falso. Sabía que la emoción que despertaba en mí tampoco lo era.

Siempre había imaginado que sería diligente a la hora de llevarse a un enemigo a la cama si eso significaba que ganaría algo con ello. Ahora no estaba segura de que se sintiera así en absoluto. Entre nosotros había una carga constante que no dejaba de aumentar. Y Wrath parecía dispuesto a dejar que detonara. Porque quería hacerlo. Tal vez yo también quisiera.

Moví una mano por debajo de su camisa, en estrecho contacto con su piel. Los latidos de su corazón delataban la respuesta que intentaba ocultar con desesperación. Deslicé la mano más abajo. Su calor, su solidez… de repente, quise que aquello fuera real.

Un segundo estaba allí de pie y al siguiente mi boca estaba sobre la suya, castigándolo con dureza. Era la condenación y la salvación al mismo tiempo. Quería besarlo hasta dejar de sentirme enfadada y aterrorizada. Hasta que dejara de pensar en mi familia, retenida contra su voluntad. Hasta que el mundo demoníaco se desvaneciera y lo único que me quedara fuera aquel momento de puro olvido.

Wrath se quedó inmóvil unos instantes antes de recibir mis labios con la misma hambre que yo. Sus manos se deslizaron hasta mis caderas para retenerme. No estaba lo bastante cerca. Me apreté contra él. Al principio fue suave conmigo, luego introduje la lengua en su boca y lo desaté.

Me devolvió el beso con fiereza y luego sus dientes se posaron en mi garganta, en el punto exacto por el que había pasado la lengua la noche en que había utilizado un hechizo para alejarme del borde de la muerte. Antes no estaba segura de que hubiera ocurrido de verdad, pero en aquel momento supe que sí. Por un momento me imaginé que me arrancaba la garganta. El miedo desapareció con rapidez y fue sustituido por puro deseo.

Jadeé por lo inesperado de la sensación. Podría jurar que sentí el extraño calor de aquel primer encuentro cocinándose a fuego lento bajo mi piel. Quería que me devorara.

O quizás deseaba devorarlo yo a él.

Odiaba lo bien que me sentía. Lo correcto que sentía aquello. Ya había besado a chicos antes… borracha y como parte de algún desafío. Besos castos y besos apasionados, pero ninguno había sido como aquel. Poderoso. Salvaje. Dulce.

Me di cuenta de algo. Cuanto más daba, más devolvía él. Intercambiamos besos como golpes. Y si aquello hubiera sido una pelea, no habría sabido decir quién iba ganando. Comprendí por qué había quien creía que besar a uno de los Malditos era adictivo. Cada vez que su lengua rozaba la mía, sentía como si el suelo que tenía debajo temblara. Como si fuéramos un cataclismo que no debería suceder.

Eso solo hizo que lo besara más fuerte, más rápido. Tiré de su camisa con la intención de quitársela. No quería que hubiera nada entre nosotros. Los botones impactaron contra el suelo cuando tiré del material. Arrastré los dedos por las crestas duras de su estómago. Sus manos parecían mágicas sobre mi cuerpo. Era más intenso, más seductor que cualquier hechizo. De alguna manera, habíamos acabado contra una columna. No recordaba haberme desplazado. Tal vez porque lo único en lo que podía concentrarme era en la forma en que se movía contra mí y en cómo me estaba levantando. Quería arrancarle el resto de la ropa y ver qué más podía hacer. Descubrir

qué otras sensaciones podía despertar en mí. Deslizó la mano hasta mi pantorrilla y luego siguió subiendo muy despacio, apartando mis faldas. No se detuvo, y yo no quería que lo hiciera.

Eché la cabeza hacia atrás para que volviera a tener acceso a mi garganta, mientras él se detenía con la mano en mi muslo. Me incliné hacia su contacto, lo deseaba tanto que casi me estaba volviendo loca. De alguna manera, mantuve la mano en su pecho y dejé de besarlo el tiempo suficiente para preguntar:

—¿Mentía Envy al decir que necesitabas entregar un alma más para obtener tu libertad?

Se apartó de golpe, pero no antes de que la respuesta me llegara en forma de un único latido de su corazón. Lo entendí justo antes de que hiciera desaparecer cualquier emoción de su rostro y se alejara de mi alcance. La ira llenó el espacio que nos rodeaba, ardiendo con más intensidad y furia que nuestra pasión.

—¿Qué es esto, bruja? ¿Acaso te has rebajado a besar a alguien a quien odias después de todo?

Le sostuve la mirada sin pestañear. Era cierto. No pude hacer nada más que sacudir ligeramente la cabeza. Los ojos me escocían por culpa de las lágrimas sin derramar. Envy no había mentido: Wrath buscaba un alma. Esa constatación me dolió como un golpe físico. Me había sentido estúpida al descubrir que nos había prometido por accidente, pero ¿aquello?

Me sentía mareada.

La ira de Wrath pareció disiparse cuando se dio cuenta de la expresión de mi rostro. Dio un paso adelante, con la mano extendida, y solo se detuvo cuando volví a negar con la cabeza. Dejó caer el brazo.

—Emilia, yo…

—No.

Parecía dispuesto a discutir, pero me hizo caso. Transcurrieron varios

segundos largos. Me concentré en estabilizar mi respiración, dejando que mis sentimientos se desenredasen solos. Estaba enfadada con él, pero estaba todavía más furiosa conmigo misma. Me di cuenta de que había *querido* confiar en Wrath. Más de lo que me había admitido a mí misma.

Aunque sabía que no debía, quería que fuera el príncipe de brillante armadura de aquella pesadilla. Había caído bajo su hechizo y, aunque había momentos en los que lo detestaba, también había empezado a disfrutar de su compañía.

Él me distraía del dolor de la pérdida de mi hermana, me daba algo en lo que concentrarme. Era alguien a quien podía pinchar y que me la iba a devolver. Y ahora… era como si la lujuria hubiera resurgido y me hubiera arrancado hasta la última gota de felicidad. Solo que esa vez, la única culpable era yo. Lo había dejado entrar. Y debería haber sido más lista.

—Emilia.

—No puedo…

Wrath cerró la mano en un puño.

—Envy te susurra algo al oído y borras todo lo que he hecho de tu cuenta imaginaria. Dime, Emilia, ¿qué ha hecho *él* por ti? Aparte de intentar que te arranques el corazón. ¿Qué es lo que ha hecho que sea tan honorable como para merecer tu confianza? ¿Derramar la sangre de tus seres queridos? Puede que te gusten las amenazas. Tal vez debería amenazarte yo también.

El suelo pareció retumbar con la fuerza de su ira.

Él quería que estudiara a mis enemigos de cerca, y eso es lo que había hecho.

—Dime que no es verdad, entonces —dije, sorprendida cuando la voz me salió dura y no suplicante—. Dime que Envy estaba mintiendo, que no necesitas recolectar un alma más para obtener tu libertad. Dime que la idea de utilizar a una bruja en tu beneficio no fue parte de la razón por la que aceptaste esta misión. Mejor aún, dime que no has considerado usar mi

alma. ¿Puedes hacerlo o nuestro vínculo te lo impide porque es una mentira?

Por una vez, Wrath no parecía tener una respuesta. Tenía aspecto de estar dispuesto a arrasar el resto del palacio en ruinas. Me sorprendió que no lo hiciera.

—Envy es muchas cosas —dije en voz baja—. Despreciable. Egoísta. Confabulador. Pero no oculta todas esas cosas. Me ha dicho lo que busca en realidad. Me ha dicho lo que quiere y lo que hará si no obedezco. Ha soltado amenazas terribles, las ha cumplido, pero nunca me ha engañado ni ha fingido ser otra cosa que lo que es.

Y ahí estaba.

La desesperación se estrelló contra mí, con fuerza. Wrath *había* mentido. Tal vez no abiertamente, pero sí por omisión. Lo cual no dejaba de ser una mentira. Quería pegarle, hacer que sintiera el mismo dolor que yo. En lugar de eso, me di la vuelta y empecé a alejarme.

Nonna había intentado advertirnos sobre las mentiras de los Malvagi. Debería haberla escuchado.

Él se interpuso en mi camino, moviéndose casi más rápido de lo que mis sentidos eran capaces de detectar.

—¿Mis actos no te han dicho la verdad? Olvida las últimas semanas. Que te salvara la vida cuando te atacó el Viperidae. El palacio impenetrable. El baño elemental. ¿Crees que necesito dormir en un lugar con protecciones mágicas? ¿Yo, que no puedo ser asesinado?

—No tengo tiempo para esto. —Pasé por su lado y me dirigí hacia las escaleras—. Voy a volver a casa para estar con mi familia. Envy los tiene cautivos. Otra cosa de las muchas que ha dicho que ha resultado ser cierta.

Se me acercó por detrás, furioso.

—No.

—No recuerdo haber pedido permiso, demonio.

—Envy te clavará un puñal por la espalda en cuanto consiga lo que busca.

—¿Ahora soy tu prisionera?

—No, pero estaré encantado de encerrarte en una celda, si es lo que quieres.

Lo ignoré y rebusqué entre los vestidos nuevos que habían aparecido por arte de magia en una cómoda rota en algún momento de las últimas horas. La obsesión de Wrath por proporcionarme ropa era bastante seria.

Encontré un sencillo vestido color carbón con el que sería fácil correr y lo coloqué sobre la cama. No me podía creer que ahora tuviera que elegir mi vestuario en función de si con él podía huir con facilidad de un demonio, un vampiro u otro asaltante desagradable.

Wrath se cruzó de brazos y plantó los pies. Si pensaba que dudaría en cambiarme delante de él, tenía mucho que aprender de mí. Me quité el vestido que llevaba y el sedoso material formó un montículo a mis pies. Wrath me observó impasible mientras me ponía el nuevo conjunto.

Ahora que sabía que Envy quería el Cuerno de Hades, *necesitaba* localizar mi amuleto. De inmediato. Antes de entregárselo, haría un trato con él. Haría que jurara que cerraría las puertas del infierno antes de que se colaran más demonios por ellas, y entonces podría entrar en guerra con todo el inframundo. Mientras nuestro mundo estuviera protegido, no me importaba lo que pasara en su reino.

Me recogí el pelo largo con una cinta, me coloqué alrededor de la cintura un pequeño cinturón con una bolsita y guardé tiza bendecida por la luna y milenrama seca. Era todo lo que podía hacer para protegerme. Salí de la habitación y bajé las escaleras.

Wrath me siguió por el pasillo y se detuvo cerca de la puerta de los jardines. Extendí un brazo y le impedí cruzar el umbral.

—No me sigas, lo digo en serio.

—Emilia, por favor. No…

—Juro por mi sangre que, si me sigues, cortaré nuestro vínculo y te enviaré directo al infierno.

Wrath apretó los labios, el único indicio externo de que no estaba satisfecho, pero no discutió ni volvió a hacer ningún movimiento para acompañarme. Aliviada, me escabullí por la salida del jardín, atravesé una maraña de enredaderas y arbustos crecidos y me adentré en la noche.

CUARENTA Y UNO

A dos puertas de mi casa, me di cuenta de las pisadas casi silenciosas que me seguían. Después de la nochecita que llevaba (con la predicción del futuro de mi mejor amiga desde el infierno, los vampiros sedientos y los taimados secuestradores demoníacos) no estaba segura de qué esperar.

Había un gran número de seres despreciables en busca de sangre de bruja. Tal vez el demonio Umbra hubiera vuelto, o puede que otro demonio Aper estuviera de guardia. Por alguna razón, pensé en Envy y Greed aliándose para obtener el Cuerno de Hades antes de arrancarme la piel, y me estremecí.

No estaba en absoluto preparada para el *fratello* Carmine. Sus oscuros ropajes rozaban las piedras y desataban pequeños susurros que me advertían que corriera y me escondiera.

Me metí a toda prisa entre dos edificios próximos a mi casa, con el corazón martilleándome en el pecho a medida que los ruidos de su persecución se aproximaban cada vez más. Sus andares eran firmes y giraba la cabeza de un lado a otro cuando pasó a mi lado. No estaba segura de a quién buscaba. Quizás intentaba encontrar el lugar al que Antonio había llevado a Claudia. Debería haber sabido que no dejaría que mi amiga se marchara sin estar seguro de que no la había poseído el diablo.

Esperé unos instantes antes de asomarme por el lateral de la casa. Se había detenido cerca del final de la calle y estaba manteniendo una conversación en voz baja con otro miembro de la hermandad. Algunos fragmentos de la conversación llegaron a donde yo me escondía.

—Antonio… noche…

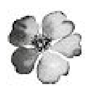
—… impío.

—… desaparecido.

—¿Han encontrado… señales?

Me apoyé en el edificio y respiré hondo. Antonio había desaparecido porque un príncipe del infierno lo tenía secuestrado. Y todo era culpa mía por pedirle que acompañara a Claudia a casa. Tenía que arreglar aquello antes de que alguien más saliera herido. El hermano Carmine no necesitaba una excusa para iniciar una caza de brujas. El mero hecho de que lo hubieran llamado de dondequiera que la Iglesia lo hubiera enviado era una señal de que creían que el diablo estaba al acecho.

Salí de las sombras y me apresuré a entrar en mi casa.



Había tres demonios apiñados en la cocina con mi familia. Uno de ellos era el demonio con cabeza de carnero que Envy seguía teniendo ocupado vigilando a mis padres. El otro no era más que una sombra densa que se cernía sobre Nonna y una Claudia desplomada y sedada: el demonio Umbra. Antonio no estaba entre el grupo y sentí que el estómago se me retorcía por la preocupación. No estaba segura de cómo se sentían los demonios con respecto a los humanos que entregaban su vida a Dios, pero aquello no auguraba nada bueno para mi amigo de la infancia. Tampoco vi al vampiro por ninguna parte. Esperaba que eso no significara que se estaba dando un festín con Antonio.

El último demonio en la sala era el mismísimo príncipe traidor, Envy.

—¿Dónde está Alexei? —pregunté, harta de las sorpresas.

—Está de vuelta en nuestro reino, vigilando la casa de la Envidia hasta mi regreso. —Envy se recostó en la mecedora de Nonna, con las botas

apoyadas en nuestra encimera. La superficie estaba llena de suciedad. Era el mismo lugar donde mi hermana solía trabajar en sus pociones y bebidas. Algo oscuro y violento se encendió en mi interior al verlo. Envy no parecía preocupado—. A menos que tengas el otro amuleto, mascota, esta visita no es bienvenida.

Tal vez fuera la rabia que había intentado sofocar tras mi encuentro con Wrath, o la visión de mis seres queridos acurrucados en el suelo de nuestra propia casa, o imprudencia pura y dura, pero ya estaba harta. Me acerqué y, de un golpe, aparté las botas de Envy de nuestra encimera.

—Muestra un poco de respeto, alteza. Puede que sea así como tratas las cosas en tu infierno, pero esta es nuestra casa.

Tuve la daga de Envy contra la garganta antes de que me diera tiempo de parpadear.

—Le has preguntado a Wrath por el alma, ¿no? Imagino que no te ha gustado lo que tenía que decir al respecto. —Apretó un poco más con la daga. Sentí un ligero pinchazo cuando me atravesó la piel. Me quedé quieta, sin atreverme a respirar—. No descargues tu propia ira contra mí o desataré esta hoja contra tu abuela. No hay nada tan satisfactorio como ver sangrar a una bruja. En especial a una que…

—*Silentium* .

El hechizo resonó en la habitación como si las palabras de Envy hubieran sido atravesadas por un cuchillo. Nonna se levantó del suelo, con un tenue resplandor púrpura rodeándola. No podía creerlo. Había obligado al príncipe demonio a guardar silencio. Agarró su *cornicello* y empezó a recitar un hechizo que nunca había oído. Me quedé mirándola sin pestañear mientras su voz se hacía más fuerte. No sabía que se había curado. Los demonios tampoco parecían haberse dado cuenta, un error que estaban a punto de pagar caro. Nonna dibujó una imagen en el espacio que tenía delante y de la nada apareció un amuleto de *cimaruta* brillante y

sobrenatural.

Su demostración de poder me había dejado tan aturdida que no me fijé en el portal negro que se estaba formando detrás de Envy. Me quedé boquiabierta por la conmoción. Santa diosa de arriba…

La luz púrpura que rodeaba a Nonna terminaba ahora en puntas plateadas. Por primera vez, Envy parecía preocupado. Dio un pequeño paso hacia atrás mientras lanzaba miradas furibundas a sus demonios, pero Nonna sacó un puñado de hinojo seco del bolsillo de su falda y susurró un hechizo que impidió que moviera los pies.

Con un movimiento de muñeca, un hilo negro se extendió por el aire ante el príncipe del infierno y se deslizó hacia sus pies como una serpiente. Los otros dos demonios se acercaron a Envy, pero fueron rechazados por las sombras negras que el hechizo había creado. Apenas podía oír por encima de los latidos de mi corazón cuando vi lo que mi abuela había hecho. Le había cosido los pies al suelo por arte de magia. Ahora no podía hablar, ni moverse. Abrió los ojos lo suficiente como para que le viera la esclerótica.

Nonna volvió a su hechizo.

—Una llave para cerrar, una luna para guiar.

La imagen mágica de una rama de ruda volvió a captar mi atención cuando cada uno de los cinco tallos comenzó a cambiar y a estirarse para adoptar diferentes formas. Una llave y una luna llena se formaron en el extremo de dos ramas.

De repente supe con exactitud lo que Nonna estaba haciendo. Nuestras miradas se encontraron.

—¡Ahora, Emilia!

Me aferré al *cornicello* de Vittoria y me concentré en la *cimaruta* brillante, alimentando el hechizo de Nonna con mi propio poder.

—Una daga para matar, una serpiente para morir.

Aparecieron dos imágenes más en el amuleto brillante.

Nonna asintió en señal de aprobación, y recitamos el verso final del conjuro, nuestras voces resonaron mientras un remolino de viento aullaba dentro del portal.

—Lechuza bendita, avanza y vuela.

La última imagen estalló al final de la *cimaruta* . Ahora los cinco elementos palpitaban con luz púrpura. Nonna se acercó a donde Envy había quedado inmovilizado, se inclinó y susurró algo que hizo que abriera los ojos aún más.

Entonces le puso ambas manos en el pecho y lo mandó directo al infierno. Los dos demonios restantes se lanzaron a través del portal tras él. Nonna dejó caer su amuleto y se desplomó contra la encimera. La *cimaruta* se desvaneció. Un instante después, el portal se cerró. El silencio cubrió la habitación. Me entraron ganas de caer de rodillas o de vomitar.

Luego me concentré en mis padres, que seguían en ese estado neblinoso, rozando la inconsciencia. Claudia también estaba desplomada, con los ojos cerrados como si estuviera dormida. La magia que Envy había utilizado con ellos debía de necesitar tiempo para desaparecer. Nonna cruzó la pequeña cocina y se dejó caer en su mecedora.

—Saca el vino de la fresquera y siéntate, *bambina* . Tenemos mucho de lo que hablar y poco tiempo. Ese hechizo no durará mucho. Tengo el presentimiento de que volverá.

Me quedé mirando a mi abuela. Acababa de dibujar una *cimaruta* resplandeciente y de desterrar a un príncipe del infierno al inframundo. Y en lugar de parecer agotada, sus ojos resplandecían. De hecho, ahora que me fijaba bien, podría jurar que en sus iris brillaban pequeñas estrellas titilantes.

—¿Qué clase de magia era esa?

—De la clase que exigirá un pago a cambio. Ahora tráeme el vino. —Serví dos vasos y le pasé uno a Nonna. Ella pegó un trago largo y suspiró.

Mientras volvía a dar un sorbo a su bebida, yo dejé la mía y me eché el pelo hacia atrás. El hechizo que habíamos usado me había hecho sudar. La mirada de Nonna recayó en mi cuello y el color de sus mejillas se desvaneció.

—Te han marcado.

—¿Hablas de la daga de Envy? —Me froté la zona del cuello donde me había clavado su daga—. No creí que fuera a hacerme un corte tan profundo.

—No, *bambina* . Has sido marcada de una forma diferente por un príncipe del mundo subterráneo. Se supone que es un alto honor entre sus casas gobernantes. A muy pocos se les concede.

Tenía que estar equivocada. En lugar de discutir, me dirigí a nuestro pequeño cuarto de baño. Me aparté el pelo y me incliné hacia delante. No noté nada inusual, ni mucho menos una marca especial.

—¿Lo ves? —Nonna apareció detrás de mí y pasó el dedo por esa zona. Debió de utilizar algún hechizo porque, de repente, una *S* diminuta y brillante me devolvió la mirada. Entrecerré los ojos. ¿O era una serpiente?

Me quedé allí, inmóvil. Era el lugar en el que Wrath había posado la lengua la noche en la que casi me había muerto por el ataque del Viperidae. También había vuelto a recorrer esa zona esa misma noche. Levanté la mano, vacilante, y pasé los dedos por la marca. El frío me mordió la piel. Fruncí el ceño.

—¿Qué hace?

Nonna no parecía nada contenta.

—Te permite convocar al demonio que la ha colocado ahí sin necesidad de usar un objeto que le pertenezca. Mientras el príncipe del infierno respire, nada le impedirá responder a la invocación.

—¿Quieres decir que… que puedo invocarlo sin su daga?

Nonna asintió muy despacio. Parecía estar a punto de echarme un sermón,

así que dejé caer mi pelo lo más rápido que pude.

—Es peligroso, Emilia. ¿Quién te ha puesto eso?

Mentir no tenía ningún sentido.

—Wrath, el príncipe de la Ira.

—¿Estás segura? —preguntó. Asentí. Wrath había sido el único que me había tocado. Intenté no pensar en sus labios sobre mi cuello. O en cómo me había hecho sentir. Nonna se quedó mirándome durante un minuto más —. Supongo que ya es imposible de negar.

—¿Negar qué?

—La profecía. Cuando era joven, se me encomendó ser una de las guardianas del Cuerno de Hades.

Me quedé sin palabras. Volví a escuchar su confesión y, de alguna manera, logré formular algunas preguntas decentes.

—¿Guardianas? —pregunté—. ¿Cuántas hay? ¿Y qué profecía?

—Paciencia. Ya llegaré a eso, *bambina* .

Mi mano se dirigió al amuleto de mi hermana.

—¿Los has usado alguna vez?

—No, nunca. Desde que La Prima los entregó por primera vez, en cada generación ha habido una bruja elegida para custodiarlos. Nos hablaron de una antigua profecía que implicaba a dos brujas gemelas. La noche de su nacimiento, una noche con una tormenta terrible, sería el único momento en que se podrían llevar los amuletos.

Respiré hondo. Era demasiado para asimilarlo todo de una vez.

—¿Cómo sabes que Vittoria y yo somos las gemelas de la profecía? Tal vez haya otras…

—En esta familia no ha nacido ningún otro par de brujas gemelas

—¿Nunca? —pregunté. Nonna negó con la cabeza—. ¿Sobre qué hablaba la profecía exactamente?

Nonna dio otro largo trago a su vino, con expresión triste.

—Las gemelas señalarían el fin de la maldición del diablo y se verían obligadas a hacer grandes sacrificios para mantener intactas las puertas del infierno. Si decidían no hacer nada, el infierno reinaría en la Tierra. Las gemelas estaban destinadas a traer el equilibrio a ambos reinos. Como pasa arriba, pasa abajo.

El corazón me retumbó en el pecho. Había algo en esa frase, algo enterrado en lo más profundo… La había escuchado antes, dos veces. La primera vez cuando estaba bajo la influencia de Lust. Y durante mi posterior recuperación, con Wrath.

—¿Qué significa esa parte?

—Nadie lo sabe con certeza —dijo Nonna, cuya mirada se desplazó hacia mis padres, que se estaban removiendo—. Ha sido motivo constante de discusión entre las trece familias de brujas de Palermo. Algunas creen que se refiere al uso de la luz y la magia oscura. Algunas creen que significa que un príncipe se enamorará de una bruja. Otras creen que significa que una gemela gobernará en el infierno para evitar que este mundo sea destruido. Y hay otras que piensan que ambas gemelas están destinadas a sacrificarse para salvar ambos reinos. Una al cielo y la otra al infierno.

—¿Cómo encaja ser marcada con…?

—Si la profecía es cierta, no queda mucho tiempo. Las puertas se están resquebrajando. —De repente, Nonna me empujó fuera de la pequeña habitación y hacia el pasillo—. Tienes que huir, Emilia. Déjanos aquí y vete. Esperaremos un día más o menos y luego también nos esconderemos. Hallaremos la manera de volver a encontrarnos algún día. Por ahora, debes irte de aquí y no llamar la atención de otro príncipe del infierno. ¿Me has entendido? No confíes en ellos, en ninguno de ellos. Encontraremos una forma de hechizar temporalmente las puertas. Tú concéntrate en permanecer oculta.

—No puedo…

—Lo harás. Lo harás porque debes hacerlo. Vete de aquí antes de que ese demonio vuelva. Encontraremos una manera de detener la profecía, solo necesitamos algo de tiempo. —Nonna colocó las manos a ambos lados de mi cara con ternura, sus ojos marrones llorosos—. El amor es la magia más poderosa. Recuérdalo por encima de todo. Siempre te guiará hacia donde debas ir. —Dejó caer las manos y dio un paso atrás—. Ahora vete, *bambina* . Sé valiente. Tu corazón conquistará la oscuridad. Ten fe.

CUARENTA Y DOS

Me fui de casa a trompicones y salí a la calle. El amanecer pintaba franjas rojas y doradas en el cielo. Clavé la vista en ellas, intentando orientarme en mi nueva realidad. El mundo era el mismo de siempre, pero lo sentía irremediablemente cambiado. Una profecía que presagiaba un desastre… Respiré hondo otra vez. No me podía creer que nadie nos lo hubiera dicho antes. Saber que mi mera existencia podría señalar el fin de los días de la Tierra era un gran secreto que guardar, sobre todo si no quedaba mucho tiempo antes de que se abrieran las puertas del infierno.

Tampoco podía creerme que Nonna se hubiera enfrentado a un príncipe del infierno y hubiera ganado. Y que Wrath me hubiera dejado marcada… Estaba sucediendo todo demasiado deprisa. A duras penas podía procesarlo. Miré por encima del hombro hacia mi casa y escuché un ligero murmullo de voces. Mis padres estaban despiertos. Gracias a la diosa. Me apresuré a subir las escaleras y me detuve con la mano sobre el pomo. Quería entrar y abrazar a mis padres más que nada en el mundo, decirles que los quería, pero no podía. Las lágrimas me aguijoneaban los ojos mientras huía a toda prisa. No quería dejarlos, pero si lo que había dicho Nonna sobre la profecía era cierto, estarían más seguros sin mí.

Avancé a buen ritmo por las calles, intentando elaborar un plan. Me pregunté si mi hermana sabía lo de la profecía. Si lo sabía, eso explicaba por qué había creído que era necesario aceptar el trato del diablo. Puede que hubiera estado intentando salvarme. Entre el desmoronamiento de las puertas del infierno y la profecía, las opciones para evitar que el caos

llegara a nuestro reino eran reducidas.

Pasé por delante del mercado, evité los puestos de los vendedores que conocía, bordeé la multitud y acabé en una calle empinada que daba al mar.

Pensé mucho en lo que había dicho Nonna. Sobre que el amor es la magia más poderosa de todas. No estaba segura de que eso fuera cierto en un sentido literal, pero el amor por mi gemela me había fortalecido. En los meses posteriores al asesinato de Vittoria, había dejado de lado mi comodidad para ayudar a que encontrara la paz.

Había invocado a un demonio y me había encontrado con cuatro príncipes del infierno. Había luchado contra un demonio gigante con forma de serpiente, había sido perseguida y casi mordida por otro, y había sobrevivido a todo ello. Le había sonsacado información a Greed, había aprendido a ser astuta como Wrath. Antes de todo aquello no sabía que era una luchadora. Ahora sabía que podía hacer y haría cualquier cosa por la gente a la que amaba.

Me aferré al amuleto de Vittoria, quería sentirme conectada a ella. Ojalá pudiera haber visto a Nonna luchando contra un príncipe demonio. Cuando mis dedos lo rodearon, un pequeño detalle salió a la luz. No sé cómo establecí la conexión, pero de repente ahí estaba.

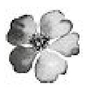
Hinojo. Nonna había usado hinojo seco con Envy. Y no era la primera vez que veía el hinojo en un contexto relacionado con la lucha contra los Malditos. Wrath había señalado que la imagen pintada en la puerta de aquel viejo almacén de pescadores era una pata que sostenía un tallo de hinojo, no de trigo como yo había creído en un principio.

Lo que significaba… Se me aceleró el pulso. Pensé en más historias de nuestra infancia. Conocía ese símbolo: no estaba en el diario de Vittoria y tampoco pertenecía a ningún príncipe demonio. Todo lo contrario. No había pensado en esas leyendas desde la noche en el monasterio, cuando Antonio las había mencionado, pero era el símbolo de una antigua orden de

cambiaformas que se decía que luchaba contra el mal.

Casi todo aquel que había crecido en el Reino de Italia había oído historias de los poderosos metamorfos. Las habladurías habían acabado convirtiéndolos en mitos, pero eso no significaba que no fueran reales y siguieran existiendo. Los aldeanos con los que Antonio había hablado parecían creer que estaban muy vivos y reunidos de nuevo. Me embargó la emoción. Si había una antigua secta de guerreros viviendo en Palermo, a lo mejor era el momento de ver si querían ayudar a liberar la ciudad de los demonios que la invadían.

Al margen de todo lo demás, había sentido algo sobrenatural en esa especie de almacén donde estaban los aparejos de pesca. Y me disponía a descubrir exactamente lo que había sentido.



En el interior del edificio abandonado con el símbolo de los cambiaformas, todo estaba inquietantemente quieto y silencioso, como si la propia habitación estuviera esperando, con la respiración contenida, a que sus secretos fueran descubiertos. Había algo que tenía que encontrar. Lo sabía. Lo *sentía* .

En esa ocasión, escudriñé con cuidado los diversos objetos, prestando atención a cada tabla del suelo, a cada rincón y hasta el último objeto que alcanzaba a ver. Las redes de pesca y los aparejos seguían amontonados en el mismo sitio. Esa vez, sin embargo, decidí comprobar si mi *luccicare* localizaba el objeto mágico de la misma forma en la que mi hermana era capaz de oír cómo le susurraban.

Me aferré al *cornicello* de Vittoria y me concentré todo lo que pude en mi don, intentando forzar la manifestación de esa aura lavanda. No lo conseguí, pero algo extraño ocurrió. Cuanto más intentaba concentrarme en

el *luccicare* , mejor captaba los sonidos. Cerré los ojos y escuché un ligero zumbido que me llamaba. Había algo que me resultaba familiar y que no era capaz de identificar.

Dejé de lado el pensamiento racional y me entregué por completo a mis sentidos.

Di un paso a la derecha y el sonido se desvaneció. Inspiré hondo, volví a concentrarme y me moví hacia la izquierda. El zumbido regresó. Me acerqué a él, haciendo una pausa y volviendo a concentrarme cada vez que empezaba a desvanecerse. Cuanto más me acercaba, más fuerte y constante se volvía.

Di un último paso hacia delante y me detuve.

Abrí los ojos. Me había guiado hasta la pared más lejana, donde los anzuelos de pesca estaban colgados en hileras ordenadas. Recordé haberles echado un vistazo el día en que Wrath y yo nos habíamos aventurado a entrar. Me habían atraído entonces, pero no había confiado en mis instintos. Pasé los dedos por los anzuelos. Algunos brillaban, otros estaban opacados por el uso y el óxido. Llegué al final de la pared y me detuve. Un gancho de aspecto muy corriente parecía zumbar cuanto más me acercaba a él. Retrocedí y el sonido desapareció.

Me concentré de nuevo y volvió a aparecer. Exhalé un suspiro y dejé ir las preguntas para las que no tenía respuesta. No estaba segura de qué hacer, pero me acerqué para quitar el viejo gancho de la pared. Al tirar de él, se abrió una puerta secreta detrás. Diosa celestial. No me lo esperaba.

Miré con brusquedad por encima del hombro, preocupada por si había un espía invisible acechando detrás de mí, esperando para informar a quien fuera su jefe. Despacio, escudriñé la habitación, pero a menos que hubiera varios demonios Umbra en la ciudad, el que había contratado Envy no estaba allí.

Me sacudí de encima los escalofríos y me giré hacia la puerta secreta. Me

pareció oír los susurros lejanos de muchas voces procedentes del interior del pasadizo oculto. Pensé en el diario de Vittoria, en las frases que había intentado descifrar y que resultaban tan desconcertantes como la sesión de adivinación de Claudia.

Seguí el murmullo de las voces hasta una cueva, en lo alto del mar…

…Lo encontré allí, enterrado en lo más profundo. Conseguí entender una línea antes de que el caos descendiera.

Pensé en el «lo» que había mencionado. Si ambas habíamos llevado una parte del cuerno de Hades durante toda nuestra vida, no podía ser el misterioso «lo» al que se refería. Entonces, ¿de dónde procedían los susurros que había oído sobre el mar? ¿Qué había desenterrado Vittoria y había decidido esconder de nuevo, en algún lugar alejado de los Malvagi?

Me asomé a la puerta secreta, preguntándome si sería lo bastante valiente como para comprobar a dónde conducía. Los susurros me llamaron, un poco más altos, un poco más insistentes. Se me humedecieron las palmas.

Quizás llevar el *cornicello* de Vittoria me diera acceso a su magia. Lo que significaba que lo que había atraído a mi hermana a esa cueva sobre el mar, ahora me llamaba a mí.

Si de verdad quería saber qué le había pasado a Vittoria, tenía que ver qué había detrás de esa puerta. Tras una oración rápida a la diosa, sujeté su *cornicello* con fuerza y me adentré en el pasadizo secreto.

CUARENTA Y TRES

Una escalera vieja y ruinosa me dio la bienvenida. Dudé en el primer peldaño, mirando hacia la oscuridad de debajo. No había antorchas ni luces que me guiaran una vez que descendiera al abismo. Solo telarañas y el inconfundible impulso de correr en dirección contraria. Los susurros sonaban mucho más fuertes y exaltados allí dentro, y tapaban otros ruidos. Si alguien o algo me seguía, no lo sabría hasta que estuviera casi encima de mí.

Froté el suave *cornicello* con el pulgar. Era una bruja bendecida por la diosa que llevaba uno de los cuernos del diablo. Seguro que podría encontrar la forma de arrojar un poco de luz a la situación. Me concentré con fuerza en el *cornicello* de mi hermana, evocando las veces que surgía esa extraña luz púrpura, y apareció un resplandor mínimo. No era mucho, pero sería suficiente para iluminar mi camino. Solté el aire que retenía y comencé el largo camino hacia abajo.

Mantuve una mano alrededor del amuleto y la otra en la pared, para asegurarme de no perder el equilibrio y precipitarme hacia la muerte. Tardé uno o dos minutos, pero por fin llegué al final de las escaleras. Estudié el entorno para asegurarme de que no me iban a atacar. Estaba en un túnel que me recordaba al nido del Viperidae. Luché contra un escalofrío. Esperaba sinceramente no volver a encontrarme con él. Evitando que esos temores echaran raíces, seguí adelante.

Unos metros más adelante, el túnel se bifurcaba en dos direcciones. El camino de mi izquierda parecía inclinarse de forma constante,

impidiéndome ver mucho más allá. El de la derecha parecía continuar durante un rato antes de torcer hacia la derecha. Para ser sincera, ninguno de los dos parecía una opción divertida, pero no estaba allí para pasarlo bien. Cerré los ojos y escuché la magia que me guiaba. Los susurros eran más fuertes a la derecha. Y un leve tirón en mi interior me empujaba en esa dirección. Así que ese fue el camino que elegí.

Había perdido la noción del tiempo que había pasado cuando me detuve de golpe. El amuleto de mi hermana había pasado de emitir un ligero brillo púrpura a una fuerte luz intermitente. Nunca había visto que ninguno de nuestros amuletos actuara de esa manera y empecé a sospechar de inmediato. Miré a mi alrededor en busca de la causa y vi una cruz muy tosca pintada en la pared. Debía de estar debajo de una iglesia. Fui a mirar hacia otro lado, pero hubo algo que me llamó la atención.

Allí, semienterrado en la tierra, destellaba algo plateado. Los murmullos crecieron con entusiasmo.

Con el pulso acelerado, me acerqué y me incliné para retirar la suciedad. Mi amuleto desaparecido brilló en señal de bienvenida. Lo recogí y fui a colocármelo en el cuello, pero me detuve. Nonna había dicho que nunca debían tocarse. No estaba segura de que eso siguiera importando, pero no pensaba arriesgarme a desatar otra catástrofe. Me quité el amuleto de mi hermana y lo guardé en el bolsillo secreto de mi falda. En el mismo momento en que mi *cornicello* se posó sobre mi piel, mis hombros se relajaron. No me había dado cuenta de la tensión que me aquejaba. Puede que fuera uno de los cuernos del diablo, pero ahora me pertenecía a mí.

Me levanté y miré a mi alrededor. Había esperado encontrar el emplazamiento de las reuniones secretas de los metamorfos, pero no había puertas ni salidas. Estaba considerando mis opciones cuando escuché un sonido que no era resultado del susurro de algún objeto mágico. Había alguien allí abajo. Era posible que fuera quien había pintado ese símbolo en

la puerta, o podría ser algo mucho peor.

Consideré la posibilidad de correr, pero no habría sido prudente. Fuera cual fuera la criatura grande y mala que estuviera ahí fuera, seguro que la idea de perseguirme le encantaba. Miré hacia delante, contenta de ver el desvío a unos pocos metros de distancia. Si corría, podría despistar a lo que fuera que me estaba siguiendo. No perdí ni un segundo más en consideraciones, sino que cargué hacia el siguiente túnel.

Doblé la esquina y corrí a adentrarme en las sombras, tracé un círculo rápido de protección y luego me apretujé en un hueco húmedo que quedaba oculto a la vista.

Un ligero desplazamiento de guijarros me indicó que mi acosador no se había rendido. Contuve la respiración, temiendo que la más mínima inhalación o exhalación me delatara. Mi perseguidor se detuvo lo bastante cerca como para que pudiera distinguir sus rasgos, y reprimí una serie de maldiciones.

—Estás completamente…

La mano de Wrath salió disparada y me tapó la boca antes de que terminara la frase. Había atravesado mi círculo de protección sin mostrar ningún indicio de que le hubiera afectado en absoluto. Lo cual debería haber sido imposible, porque estaba ligado a mi poder. Me sentía demasiado aturdida para hacer algo inteligente, como morderle.

—Ahora que posees el Cuerno, hay tres docenas de demonios Umbra acercándose. Dos docenas de los cuales te han estado siguiendo desde que saliste de tu casa. —Retiró la mano—. Si atacan, quiero que corras. No mires atrás ni te quedes aquí. ¿Entendido?

—¿*Qué* ? —Casi cuarenta asesinos invisibles habían estado persiguiéndome, pero eso ni siquiera era lo más aterrador. Imaginar a muchos demonios invadiendo este mundo y el daño que podrían causar… era demasiado—. ¿Cómo han llegado aquí?

—Tengo dos conjeturas. O bien las puertas se están debilitando exponencialmente, o alguien los ha convocado a todos. —Wrath me apretó con más firmeza contra la piedra, su enorme cuerpo se tragó cualquier resquicio de luz de mi amuleto que pudiera delatarnos—. Si estás de acuerdo, puedo utilizar el transvenio de vuelta al palacio. ¿Vienes conmigo?

Un leve tirón de advertencia detuvo mi lengua. Lo cual era extraño, teniendo en cuenta que quería que nos alejara del peligro por arte de magia. Pero también era muy conveniente que solo tuviera *su* palabra para demostrar la presencia de los mercenarios invisibles. Envy había tenido éxito en una cosa: había sembrado la duda.

—¿Cómo funciona eso exactamente?

—En pocas palabras, viajas a través de las dimensiones conmigo y te deposito en un lugar de mi elección.

—Has dicho que tenía que dar mi consentimiento… ¿Tengo que darlo todas las veces?

—Si accedes una vez, el permiso es eterno.

A pesar de que el peligro se acercaba, ese sentimiento que no me veía capaz de ignorar persistía. Prefería probar suerte con los mercenarios antes que hacer un trato eterno.

—¿Y qué más?

Dudó. Lo cual me dejó preocupada.

—En esencia, te sentirás como si estuvieras siendo incinerada mientras cambiamos de tiempo y espacio. No dura más de un segundo o dos.

Clavé la mirada en él. El fuego y las brujas eran tan buena combinación como los demonios y los ángeles. Estaba decidido. Probaría suerte con los asesinos.

—Tiene que haber…

—¡Corre, Emilia!

Se dio la vuelta y dio una fuerte patada a lo que solo podía ser un

demonio Umbra. No lo vi salir volando, pero oí un sonido extraño. Si era incorpóreo, no estaba segura de cómo lo había tocado Wrath. Arremetió contra otro y contra otro más. Solo cuando se desplomaron comprendí la anomalía. La daga demoníaca de Wrath les cortaba la cabeza. Tal vez sostener el arma también le permitiera golpearlos.

Al morir, perdían su invisibilidad. Quise correr, pero no podía moverme. Me quedé mirando los rostros pálidos con profundos círculos negros alrededor de los ojos hundidos y los dientes acabados en pequeñas puntas que salían de las encías negras y podridas. Parecían cadáveres y olían igual.

Era incapaz de decidir si conocer sus verdaderos rostros era mejor o peor.

—¡Llévate los cuernos! —Wrath fintó hacia delante, atacó, rodaron cabezas. Era la violencia hecha carne. Viéndole atacar y mutilar a un demonio tras otro, imaginé que era invencible. Atacaba, paraba, golpeaba y entonces rodaban cabezas. Volaban partes del cuerpo. Había salpicaduras de sangre oscura por doquier. No había nada que pudiera detenerlo.

Envy surgió de lo más profundo de las sombras, sus ojos brillaban como esmeraldas.

—Atrapadlo.

Chasqueó los dedos una vez, y justo entonces distinguí las formas sombrías de los demonios Umbra mientras se arremolinaban como una colmena de avispas enfadadas. Wrath luchó, se resistió y consiguió eliminar a algunos más, pero fue en vano. Ni siquiera algo tan poderoso como el demonio de la guerra podía contener la marea de cuerpos invisibles que no dejaban de ir a por él. No a menos que desatara toda su magia.

Por extraño que parezca, ninguno de ellos respiró siquiera en mi dirección.

Al final, inmovilizaron a Wrath. Su poder retumbó, inundó los túneles, pero Envy se limitó a reírse mientras llovían rocas. Conseguí esquivarlas cuando un fragmento enorme se estrelló justo donde había estado un

segundo antes.

—Adelante. Usa toda esa fuerza, hermano. Enterrarás a tu bruja. —El retumbar de las profundidades de la tierra cesó. Envy me miró, sonriente—. No te preocupes. Sigue sin tener nada que ver con sus sentimientos, mascota. Eres un medio para un fin. ¿No es así, hermano?

—Si lo haces, también te estarás condenando a ti mismo. —Ni siquiera apresado y rodeado de enemigos parecía acobardado—. ¿Es eso lo que quieres?

—A lo mejor me gusta estar condenado. —Envy sacudió el polvo imaginario de sus solapas—. Tal vez deberías recordar lo que se siente, querido hermano. Que te quiten algo que codicias. Lástima que no recuerdes que yo también soy algo que hay que temer. Permíteme que te lo recuerde.

De no ser por el sonido húmedo y nauseabundo y el gemido ahogado de Wrath, no me habría dado cuenta de que algo (aparte del hecho de estar rodeada de demonios mercenarios invisibles) iba mal. Observé, horrorizada y en silencio, cómo la daga de Envy se hundía profundamente en la ingle de Wrath y cómo la arrastraba por su cuerpo, abriéndolo de cadera a cadera. Wrath se encorvó, con los ojos muy abiertos, mientras se le salían las tripas.

—Vete —tosió. La sangre le salpicó los labios.

Me quedé mirándolo sin pestañear. Creo que grité.

Los sonidos que me rodeaban fueron sustituidos por un pitido agudo en mi cabeza. La cara se me calentó y luego se enfrió. Wrath tenía el abdomen abierto de par en par. Un segundo estaba de pie, luchando, y luego… luego… había mucha sangre. Caí de rodillas y me entraron arcadas.

Envy se rio, y el sonido rebotó en las paredes.

—Hacía tiempo que quería hacer esto, hermano. Ni te cuento lo bien que sienta ver cómo te desangras. —Me miró, con el labio superior curvado—. Fíjate bien, cariño. Así es como trato a la familia. Imagínate lo que es ser

mi enemigo. No creas que he perdonado lo que tú y tu abuela me habéis hecho.

Retorció la daga y Wrath tosió sangre de color oscuro. Me obligué a mirar, a mantenerme en pie. Todavía no podía hacerme pedazos. Los demonios Umbra que sujetaban al demonio de la guerra debieron de soltarlo. Wrath se deslizó hasta el suelo, contemplando la brutalidad de su herida.

Envy volvió a levantar la daga, pero no pude soportarlo.

—¡Para! —Me atraganté con el grito cuando Envy ignoró mis súplicas y lo apuñaló una vez más por si acaso. Dio un paso atrás para comprobar los daños. Wrath se esforzó por mirar en mi dirección, pero no lo consiguió. Nunca se esforzaba por nada. No creo que estuviera en su naturaleza.

—Por favor… Emilia. Yo… —Jadeó, un sonido áspero y trabajoso. Se estaba muriendo. Se estaba muriendo de verdad.

Algo se agitó dentro de mí.

Corrí a su lado, tanteé con las manos y traté de detener la hemorragia.

—No pasa nada. Todo va a salir bien. Solo tienes que curarte.

Una vez más, no tenía ningún hechizo, ninguna magia a la que recurrir para cerrarle la herida. Estaba demasiado aturdida para pensar con claridad. Solo disponía de mis dos manos y de la esperanza de que pudiera curarse a sí mismo lo bastante rápido. Se giró despacio hacia mí, la luz abandonó sus ojos antes de encontrarse con mi mirada suplicante. Aquello no podía estar pasando. Lo necesitaba.

—No. —En aquel momento más que nunca, tenía que levantarse y estar bien. Lo sacudí un poco. Su quietud no era normal, sus pupilas estaban fijas. Sabía lo que eso significaba y no podía… *Él* no podía estar muerto. Se suponía que aquel demonio estúpido y arrogante era inmortal—. Levántate.

Tenía que curarse. Solo necesitaba algo de tiempo. Yo podía mantener los bordes de la herida unidos durante unos minutos más. Eso era lo único que

necesitaba. Unos pocos minutos. Podía hacerlo. Podía quedarme allí hasta que se cosiera a sí mismo de nuevo.

Seguía allí arrodillada, con las manos llenas de sangre, cuando su cuerpo desapareció de este reino.

Me quedé mirando la sangre que me humedecía las palmas de las manos. Había mucha. Demasiada. Ningún mortal sobreviviría a esas heridas. Antes, Wrath siempre se había curado al instante.

Estaba herido, pero no muerto.

Igual que Lust cuando Wrath lo había atacado con su daga. *No podía* estar muerto. En eso se basaba la inmortalidad. Pero… había visto la vida abandonar los ojos del demonio. Lust no había tenido ese aspecto. Todavía respiraba cuando se desvaneció en el infierno. De repente, era *yo* la que no podía respirar. Sin él, yo…

Extendí las manos, me temblaban. Miré hacia abajo y observé con extrañeza e indiferencia cómo todo mi cuerpo temblaba con violencia. Ver el cuerpo mutilado de mi hermana había sido horrible, pero ver cómo destripaban a alguien… Me froté las manos en las faldas, pero la sangre no se iba. Restregué y restregué y…

—Basta. —Envy me rodeó la muñeca con sus largos dedos y apretó. Un poco más de presión y me la fracturaría—. Todo este malestar podría haberse evitado si hubieras escuchado. La única culpable eres tú misma.

—¿Viv… vivirá?

Envy se arrodilló a mi lado y presionó el lado plano de su daga contra mi barbilla. La hoja seguía resbaladiza por la sangre de Wrath.

—Deberías rezar a tu diosa para que no lo haga. Ahora dame el Cuerno de Hades y es posible que me plantee concederte un final rápido.

Aparté la mirada de la mancha de sangre que indicaba el lugar en el que Wrath había caído. Había luchado por mí. Se había interpuesto entre su hermano y yo, y había pagado por ello. La rabia me invadió de repente,

desterrando la pena de mi mente. Le sostuve la mirada a Envy y metí la mano en el bolsillo de la falda. A toda velocidad, me pasé el amuleto de Vittoria por el cuello, uniendo por fin el Cuerno de Hades.

Un chasquido como el de un látigo rompió el silencio cuando los cuernos del diablo se reunieron. El poder me recorrió entera.

—Largo. Vete antes de que te *obligue* .

—Estás cometiendo un terrible error. —Envy no trastabilló hacia atrás ni corrió, pero me obedeció—. Tu desobediencia no se me olvidará pronto, mascota. Y tú tampoco deberías olvidarla. Tener a un príncipe del infierno como enemigo no es ninguna nimiedad. Venid.

Reunió a sus asesinos invisibles y salió de aquel túnel frío y húmedo. Esperé a que se fuera antes de desplomarme en el suelo. Tras esa demostración de poder, no me atreví a moverme. Me llevé las rodillas al pecho. Las cosas habían salido mal de una forma espectacular, y esa vez no tenía ni idea de cómo seguir adelante. Wrath ya no estaba. Mi familia estaba escondida y ganar a los príncipes del infierno yo sola parecía más imposible que nunca. Ver a Wrath abierto de cadera a cadera había sacudido algo en mi interior. Había creído que era invencible, así que en realidad ¿qué posibilidades tenía yo?

Quería ser valiente, audaz e inteligente, y vencer a mis enemigos con astucia. Admitir que tenía mucho que aprender me parecía una derrota. Tenía mi magia y el Cuerno de Hades, pero no tenía tiempo para aprender trucos más oscuros que igualaran el terreno de juego. Nonna había dicho que intentaría retrasar la apertura de las puertas del infierno, pero quién sabía si lo conseguiría antes de que se nos acabara el tiempo.

Ser realista no significaba ser derrotista. Quizás las cosas *irían* mejor si dejara de luchar y esperara a ver si el diablo quería reclamarme.

O tal vez, ahora que tenía sus cuernos, debería invocarlo, hacer un trato por mi cuenta y evitar más destrucción. Volví a fijarme en el lugar donde

había caído Wrath. Tenía la sensación de que sabía lo que él haría. Y sabía lo que había elegido Vittoria. Pero aún no estaba segura de lo que quería yo.

Así que me quedé allí sentada, junto a la sangre seca de mi peor enemigo, y lloré.

CUARENTA Y CUATRO

Los hechizos de resurrección forman parte de las artes oscuras y de lo Prohibido porque van en contra del orden natural. Si intentas recuperar una vida, la Muerte tomará su retribución de otro lugar y equilibrará la balanza. Como pasa arriba, pasa abajo.

—Notas del grimorio de los Di Carlo

Una hora más tarde me encontraba fuera del palacio en ruinas. No tenía ningún otro lugar al que ir que fuera seguro y esperaba que, de algún modo, la magia de Wrath siguiera protegiendo el edificio. Había llegado hasta la planta baja y acababa de cerrar la puerta cuando un pequeño aguijonazo de frío se me clavó en el cuello. Estaba dispuesta a ignorarlo cuando recordé lo que Nonna había dicho sobre haber sido marcada por un príncipe del infierno.

Wrath me había proporcionado una forma de convocarlo.

Me apresuré a subir las escaleras y saqué lo que necesitaba de una bolsa extra que había preparado días antes. Velas negras, algunos huesos de animales del restaurante, el grimorio personal que había empezado y…

¡Sangre y huesos! Sin la daga de Wrath no tenía oro, que era uno de los ingredientes principales que necesitaba para invocar a un demonio de la casa de la Ira. Me paseé por la habitación mientras soltaba improperios.

Por un puñetero momento deseé que algo fuera fácil.

Aparté las velas de en medio y me hundí en la cama, parpadeando para retener las lágrimas. Había estado tan enfadada con Wrath después de nuestro beso, tan devastada por que hubiera omitido lo que buscaba en realidad, que había querido devolverle el daño que me había hecho, pero nunca de esa forma.

Ver morir a alguien que conocía, aunque fuera alguien que *no debería* gustarme, no era poca cosa. Luego estaban la amenaza de Envy, perder a mi familia… No sabía cómo proceder a partir de ese momento. Me recosté y contemplé las pequeñas grietas del techo, y se me ocurrió que eran como las pequeñas fisuras que habían fracturado mi vida en un millón de fragmentos pequeños. Cada una de las líneas representaba otro camino, otra elección, otro intento de corregir los errores cometidos. Volví mentalmente sobre mis pasos de las últimas semanas, tratando de adivinar dónde me había equivocado de camino.

Puesto que no obtuve ninguna respuesta sabia, me rendí y me coloqué de lado. En el pequeño tocador que estaba junto a la cama había una botella de prosecco y dos vasos. También había un pequeño cuenco con rodajas de naranja cubiertas de chocolate. No recordaba haber visto antes ninguna de las dos cosas, pero puede que Wrath hubiera llevado aquellas golosinas mientras jugábamos a cartas.

No sabía qué pensar de aquello, así que desterré esos pensamientos, descorché la botella y observé las burbujas efervescentes y su suave chisporroteo mientras me servía un vaso. Si el mundo tal y como lo conocía se estaba acabando, me merecía un trago antes de hacer un trato con el diablo. Me llevé el vaso a los labios y me detuve. Wrath había dicho que curioseara en el tocador si me aburría. No me aburría, pero estaba intrigada.

Dejé el vaso y abrí el cajón superior.

Sobre un lecho de terciopelo doblado encontré un pequeño anillo de oro

en forma de ramas de olivo.

Era simple, pero precioso. Lo levanté y me lo puse en el dedo índice. Me encajaba a la perfección. Se me encogió el corazón. Sabía exactamente por qué me lo había dejado. En la época de los romanos, entregar una rama de olivo a un enemigo era un gesto de paz. Una lágrima resbaló por mi mejilla cuando recordé que él la había llamado rama de la verdad. Wrath, que probablemente había supuesto que yo no tenía mucho oro propio, me había dado la última pieza que necesitaba para convocarlo. Se había preparado para todo. Táctico hasta la médula.

Sintiéndome esperanzada por primera vez en lo que parecía una eternidad, dispuse las velas en círculo y las encendí, coloqué los helechos recién cortados y los huesos y comencé la invocación. Utilicé un poco de mi propia sangre como ofrenda y añadí unas cuantas gotas al círculo.

—Por la tierra, la sangre y el hueso. Yo te invito. Ven, entra en este reino de hombres. Únete a mí. Permanecerás atado en este círculo, hasta que te envíe a casa.

Me arrodillé, a la espera del humo que revelaría la llegada de Wrath. Pasaron unos cuantos segundos. Mantuve mi esperanza a raya. La última vez, los primeros indicios de su llegada se habían producido segundos después de realizar el conjuro. Quizás, como estaba muy herido, necesitaba una ofrenda mayor. Exprimí unas cuantas gotas más de sangre y las vertí en el círculo. No ocurrió nada.

—Vamos, demonio.

Volví a repasar el ritual. Ajusté los helechos, los huesos y las velas hasta que formaron un círculo perfecto. Coloqué mi anillo en el centro y luego dejé caer unas cuantas gotas más de sangre.

—Por la tierra, la sangre y el hueso. Yo te invito. Ven, entra en este reino de hombres. Únete a mí. Permanecerás atado en este círculo, hasta que te envíe a casa.

Volví a omitir el latín, ya que la última vez había terminado en un compromiso imprevisto y Wrath había dicho que no era necesario. Cuando todo permaneció en silencio, lo intenté una última vez y utilicé el mismo hechizo que nos uniría en impío matrimonio si Wrath lo aceptaba.

—Por la tierra, la sangre y el hueso. Yo te invito. Ven, entra en este reino de hombres. Únete a mí. Permanecerás atado en este círculo, hasta que te envíe a casa. *Aevitas ligati in aeternus protego* .

Una fuerte corriente apagó una de las velas. Esperé, conteniendo la respiración, a que el poderoso demonio de la guerra se alzara. Inmortal. Furioso. Impresionante. Me preparé para el sermón que seguramente recibiría. Pasaron los segundos, pero no había humo, ni señal de que hubiera invocado algo. Esperé y esperé. Los pájaros empezaron a llamarse unos a otros en el exterior, la mañana no estaba lejos. Y el hechizo de Wrath solo podía lanzarse por la noche.

Aun así, lo intenté de nuevo, con la esperanza de conseguirlo esa vez.

La última de mis esperanzas acabó por extinguirse. Nonna había dicho que mientras viviera, Wrath acudiría. El hecho de que no apareciera me llenó de temor. Pensé los inicios de todo aquello, cuando había rezado a la diosa de la muerte y la furia, y no pude evitar preguntarme si al final se había cobrado la venganza que yo ya no quería contra él.

Observé el parpadeo de las velas, deseando que prendieran fuego a la ropa de cama y a todo el palacio. Sería apropiado que el resto de mi mundo ardiera en llamas. Wrath se había ido de verdad. Y se había llevado con él la última de mis esperanzas.

El Cuerno de Hades estaba en mi poder, pero no estaba segura de cómo usarlo para cerrar las puertas del infierno. Mi familia había huido, Envy había secuestrado a Antonio y la mente de mi mejor amiga seguía atrapada entre reinos. Los demonios Umbra se habían infiltrado en la ciudad y no tenía ni idea de cómo deshacerme de todos ellos.

Apagué las velas de invocación una por una hasta que me quedé completamente a oscuras.

CUARENTA Y CINCO

Cuando el sol extendió sus primeros rayos sobre el mar, yo ya me había vestido para la batalla. Me miré en el espejo, terminé de trenzarme la mitad del cabello en una corona y dejé la otra mitad suelta. Aseguré la parte superior con dos grandes pinzas en forma de rama de olivo con incrustaciones de diamantes que, con la excepción de las piedras preciosas, hacían juego con mi nuevo anillo. Me pinté los labios con un tinte de color vino y me extendí kohl por los párpados.

Di un paso atrás y admiré mi trabajo, tenía el aspecto de alguien peligroso. El vestido era del tono intenso de las bayas con mangas de casquillo hechas por completo de escamas de oro. Era lo bastante oscuro como para ocultar la sangre, pero no era otro conjunto completamente negro. No era que no me gustara el color, pero parecía que estaba de luto.

Y se había acabado lo de sentirse triste.

Wrath había dicho que podía elegir entre ser una víctima o una vencedora. Y, por mucho que me resistiera a admitirlo, tenía razón. Los demás siempre estarían ahí, intentando derribarme, decirme quién era o quién creían que debía ser. Las palabras se convertían en armas a menudo, pero solo tenían poder si hacía caso de ellas en lugar de confiar en mí misma.

Si mis enemigos querían sembrar la duda en mi interior, tendría más confianza que nunca en mis propias capacidades. Aunque tuviera que fingirla hasta que sintiera que era verdad.

Abandoné el palacio de la Zisa y me adentré en el corazón de la ciudad.

Recorrí el casco antiguo y me dirigí al mercado Ballarò, donde habían instalado puestos de comida alrededor del palacio real. No me sorprendió ver que los Nucci ya tenían un grupito de gente a la espera de sus arancini y panelle. Tanto las bolas de arroz frito como las tortas fritas de garbanzos salados eran comidas callejeras muy populares.

El padre de Domenico se secó la frente con un paño y entregó una bolsa de comida. Me alegré de verlo lejos del antro de juego de Greed. Eso facilitaba parte de mi plan.

Observé cómo la cola se reducía poco a poco y la gente se alejaba con sus bolsas de comida. Mi estómago refunfuñó ante la visión y los olores, y decidí que comprar algo era una buena excusa para hablar. De todas formas, necesitaba comer.

—*Buongiorno* , *signorina* Di Carlo. ¿Qué desea hoy?

—Panelle con ración extra de limón, por favor.

El mayor de los Nucci frio las tortitas planas a la perfección, espolvoreó un poco de sal marina por encima y las metió en una bolsa de papel con una rodaja extra de limón. Le entregué las monedas y me desvié hacia un lado, donde su toldo ofrecía un poco de sombra.

—¿Cómo está su hijo Domenico?

—¿Se ha metido en problemas?

No estaba segura de cómo responder a eso, así que recurrí a uno de los trucos favoritos de Wrath y lo ignoré.

—Mi hermana lo mencionó varias veces, y he oído que ha estado pasando mucho tiempo en el monasterio. Debe de ser duro para él, perder a alguien que le importaba.

La mirada de Domenico padre se desvió hacia la persona que había detrás de mí antes de entregar un pedido de arancini y poner unas pocas raciones más en la cesta de la freidora.

—Está bien. Se ha ido a Calabria esta mañana para ayudar a su primo.

Dejé de masticar mi panelle. De todos los momentos para que Domenico se fuera de casa, era extraño que eligiera aquel. Cambié de táctica.

—¿Ha pasado algún tiempo en ese club de juego? —pregunté, con la esperanza de no ser demasiado grosera—. Necesito encontrarlo cuanto antes.

Sacudió la cabeza.

—Me temo que no puedo ayudarte. He oído que el tipo que lo dirige se ha marchado.

Grité para mis adentros y maldije a la diosa de las oportunidades perdidas. Estaba a punto de marcharme cuando me fijé en un extraño tatuaje que lucía en el antebrazo. La huella de una pata agarrando lo que parecía ser un tallo de hinojo. Desvié la mirada hacia el lateral de su carro de comida: allí estaba pintado el mismo símbolo. Me había equivocado. No lo había visto en el diario de mi hermana. Lo había visto el día en que Wrath y yo habíamos intentado acercarnos para investigar el asesinato de Giulia Santorini. Se me entrecortó la respiración cuando por fin até cabos. El señor Nucci era un metamorfo.

Tragué con fuerza y levanté la mirada poco a poco. Domenico padre se dio cuenta de que me había quedado mirando su tatuaje y se bajó la manga a toda prisa a pesar del calor que hacía.

Su reacción hizo saltar las alarmas.

Pensé en el diario de mi hermana. En que todo lo que decía era «Domenico Nucci». Nunca había mencionado si se trataba del padre o del hijo…

—Es usted —dije, dejando caer mi bolsa de panelle—. Vittoria escribió su nombre en su diario. Nunca se trató de su hijo. ¿Hizo daño a mi hermana? ¿Averiguó ella lo que es?

—No es… no grites ese tipo de acusaciones. Dame un segundo.

Domenico puso el cartel de cerrado en el puesto y me indicó que lo

siguiera mientras doblaba la esquina, donde había menos movimiento. Yo no quería alejarme de la multitud, y él parecía saberlo. Se detuvo donde todavía estábamos rodeados de gente, pero donde nadie podía escucharnos.

—Tu hermana servía bebidas en el local de Greed.

El corazón me latía desbocado. Por fin, después de todo aquel tiempo, tenía otra pista sobre lo que Vittoria hacía justo antes de ser asesinada.

—¿Y qué más? ¿Sabía ella lo que es usted? —Asintió—. ¿La vio alguna vez con Greed?

—Sí. Una noche, ella fue a verlo con una idea. Estaban trabajando en un plan con el que ambos se sentían cómodos.

—¿Cómo acabó metido en todo esto? —No parecía dispuesto a responder, así que saqué el cuchillo que había escondido en mi corpiño y dejé que el sol arrancara un destello a la hoja. Había aprendido muchos trucos del demonio de la guerra—. Obtendré la información que quiero de una forma u otra, *signore* . La decisión de cómo hacerlo depende de usted.

—Está bien, está bien. —Tragó con fuerza y miró a su alrededor—. Ya sabes lo de los *benandanti* .

Asentí. Todo el mundo lo sabía.

—Cambiaformas, en cierto sentido. Sus espíritus cambian a formas animales para viajar por el plano astral cuatro veces al año. También luchan en las Batallas Nocturnas.

—Bueno, eso son los *benandanti* . Nosotros no lo somos, pero han copiado nuestro símbolo, así que a menudo nos confunden. Podemos cambiar de forma física cuando nos plazca. Somos los lobos tizones. Los *benandanti* son humanos, nosotros no. Al menos no del todo. La mayoría diría que somos hombres lobo.

—Hombres lobo —repetí—. ¿Usted se transforma físicamente en lobo?

Domenico padre asintió.

Me tomé un momento para recuperarme. Nunca había oído hablar de un

lobo tizón, pero había muchos rumores sobre los hombres lobo. Por las viejas historias que me habían contado, los lobos permanecían junto a su manada y eran leales solo a los suyos. No entendía cómo o por qué se había asociado con demonios.

—¿Por qué estaba con Greed?

Bajó la mirada al suelo.

—Hicimos un trato.

El recuerdo de haberlo visto con montones de fichas de juego cruzó por mi mente. Tuve la sospecha de que sabía hacia dónde iba aquello.

—¿Prometió que perdonaría sus deudas si lo ayudaba?

Asintió.

—Me pareció que él salía perdiendo con el trato. Luego descubrí que, para empezar, no era idea suya. Dijo que lo único que quería era que los lobos lucharan del lado del diablo cuando llegara el momento. No nos hemos transformado en casi dos décadas, así que no creí que el trato tuviera ningún valor.

—¿Por qué no se han transformado?

Se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe con certeza. Un día podíamos y al siguiente no.

—Pero eso ha cambiado hace poco, ¿no? —lo interrogué—. ¿Alguien ha cambiado de forma?

—Cuando un chico cumple los veinte años, suele cambiar por primera vez.

Y apostaría cualquier cosa a que Domenico hijo había cumplido años hacía poco y se había sorprendido mucho cuando se había convertido en lobo.

—¿No le contó a su hijo lo que era?

Sacudió la cabeza muy despacio.

—Había pasado tanto tiempo… No creí que fuera a suceder. Cuando

Dom cambió, supe que estábamos en un aprieto. Le conté lo que había prometido. —Se limpió una lágrima de la mejilla—. La decepción en los ojos de mi hijo fue suficiente para acabar conmigo. La vergüenza que he traído a nuestro legado, a nuestra familia. Los lobos no luchan por nadie ajeno a la manada. Ahora Dom reza en el monasterio por mí y por él mismo, con la esperanza de que todos perdonen mis pecados.

—¿Cómo descubrió mi hermana lo que es?

Se lo pensó durante unos instantes.

—No estoy seguro. Pero ella fue la que le dijo a Greed que negociara conmigo. Cuando cerramos el trato, me hizo prometer que mantendría mi palabra.

—¿Vittoria preparó el trato entre usted y Greed? —pregunté, con el corazón desbocado—. ¿Está seguro de que fue idea de ella y no de él?

—Muy seguro —dijo el *signore* Nucci—. Era parte de un plan más grande que tenía tu hermana. Pero nunca me dijo cuál era, así que me temo que no puedo ayudarte más. Solo me dijeron que estuviera preparado cuando nos llamaran.

Solté aire muy despacio. Vittoria había encontrado la forma de obligar a dos enemigos a trabajar juntos. Un frente unido para luchar contra el verdadero enemigo. El cual todavía era una incógnita. Consideré esa nueva información con sumo cuidado. Mi hermana había creído en Greed. Yo había creído en Wrath. Y Envy seguía siendo el asesino más obvio, excepto que… No se había jactado de arrancar corazones del cuerpo de nadie y no tenía mi amuleto. Lo que significaba que nuestro asesino podría seguir suelto por ahí.

—En realidad, Domenico no está en el continente, ¿verdad?

—No —admitió el *signore* Nucci, moqueando—. Está en el monasterio.

Todos los caminos conducían al monasterio. Y yo ya no creía en las coincidencias.

Allí había encontrado el cadáver de mi hermana.

Era el lugar donde la sesión de adivinación de Claudia había salido terriblemente mal.

Domenico rezaba allí casi a diario, pero, según Claudia, también hablaba con los miembros de la hermandad. Apostaría cualquier cosa a que había confiado sus problemas a la persona equivocada, en especial por cómo habían actuado la noche que había encontrado a Claudia en ese estado.

Me despedí del *signore* Nucci y me apresuré a buscar la siguiente pista.

Antes de que Vittoria fuera asesinada y mi mundo se fuera a la mierda, Nonna había dicho que había cazadores de brujas buscando presas en la isla de forma activa. Los había descartado después de invocar a Wrath y encontrar a otros tres príncipes del infierno vagando por nuestro reino. Pero a lo mejor me había apresurado mucho al llegar a esa conclusión.

Si alguien quería matar brujas, los integrantes de la orden sagrada eran los sospechosos perfectos. ¿Quién mejor para erradicar el mal del mundo que los devotos de Dios?

Pensé en la noche en que había encontrado a Claudia, en el hermano Carmine, que tenía un brillo asesino en los ojos. Había dado un paso al frente, con aspecto de estar hambriento de sangre. Sabía que despreciaba a las brujas, y hacía años que no daba uno de sus iracundos discursos en el mercado. No podía hacer otra cosa que imaginarme lo mucho que le gustaría volver a subirse a su tribuna y escupir más odio.

Su abierto desprecio por los practicantes de la magia lo convertía en el principal sospechoso para ser cazador de brujas.

Ese día, de una forma u otra, descubriría los secretos que guardaba la santa hermandad.

CUARENTA Y SEIS

Un grupo de figuras con túnica se había reunido en el patio. Entre los hermanos, la tensión era tan densa como el calor del verano. Uno de sus miembros había desaparecido y varias jóvenes habían muerto. No me sorprendió que culparan al diablo. Me escondí cerca de la esquina del edificio principal y recorrí la multitud con la mirada, buscando a un miembro que sabía que no encontraría.

El hermano Carmine estaba en el centro, con el puño alzado hacia el cielo remarcando cada vehemente palabra que salía de su boca. Por lo que parecía, había llegado al culmen de su discurso.

—Nuestro Dios es un Dios poderoso, y no tolerará que el mal nos infeste —dijo—. Debemos dejarnos guiar por su ejemplo en estos tiempos oscuros y problemáticos. La hora del juicio ha llegado. Debemos detener al demonio antes de que siembre las semillas de su maldad. Vamos, compartamos la buena palabra con nuestro prójimo. Llevémosles la salvación.

—¡Amén! —gritaron todos al unísono.

La multitud se disolvió en dirección a la ciudad, para salvar almas humanas. Me acerqué a la esquina y solté un suspiro tenso. El hermano Carmine no había hablado de que el diablo rompiera la maldición, pero era alarmante lo exacto que había sido en lo que había dicho. Por una vez, las almas humanas corrían un peligro real. Aquello acrecentó mis sospechas contra él. Si se había formado un misterioso grupo de cazadores de brujas, era muy, muy probable que acabara de localizarlos. Me estaba planteando si

debía seguirlo o no cuando sentí la llamada de la magia procedente del interior del monasterio. Era la misma que había sentido la noche en que había encontrado el cadáver de Vittoria.

Si no más potente.

A lo mejor solo era que en aquel momento pude percibirla mejor. O tal vez tuviera algo que ver con que ahora poseía los dos cuernos. Saqué el *cornicello* de mi hermana de donde lo había escondido en mi vestido y lo levanté. Incluso para una bruja no humana parecía un sacrilegio llevar los cuernos del diablo en un espacio sagrado. Pero no pensaba entrar sin protección. Coloqué su *cornicello* junto al que ya llevaba y sentí una descarga de magia en mis venas.

Antes de entrar, eché una última mirada a mi alrededor. Todo estaba tranquilo. La hermandad se había ido. Crucé el pequeño patio y empujé la puerta para abrirla. Mientras me apresuraba a pasar junto a las momias en un pasillo por lo demás vacío, sentí que algo me observaba.

Giré sobre los talones y escudriñé el pasillo que solía hacer que el corazón se me acelerara y me temblaran las manos. Esa vez, cuando se me aceleró el pulso, no fue porque tuviera miedo de lo que iba a encontrar. *Quería* que alguien intentara atacarme.

—Muéstrate.

A diferencia de las novelas que a Vittoria le gustaba leer, no apareció ningún villano con una risa oscura que se pusiera poético sobre los malvados planes de su amo. No apareció nadie en absoluto. Estaba sola de verdad. Cerré los ojos, agarré el Cuerno de Hades, inspiré hondo y me centré. Cuando volví a mirar al pasillo de los muertos aparentemente vacío, oí unos susurros débiles.

No eran de este mundo.

Bloqueé todo lo demás, excepto el sonido de las voces silenciosas. Las seguí y me adentré en las catacumbas. Tomé nota de cada giro y de cada

nuevo pasillo en el que entraba, con la esperanza de encontrar el camino de vuelta hasta la salida si me veía obligada a correr. Nunca me había adentrado tanto en el monasterio, ni siquiera sabía que en lo más profundo *hubiera* tantos pasillos laberínticos que se retorcían y giraban hacia el centro de la tierra.

Mientras seguía avanzando en silencio, el zumbido de las voces se hizo más fuerte. Sentí un hormigueo en las terminaciones nerviosas. Había algo mágico cerca. Y era poderoso. Una parte de mí quería ignorarlo y huir. Pero había demasiado en juego. Seguí adelante, obligándome a enfrentarme a mis miedos.

Varios minutos después, me detuve en un pasillo húmedo tallado en piedra caliza con una única antorcha colocada en un candelabro. La luz parpadeaba de forma amenazante, como la cola de un gato molesto. No necesitaba ninguna señal de la diosa para saber que algo peligroso andaba cerca. No sabría decir si el estómago se me retorcía por la inquietud o por la expectación. De un modo u otro, algo estaba a punto de suceder.

Había una puerta cerca del final del pasillo ligeramente entreabierta, como si fuera una invitación. Recorrí los últimos pasos y me detuve junto a ella. Era posible que se tratara de una trampa, pero los susurros se habían vuelto frenéticos.

Necesitaba ver lo que había allí. Me acerqué, con el pulso acelerado, y abrí la puerta un poco más. Desde fuera, la habitación parecía vacía. Las apariencias solían ser engañosas. Antes de entrar, eché un vistazo para asegurarme de que no era una trampa. Las motas de polvo giraban en círculos. Todo estaba en silencio. Las ilusiones eran una magia engañosamente fácil: a menudo proyectaban lo que uno esperaba encontrar.

Debería haber sido más lista.

CUARENTA Y SIETE

En cuanto crucé el umbral, supe que había cometido un error. Sentí como si el aire fuera una goma elástica que se rompió y me dejó encerrada allí. Volví a empujar la puerta, pero fue inútil. No podría salir de esa habitación hasta que quienquiera que hubiera lanzado el hechizo de contención decidiera liberarme.

Los murmullos que había escuchado se convirtieron en un auténtico parloteo. Había tantas voces, tantas conversaciones, que apenas podía oír mis propios pensamientos.

—Ya está aquí.

—Ha llegado.

—Rompe las ataduras.

—Libérala.

Me tapé los oídos y busqué cualquier posibilidad de escapar o de romper el hechizo. Quería que el ruido cesara. En ese mismo instante. El espejismo desapareció con brusquedad, como si estuviera en sintonía con mis deseos. Mi mirada recorrió la versión real de la habitación. Las paredes estaban cubiertas de frases en latín. Montones y montones de frases, algunas con letra más grande y otras más pequeña, llenaban hasta el último centímetro de las paredes desde el suelo hasta el techo. Alguien había estado muy ocupado. Nunca había visto utilizar la magia de esa manera.

Las letras brillaban con suavidad y palpitaban como si formaran parte de una entidad de lo más viva. Me entraron ganas de caer de rodillas, no sería fácil romper un hechizo tan poderoso. Pero no pensaba rendirme todavía.

Busqué señales de una emboscada. Estaba sola, excepto por un libro.

El corazón empezó a latirme más lento. Tenía que tratarse del «lo» que Vittoria había descrito en su diario.

Cuando me concentré en el libro, las voces comenzaron a hablar de nuevo, más suaves, más tentadoras. Probé a destaparme los oídos y dejar caer las manos. Apenas podía respirar. Aquel era el secreto por el que había muerto mi hermana. Lo sabía en lo más hondo.

Un único rayo de luz iluminó el viejo tomo encuadernado en cuero que yacía cerrado sobre un pedestal tallado en un sólido pedazo de obsidiana. Nunca había visto una piedra preciosa tan grande y avancé con cautela hasta situarme sobre el misterioso libro. Las voces se acallaron.

El símbolo de la triple luna hecho en peltre adornaba la cubierta, pero no había ningún título que indicara lo que contenía. Era mágico, eso lo tenía claro gracias al poder que emanaban sus páginas. Lo rodeaba una suave luz lavanda. Me recordó a los *luccicare* que veía alrededor de los humanos, y era del mismo tono púrpura que mi tatuaje. No sabía lo que significaba, pero tenía una idea bastante buena de lo que era: el primer libro de hechizos. Aunque parecía imposible, Vittoria había encontrado el grimorio de La Prima.

Era así de sencillo, así de simple. Y, sin embargo, mi hermana había pagado un precio muy alto.

De repente quise quemarlo.

No era más grande que cualquier otro libro viejo, pero su poder era diferente a cualquier cosa que yo hubiera sentido antes. La cubierta estaba desgastada en lugares donde parecía haber sido abierta y cerrada un millón de veces.

Como la noche en la que había encontrado el cuerpo de mi hermana, sentí un tirón insistente y silencioso en el centro de mi ser. Esa vez, me rogaba que abriera el libro, que echara un vistazo a los hechizos que sentía brotar

de él. Me acerqué despacio y lo abrí por la página marcada con una cinta.

Me recibió un papel negro muy familiar, con bordes dorados a los lados. Ojeé la página: era un hechizo para invocar al lucero del alba. Cerré el libro y me alejé.

Alguien había convocado al diablo. O quería hacerlo.

Respiré con calma mientras mi mente trabajaba a toda velocidad. Aquel era el grimorio misterioso del que mi hermana había arrancado algunas páginas. De algún modo, su magia la había conducido al primer libro de hechizos y luego había arrancado páginas con hechizos para invocar demonios. Sabía con certeza que no había colado ese texto en nuestra pequeña habitación, yo lo habría percibido en el mismo momento en el que hubiera entrado en nuestra casa y también Nonna, lo que significaba que Vittoria debía de haberlo escondido allí. Pero, ¿por qué creería que estaría a salvo entre las paredes de la hermandad? Existía una conexión, solo tenía que *pensar* .

—Por fin.

Pegué un salto hacia atrás cuando una figura encapuchada entró en la habitación y alargó la mano hacia mi tiza bendita. Tenía que ser la persona a la que el mensajero había vendido sus secretos. Aposté a que se trataba del hermano Carmine. Qué ironía que un cazador de brujas tendiera una trampa utilizando la magia. La figura se echó la capucha hacia atrás y me quedé inmóvil, preparada para que el hermano que odiaba a las brujas atacara. En lugar de eso, Antonio se movió más rápido de lo que había creído posible y me quitó la tiza de las manos como si fueran a crecerle garras y hacerme daño. Vi cómo se rompía contra el suelo y volví a la realidad. El alivio me inundó por completo.

—¡Antonio! Estás vivo. Creía… —Levanté la mirada y me fijé en la expresión de su rostro. La preocupación no estaba presente. Era una expresión de odio. El corazón me latía con fuerza mientras daba un paso

atrás—. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño Envy?

—Un ángel del Señor nunca me haría daño. —Sus labios dibujaron una sonrisa que distaba mucho de las dulces y tímidas que yo recordaba—. A diferencia de ti.

Apenas podía respirar mientras todo encajaba en mi mente. Envy no le había hecho daño, ni lo había mantenido cautivo. Todo lo contrario. Antonio había entregado a Claudia directamente a mis enemigos por voluntad propia. Había sabido que era una bruja y…

—Eres tú. Tú mataste a mi hermana. —Me temblaba la voz—. ¿Por qué?

—¿Tan difícil te resulta de creer? ¿Que yo, un hombre de Dios, pueda desear librar al mundo del mal?

—Suenas igual que Carmine. —Cerré las manos en puños, necesitaba sentir el pinchazo de las uñas en la carne para no arremeter—. ¿Asesinar a mujeres inocentes no es un acto de maldad en sí mismo?

—Los mejores ángeles de Dios son guerreros feroces, Emilia. A veces, para alcanzar el bien mayor, primero debemos convertirnos en la espada de la justicia y atravesar a nuestros enemigos. Tú no lo entenderías. No está a tu alcance comprenderlo, *bruja* .

El poco control al que había logrado aferrarme me abandonó.

—No tienes ni idea de lo que puedo hacer.

—Puede que no. Pero si ahora usas la magia contra mí, me darás la razón. —Levantó la barbilla para señalar mis amuletos combinados. Brillaban con ferocidad—. *Todas* las brujas nacen malvadas.

Mi temperamento y mi dolor se desbordaron. Di un paso adelante y desaté la ira contenida a la que me había aferrado desde el asesinato de mi gemela.

—Te equivocas. No nacemos malvadas. Algunas nos convertimos en eso. A través del odio.

Los mechones de mi pelo se alzaron como si de repente corriera la brisa.

Se estaba gestando una tormenta y no era de este mundo. Las palabras brillantes que nos rodeaban palpitaron más rápido. La magia chamuscó el aire y unos conjuros desconocidos se arremolinaron en mi mente. Tal vez los cuernos del diablo me estuvieran dando fuerzas, o tal vez el primer grimorio me estuviera transmitiendo sus hechizos.

O quizás solo fuera mi propia oscuridad escapando. Me daba igual.

Sujeté el Cuerno de Hades y susurré un hechizo tan malvado que las palabras ardieron al salir de mis labios. Levanté el brazo y luego describí un arco hacia abajo. Unas garras invisibles rasgaron la túnica de Antonio en tiras.

Esa vez, perdoné su carne.

El miedo inundó sus ojos. Retrocedió muy despacio, con las manos en alto. Como si eso fuera a detenerme.

—¿Asustado? —Me acerqué a él—. Deberías estarlo. Solo acabo de empezar.

Levanté el brazo y él se encogió. Su voz tembló.

—P-piedad, Emilia. P-por favor.

—¿Ahora quieres piedad? —En mi alma ardía una ira pura, al rojo vivo —. Dime, ¿te rogó mi hermana?

Pensé en su pecho, en el agujero abierto donde había estado su corazón. Él le había hecho eso. Nuestro amigo. Eché el brazo hacia atrás y abrí *su* pecho de un tajo. Ojo por ojo. Justicia. Se apretó las heridas con las manos, vio sangre y se alejó a trompicones. No era más que un rasguño.

La furia me impulsó a seguir adelante.

—¿Le ofreciste piedad a Vittoria cuando suplicó por su vida? ¿O a Valentina? ¿Cuántas mujeres te han suplicado que las perdonaras? ¿Dónde estaba tu misericordia entonces?

Cayó de rodillas y comenzó a rezar. Yo esperé. Pero Dios no apareció. Lo hizo la diosa de la muerte y la furia. Me arrodillé, con los ojos encendidos,

y lo obligué a mirarme. Quería que él también viera el rostro de mi hermana. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Luché contra el impulso de aplastar su cráneo contra el suelo y ver cómo la vida abandonaba esos ojos llenos de odio.

La muerte sería demasiado bondadosa. Y no me sentía especialmente amable.

—Cuando por fin te mate, suplicarás la dulce liberación de la muerte, Antonio. —Me miré el dedo, concentrada en una hoja invisible que lo pinchaba. Se formó un pequeño rubí de sangre—. Juro por mi sangre que no volverás a conocer la verdadera felicidad. Tu corazón estará maldito y se romperá cada vez que olvides los pecados que has cometido. Y cada vez que te rías, estaré ahí, esperando, para recordártelo.

Estaba a punto de sellar el voto con la gota de sangre, cuando el hedor de la orina llenó el espacio que nos rodeaba, despertando un recuerdo en mí. Había asustado a Antonio. Igual que había hecho Wrath cuando le había sacado la información a golpes a… Me sobresalté y dejé caer la mano a un lado.

Wrath, un príncipe del infierno, había mostrado misericordia.

Sabiendo el tipo de poder que tenía él, no tenía ni idea de cómo había logrado contenerse. Y en aquel momento deseaba ser un poco más como él. Pero no lo era.

—Nuevas reglas. Me dirás la verdad sobre todo lo que te pregunte y solo entonces consideraré perdonarte la vida. ¿Entendido?

—S-sí. —Asintió varias veces y tomó una larga bocanada de aire—. ¿Qué quieres saber?

—Antes de que conocieras a ese «ángel de la muerte», tuvo que haber algo que provocara esto. Cuéntame el motivo de que algo tan retorcido haya crecido en tu interior. Algo tan repugnante.

—Yo no… —Sacudió la cabeza—. Está bien. Una semana antes de que

mi madre muriera, la llevé a ver a una mujer que yo creía que solo utilizaba remedios populares y la oración para curar. Resultó que era una bruja. —Su risa sonó hueca. Le dirigí una mirada impávida y la ahogó—. Ella provocó la muerte de mi madre. Juré, en ese momento, compensarle el daño a Dios. Prometí que, si alguna vez conocía a otra bruja, la enviaría directa a las mazmorras del infierno, donde debía estar. Fue entonces cuando mis oraciones recibieron respuesta.

—¿Cómo?

—Un ángel vino a mí poco después y me habló de la maldición del diablo. Dijo que, para romperla, el diablo debía casarse con una bruja. El ángel me dijo que eso no podía ocurrir, o el diablo sería liberado. Me dijo que me daría los nombres de las posibles novias y que lo único que tenía que hacer para salvarnos del verdadero mal era matar brujas.

Desvié la mirada hacia el primer libro de hechizos. Volví a pensar en mi hermana.

—¿Ese ángel te dio el nombre de mi hermana?

Bajó la mirada al suelo.

—La muerte de tu hermana fue… Yo no quería… Incluso le pedí al ángel que la perdonara, pero dijo que dejar una sola semilla de maldad haría que crecieran más. Luché contra ello durante un tiempo. Incluso argumenté que no era una bruja, que estaba equivocado. Entonces… —Se negó a mirarme a los ojos—. Entonces Vittoria empezó a hablar de invocar al diablo aquella noche en el monasterio, y no pude negar la verdad. Había que detenerla.

Contuve mi furia. Vittoria siempre bromeaba con invocar al diablo, embrujar a alguien u otras tonterías delante de los humanos. Por lo general, ellos se reían, creían que era una broma. Me preocupaba que un día alguien empezara a dudarlo. Nunca pensé que sería alguien cercano a nosotras.

—La traicionaste. Me traicionaste a mí.

—¿Y tú no hiciste lo mismo conmigo? —preguntó, su voz se tornó aguda

un momento antes de contenerse—. Me lanzaste un hechizo para que me enamorara de ti. Me mentiste a la cara todos los días, ocultando la verdad de lo que eres. —A pesar de mi anterior despliegue de poder, su rostro se contorsionó, lleno de rabia—. Tu sitio está en el infierno, con las demás almas malditas y condenadas. Ni siquiera eres humana. Me das asco.

—Nunca he utilizado un hechizo de amor.

—¿Puedes decirme, sin mentir, que antes de esta noche nunca has usado magia conmigo sin mi consentimiento? ¿Eres una excepción a la regla?

—Por supuesto que no lo he hecho, yo… —Cerré la boca. Había utilizado un hechizo de la verdad con él cuando éramos niños. Había violado su libre albedrío. Lo que había hecho estaba mal, pero eso no le daba derecho a asesinar mujeres como represalia—. ¿Cómo pensabas impedir que el diablo encontrara una bruja en otra ciudad?

—Invocándolo.

—Tú, un hombre de Dios, haciendo el trabajo de supuestos ángeles, ¿quieres invocar al diablo?

—No quiero hacerlo, Emilia. Pero haré lo que hay que hacer. Quiero que vea cómo destruyo sus cuernos.

Mi mano voló hasta mi amuleto.

—¿Cómo…?

—¿Cómo sabía que llevabas los verdaderos Cuernos del Diablo? —se burló—. Mi ángel de la muerte. Verás, primero destruiremos a todas las brujas vivas. Luego, invocaremos al diablo y lo atravesaremos con una espada.

—¿Cómo se llamaba ese ángel?

Antonio se encogió de hombros.

—No me lo quiso decir. Pero había algo… poderoso en él. Sabía que no mentía. Solo un enviado del cielo podría inspirar tanta gloria.

Lo supiera Antonio o no, apostaría mi alma a que había estado bajo la

influencia de un príncipe del infierno. Y creía saber con exactitud quién lo había orquestado todo: Envy. El demonio traidor. Solo necesitaba tener pruebas, y luego lo destruiría.

—¿Qué papel juegan los corazones?

Me miró de forma extraña.

—¿Corazones?

Como si no lo supiera. Estaba claro que su cooperación había llegado a su fin. O quizás había detalles de sus horribles actos que no podía afrontar. Dejé de prestar atención a Antonio y empecé a pensar en mi próximo movimiento. Pensé en mi hermana, en su plan para invocar al diablo. Quería negociar con él.

Tal vez ella supiera que Envy, o algún otro príncipe del infierno, había estado moviendo los hilos del destino, y que la única forma de detenerlo era ayudar a Pride a romper la maldición. Aquello explicaría por qué quería que los hombres lobo y Greed formaran una alianza. Fueran cuales fueran sus razones, había creído que lo mejor era ir al inframundo. Puede que Antonio fuera el instrumento de la muerte, puede que hubiera elegido cometer estos actos atroces, pero no había actuado solo.

Ahora quería averiguar quién más había ayudado a matar a mi hermana.

Una idea, salvaje y loca, tomó forma en mi cabeza. Si Antonio lograba invocar al diablo en aquel momento, podría utilizarlo en mi beneficio. Mi hermana creía que gobernar en el infierno era su mejor opción.

Tal vez también fuera la mía.

—Si vas a invocar al diablo, ¿por qué esperar?

—Lo vas a invocar *tú* . —Antonio sonrió—. Y yo voy a matarlo cuando lo hagas.

Me gustaría verlo intentarlo. Señalé el círculo de invocación a medio terminar y agarré sendos amuletos con una mano.

—Enciende las velas.

Hizo lo que le pedí y terminó de preparar el círculo a toda velocidad. En lugar de utilizar huesos de animales, colocó acónito en flor entre las velas. Me quedé contemplando los pétalos de color púrpura y azul intenso en forma de yelmo. No era en absoluto lo que yo me habría imaginado que haría falta para convocar a Pride.

Cuando el último trozo de acónito estuvo en su sitio, dio un paso atrás y murmuró una invitación en latín para que yo la repitiera. Su «ángel» le había enseñado bien.

Como cuando había invocado a Wrath, el humo inundó el círculo. Los relámpagos se sucedieron y la atmósfera crepitó como si estuviéramos en medio de una terrible tormenta. Esperaba ver a un hombre apuesto ante nosotros. No esperaba ver a Antonio. Sus ojos eran pozos de un azul plateado, el único indicio de que no era el joven que había crecido a mi lado.

Miró a su alrededor. Sus movimientos eran poco naturales. Me mantuve firme mientras me estudiaba. Pride se había apoderado del cuerpo de Antonio. Antes de que pudiera convertir mi expresión en una máscara de aburrimiento, se acercó. Se me entrecortó la respiración. Se fijó en los broches con incrustaciones de diamantes que llevaba en el pelo.

—Tengo un regalo para ti, *Stella Strega* .

Tenía una voz preciosa. Después de lo que había aprendido hacía poco sobre el bien y el mal, no sabía por qué esperaba que fuera chillona y pareciera muchas voces a la vez.

—¿Y qué me costará este regalo?

Su sonrisa era cualquier cosa menos tierna.

—Solo tu alma, por supuesto.

Le devolví la sonrisa a mi nuevo prometido. Él no tenía ni idea de que, pronto, una tormenta asolaría el infierno.

—Tienes mi atención, Pride. Impresióname.

Me miró despacio y chasqueó los dedos. La magia llenó el aire. Se oyó un crepitar y un vestido apareció en el aire.

Colgaba de un gancho invisible, los faldones revoloteaban. La parte superior era un corsé metálico cubierto por completo de lianas espinosas. Varias capas de paneles negros se reunían en las caderas y fluían hasta el suelo en ondas del color de la medianoche. Todas las capas tenían cosidas pequeñas gemas ahumadas, que me recordaron a la hematita triturada. Unas serpientes negras y brillantes se enroscaban en intrincados patrones en la cintura, como un cinturón.

No esperaba nada menos dramático para la futura reina del infierno.

Me alegré de que mi plan estuviera funcionando, y también me sentí aterrorizada. Ya no había vuelta atrás.

El vestido se balanceaba y giraba solo, como si lo llevara un ser invisible, acercándose cada vez más a donde yo permanecía inmóvil. Me rozó y se precipitó alrededor de mi cuerpo, girando salvajemente hasta que cerré los ojos con fuerza. No me gustaba que me recordara a la fiesta invisible de Lust. De hecho, lo odiaba.

Todo se detuvo de inmediato. Miré hacia abajo, sobresaltada al ver que mi vestido color baya había desaparecido y que, en su lugar, aquella belleza oscura abrazaba mis curvas.

Jadeé mientras se apretaba más a mi alrededor.

El diablo inclinó la cabeza.

—Todos aclaman a la nueva consorte.

El corazón me latía con fuerza.

—Todavía no he recibido la corona.

—Pero lo harás. —De la nada, sacó una daga con una cabeza de león rugiente y la apuntó al corazón de Antonio—. He oído hablar de la venganza que buscas. Acepta este sacrificio humano como un regalo de la casa del Orgullo, majestad.

—¡No!

Esa única palabra me salió en una extraña voz que era a la vez mía y completamente ajena. La hoja se cernió sobre la piel de Antonio, pero no la atravesó.

La respiración me salió entrecortada.

—Me reuniré contigo, o con tu representante, dentro de una hora en la caverna donde invoqué a Wrath por primera vez. Tengo que hacer algo antes de dar mi respuesta final.

El diablo me sostuvo la mirada.

—De acuerdo.

—*Somnus* —susurré, sometiendo el cuerpo de Antonio a un sueño encantado. Si alguien iba a vengarse de él, sería mi mano la que se encargaría de su castigo.

Con el corazón martilleándome en el pecho, dirigí la mirada hacia el primer libro de hechizos. Quería unos minutos para leerlo por encima y recopilar cualquier magia de última hora que pudiera antes de esconderlo de los Malditos, pero ya no estaba.

Daba lo mismo. Me las arreglaría de otra manera. Sin mirar atrás, salí de la estancia con los Cuernos del Diablo y mi siniestro vestido nuevo, sintiendo que el pulso se me aceleraba con cada paso que daba. Antes de que terminara la noche, llegaría a un acuerdo con Pride que, esperaba, sería la perdición de su reino.

Juré en silencio a mi hermana que no descansaría hasta que todos los responsables de su muerte encontraran su fin.

CUARENTA Y OCHO

El diablo no llegó a lomos de un corcel que escupiera fuego, ni en medio de una violenta tormenta. De hecho, no fue el rey de los demonios quien vino a por mí.

Wrath entró en la luz parpadeante, con aspecto gélido y peligroso. Me acerqué a él de forma inconsciente y me quedé paralizada. Un gruñido grave recorrió la cueva. No provenía de él, sino de algún animal oculto en las sombras. Una advertencia de una diosa, sin duda.

Algo iba muy mal…

Inspeccioné a Wrath desde una distancia segura. No había nada familiar en aquel demonio. No cabía lugar a dudas respecto a dónde gobernaba aquella criatura. Era el más malvado de los Malvagi.

Una traicionera parte de mí se sintió aliviada de que estuviera vivo. Aunque sabía que era inmortal, no había estado del todo convencida de que hubiera sobrevivido al brutal ataque de Envy. Otra parte de mí, una más sabia, se tambaleó y se negó a creer que justo *él* fuera quien había acudido a recoger mi alma. La traición ardía en mi interior.

No sé por qué esperaba otra cosa de un despreciable príncipe del infierno.

Las lágrimas que me provocó la rabia hicieron que me picaran los ojos. Nonna había tenido razón en todo. Los Malditos eran hábiles mentirosos. Wrath me había engañado con su actuación, eso seguro. Me había hecho creer que estaba muerto. Y que le había importado. Debía de haberse divertido mucho viéndome caer bajo su hechizo. Una bruja ingenua y solitaria que había estado lo bastante desesperada como para buscar la

ayuda de su enemigo mortal…

Y nuestro beso. Creí haber sentido pasión, calor. Otra ilusión creada por mi enemigo.

Luché contra un escalofrío mientras él me miraba. Donde antes ardía con intensidad, ahora era puro hielo. Era imposible discernir ninguno de sus pensamientos. Si iba a ser su reina, no parecía impresionado. Me sentía desesperada por creer que se trataba de una actuación, que en realidad no era tan frío y cruel. Él no dijo nada y expresó todavía menos. Envy, Greed y Lust parecían sumamente humanos en comparación con aquel desconocido que tenía ante mí.

Llevaba un traje acorde con su posición real, con las manos metidas en los bolsillos. Sobre la cabeza llevaba una corona negra con espinas de color rubí. Si la pusiera al revés, parecería estar goteando sangre. Su ropa la formaban capas de color carbón y obsidiana con puntadas doradas. Seda y terciopelo. Si no me fijaba demasiado, parecía más un ángel que un príncipe oscuro.

Levanté la barbilla para que echara un buen vistazo a los amuletos que llevaba en el cuello.

—Demonio.

—Bruja.

—Creía que estabas muerto.

—Lamento decepcionarte.

Su atención se desvió hacia el círculo de contención donde Antonio flotaba en una especie de animación suspendida. A las sombras del techo les salieron garras. Casi podía oír el áspero roce de sus uñas contra la piedra. El rostro de Wrath seguía siendo inexpresivo, pero supuse que no había esperado encontrar a un humano preso por arte de magia. No me molesté en ocultar mi sonrisa burlona. Dejé que viera lo que podía hacer.

Me miró de forma inexpresiva.

—¿Estás lista para vender tu alma?

Clavé la vista en él un momento, asimilando aquella versión de él. No me había dado cuenta de la frecuencia con la que la mirada de Wrath parecía puro fuego hasta que lo había sustituido por una gélida indiferencia. Quien estaba ante mí ahora no era el mismo demonio al que yo creía conocer. Quería alejarme de él, echar a correr.

—¿Y bien? —Su tono era cortante. Había victoria en la mirada de aquel demonio. No había frustración, ni ningún destello de deseo, ni un respeto ganado con esfuerzo. Yo era un medio para un fin. Otra posible reina bruja que añadir a la lista de las que habían sido asesinadas antes de llegar al altar. Intenté no pensar en mi propio destino incierto. Incluso si este se reducía a vivir por despecho, juré que sobreviviría sin importar quién o qué fuera a por mi corazón. Tenía pocas dudas de que mi vida estaba en peligro. Wrath me había advertido de que los monstruos vendrían a por mí, y eso sí me lo creía. Tenía delante a uno de ellos en ese preciso momento—. ¿Te has decidido?

—Casi.

Me evaluó, frunciendo un poco el ceño. Tal vez se sintiera decepcionado por que su real presencia y su autoridad no me habían acobardado. Me negué a fingir que entendía algo de lo que sentía o deseaba. No era tan tonta como para creer que se había enamorado de mí, pero podría haber jurado que ambos habíamos pasado de una animosidad fría a algo más cálido. Me aferré el Cuerno de Hades mientras consideraba mis reducidas opciones. El ligero zumbido de la magia era reconfortante, como un abrazo de mi abuela. Si me quedaba, las puertas del infierno se debilitarían y se abrirían, destruyendo todo lo que yo amaba. Ya me había encontrado con demonios Umbra y Aper, con el reptiliano Viperidae, y a cuatro de los aterradores siete príncipes del infierno.

Había tenido suerte de escapar con vida, y yo era más difícil de matar que

la mayoría. El mundo humano no estaba preparado para hacer frente a la carnicería que traerían consigo las hordas de demonios si se abrieran las puertas. Imaginé a Nonna con otro collar de sangre roja como rubíes, sus ojos lechosos y sin vida. Tuve visiones de mi madre y mi padre descuartizados en nuestro restaurante. Hasta el último humano inocente de nuestra ciudad yacería en la podredumbre, apestando bajo el sol abrasador.

Ya había perdido a mi hermana; no iba a perder a nadie más.

—Accedo. Con dos condiciones.

Una nueva chispa iluminó su mirada. Junto con la ira, la inteligencia y la astucia brillaron en mi dirección.

—Muy bien. Oigamos esa contraoferta.

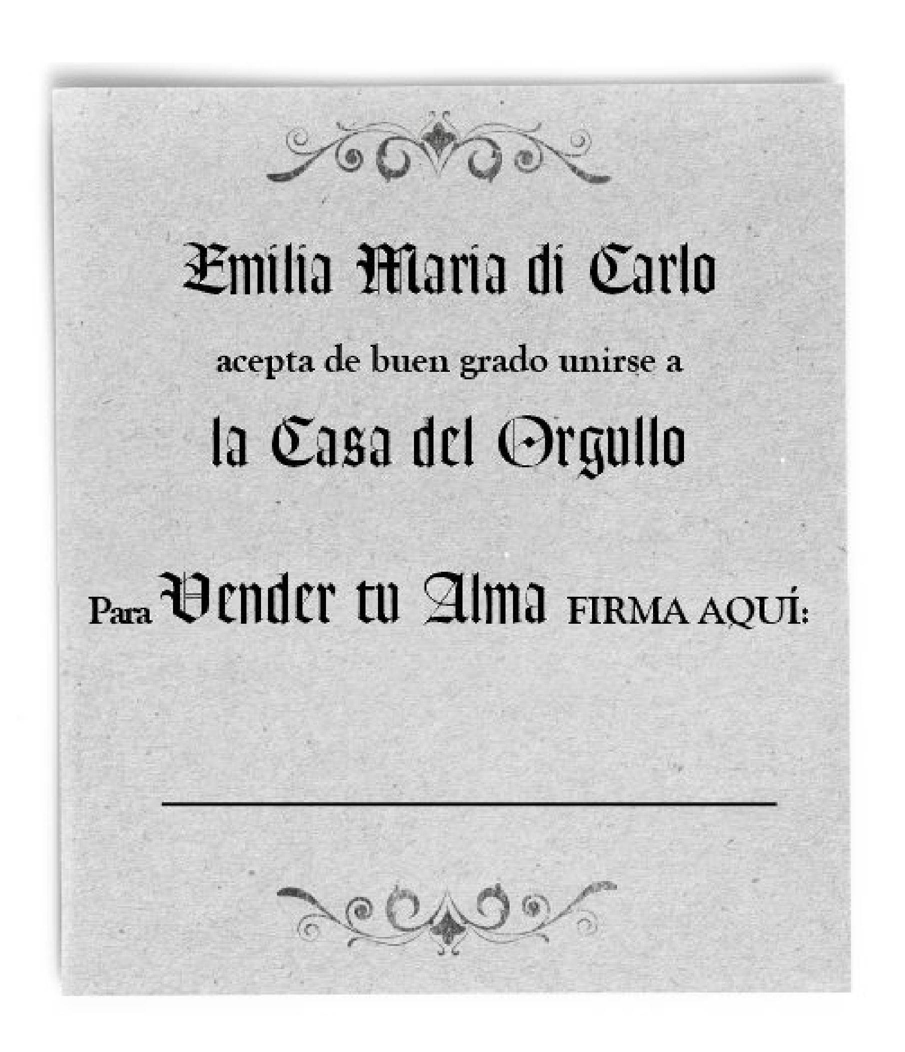
Me sentí orgullosa de que mi voz no flaqueara.

—De ahora en adelante, ninguna otra bruja será cazada, ningún humano será atacado. Quiero que todos los príncipes del infierno se mantengan alejados de este mundo. Y Antonio será mi prisionero para que haga con él lo que crea conveniente. De lo contrario, no me uniré a la casa del Orgullo.

—Hablas como una verdadera princesa del infierno. —Su sonrisa era afilada. Parecía engreído, como si supiera algún secreto—. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres? ¿Esto es lo que eliges? —Asentí. Wrath se me quedó mirando un momento demasiado largo, como si quisiera incinerarme en el acto—. Hecho.

Un pergamino se materializó junto con una pluma de cuervo, cuya punta era más un arma que una pluma. Cuando no apareció ningún bote de tinta, enseguida me di cuenta del motivo. El corazón me palpitó con fuerza. Si no huía en aquel momento, no habría forma de deshacer aquello. Algunos lazos no podían romperse nunca.

Leí el pergamino con mucha atención.



Emilia Maria di Carlo

acepta de buen grado unirse a

la Casa del Orgullo

Para Vender tu Alma FIRMA AQUÍ:

Era bastante simple. No parecía haber ningún truco. Lo cual me preocupaba más. Vender un alma no debería ser tan fácil. Me costaba más regatear con los vendedores del mercado por la ropa. Una parte de mí quería reírse. Pero había poco humor en aquella caverna.

Antes de que pudiera salir corriendo y gritando, me pinché el dedo y firmé con sangre la venta de mi alma, la magia que me ataba al diablo para toda la eternidad. Cuando terminé, el pergamino desapareció en una nube de humo. Me quedé mirándola hasta que el olor a azufre se disipó, luchando contra una creciente oleada de pánico.

—¿Algo más? —pregunté mientras una extraña sensación de hormigueo me envolvía como un manto. Wrath señaló con la cabeza mis dos amuletos. Por supuesto. El diablo quería recuperar sus cuernos. Me los arranqué del

cuello y los dejé caer al suelo de la caverna, su ausencia ya era una extraña especie de tortura.

Desaparecieron.

Respiré hondo. Ya no tenía que preocuparme por esconderme de los Malvagi: ellos me habían encontrado. Pero no importaba, yo también los había encontrado a ellos. Y esperaba que lamentaran el día en que habían venido a por mí y a por los míos. Pronto me encontraría en las profundidades de su reino y estaría en una posición perfecta para descubrir a los verdaderos culpables detrás de los asesinatos y lo que buscaban de verdad.

Entonces me pondría manos a la obra para destruirlos. Si es que no me mataban a mí primero.

Pasé junto a Wrath, caminé hasta el borde de la cueva y miré hacia abajo. Podría ser la última vez que viera este mundo y quería memorizarlo. Un furioso oleaje se estrellaba contra las rocas, rociando agua hacia arriba en ásperos susurros. Me quedé mirando las olas del color de la tinta mientras intentaba calmar mi pulso acelerado. Parecían espadas de plata centelleando a la luz de la luna. Nonna decía que era una señal de que se avecinaban cosas traicioneras. Esa vez, no podía llevarle la contraria.

El suelo tembló de repente, los guijarros se dispersaron y los murciélagos salieron volando de la cueva. Me preparé para la inesperada oleada de magia, con el temor de que la caverna se derrumbara.

Me giré y miré a Antonio, o más bien al lugar donde había estado. El asesino de Vittoria había desaparecido. En su lugar, el poder de Wrath giraba como la cola de una majestuosa serpiente. Sonrió, un rápido destello de dientes. Ya no estábamos unidos, y su poder era abrumador, infinito. Me negué a manifestar mi miedo.

La sonrisa del demonio se desvaneció y, en silencio, me tendió una mano.

—¿Quieres venir conmigo?

Sabía que solo lo pedía con semejante amabilidad por la etiqueta demoníaca. No quería acceder, no quería volver a tocarlo, pero sabía que no podría encontrar el camino al inframundo sin su magia oscura.

—Sí.

Rodeé sus dedos con los míos antes de que mis emociones me traicionaran. Un poder crepitante surgió de nuestro contacto. Pequeñas corrientes recorrieron nuestra piel. Antes de que pudiera pensar en ello, el humo nos envolvió. Al humo siguió un dolor abrasador. Sentí que todo mi cuerpo ardía. Me ahogué en un grito. Los dedos de Wrath apretaron los míos. No había suelo, no había conexión con el mundo natural, nada tangible excepto el príncipe al que ahora odiaba más que a todos los demás juntos.

El dolor duró solo un momento antes de que una nueva sensación avivara aún más el miedo. Volvimos a pisar tierra firme. Lo que significaba…

Por la diosa, apenas podía respirar. Quería cerrar los ojos para siempre.

En vez de eso, miré al frente, eché los hombros hacia atrás y esperé a que el humo se disipara.

Esperaba que el reino de los malditos estuviera preparado para una reina vengativa.

AGRADECIMIENTOS

Se necesita todo un aquelarre de personas con talento para traer un libro al mundo y, como Emilia, he tenido la bendición de contar con las siguientes personas, que lanzan poderosos hechizos para que estos libros salgan adelante:

Stephanie Garber, soy muy afortunada de tener una amiga como tú. Este libro no sería lo mismo sin tu apoyo constante, tus sesiones de lluvia de ideas y tu disposición a las llamadas telefónicas y a charlar incluso de los detalles más pequeños. Nuestras llamadas semanales sobre nuestros libros (y nuestras series de televisión favoritas) han hecho que el proceso sea muy divertido, ¡y me alegra mucho que podamos volver a hacerlo!

Barbara Poelle, diosa y agente extraordinaria, nunca dejas de asombrarme con los muchos, muchos papeles que interpretas: agente, amiga, socia comercial feroz, reina de los bitmojis y campeona de la lluvia de ideas. Gracias por plantar la idea de los príncipes del infierno en mi cabeza cuando empecé a dar vueltas a esta idea, ahora no puedo imaginar esta historia sin esos demonios pecaminosamente retorcidos.

Maggie Kane y todo el equipo de la agencia literaria Irene Goodman, Heather Baror-Shapiro (Baror International) y Sean Berard (Grandview) trabajan sin descanso entre bastidores para llevar mi trabajo a países increíbles y a Hollywood. Y no podría sentirme más agradecida con cada uno de vosotros.

A mi brillante editora, Laura Schreiber, que heredó este libro (¡y a mí!) y se lanzó de inmediato con un entusiasmo inquebrantable para ayudar a

encontrar la historia que tenía en la cabeza. ¡Estoy muy contenta con todo el trabajo que hemos hecho y me muero de ganas de llegar a lo que vendrá en la próxima entrega!

Liam Donnelly, la portada y los detalles del interior del libro hacen feliz a mi oscuro corazón. Un millón de gracias por las serpientes y las calaveras, es una estética fabulosa.

Dan Denning, Joshua Johns, Jordan Mondell, Caitlyn Averett, T. S. Ferguson, Erinn McGrath, Charlotte Lamontagne, Maggie Cannon, Ned Rust, Tracy Shaw, Flo Yue, Blue Guess, Alexis Lassiter, el equipo de ventas de Hachette, Barbara Blasucci y el equipo de ventas especiales, Linda Arends, Virginia Lawther y el equipo de producción, y todos los que trabajan en JIMMY Patterson Books y Little, Brown, todos habéis hecho gala de una magia tan poderosa como la de Wrath al lanzar este libro durante una pandemia. Gracias por todo lo que hacéis entre bastidores.

James Patterson: nada de esto sería posible sin tu apoyo constante. Un millón de gracias.

A mi fabuloso equipo del Reino Unido en Hodder & Stoughton: Molly Powell, Kate Keehan, Maddy Marshall, Oliver Johnson y todo el equipo. Todavía me pellizco cuando pienso en la carta inicial de adquisición que recibí y en el entusiasmo que todos sentíais por este libro. Me sigue asombrando la increíble edición que habéis creado. Jenny Bak, le diste a este libro un hogar antes de que te fueras en pos de nuevas aventuras editoriales, y te estaré eternamente agradecida por ser tú y por nuestra amistad. Todo mi amor para ti, siempre.

Julie Guacci, también conocida como «Mamá Julie», gracias por todas las divertidas ideas de marketing que me diste antes de embarcarte en tu nuevo viaje.

Anissa de Gomery, atesoro nuestra amistad y no puedo agradecerte lo suficiente que siempre estés ahí para iluminar cualquier momento oscuro.

Trabajar contigo en la edición especial de FairyLoot y ver todo ese arte maravilloso y cómo cobraban vida los detalles fue como hacer magia de verdad.

A mi madre y mi padre, a Kelli y Ben, y a toda mi familia: os quiero más de lo que puedo expresar con palabras. Gracias por escucharme siempre cuando parloteo sobre los personajes y la trama y por ofrecerme un montón de buenos consejos, y por emocionaros tanto como yo.

No hay nada tan especial como el vínculo entre hermanas, así que aquí va un saludo especial para la mía, no solo por ser mi mejor amiga, sino por dejarme crear el *merchandising* de *El reino de los malditos* y *A la caza de Jack el Destripador* para su tienda, Dogwood Lane Boutique. ¡Te quiero, Kel!

A los blogueros literarios, bookstagramers, bibliotecarios, profesores, libreros, The Bookish Box, Beacon Book Box y FairyLoot: vuestro entusiasmo por este libro es el material del que están hechos los sueños. Gracias por todo vuestro apoyo.

Y a ti, querido lector. Sin ti, nada de esto sería posible. Espero que esta historia te haya transportado a un mundo nuevo y exuberante durante unas horas, y espero que te emocione la próxima y perversa aventura de Emilia y Wrath. ☺

SOBRE LA AUTORA

Kerri Maniscalco creció en una casa semiembrujada en las afueras de Nueva York, donde comenzó su fascinación por los ambientes góticos. En su tiempo libre lee todo lo que cae en sus manos, cocina todo tipo de comida con su familia y amigos, y bebe demasiado té mientras discute con sus gatos sobre los aspectos más delicados de la vida. Su primera novela, *A la caza de Jack el Destripador* , debutó en el número 1 de la lista de los más vendidos del *New York Times* , y *A la caza del príncipe Drácula* , *A la caza de Houdini* y *A la caza del Diablo* fueron éxitos de ventas del *New York Times* y del *USA Today* . Siempre está dispuesta a hablar de sus amores ficticios en su Instagram @KerriManiscalco. Para enterarte de las últimas noticias y actualizaciones, visita kerrimaniscalco.com .